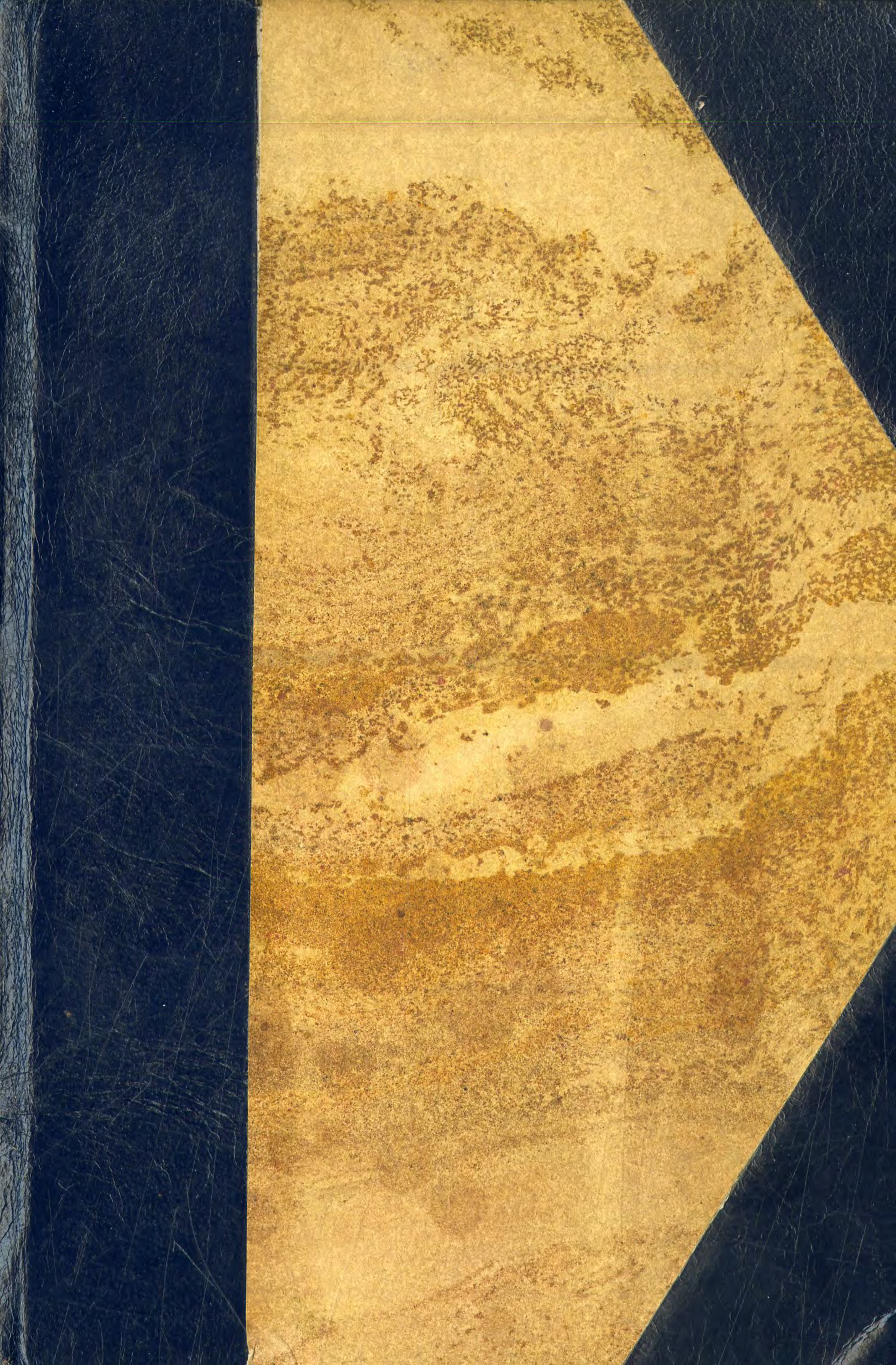




tomás carrasquilla.
hace
tiempos...
novela

por lazos
pedrejones
editorial atlántida

TOMAS CARRASQUILLA

Hace Tiempos

MEMORIAS DE ELOY GAMBOA

TOMO I

POR AGUAS Y PEDREJONES

EDITORIAL ATLANTIDA
MEDELLIN
1935

TOMAS CARRER

Hace Tiempos

MEMORIAS DE EL OY CAMBOA

TOMO I

LOS AGUAS Y PUEBLOS

EDITORIAL AZUL

QUINTO

1933

Este zurcido de rancieras y puerilidades, escrito en tono casero, casi popular, lo dedico a los empresarios mineros, a sus peonadas, y al viejerío de todo el maíz.

ES PROPIEDAD

*Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

*Hay en tierras antioqueñas
en las breñas,
en las peñas,
en las cañas
y espadañas
de montañas, misteriosas y encumbradas,
tántas voces ignoradas,
tántos cantares perdidos,
tántos ecos adormidos
al compás y golpe rudos
del constante batallar.*

AGRIPINA MONTES DEL VALLE

II

Ya diré por qué y para quién escribo esto. Seré verídico para que no me crean.

Para las cosas menudas e insignificantes, tengo una memoria tamaño de grande. Cuanto en la vida me ha impresionado, lo guardo en el archivo de mi cabeza tal como ha acontecido; lo que me entró por mis oídos puedo repetirlo hasta textualmente. Merced a este dón, tan inútil como ingrato, puedo volver a vivir los varios episodios de mi infancia.

Nací en una población minera del norte de Antioquia. La casa en que vivíamos se emplazaba en una calle falduda; era muy vieja, muy sucia y muy roñosa. Del caballete de paja le salían corredores de teja, de frente y de costado. Daba a la calle la puerta de la sala, entre un ventanón de tienda y un ventanuco saliente. El corredor lateral, con en-

trada al patio y a la cocina, lo llenaban bancos y mesas, pues aquello era el mesón de Cantalicia Zabalá, como si dijéramos. Pendiente abajo, y formando esquina, cerraba tal morada un cuadro de tapias, con bardas muy enyerbadas y mohosas, y un platanal exuberante cubría el recinto y botaba sus hojas a la calle y al pradillo interior.

Cantalicia estaba siempre en su cocina, entre los afanes del horno y del fogón. Era alta, enjuta, de cara amarillenta, ojo vivaz y diente fino. Con su montera puntiaguda, su camisa de lienzo y su saya de fula, hacía una figura hartó extraña y pintoresca.

Portón, ventanas y puerta al corredor siempre estaban cerrados. Mi madre vivía reclusa. Cosía y aplanchaba en los corredores de adentro y daba sus vueltas por cuartos y despensa. Me parecía muy linda y muy muchacha.

Mi padre sólo venía al pueblo los sábados, para volverse los martes. Era un señor alto y anguloso, de cara triste y aburrida, de barba y cabellos casi canos. Llevaba pantalones oscuros y raídos, una ruana a listas azules con forros de bayeta amarillenta, un guarniel de piel de tigre con más peladuras que pelos, un sombrero siempre enfundado en hule, y al aire el pie, largo y curtido. No lo hallaba muy aparente para ser mi papacito, y envidiaba a los chicos de padre mozo y bien parecido. Poco hablaban él y mi madre. Cuando estaba en el pueblo, apenas iba a casa a comer y a dormir.

Cantalicia no me dejaba asomar a la cocina ni alternar con los comensales. Ni ella ni mis padres me permitían el andorreo por las calles. No pasaban de la cuadra mis excursiones, y ahí lo-

queaba con los chicos vecinos, embarcando en el arroyo cuanto encontrábamos, o entregados a las faenas de la arriería. Formábamos ingentes recuas con bellotas de plátano paradas en cuatro chuzos y las arreábamos con gritos y silbidos muy del oficio. La arriería de verdad y las gentes de a caballo atravesaban la calle a menudo, y aquí eran los conflictos y los regaños de la Mereja, madre de varios chicuelos. Vivía al frente de casa, y salía, palo o pretina en mano, a quitarnos del peligro, quieras que nó. Con sus gritos y aspavientos me infundía temor algunas veces, mas, con frecuencia me divertía. Era gordiflona, campante y buena moza, y usaba muchos adornos, gargantillas y peinetas, cosas que yo admiraba mucho, deseándolas para mamá. Tenía venta, estanquillo o cosa así, y a ella acudían señores y hombres de toda clase. Qué pasaría allí? Me comía la gana de zamparme a aquella casa, pero Cantalicia me mantenía amenazado con no volver a darme cosas buenas ni médio los domingos si asomaba las narices por la puerta de la Mereja. Así y todo, yo quebranté tamañas prohibiciones y coléme de rondón en el lugar vedado. Pero he aquí que la Mereja me echó afuera en mala hora, poniéndome de intruso, de repelente y desportillado, que aquello fue el espanto. Del insulto dental, que Cantalicia tuvo a bien explicarme, deduzco que yo atravesaba por esos días la edad insoportable de los siete años.

No me aburría en mi clausura. Me habían conseguido muchas cabuyas, barajas y carretas de hilo, y aquello eran los sartales, pendientes de poste a poste, y los enredos por todas partes. Reyes, sotas y caballos, que mamá me recortaba, los pegaba con cera, de cualquier cosa, y los arrastraba en fila por los corredores o los guindaba de las ca-

buyas, como sartas de ahorcados. Seguía también la arriería, ya no de bellotas sino de plátanos niños cargados con petacas y cajas que mamá me fabricaba con naipes. Me consiguieron congolos, y jugaba al disco; me consiguieron yolombos, y jugaba a los bolos. En mi caballo, que era un bordón viejo, muy sabio y arrendado, caracoleaba y caracoleaba por los cuatro corredores. A la sombra del malvavisco o del tomate de árbol, que campeaban en el patio, levantaba grandes fábricas con recortes de tabla, con piedras, con caracoles, con cascotes.

Un sábado viene mi padre muy cariacontecido y respingón. Luégo sale. Lo sigo hasta el corredor de la calle. Se topa con un señor de mucha bota y atavío. Hablan, levantan la voz, manotean; de presto, se agarran a las cocas; mi padre lo derriba y lo pateo. La gente se amontona; llega el alcalde, y los llevan a los dos. Cantalicia asoma al corredor con sus dos edecanas; torna adentro, para volver en seguida sin la montera, y, arrebujiándose en un pañolón, tira a la estampía, calle arriba, hasta alcanzar el pelotón. Corro a mi madre y le sople el suceso. Ella emprende el llanto. Sin saber por qué sí o por qué nó, yo la acompaño en el lloriqueo; me abrazo a ella y seguimos llorando mucho rato. Aún estamos abrazados, cuando torna Cantalicia, muy sonreída. La cosa no valía la pena: una fianza; eso era todo; ya vendría don Jerónimo. Viene, en efecto; come, sin hablar una palabra del suceso, y se vuelve con el último bocado. Como acontecía siempre los sábados, tornaría a las tantas de la madrugada.

Anochece. Cantalicia, según su costumbre, ha cerrado la venta desde las seis. Sus edecanas se han ido con todos los comestibles, para expender-

los en la tienda de Justa Arcila, que Cantalicia abastece. La casa está cerrada. Después de la merienda y el rosario me hacen acostar, como de ordinario. La sala tiene un tenducho, donde guardan trastos caseros y los enseres mineros de mi padre, con sus palas y azadones, sus cachos y bateas de madera. Detrás del tenducho se alza la cuja, de altos varales, y el cielo de trapo, donde dormimos Cantalicia y yo.

No sé si todos los niños cavilarán como yo cavilaba. Bien había comprendido que mi madre y Cantalicia conversaban muchas cosas donde yo no las oyera. Por eso, algunas noches me hacía el dormido, a fin de escucharlas.

En cuanto Cantalicia se pone a hacer tabacos, aguzo el oído a ver que pesco; y no lo aguzo en vano. La señora, saliendo del aposento, murmura:

—Bueno, Cantalicia; qué fue lo que averiguó de la pelea?

—Sí, mi Niña: ai la he visto toda entripada con la tal contienda. Eso es una bobada que no vale un cabo de tabaco. Don Olivares tuvo la avilantez de levantar la mano y jalale la barba, y don Jerónimo no se dejó ultrajar: le metió sus buenos sopapos y lo tumbó. Ai los multó el alcalde, pa que no volvieran a peliar. Al provocativo lo fió un hermano, y don Sabas a don Jerónimo.

—Pero por qué se agarraron?

—Poresos trabajos en unos arrastres que don Jerónimo le ha estado dirigiendo; don Olivares no quedó contento, y esto y lo otro.

—Válgame, Cantalicia! Eso siempre está muy maluco!.

—Por qué va' estar maluco? Don Olivares no va' volver a buscarle cambamba, porque le arrancan la multa; y a don Jerónimo, ya usted lo conoce.

—Pero don Olivares, que tiene tanta plata, no le pagará a algún negro para que le haga algún mal a él?

—El no va' ser bobo pa enredase con la justicia: El quiere ser el gamonal del pueblo y mandarlos a todos; pero de ai no pasa. Como ha visto a don Jerónimo tan jervido, le pareció muy pilao metele el resuello adentro; pero los blancos no se dejan zorrostriquiar de ningún ñapango ricachón, aunque se vean en l'inopia.

—Pueda ser que así sea, Cantalicia. Pero a mi me da miedo que esos muchachitos de don Olivares, que diz que son tan peliadores, me agavillen a Eloy como agavillaron a Antolino.

—Dios los libre y los favorezca! Si llegan a tocarme el niño, no los pelaré a ellos, porque son unos mocosos; pero he de tener el gusto de ir onde la mama, y aunque se llame doña Vitoria Cambas he de tener el gusto de cogela del gañote y reventale la jeta. Es que usted no sabe, mi Niña, qué laya de culebra es la india Cantalicia Zabala cuando la torear! Ave María purísima, librame de una mala hora!...

—Esas son flotas suyas, Cantalicia; usted no es capaz de hacerle mal ni aun a los perros con rabia.

—Ojalá fuera asina!... Pero de sólo pensar que me le pegan al niño, se me reviste el diablo.

—Con persignarse tiene, Cantalicia.

—Qué tál que asina no fuera!...

La voz se le quiebra, y comprendo que va a llorar.

—No se ponga así, porque me empioro.

Cantalicia, enjugándose los ojos con el ruedo de la saya, murmura y se signa:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... Ya me pasó mi niña. Esas son calenturas del enemigo malo, por tentar a esta triste india... Lo qu'hemos de hacer es buscale al niño un compañerito, pa que s'entretenga con él y jueguen ai en el platanal y en la manguita de la mana. Yo se lo busco por ai. Vea: contigo a la tienda de Justa viven unos medio forásticos. No son ricos, pero por el añaje se les ve que son blancos y buena gente; tienen muchachitos, que no son d'estos escueliantes, compañeros de Antolino. A mí me parece que uno d'ellos puede hacerle buena compañía a este pobre cordero.

El cordero escucha, encantado, todos aquellos planes y referencias.

—Y qué ha vuelto a saber de Antolino?—musita mi madre, allá con cierto desprecio.

—Por ai lo he visto en manada con otros endiablao.

—Como mi marido es tan misterioso, ni idea tengo de lo que quiere hacer con el muchacho, y a ratos me da miedo de que me lo traiga aquí a la casa.

—D'eso estamos libres, mi Niña; él a mí, precisamente, nada me ha dicho; pero l'he entendido que se lo dejará a l'agüela, hasta qu'esté de trabajo, si acaso sale de servir. Muy grandulón lo veo ya, pa estar todavía de muchacho chiquito. Don

Jerónimo, aunque quiera velar por él, no tiene por qué traerlo a que se ajunte con el niño: Antolino es de vela de sebo y el niño es de vela bendita.

—Dígame una cosa, Cantalicia: cuando él me propuso matrimonio, por qué no me advirtió que tenía ese muchacho y esos enredos?

—María Santísima, mi Niña! Usté, con nueve años de matrimonio, está tan carajeta como el día que se casó. Di'ónde diajos iba'topar marido sin arrinquines? Figúrese los hombres!...

—Y ya vé! Aunque a mí siempre me parecía algo viejo, misiá Gertruditas, el señor Cura y usted y todos los que hablaban conmigo, no hacían sinó ponderarme lo bueno que era; que no encontraba otro mejor y que me iba a poner las botas. Y ya vé!...

—María Santísima, mi Niña! Usté, con el entripao y la pensadera que ha tenido, está injusticiando con don Jerónimo y hasta con la dijunta misiá Gertruditas.

—Tal vez así será...Pero yo desde que me casé he vivido así, encerrada y amansando pobreza. Si no fuera por usted, que se ha echado toda la carga encima, sabe Dios qué hubiera sido de mí, de Eloy y hasta de mi marido...

—Jesús credo, mi Niña! Eso es lo que ha sacado de no tener pacencia. Usté, vuelvo a decile, todavía no ha colao en malicia de las cosas. Tendré que abrirle los ojos. Mire. (Enciende un tabaco y se lo ofrece con mucho cariño). Chúpese este cabito, y óigame tranquila lo que voy a decile. Ninguna mentira le metimos de don Jerónimo. Cuando le propuso, era uno de los blancos más principales del pue-

blo y tenía mucha plata. Si después resultó más abajo del paso en la tal mina de «Las Víboras», no sería por malapaga ni por tramposo, porque a todo el mundo le pagó el último cuartillo. Después, ya usté habrá visto que él siempre hace la diligencia como puede; nadie le ayuda, porque del palo caído todos hacen leña. Dende que se casó, la tiene medio escondida, y hace muy bien: usté ha sido muy bonita, valga la verdá, y los hombres d'este pueblo han sido muy perseguidores y muy sinvergüenzas. Como usté no ha vivido calle arriba y calle abajo, no sabe cómo es la gente de habladora y levantatestimonios: a toda mujer bonita le arreglan historias, dende que la vean en la calle. Ya habrá visto que las señoras de verdá no salen de su casa. Si la ven a usté entrar a una tienda, le componen historias con el tiendero; si la ven mucho en la iglesia, le componen historias con el sacristán y hasta con el señor Cura. Yo no sé si en otros pueblos será la gente lo mismo de habladora; pero aquí, en este Orofino, no hacen sinó desgazar a las mujeres. Hay muchas muy malas; a la vista está; y éstas son las más lengüilargas: usté sabe que el perdido no quiere ser solo. Y vea otra cosa, mi Niña: usté, una señora recatada, con quién va'tener cuentas y relaciones? Las señoras ricas y principales, nacidas y criadas aquí, creen que todas las familias forásticas son gente de media-petaca; por eso ni con su madrecita ni con usté han tenido trato de ninguna laya. Con estas otras que no son señoras, pa qué va'metese con ellas? Tampoco pierde nada con no salir a la calle, ni a esos bailes tan feos, ni a esas maromas y títeres onde se mete toda la guacherna y el negrerío.

—Ya entiendo, Cantalicia. Y aunque ni mi marido ni usted me han contado nada de estas cosas,

yo sospechaba algo; pero esto no me parece harto motivo para que él me clave las ventanas y no le guste que salga al corredor de afuera.

—Oigame, mi Niña. El me preguntó si las clavaba o nó; yo le dije que las clavara a la carrera. Aquí, al propio frente, viven día y noche todos los vagamundos y saltatapias del pueblo, en bundes. Dende que la hubieran visto asomase a la ventana o en el corredor, ai al frente se le habían plantao a hacele morisquetas y echale floreos y repelencias, y con esto ya tenía usted pa que la metieran en caldos con alguno d'estos sinvergüenzas.

—Válgame, Cantalicia! De modo que para ser buena una mujer tiene que vivir como vivo yo?

—Asina. Usted tiene obligación de ser buena y de parecelo.

Mi madre calla, suspira y luégo dice:

—Eso debe ser así como usted lo dice; pero de todos modos, yo he sufrido mucho en la vida y he tenido que tragar mucha cosa maluca.

—No digo que nó, mi Niña: todo el mundo lleva la matadura debajo de l'enjalma, pero de sus padecimientos ninguna culpa tiene don Jerónimo: él en nada le ha faltao, nunca l'ha tratao mal, siempre la respeta y siempre la quiere, asina con su genio tan callao y tan disimulao pa las cosas. Le parece que un blanco que fue tan rico y tan orgulloso ha de vivir muy alegre viéndose tan pelao y tan mal vestido?

—Ya lo veo, Cantalicia: razón tiene demás para vivir mortificado, mucho más viendo que usted se ha echado toda la carga encima.

—Valiente carga, mi Niña! Si yo no trabajo pa

usted, pal niño y pa don Jerónimo, pa quién diajos voy a trabajar? Qué necesita en la vida una triste vieja como yo?

—Pues eso es lo peor, Cantalicia. Si algo se lucrara usted, no sería tan malo.

—Que no me lucro? Ay, ay, mi Niña; qué poquito sabe usted de mis cosas! Y yo que creía que entendía algo... Mas sin embargo, usted no tenía por qué sabelas. Tan solamente le digo que si yo le sirviera de rodillas toda mi vida, nunca le pagaría lo que le debo a sus padrecitos. Mire: voy a contale bien todo, pa que vea. Mi mama no era negra ni esclava; pero era una india sometida a la voluntad de sus patrones, unos señores Zabalas, que eran muy buenos y principales. Di'ai me vino el apelativo de Zabala; porque los negros y los indios, qué apelativo vamos a tener? Mi taita izque fue un mulato muy zarco y muy cuadrao, porqu'era hijo de una negra cera y un inglés, d'esos que vinieron a hacer los molinos d'estos laos. Era tan altanero y buscarruidos, que izque era el primero que ponía la pelea; y una noche, en un baile, le partieron el corazón de una puñalada. Yo izque tenía tres meses cuando eso; mi madre me criaría de milagro. Dende muy mediana me mandaba a pedir la limosnita a cas de ricos y pobres. Tántas miserias pasábamos, que determinámos inos pal río a masamorriar y escarbar. Figúrese, mi Niña, cómo sería aquéllo! Las negras y los negros que trabajan en esos montes nos recibieron a cuatro palos, y no nos mataron porque mi Dios es muy grande; pero al fin, con mil trabajos, lambisquiando con la una y con la otra, acabaron por tenenos lástima, y fuimos aprendiendo el oficio y fuimos engañando el hambre. Ya habíamos sacao algún orito, y un zambo ladino se metió izque a protegenos y

ayudanos. Y sabe, mi Niña, lo que saqué? Que me enredé con él y resulté con un muchacho. Nada me dió el zambo; pero entre mi mama y yo criámos la criatura hasta los tres años, que se nos murió no sé de cuántos achaques. Con la congoja que nos pañó se fue poniendo mi madre muy enferma, hasta que se empeoró tanto que tuve que ganala a l'espalda hasta un rancherío que quedaba más arriba. Ai descansámos unos días; medio se alivió, y pudimos ganar a este pueblo. Por allá en la punta de la calle larga, había en ese tiempo una posada pa la gente como nosotras; como no teníamos con qué pagar cuarto bueno, nos metieron en una pesebrera, y ai murió mi madrecita. Tan siquiera tuve el gusto que murió confesaíta. Al otro día del entierro subieron del río unas conocidas y me dijeron que no me quedara en Orofino, onde no ganaba ni la comida; que me volviera con ellas pal río. Yo les seguí el consejo, y nos fue muy bien. Antes que se colara el invierno ganámos al rancherío. Yo compré gargantilla di'oro, aritos de almendras y una ropita. Me alquilé en una casa y ganaba la comida. Y en esas me salió un negro muy buen mozo. Izque quería que nos casáramos, más hoy, más mañana. Yo era tan boba y estaba tan muchacha, que le creí al maldito cuanto me decía, cuanto me quiso zampar. Me quitó la gargantilla y las almendras; me quitó el sombrero, el pañuelón y la ropita buena; y así que me dejó en l'istricia y bien fregada, se largó el maldito...y hasta el sol di'hoy! Póngase a pensar cómo ganaría a este pueblo. Volví a coger la jíquera, y más muerta que viva andareguiaba por ai, pordiosiendo el bocaó. Un día me senté en el quicio de una puerta, porqu'estaba con un váguido, de puro enferma y hambriada. De presto abrieron la puerta y salió una señora. Me vido, me desaminó; y llorando que ni

un chiquito l'imploré el socorro y le conté todo mi desamparo. Me hizo colar y me mató el hambre con mucha comida. Era su madrecita, y la estaba criando a usté. Me dió posada por esa noche, y en amaneciendo me dijo que me quedara en la casa hasta que me alentara. Hizo desocupar un cuartico onde había mucho coroto, y ai me arregló cama. Vido que yo no sabía pizca de dotrina ni de nada, y echó a enseñame. Yo izque me había confesao, pero no recordaba bien cómo ni cuándo. Un día me sacó ropita limpia, me llevó a la iglesia y me confesé. A los poquitos días me nació Juan María, y su madrecita y otra mujer me sacaron del trabajo. Nada me faltó, como si fuera una pudienta. Sus padrecitos me apadrinaron al niño en el bautismo. A los tres meses se me murió, y en casa de sus padrecitos me quedé, hasta que les cerré los ojos a los dos. Usté se acuerda de lo demás. Vea, pues, si tengo obligación d'estar al lao suyo y ayudale en lo que pueda. Y no solamente me recibió su madrecita, sinó que me enseñó a hacer y expender toda laya de comidas.

Cantalicia suspende aquí el relato, y mi madre dice:

—Yo no había entendido bien todas estas cosas; mis hermanos y yo creíamos que usted era viuda. Y dígame una cosa, Cantalicia. Por qué fuí yo a dar a casa de misiá Gertruditas?

—Esa fue una cosa convenida con su padrecito. Qué iba'hacer yo, una triste cocinera, con una niña como usté? Como misiá Gertruditas era más pobre que yo y no sabía trabajar en oficio de negra, yo contraté con ella la cosa: misiá Gertruditas me la guardaba a usté en su casa de respeto y me la enseñaba, y yo le mandaba la comida pa las

dos y la negra Cleta, que no sabía ni levantar una paja.

—Bueno, Cantalicia; y mis hermanos no le ayudaron en nada?

—En nada, mi Niña; ni había pa qué, ni ellos tenían modo: ya sabe que todos tres si'habían ido a trabajar l'arriería por allá a otros pueblos, y que todos tres tenían obligaciones. Ya l'he contaó que la casa, el solar, el cobre y los retablos, qu'era lo único que les habían dejao sus padres, se los repartió la autoridá cuando vino Ramón con papel de los otros hermanos; ya sabe que solar y casa se remataron, y qu'el padre de don Sabas, que tenía lo poquito que a usted le tocaba, se lo entregó a don Jerónimo.

—Pues no ve, Cantalicia? Con todos los misterios de mi marido, también se ha vuelto usted misteriosa y nada me había aclarado en tantísimo tiempo.

—Pa qué, mi Niña? Usted tenía que saber que yo era una pecadora, enmendada por sus padrecitos. Y pa contale lo otro no se había presentao la ocasión. Y vaya acuéstese, mi Niña, bien tranquila y sosegada, sin pensar en cosas malucas. Póngase a rezar y verá que le viene el sueño.

—Lós sábados no es tan fácil, Cantalicia. Quién sabe a qué horas vendrá esta noche! Le aseguro que el tal juego...

—Acuéstese, mi Niña. Deje a don Jerónimo que juegue. Eso será malo y perjudicial pa los ricos, que tienen que perder; don Jerónimo arriesga a ganar; y si le barren el último medio, al mismo lao salimos.

Se levanta y guarda todo. Yo sigo aquel sueño

de piedra, tan bien fingido. Tengo la cabeza toda revuelta.

Al otro día me voy con mis padres a misa. Cantalicia me lleva al mercado y me compra frutas con el medio consabido; y yo, entre lo de afuera y lo de adentro, voy fantaseando tantas cosas.

Al miércoles siguiente, se aparece Cantalicia con el Monito López, un mocosuelo más espigado que yo y que me entra bien por los ojos. Nos da roscas y panelas y nos manda a esos platanales y al pradillo, por donde corre el manantial que surge a veinte pasos de la cocina. Qué juegos aquéllos y qué coloquios! El Monito conversa de todo y sabe muchas cosas.

—Ole, Mono—interrogo inopinadamente.—Conocés a Antolino, un muchacho más grande que nosotros?

—A ese otro hijo de don Jerónimo?

—Usted cómo sabe?

—Ese conversa con Justa, ai en la tienda, y yo oigo.

—Y comu'es?

—Antolino? Es langaruto como don Jerónimo, y muy pecoso, muy fregón y amigo de molestar a uno; le hace a uno muchos torcidos, le mide puño arrimao a la cara y lo jala de la camisa y de la ruana; se cre muy guapo, pero otros le han pegao muy duro. Pero... vos no lo conocés?

Yo no sé si afirmar o negar, ni cómo salir del aprieto; y todo ruborizado, contesto:

—Como aquí no me dejan salir solo a la plaza ni a la calle de arriba, no conozco bien a los muchachos.

—Y por qué no te dejan, ole Eloy?

—Pa que no vaya a ver maldades.

—Maldades? Maldades habrá muchas, pero uno las ve tal cual vez. Casiana cuenta muchas maldades que hacen por ai; pero yo tan solamente vi a dos que se cortaron un domingo, y echaron mucha sangre, y la autoridá se los llevó al despacho.

Guardo silencio, medio inquieto; brinco por ahí, como apartándome del Monito.

A poco viene Cantalicia; me llama a comer y despide al compañero. Me interroga; pero yo no hablo claro ni ella saca nada en limpio.

—Ai se va entablando con el compañerito, y verá qué tan a gusto juegan. Es que usted, como lo hemos criado tan cuzumbo solo...

Al día siguiente, el Mono y yo saltamos por el vallado de piedra que da a una senda, entre calle y camino; vamos a casa de las Vegas, a conocer a Antolino. Después de un rodeo por mangas y vericuetos, damos con la casa buscada. Desde la calle husmeamos aquel cuadro, para mí tan nuevo. Una vieja, con espejuelos de cuerno, remienda, acurrucada junto a la ventana; una joven aplanha una saya muy escarolada; otra muchacha, casi una niña, que me parece muy linda, se repulga las trenzas, junto a la puerta; las tiene casi planas a fuerza de sobijos y pellizcos. En cuanto la muchacha se quita, nos acercamos cautelosos. Me clavo en el umbral, un tanto cohibido; el Mono se cuela de rondón y dice:

—Véndanos tres tabacos de guayabas.

—Aquí no vendemos sinó de cuartillo p'arriba — dice la vieja, muy fastidiada; —tres tabacos no

pagan ni la cogida.

A esas surge de adentro el personaje buscado. Aún lo veo: es largo al par que bronco; viene jadeante, las greñas en los ojos, la gorra echada atrás. Viste como hombre grande: unos calzones de diagonal amarrados con correa, y un poncho, tirado hacia un lado, que deja ver la chácara abultada. Todo él es mugre y petulancia; se le ve por encima que pretende ser hombre hecho y derecho. Con una voz de pollo criollo, a veces ronca, a veces chillona, gazzatea:

—Ya se coló aquí este pelicandelo tan intruso. Eh! te sonsacates al crespucio de Rosita Gallego...

Se me aboca, me ase por los molledos, me lleva junto a la vieja y chilla:

—Véalo de cerca, mama Rita, a ver qué le parece!

—Ya lo he visto en misa—gruñe la vieja, muy displicente;—no tengo pa qué volvelo a ver.

La de las trenzas me quita el sombrero y declara:

—No me parece tanta cosa, pa que lo tengan en vidriera.

Le arrebató el sombrero y salto a la calle, fuera de mí. Antolino me abraza.

—No te dejo ir, crespucio. Volvé p'acá.

Me coge, me sacude. Chillo, lloro, pataleo y me zafo.

—Largate pa la porra, consentido sangripesao!

Me largo; el Mono me sigue, y desandamos el camino. Echa él pestes contra Antolino y su ralea; pero no me saca a mí una palabra. Convenimos,

no obstante, en que, cuando estemos del grandor de Antolino, llevaremos pantalones amarrados con correa.

Cuando saltamos por el vallado de casa, damos con Cantalicia, toda alarmada. Seguimos con ella hasta el corredor del horno. Nos da roscas; saca de la chuspa un medio real y le dice al Mono:

—Tome este medio en paga, y díglele a su mama y a Justa que ya Eloy no menesta compañía.

—De modo y es, mana Cantalicia, que no vuelvo mañana o esta tarde?

—No, Monito: hoy se jugaron; mañana quién sabe qué cosas harán.

No quedo triste con la separación del compañero; más me gustaba jugar que charlar, y yo no entendía bien sus conversas. Cantalicia me dice:

—Mejor está usted solito que mal acompañao. Muy pronto le traen el perro; ayer me dijo mi compadre Roque que ya lo arreglaron pa que no sia perro vagamundo, y se quede aquí en la casa, de cuidandero.

—Y cómo lo arreglaron, Cantalicia?

—Eso lo saben mi compadre y sus hijos. Usted, cuando esté grande, habrá de sabelo. Izque es un cachorro canelo, muy bonito y de muy buena raza.

La noticia del perro, por más que me alegra, no me saca de la cabeza las cosas de Antolino. Conque Rosita Gallego? Este modo de nombrar a mi madre es lo que me tiene más injuriado. Poco se me alcanza en asuntos fraternales; mas, por las revelaciones del Mono y por lo que he visto y escuchado, comprendo que algo me vincula con el tal Antolino. Así y todo, yo protesto, en el fondo de mi corazón, de tal vínculo.

II

Llegó el perro. Llamósele Canelo, desde luego. Se le consiguió collar de cuero, con buen lazo. Tra-segábamos de aquí para allá, y todo el día se me iba en un revoltillo de retozos caninos y cavilaciones sobre las cosas que estaba aprendiendo.

Estaba tan ufano con mi perro, que lo sacaba a la calle para que me lo admiraran; pero, en cuanto me veía Cantalicia rodeado de chiquillos, me hacía entrar inmediatamente, por temor de que se colasen a la casa, con el pretexto del animalito. Había mandado empradizar toda la manguita, por los dos hombres que le traían la leña. Allí pasábamos muy sabroso. Cuando mi madre se bañaba, tendía Cantalicia una esterilla al pie de unos naranjos agrios, y en ella se sentaba mamá, para que se le secase el pelo. Cantalicia le ponía en la espalda un trapo de esos con que hacían fundas de sombrero, para que no le hiciese daño la humedad de aquella cabellera suelta; se la peinaba y se la escurría, y no la dejaba hasta que la veía cosiendo. Canelo y yo nos echábamos junto a ella. Yo pasaba los ojos de mamá a mi perro, y no sabía cuál me parecía más hermoso; ella retozaba a ratos parejo con nosotros. La india sacaba la chocolatera, batía y batía, y nos servía unas tazas rebosadas, con cosas acabadas de sacar de aquel horno, que prendía casi todas las mañanas.

Cuando Canelo y yo nos hallábamos solos, celebrábamos el más hermoso de nuestros ritos.

Aquellas eran las carreras de San Juan, manga abajo y manga arriba, de travesía o a la redonda, bajo la gloria del sol o el limbo del nublado; yo, caballero en mi palo; él, alborotado, brinco atrás, brinco adelante.

Una vez interrumpo las delicias, porque me llaman del lado del callejón. Acudo. El Mono y otro muchacho grandulón, medio guindados de la maleza, asoman por entre las pencas de maguey que se enfilan en el cerco.

—Ole Eloy—vocea el Mono, muy insinuante. —Yo y éste venimos a que nos mostrés el perrito. Arrimalo p'acá pa velo bien. Muy lindo que está y muy sabido.

—Es muy juguetón y nos quiere mucho a todos. Siempre vive así de contento.

—Muy sabroso pa vos; pero, como no te dejan salir, no sabés todas las cosas y las maldades que han habido en el sitio. Qué te parece! Trujeron de Minarrica al dijunto don Juan Marín y al criminal Ruperto Cañas, que lo mató di'un barberazo en el pescuezo. Yo y éste y Antolino juimos al despacho y los vimos. Y sabés por qué lo mató? Por quitale la Zarca Concha, esa que vive en el Canalón, qu'era del matao. Y ve, ole Eloy: no sentís güeliendo el pandequeso? Andá y robale a Cantalicia tan siquiera tres roscas y traelas p'acá.

—No, Mono; aquí en casa me regañan. Robase uno lo ajeno es mucho pecao...

—No sias pendejo, ole! Qué pecao va ser eso, si no lo saben? Yo robo en casa cacao sin harina, y no saben; le robo a Justa panelas, y tampoco saben. Andá con mañita; qué te cuesta?

—No, Mono, no hay ni riesgo. Cuando me den,

yo lo busco y comparto con usté.

—No le rogués más a ese hambriento—brama el otro, mirándome con unos ojazos muy feos y muy raros.—Ni creás que a este bobo le dan nada: todo lo saca la vieja monterona, pa vendelo en la tienda; aquí no comen sinó las porquerías qu'ella hace pa los arrieros y los negros pasajeros. Aquí en esta casa están en la lata: no tienen ni caballo, ni mula, ni vaca tan siquiera; no tienen ni espejos grandes ni tapetes, como en casa.

—Bueno; que no tengamos. Vos qué con eso?

—Es que vos estás muy creído, y no sos sinó un crepuscio, que se te ve el zambo por encima. Vos no sos sinó un triste. Tu taita será blanco, pero no tiene un Cristo en que morir; tu mama, aunque se cré muy señora, es una ñapanga, hija de unos montunos ajuerenos. Eso lo sé yo porque mi mama y mi tía Andrea han contaó. Y a vos t'están criando encerrao, como si fueras una muchacha bonita. No te ponen en l'escuela, quizque pa que no te ajuntés con nosotros: quizque te pegamos los piojos y t'enseñamos cosas malas. Y por eso sos un bobo y un gallina, que no sabés ni peliar, ni siquiera con uno del grandor tuyo. Por eso tu taita quiere más a Antolino, qu'es guapo y s'echa cocas con todos.

—No, ole Daniel; no acosés más a Eloy, qu'él tampoco es culpante de todo.

—Ya venís vos de adulante, a lambele a este crepuscio y a la vieja monterona, pa que te dé comida.

Con las vociferaciones de los chicos, Canelo se exalta, a latido limpio.

—Nos querés cujiar tu langaruto? Saltá p' a

con él, pa que viás, so gallina, crespucio consentido!

Yo me siento tál, que no sé lo que me pasa. Ellos huyen, dando chiflidos y gritos. «Vieja monterona!». «Vieja asquerosa!». Cantalicia me coge y me sube manga arriba. En la calle continúan los chiflidos; pero Cantalicia no vuelve la cara. En el corredor del horno están las edecanas y mamá. Casiana tiene la palabra:

—Sí, niña Rosita: persuádase qu'es él. Él está picao con Eloy, porque el otro día, que fue a la casa de las Vegas con el Mono, le sacó el cuerpo y no dejó que lo agasajara. El contó todo en la tienda de Justa: nos dijo que, aunqu'estaba peliao con el bastardo de doña Lorenza, iba a contentarse con él, pa que viniera a molestar a Eloy y hacele burletas y gritale dichos. Antolino es tan malaley; y como don Jerónimo lo quiere tanto, está muy cargao de mesas.

—Cállese la jeta, mana Casiana! No me sofoque, por los clavos de Cristo! Quién la mete a usted en las cosas de los blancos? Usted se larga a rajar y a barajustar, como una tripa rota. Bien alvertido se lo tengo que no venga aquí con cuentos, ni le meta conversa a mi Niña y a Eloy; pero usted nó: ni siquiera respeta el señorío ni l'inocencia, p'echar sus bocaradas. Podía respetar siquiera la casa onde gana la comida y al señor de la casa que se la da; porque, si yo le pago el trabajo que a mí me hace, el que nos da de comer es don Jerónimo. Ya ve el pago que le da: venile con cuentos a mi Niña. Mucho me gusta su desempeño, porque no me quita un cabo ni conoce la pereza. Por eso le pago bien y l'encimo los desperdicios y todo lo que me pide; pero, si ha de seguir con su malvao vicio, mejor es que cortemos di'una vez.

—Ave María, mana Cantalicia! No me parece tanto delito, pa que se enjunezca d'esa laya.

—A mí sí! Y lo mejor es que se vaya di'una vez. (Saca la chuspa, que le cuelga dentro de la camisa, y toma monedas). El domingo le pagué; le debo, pues, los cuatro días d'esta semana. Ai tiene su paga. Ai l'encimo pa que cóma y meriende hoy, porqu'es ahora mismo que se larga.

—Mire, mana Cantalicia...

—No miro. Pa qué voy a mirar? Coja su pañuelón y lo más que tenga y se larga. Usted me conoce a mí por las buenas; pero no sabe quién es la india Cantalicia Zabala por las malas. Yo fui minera; m'he agarrao con negras, y a todas les he podido; he peliao con hombres; me han sacao cuchillo y... ai me ve comiendo arepa. Y le alvierto una cosita, pa que la tenga bien presente: usted puede rajar de mí cuanto le dé la gana; yo le doy licencia pa que me desguace al derecho y al revés; yo nada pierdo con eso. Pero escuche: si yo llego a saber que usted mienta por ai a don Jerónimo, a mi Niña o a Eloy, ya sabe que nos tenemos que entender, cuerpo a cuerpo y brazo a brazo. Y no crea que si dice algo me quedo yo sin sabelo; si usted sabe ónde pone la garza, yo se ónde canta el garzo, ai callada mi boca, como vé. Conque saque lo que tenga aquí y... a la calle.

A poco sale Casiana, toda descolorida y temblorosa.

—Camine, mi Niña, colémonos pa dentro, con Eloy y el perrito. Ya ve si tengo razón pa que no me guste que usted se meta entre la gentualla. Y déjese de entripaos, que yo arreglo todo.

Vuelve la cara hacia ella, para que yo no le vea el ademán; pero bien lo veo y lo comprendo:

se pone el índice en los labios y guiña el ojo. Probablemente yo tendría el instinto del disimulo y la reserva, porque, con toda la revoltura que por dentro me hervía, no digo una palabra.

Sentóse mi madre a coser en el corredor, en su puesto de costumbre. Yo me eché a su lado con Canelo; la observaba con disimulo, y la notaba muy conmovida; de cuando en vez se enjugaba los ojos. Los dos seguíamos en silencio. Aún recuerdo lo que estaba cosiendo: era un delantal, uno de esos pedazos de trapo, con muchos pintarrajos, que vendían entónces, como si fuesen pañuelos. El tal trapo tenía faltriqueras pintadas, y mi madre las cortaba por la boca y les cosía bolsillos. Tenía mucha gana de que acabase pronto y se pusiera el trapo, porque me parecía que iba a quedar muy bonita, con tanta flor y tanto garabato. Cantalicia puso a poco la mesita y nos sirvió la comida.

—Camine, mi Niña, y no me salga ahora con que no tiene gana. Tiene qué comer, quiera que nó. Barriga llena aguanta trabajos. Levántese, mi Niña. No deje enfriar los güevitos. Ai se los estrellé con hogaíto menudo, como a usted le gusta; y el frijol está muy bueno, con tocino garrudo.

Nos sentamos. Entrase Cantalicia por la sala, y torna a poco, con atavío de calle.

—En esto vuelvo, mi Niña. Allá verá que todo se lo arreglo.

—Usted es la que sale sin comer ni nada, Cantalicia...

—Ya me voy comida y recomida; que a yo la rabia me abre el apetito.

No fue tan en esto la vuelta: ya pardeaba.

Nada hablaron, sin embargo. Deduje que esa noche habría conversa muy interesante. Me metieron en la cama; no dormí, en escucha. Tampoco esta vez me engañaba: iniciado el tabaqueo, principia la cosa.

—Estoy deshecha, Cantalicia; qué hubo?

—Todo lo arreglé, mi Niña, a conforme se lo espresé. Muy de verdá que fue Antolino el que mandó el Bizcorneto. El mismo Antolino corrió a contárselo todo a Justa y a la mama del Mono. Pero vea qué tales: él mismo vino con el Bizcorneto y el monito; ai izque se quedó detrás de la tapia, onde no lo divisáramos de aquí. Allá les contó todos los dichos que entre él y el Bizcorneto arreglaron p'afrentar a Eloy.

—Y qué fué, Cantalicia? Cuénteme.

—Malcriadezas y bobadas d'ese par de zánganos. Figúrese el Daniel!... Dende chiquito ha oído a la mama y a la tía zambiar a todo el pueblo, porqu'ellas izque son las más nobles y más subidas. Por la sangre serán muy nobles; pero lo qu'es el manijo... a la vista está! Y doña Lorenza, como le dejó el marido plata y todavía estaba muy bonita, pensó qu'iba a coger y a enredar a don Jerónimo, pa casase con él o pa cualesquier otra cosa. Ave María purísima, atajame esta lengua!

—Pero si se la contiene, cómo hace para decirme? Yo no sabía nada de estas cosas con Jerónimo. Ni él ni usted me han dicho nunca una palabra. Yo sí oí decir una vez, en casa de misiá Gertruditas, a esas señoras Callejones, que dizque son parientas de doña Lorenza y que se fueron hace tiempos no sé para dónde, que Jerónimo

pretendía a doña Lorenza, pero que ella no lo quería.

—A mí no me costa nada, mi Niña; pero si hubiera tenido enredos con doña Lorenza, al momento se hubiera sabido. Figúrese aquí!...

—Pues sería para casarse, Cantalicia.

—Jesús Credo, mi Niña! Con usted se pone uno entre l'espada y la paré: si le cuento las cosas como son, tengo que murmurar, y usted bien sabe que sus padrecitos me encarecían cada rato que no hablara mal de los cristianos ni divulgara sus faltas, aunque fueran verdá; y si no le cuento, ai se queda pensando quién sabe qué. A usted la criámos con tanto recato, que no entiende nada de las cosas de la gente. Y una señora casada y con muchacho, hasta malo será que sea así tan inocentona.

—Yo no entiendo nada, para decirle mi verdad.

—Qué v'entender, mi Niña! Crea que a don Jerónimo no le pasó por la cabeza casase con doña Lorenza. Un blanco tan respetable y tan rico como fue de soltero, iba a casase con ella?

—No era buena, Cantalicia?

—Qué buena iba a ser! El marido era un don Juan Rodas, muy principal y acaudalao. Aunque le dejó esas dos niñas, l'hizo cabo de año del modo más feo, con un señor casao. Es'es el padre del Bizcorneto.

—Ahora me desayuno. Yo creí que era Rodas, como las hermanas. Y quién es el padre?

—Tendré que divulgalo, porque ahora se pone a pensar en el uno o en el otro: era don Pacho Villada, tío de don Sabas, que se fue hace tiempí-

simos pa la Villa. Ya ve, pues: con todo ese borrón que l'echó a las hijas, ai se mantienen ella y la tía zambiendo a todo el mundo y paradas en la punta de las uñas. Así tenía que ser: herradura que suena, clavo le falta. Di'ai pende qu'el Bizcorneto sea tan lengüilargo y que le tenga tema a don Jerónimo y a Eloy.

—Eloy no me ha dicho una palabra, ni yo me he atrevido a preguntarle...

—Qué v'a decir, mi Niña! El le sacó el misterio a don Jerónimo. Ya ve qué tal es: no nos contó que se había metido con el Mono en cas de las Vegas ni que había conocido a Antolino.

—De modo que fue cierto que estuvieron allá? Yo pensé que eran cuentos de Casiana.

—Ella es muy habladora; pero eso sí fue la pura verdá. Antolino se lo contó todo a Justa.

—Bueno; y cómo arregló el asunto?

—Pues apenas averigüé la cosa, me fuí a buscar a don Sabas. Le conté l'hazaña de Antolino y le supliqué que se lo dijera a don Jerónimo, como cosa suya, pa que no siguiera la molienda, porque ví que ni usted ni yo podíamos metenos a acusalo. Me dijo que no tuviera cuidao: que él le trataría el punto, pa que pusiera remedio. Después busqué a mi compadre Galiano, qu'es ahora el comisario mayor. Tuve que ganar hasta su casa, y le conté todo el pleito del Daniel con Eloy, y le supliqué que lo vigilara con disimulo, pa que no volviera a buscale cambamba. Como mi compadre me debe favores, lo topé muy convenido: que no tengamos cuidao, qu'él sabe el modo de contener a ese taita.

—Y no le dijo cuál?

—El sí; pero pa qué divulgásele....

—Cuenta todo, Cantalicia, para que yo sepa bien.

—Se lo diré, mi Niña, porque sé que de usted no sale. El Bizcorneto tiene el malvao viciode robase las gallinas, de cualquier casa, y vendelas, por ai en el Canalón, en el Alto o en el Hoyo. Mi compadre le v'a decir que no lo denuncia por consideraciones a doña Andrea; pero que, si sigue molestando a Eloy, lo acusa ante l'autoridá, con testigos, y lo hace meter a la cárcel. Ya ve, mi Niña, qué laya de compañía se l'espera a este cordero, en este sitio tan perdido. Y como le tienen envidia por lo lindo y lo querido, ya verá todas las moliendas con que lo van a fregar, si anda por ai, calle arriba y calle abajo, como estos facinerosos escueliantes.

—Si, Cantalicia: de eso hemos conversado Jerónimo y yo.

—Ya ve, pues, mi Niña, que la clavada de las ventanas no es por usted sola, sinó también por Eloy.

—Sí, Cantalicia: al fin he venido a comprenderlo muy bien. Así serán todos los pueblos?

—Quién sabe, mi Niña. Según me han contaó, en el tal Remedios y en la tal Amalfia, izqu'es pior qui'aquí.

—Y buscó quién supliera a Casiana?

—Figúrese si nó! Hay como cuatro que quieren trabajar en mi cocina. Arreglé con Dorotea, y mañana viene. No será tan baquiana como esa llevacuentos; pero es moderada y callada su boca, como la Tuertica. Allá m'encontré a esa incendiaria, en la tienda de Justa. Ai estaba moquiando;

y no bien me colé, se salió con disimulo.

—Con todas las levas que usted le metió...

—Levas? Ay, ay, mi Niña! Esa es la pura verdá; es que yo no l'he contaó... Hasta será de vergüenza, o por no perturbala. Mire: cuando yo era minera, eché tres agarrones: primero con una zamba que me tenía tema, y después dos con otra, que me quería quitar el marchante, ese jediondo que me dejó en cueros. Le aseguro que no la maté en el segundo agarre, porque me la quitaron y me vencieron por gavilla; pero le reventé bien la jeta y li'arranqué las mechas. Y yo también quedé muy aruñada y con la ropita hecha hilangos; pero nadie se volvió a meter conmigo.

—Pero lo del cuchillo si es pura flota...

—La pura verdá, mi Niña. Figúrese qui'un mulato que había aquí, un tal Adriano Cuevas, determinó floríame, muy en ello. Eso fue después de la muerte de su padrecito, y cuando ya la tenía a usted en cas de misiá Gertruditas. Ya se acordará que los sábados no ib'acompañala por la noche, por todas las afugias d'ese día. El mulato se me colaba en són de cenas, y me hacía mil cismas y mil propuestas. Figúrese si, después de haber vivido con sus padrecitos, iba yo'atendele al tal Cuevas. Yo lo rumbé una noche de mal modo, y no volvió a parecer en muchos días. Pero un sábado salieron mis compañeras a llevar la venta a la tienda; siempre ajustaban la puerta, y yo me quedaba sola. De presto siento que l'abren y que l'echan llave por dentro, y yo me asomo, porqu'ellas no podían volver tan ligero, y veo al negro que se cuela, corredor adentro. Le grité no sé cuántos insultos; pero el maldito negro me agarró de un mollero, me rompió la camisa, y tuve

que entrar en lucha con el sinvergüenza. Eso era en el oscuro. Estábamos junto al puesto de la leña, y yo pude agarrar un palo, y le eché madera; él me largó entónce y me peló un cuchillo tamaño de grande. En vez de dame recelo mi'agarró tal injuria, que di'un palazo le boté el cuchillo al patio; el maldito tuvo cara de agachase pa buscar l'arma y yo me li'aventé a palazos en la nuca, y lo hice caer en el empedrao. Comprendí por el vaho que había bebido mucho aguardiente. En cuanto le vide en el suelo, pegué patas pa la puerta y me boté a la calle. Por allá me topé a Galiano, que venía con otro, y le pedí ayuda pa que me sacaran al mulato. Mucho antes de llegar a la casa vimos qu'el negro salía calle abajo, entre si corro o me caigo. Yo le supliqué a Galiano y al otro que no lo persiguieran, pa no dar escándalo. Los hice collar y los premié con cena. Por ai volví a ver al cochino, y se hacía el desentendido. No sé que camino cogería.

—Usted siempre ha sido muy tremenda, Cantalicia....

—Sus padres me enseñaron a defendeme y a defender el rialito que gano. Qué tal que no juera asina, con tanto caimán y tanto logrero! Ya l'he conta, mi Niña, todas mis picardías; pero esto es el limpiapietra: ya no tengo más que contale. Ya ve, pues, que sus padrecitos sacaron d'esta india arrastrada, no una señora, porqu' eso no podía ser; mas sin embargo, una india enmendada. Y eso no lo hacía yo por conseguir buena fama, que la gentualla no necesita d'eso, sinó porque mi Dios no me zambuiga en la paila mocha. Y nu'ha de ver! No'sté pensando que cuando uno va pa viejo se le quita la calentura: uno, cuando ve por ai

un hombre jaque, siempre le cuela la tentación del pecaó.

—Válgame, Cantalicia! Los hombres como que viven tentados del enemigo malo.

—Lo mismo son las mujeres, mi Niña... Es que usté no sabe qué laya de perseguidoras se topan por aquí. Y no tan solamente entre el zamberío...

—No me diga eso, Cantalicia... Qué irá a ser de este muchachito, si seguimos entre esta perdición!

—«Pueblo de minería, pueblo de porquería», vivía diciendo su padrecito. Pero vea: a todo se le topa remedio, cuando uno lo busca. Mañana pienso madrugar a confesame, pa echar ajuera esa soberbia que me agarró con la tal Casiana. Apenas comulgue, le pido a mi Dios que nos inculque lo qu' hemos de hacer. Mire: dende esta tarde he estao pensando qu'esta Virgencita con el Señor en los brazos, que tenían en su casa, es muy milagrosa. Hagamos que Eloy le haga todas las noches algún rezo, pa que lo libre a él de tanto peligro y le ayude a don Jerónimo a salir de la pobrecía.

Aunque las mujeres se han acostado, yo no puedo dormir de verdad. Antolino me tiene ofuscado; pero, de todos modos, yo deduzco que papá no puede quererlo más que a mí. Verdad que ya no me cargaba ni me hacía tantas caricias como antes, porque ya no era muchacho de chamarra sino un grandulón de calzones; así me lo aseguraba Cantalicia, y así lo sentía yo. El Mono me había contado que la Lucinda, madre de Antolino, se había muerto, y que ña Rita Vega y las hijas hacían maldades. Siendo así, Antolino no podía ser más gente que yo; y, aunque fuera muy hijo de mi padre, no tenía por qué ser nada mío. Cuando yo

fuera grande, aprendería a pelear; ya verían que yo no era ningún gallina ni ninguna muchacha bonita; ya verían Antolino y el Bizcorneto, si les daba el antojo de meterse conmigo. Yo había de pelear como Cantalicia; esa sí era galla! Y quien la veía tan formal... Y qué tan sinvergüenza era el hijo de la Lucinda: echarme a mí un grandulazo, para que me diera miedo. Los dos eran unos sinvergüenzas. Ah bueno quién fuera grande, para darles bien duro y para saber hartas cosas, como Cantalicia!... Lo malo era que yo no se las entendía todas... y como habían rumbado al Mono, quién iba a enseñarme?... Qué sería ese cuento de «ñapanga», que dijo el Bizcorneto? Sería cosa mala, porque mi papá no se había casado con la mamá.. Ah bueno conocer a doña Andrea, a doña Lorenza y a las hijas!... Iba a aprender a cujiar a Canelo, así que estuviera más crecido, para echárselo a ese taita jediondo, si volvía a asomar por el valledo; había de tener el gusto de gritarle robagallinas y «bastardo de doña Lorenza»... Bastardo debía ser cosa muy mala, porque Casiana había dicho eso, allá como un desprecio... Bien le entendía a ése el cuento del «Cristo en qué morirse»; no le hacía: aunque papá no fuera rico, siempre era un blanco muy principal, así sin bestias y sin tapetes en la casa. Había de rezarle a la Virgencita de las Angustias, sin que mamá y Cantalicia me lo mandaran y sin que nadie lo supiera, para que papá volviera a ser rico...

Y así seguí ensartando caviloseos, hasta que me rindió el sueño.

No sé cuánto tiempo pasaría antes de cierto domingo memorable. Ha sido uno de los más felices de mi vida. Papá estaba con vestido nuevo, un vestido muy bueno, con un sombrero muy bonito

y un carriel más bonito todavía. Llevaba la chivera y el pelo recortados, y me parecía casi un joven. Cuando nos fuimos a misa, él y mamá parecían muy contentos. Después me llevó a la plaza, me dió médio para que comprara cosas y me mostró, en un tendido de cachivaches, un cartón con navajitas, para que yo escogiera una. Estaría soñando? Cuál me llevaría? Al fin me decidí por una cachicierva con un tirabuzoncito muy lindo, como para un frasquito de palma-christi. Desde ese día me sacó mamá el asentador en que él afilaba la navaja de barba, y héteme a mí, todo el santo día, asienta que más asienta, y entregado a los horrores de la labranza de palos y a la fabricación de trompitos de media carreta de hilo, de látigos, de chuzos y otros primores en el arte de la ebanistería. Ni aun a Canelo le hice ya caso.

Aunque los domingos no había tabaqueo, no dejaban de echar su conversa, de esas que yo les había escuchado. Así fue: apenas me creyeron dormido, empieza mi madre:

—Ave María, Cantalicia! Qué tal que usted fuera mala; con esa astucia suya, cuántas picardías hubiera hecho! Como Jerónimo no salió anoche y usted ha estado todo el día en vueltas, no hemos podido hablar. Debió haberle metido la leva muy bien metida, porque anoche me dió las gracias, como muy persuadido de la cosa. Pobre! Estuvo hasta muy cariñoso. Y vea: cuando le oí a usted su plan, me pareció que no le iba a resultar. Por eso me fuí para el baño, con Eloy, para que saliera sola del paso. Cuénteme bien cómo salió.

—A conforme yo lo tenía pensao. El estaba aquí, echando cuentas con un lápiz. Yo me colé al

apuesto, saqué el atao, lo puse en la tarima, lo fuí desenvolviendo de la sábana, y le dije, con mucha persuasión: «Permítame una palabra, don Jerónimo, aunque lo interrumpa un momentico. Aquí le tiene mi Niña un regalo; izque son los aguinaldos que le debe dende hace cinco años». El abrió tamaños ojos, cogió las prendas y dijo: «Y cómo hizo Rosa para conseguir todo esto?» «Con su plata, don Jerónimo», le contesté, muy en ello. «Plata? Esto parece brujería. De dónde diablos ib'a sacar ella plata?» «Del baúl, don Jerónimo. Ya es tiempo de que usted lo sepa todo: hace tiempísimos que mi Niña ha entrao en el balance conmigo, por mitá y mitá». Y me dijo: «Y Rosa si trabaja con usted? Yo no tenía el menor indicio». «Vea, don Jerónimo: ni ella ni yo queríamos que usted se impusiera, porque talvez le parecería malo, por ser mi Niña tan señora. Pero vea: no hay ni riesgo de que yo la deje colar a la cocina ni que le permita oficios de negra; pero toítico lo de adentro lo hace, con más fundamento que yo. Figúrese, como es mi Niña de hacendosa!... Vea: ella es la que sabe pesar y medir l'harina, hace las levaduras, me saca todos los despachos de la despensa, y aquí, en el corredor de adentro, me arma y me amasa casi todo. Por eso nos salen muy bien las cosas, porque yo soy muy despilfarrada, y a mí nunca me han resultao bien las cuentas. Dende que trabajo con mi Niña nos han venido las ganancias. Ella viene gastando aquí en la casa, dende que usted ha entrao en la pobrecía, y siempre ha podido hacer su guardaíto» «Pero todo esto le debió haber costao bastante...» «Como cincuenta y cinco pesos, por la cuenta qu'ella me hizo». «Y ella misma fue a comprar esas cosas?» «Nó, don Jerónimo: yo le conseguí todo. El negro Angel

María hizo el calzón, y la mujer lo otro. Como de mí nadie desconfía, truje ruanas, cortes de pañete, carrieles y sombreros, pa que mi Niña descogiera a su gusto». «Como no haya quedao debiendo plata...» «Ni medio rial, don Jerónimo: mi Niña tenía ese guardaíto». Y me contestó: «Pues ni me choca, Cantalicia. Más vale que sea Rosa, porque yo estaba medio mortificao creyendo qu'era usted la que nos estaba llevando en peso. Por qué no me lo habían avisao antes?» Yo no supe que contestarle, asina de presto, y a un ratico dije: «Si, señor: ai se nos fue pasando, aunque mi Niña me decía, en ocasiones, que usted podía estar molesto por dentro». «Y así ha sido, Cantalicia.» Yo le contesté, muy tranquila: «Es que las mujeres semos tan bobas y no caemos en cuenta que los blancos, mientras más pobres, son más caballeros y más decentes». «Muy verdá, Cantalicia: por eso nos agallina tanto la pobreza.» El mismo s'entró a guardar las cosas, y ai mismito pegué patas pa la cocina.

—No le digo, Cantalicia!... Usted es el Patas. Y qué le va a decir al señor cura de todas estas mentiras?

—Pues yo me acusaré sin explicale. Y eso, viéndolo bien, ni an mentiras es: usted siempre me ayuda, cada vez que se necesita; usted es la que me sabe pesar l'harina; usted me hace la ropa y me l'arregla; usted hace aquí adentro todo el oficio que debía hacer yo.

—No siga, Cantalicia—responde mi madre riendo.—Usted es capaz de probarme que yo soy la que trabajo y gano la plata.

—Pues siempre la gana, mi Niña, porque lo

merece. Si yo tuviera que hacele todito, no alcanzaba a ganar nada en la cocina. Y don Jerónimo también, aunque parezca que nada nos ayude: Le parece que no vale el respeto de un señor como él? El respeto di'una casa no se paga con ninguna plata. Usté cre, mi Niña, que si no fuera por él, no se nos colaban aquí blancos atrevidos go negros intrusos, d'estos que llegan al pueblo de sábado a lunes? Y en mitá de semana, anqu'él ande afuera, siempre respetan la casa los del pueblo y los pasajeros. Ni arriero ni caminante zambo han hecho aquí ninguna cosa que no pueda parecer, porque saben qu'es casa de respeto.

—Eso sí es verdad, Cantalicia; pero a mí me ha entrado cierto recelito...

—Qué será, mi Niña?

—Pues...Si Jerónimo cree que yo he ganado plata, no se le ocurrirá prestarme, en algún acose?

—Pues se la presta, mi Niña. Aquí no tiene a su india que la gana?

—Sí la gana; pero siempre es como un abuso, porque usted es mucho lo que gasta con nosotros. Yo creo que hasta alcanzada vive.

—No le digo!...Usté echa a pensar cosas, pa fatalizase. Pues no se fatalice: no debo un medio partido por la mitá; y sepa y entienda que yo tengo mi guardao, más acuerpaíto de lo que me carculan.

—Guardado? Como no lo tenga enterrado, no sé dónde pueda tenerlo. En un baúl sin llave, como el suyo, qué se puede guardar?

—Lo guardo en mi cuerpo gentil, mi Niña; no

sea inocente.

Se pone en pie, da vueltas y dice:

—Fíjese, mi Niña, y adivine ónde lo tengo; y si quiere, tiene.

—Cuénteme y no me ponga a adivinar.

—Pues aquí lo tengo muy guardaíto, en esta cintura que se ha de comer la tierra. Esas son inormias que yo aprendí dende qu'era minera. Aquí guardo mi longaniza de manta con tres telas, y ai tengo mi sartal de chelines, y hasta de condores, sin que suenen.

—No le digo!...Si no fuera porque es tan buena cristiana, hasta creería que era bruja.

—Tanto como bruja no seré, mi Niña, porque si el diablo se mete conmigo, yo nunca he hecho pauto con él.

—Ya lo veo! Usted es tan blanca y tan delicada, que cualquier blanco se daría por bien servido de ser tan decente como usted.

—Sus padrecitos m'enseñaron a ser mujer de bién y a guardar.

—Y es muy grande el guardado?

—De trescientos pesos p'arriba, mi Niña. Hace tantísimo tiempo que lo vengo ajustando...

—Pero cuándo hace usted todas esas operaciones?

—Pues en la cocina, mi Niña. Onde ha de ser? Usté ha visto que a l'oración, en cuanto despacho a las ayudantas, cierro la puerta de adentro, izque pa que no se cuele el polvo y la suciedá; es pa

que no me vean la cata. Vea usted qué trabajo tan grande.

—Y no le da miedo que sepan y la ataquen, cualquier noche, para robarle el guardado?

—No sea boba, mi Niña; quién lo vá a saber?

—Y no sospecharán?

—No, mi Niña. Algunos creen que yo entierro, y hasta lo han dicho; y yo, así con disimulo, y como quien no quiere la cosa, les hago creer que sí.

Amaneció aquel lunes, y, oh ventura insólita! En almorzando salí con mis padres a comprar ropas y cosas a las tiendas. Atisbaba por ahí al Bizcorno, para que presenciara nuestra prosperidad. Pañolones muy floreados, telas blancas y de color, driles y calamacos; de todo hubo para los cuatro miembros de la familia. No me quedó la menor duda de que la Virgencita de las Angustias, a quien había rezado en secreto, fuera la autora de todas aquellas grandezas. Yo leía en las caras de mamá y de Cantalicia todo un tratado de felicidades.

Papá, desde la comida, avisa que no saldrá ni en la tarde ni en la noche. Recuéstase en un taburete, se pone a fumar muy tranquilo y me hace sentar a su lado, con todo y perro. Me examina los dientes, y, allá como un papá muy formalote, me dice:

—Te salieron muy bonitos y muy parejos. No te dañaste nada con la muda: siempre quedaste el negrito Eloy, muy cuadrado y muy picante. Pregúntaselo a mamacita.

—Ella me ha dicho—murmuro yo, bañado en agua de rosas—que estoy más canturrón, pero más querido.

Nunca había visto a papá así, conversando tan sabroso. Bien entendía por esto que la cosa estaba buena. Háblame de Canelo; de lo bien que queda la manga tan limpia; de que no me pondrá en manos de ese maestro verdugo, y de tál y cuál.

Llega la noche y me meten en la cama. Soy todo oídos.

—Se quedó como una piedra. Así se duerme siempre?

—En ocasiones—contesta mi madre, enrolla que más enrolla, contra la mesa, las hojas medio humedecidas del tabaco.

—Y ha seguido siempre sumiso y obediente?

—Lo mismo, Jerónimo. El, con toda su viveza, nos atiende sin rebelarse.

—Y también me estaban guardando el secreto de las gracias de Antolino?

—Quién le dijo, Jerónimo?

—Sabas me contó todo el cuento. Lo recomendé para que lo regañara por su cuenta. Yo estoy en una situación tan particular con ese muchacho... No quiero enredarme más con la vieja Rita, que es una culebra.

—Y usted qué ha pensao hacer con él?

—Por ahora, nada. Como usted lo sabe, a mí me lo adjudicaron desde que nació; pero si desde entónces tenía mis dudas, día por día han ido aumentando. Yo no le encuentro nada que se parezca a mí ni a mi familia. Me han asegurado que la sangre tira y que es la mejor señal: pues les aseguro que a mí no me ha tirado nunca con este muchacho. También es que Lucinda, conforme era de bonita era de falsaria. Dios le haya perdonado,

como me habrá de perdonar a mí; pero ella y la vieja Rita sólo trataban de especular con el más pudiente. La vieja ha seguido en su negocio, y la hija menor como que le ha resultado muy productiva.

—Virgen Santa, Jerónimo! Yo no me figuré que hubiera en el mundo madres tan malas...

—Ni maldad será, hija. Qué otra cosa puede hacer una pobre arrastrada, tan ignorante, tan estúpida y tan inútil? Antolino, por lo que yo he observado y oído por ahí, le sacó la entraña a la ralea. Si los hombres pensáramos en las consecuencias de ciertas cosas, tal vez no cometiéramos tantas faltas y tantas majaderías. Sabas siempre me ha aconsejado que no lo reconozca en forma legal. Creo que tiene razón: muchos hijos reconocidos no han salido con nada y han puesto a sus padres en mil trabajos. Antolino dizque es uña y carne del Daniel de Lorenza: tál para cuál!

—Bueno, Jerónimo. Usted también me ha guardado secretos: por qué no me había contado que fue novio de doña Lorenza?

—Yo? En mi vida se me ha ocurrido! Son cosas que han inventado ella y la tía, por hacerse las interesantes y las pretendidas. Eso es todo. Usted les debe saber sus historias.

—Ahora ha venido a saberlas, don Jerónimo. Yo se lo conté todo, pa que viera por qué vive picao Daniel.

—Ese es otro alocao, que no tiene ni culpa—repone mi padre.—Cómo serán las cosas que le ha inculcado Andrea, con esa lengua tan viperina! Por el estilo de él hay muchos aquí. En estos pue-

blos de minería, donde han vivido gentes de toda clase, siempre quedan estos descendientes, tan difíciles de manejar. Si yo, con uno solo, he tenido mis quebraderos de cabeza, qué será de otros que tienen varios? Y no hablemos más de esto, que no vale un comino. La cuestión es que Eloy no coja a andar calle arriba y calle abajo. Ustedes verán qué le inventan para no traer aquí más Monos.

—Yo tuve la culpa, don Jerónimo.

—Ni usted ni nadie la tuvo. Cosas que uno hace con muy buena intención, le resultan a ratos muy malucas. Yo quería decirles que en estos días he estado medio animado y viendo la vida menos negra. Sabas me ha consolado mucho y me ha hecho reflexiones muy buenas. Es que la suerte me ha aporriado tan duro, en estos últimos años, que me he ido jumentizando y volviéndome un cualquiera. Es que un noble que ha tenido plata, cuando se ve con la pata al aire y mal vestido, acaba por no creerse ni gente. Esto me ha pasado a mí: se me ha cerrado tanto la bienaventuranza, que no he visto por dónde salir. Yo no sé, Rosa, si usted habrá comprendido por las que he pasado. Lo que más me duele es que a usted le ha tocado el amargo: desde que nos casámos se me torció la suerte, y después vino la guerra y todo se trastornó, y la tal mina acabó con lo que tenía y me dejó viendo para el páramo. Ya ve, hija, las cosas de la vida: cuando nos casámos creía yo que en el mundo no podía haber un hombre más dichoso que don Jerónimo Gamboa; y he venido a parar en que usted y Cantalicia me sostengan en peso. Con mucho disimulo me han echado encima una muda, por no verme tan derrotado.

—No diga eso, Jerónimo—interrumpe mi madre.

—Sí, hija.—corta mi padre.—Todo son formalidades de ustedes y yo se las agradezco; porque a los blancos, cuando nos sinvergüenciamos, hasta las mujeres tienen que favorecernos. Yo creo que la tal muda la compraron en compañía, o la compró Cantalicia sola.

—Permítame, don Jerónimo, y perdone que meta la cucharada. Figúrese lo que quiera, y eso viene a ser lo mismo. Lo que tenga yo, sola o en compañía con mi Niña, es suyo, don Jerónimo, porque usted es el jefe de la casa.

—Así será, Cantalicia; pero un jefe que no puede sostener su familia es apenas un jefe de nombre. Esto me ha pasado a mí. La necesidad tiene cara de hereje; y cuando la pobreza de alfombrilla, como esta que he padecido yo, lo agarra a uno, mucho es que uno no coja la jíquera y se vaya de puerta en puerta. Hace tres años que no doy un medio en esta casa, fuera de su arriendo. De dónde iba a sacar para más? Para qué iba a contarles el cuento y a plañirles necesidades a gentes que no me habían de favorecer? Es que ustedes no saben lo que es un blanco cuando se quiebra. Por eso me he hecho de la oreja mocha con ustedes. Y, como nada me han pedido y yo no veía miserias y necesidades, me he ido enseñando a que me mantengan. Eso es lo triste de la pobreza: hasta la dignidad se le quita al más gallo. Pero, como les venía diciendo, me he recobrado en estos días una uña. Y vean: me he llenado de agujeros. Hasta risa me da! Les aseguro que este carriel que he tenido que usar últimamente, me ha entripado de la manera más boba. Yo les diré: mi padre, que tenía muchos cuentos y estribillos, repetía, cuando se trataba de hombres pobres, estos versos:

Cuando el carriel se me pela
Nada en sus antros encuentro:
Si está pelado por fuera,
Más pelado está por dentro.

Y este versito se me clavaba en la cabeza, hasta ver en el carriel una cosa mala que me perjudicaba. Ayer, cuando estrené este del aguinaldo, me sentí como libre de un perjuicio. Lo que son las cosas! Tal vez los agujeros serán una cosa como presentimiento. Ustedes bien saben que con las miserias que cojo cada semana, me voy por allí a los juegos, a tentar la suerte. En una cosa tan ratera poco es lo que he perdido y poco lo que he ganado: mes con mes, he sacado el libre. Ayer, a la oración, me dijo Sabas: «Hay un juego muy bueno esta noche; todos estos forasteros que vinieron a las riñas, trajeron la bolsa repleta; allí están todos los tahures abiertos del pueblo. Asomémonos». Me negué, por mi pobreza, y Sabas me dijo: «Te doy cincuenta pesos; si los perdés, nada me debés; si ganás, la ganancia es tuya.» Así me llevó. Ya me han visto hoy con plata. En menos de media hora me gané cuatrocientos sesenta y tantos pesos. Sabas me sacó, como alma que lleva el diablo. Le pagué y me guardó doscientos pesos; con el resto me he comprado la ropita, y todavía tengo en la chácara aliguito de menuda. Sabas casi me hizo jurar que no volvería al juego, porque me barrían esta noche. Le prometí que no iría esta noche ni nunca. Esa ganancita, aunque sea una miseria, de algo le sirve a un arruinado como yo. Ya ven que ustedes me trajeron la buena suerte. La engañé anoche con la muda nueva: me creyó blanco rico.

—Asina me lo figuraba, don Jerónimo, cuando lo vide tan amaizao. Y si la suerte lo favoreció en el juego, no habrá de favorecerlo en el trabajo?

—Dios la oiga, Cantalicia. En todo caso, así que me he visto medio decente, me parece que nadie se atreve a tirarme de la barba, como me pasó el otro día.

—No se ha vuelto a encontrar con don Elías, después de la fianza?

—Sí, hija; se me había olvidado contarle. Sabas nos reconcilió, desde el otro día. Elías me dió satisfacciones, y volvimos a quedar medio amigos. Pero en trabajos con él no me vuelvo a enredar, aunque esté muy arrancado. Sabas tiene pensado unos trabajos de veraneo, y otros en unos organales, y dizque cuenta conmigo. Me paga buen sueldo y un buen porcientaje. El tiene la ventaja de ser muy abierto y muy legal. Le ha ido bien por allá en Tacamocho, donde ha estado todo este tiempo; y me ha asegurado que aquí nos ponemos las botas. Y como él y sus hermanos me ventajaron tanto cuando mi quiebra, creo que quiere ayudarme ahora, para lavar las que me hicieron.

—Por qué se volvió él de allá, Jerónimo, yéndole tan bien?

—No se ha vuelto; allá quedaron sus dos hermanos en los trabajos. Irá allá cuando se necesite, porque ni a él ni a la familia les ha asentado ese clima tan bravo. Me ha prometido que, si no nos va bien, me consigue una colocación en un buen establecimiento. Me asegura que esta es la mejor ocupación de los mineros que no somos afortunados. Me ha hablado de muchos que han conseguido plata dirigiendo empresas ajenas. Me puso de ejemplo a don Teodoro Moncada. Don Teodoro vivía aquí con su familia. A ese le sucedió lo mismo que a mí, pero más en grande. Mi padre y él se entendían muy bien, y mi abuelo y don Julián, el padre de don Teodoro, eran íntimos; no

podían convenir con la Independencia, y no hacían más que hablar del rey y rezar para que volviera a mandarnos. Mi padre le sirvió y favoreció en lo que pudo; pero, después de luchar con las tales minas, quedaron en la ruina y tuvieron que salirse de aquí. Por allá, por los lados de San Juan, trabajaron con otros unas vetas, y tampoco les surtió. Se dejaron de trabajar por su cuenta, y en La Blanca está trabajando don Teodoro con uno de sus hijos, en la dirección de una empresa. Ha tenido tan buen sueldo, que pagó hasta el último medio y ha conseguido así lo que no consiguió trabajando con su plata. Ojalá yo encontrara un destino, por allá bien lejos, donde pudiera levantar este muchachito sin tantos peligros de perdición.

—Bueno, Jerónimo: y si cierra el contrato con don Sabas, qué piensa hacer conmigo y con Eloy?

—Llevármelos: eso es claro. Allá no les pasa nada. En el río, cuando más le darán fiebres a usted, y eso hasta puede convenirle para aquel asunto...

—Eso mismo me ha dicho Cantalicia.

—Yo sí, don Jerónimo. Yo sé que cuando las mujeres se ponen repolludas, como mi Niña, dejan de tener familia: les pasa como a las matas muy frondosas, que todo se va en hojas. Dende que mi Niña se quebrante, de mellizos no la rebajo.

—Muy cierto, Cantalicia—dice mi padre,—pero hasta mejor habrá sido así. Qué hubiera hecho, en esta situación, con otros muchachitos?

—Mi Dios habrá de mandales tres o cuatro más. Allá verán!...

—No sería malo, con tal de que cada uno lo mande mi Dios con su arepa debajo del brazo.

—Cuenta con ello, don Jerónimo. Allá verá que de hoy en adelante le voltea mi Dios la suerte.

—Que El la oiga Cantalicia. De todos modos, yo me siento muy esperanzado. Sabas está por abrirme buen partido. Por ahora me voy con él. En el molino de acá ha contratado una molienda de seis o siete parejas, que ya tienen allá sus montones de minerales. Pedro, el molinero, es muy envolatado y muy malgenio, para manejar esta gente. Yo voy a ponerme al frente del asunto. Según cuentas, será cosa de dos o tres meses. Así es que cuando lleguen los julios del año entrante, podemos bajarnos al veraneo.

—Y para un veraneo, tan solamente, tiene que alzar con nosotras y con Eloy?—pregunta Cantalicia, muy respetuosa.

—Es que el veraneo tiene colas: en cuanto cambie el tiempo, nos vamos de para abajo, a trabajar unos organales. Son en un paraje muy alentado: están altos y lejos del río. Si la cosa resulta, ahí vamos viendo cómo alzamos con los corotos.

Con la expectativa de tantas mudanzas y con tantas cosas como he escuchado, entro en un estado de embelecamiento interior, que aquello es dar y cavar, siempre sin preguntar nada y disimulando mis cosas, porque así era yo. Ni la cabeza de caballo, muy bien encabada, que me pagan de aguinaldo, me saca del ensimismamiento. Cantalicia ha hecho mucha nochebuena para la venta, y tal atracón me he dado, que aquello ha sido de cama y de purgante, de idas y venidas. Hablan de los pesebres, del Niño Dios y de la Misa del Gallo. Poco entiendo yo de esto, pues nunca he visto al Niño; y, allá en medio de mi enfermedad, me pare-

ce ver un gallo, muy lindo y muy grande, canta que canta, en el altar, junto al cura, como diciendo él la misa.

Por estos días presencio algo, para mí desconocido, que me aterra: una mujer enloquece, y pasa gritando por la calle, hablando sola y tirando piedras a cuantos ve. Cuando la van a coger, da berridos como un animal, se revuelca y se rasga la ropa, y tienen que agavillarla entre muchos para poderla amarrar. Cantalicia me explica lo que es locura, y me asegura que, si salgo a la calle, me agarra la loca y ahí mismo me destripa, como a cucaracha en vergüenza de puerta. Tal pánico me entra que en muchos días no asomo las narices por el corredor de la calle.

Otro día conversa papá muy largo y muy bonito, después de la comida.

—Nos tenemos que salir de todos modos. Casualmente que yo no nací aquí. Esto se va acabando, que se las pela. Aquí no han quedado sinó tres o cuatro blancos, entre un zamberío entronizado. Es que usted no sabe, Rosa, cómo fue Orofino en sus tiempos. Pregúntele a Cantalicia, que no me dejará mentir.

—Yo no l' he contao nada, mi Niña, porque, pa qué lamentanos d' esas cosas que hoy no hemos de tener? Pero vea, mi Niña: esto vivía prendido a toda hora, que parecía mismamente una publicación de bula. Pero no vaya a creer qu' era de zamberío solo: aquí se juntó una manada de blancos, de una y otra laya, a cual más prencipal y acaudalao.

—Eso me decía misiá Gertruditas; lo que no he entendido bien es por qué se salió toda esa gente.

—Vea, hija: con el cuento de la minería se fue fundando este pueblo, y esto se llenó de gente de todo el Estado, que venía a trabajar, no tanto en las minas como en los negocios de venta y rescates. Pero estas minas se fueron empobreciendo y los negocios se fueron acabando. Los unos se volvieron para sus pueblos y los otros se regaron por Amalfi, Remedios y por Tacamocho. De aquí salió ese montón de ricos que hoy viven en La Villa y en el propio Bogotá. Y no ha de ver: muy pocos consiguieron con las minas; los más, fue negociando. Mi padre bregó mucho para que me metiera de negociante, pero yo nunca he tenido genio para eso: le heredé a él la manía por las minas. El decía siempre que la tal minería es más vicio que oficio; que los mineros somos unos tahures con disculpa; y que, lo mismo que los tahures, no dejamos el embeleco, aunque nos arruine. Y es el puro Evangelio, hija: los mineros nos empecinamos, y de las minas no nos sacan. Pero, en fin, algún día nos habrá de surtir. Sabas me ha contagiado toda su fe. Conque vayan preparando todas sus cosas y vendiendo lo que haya que vender.

—Sí don Jerónimo; en eso estamos mi Niña y yo. Pa qué llevamos ropa buena a esos montes? Yo l' he cantaleiao a mi Niña que no tenga recelo de ninguna laya.

—Sí, Cantalicia; qué va a sucederle? No es Rosa la primera blanca que se mete por esos lados. Ni a Eloy tampoco le sucede nada; este es un negrito que está muy bueno para tierra caliente. Si a mí, que he sido medio capio, no me ha pegado ni el carate, por allá en esas cantumbas y guaicos, qué le va a pegar a este dientes de quesito?

Bien me acuerdo cómo nos fuimos y de las cosas que nos llevámos; pero en cuanto a dirección,

no tengo ni idea. Sólo sé que descendimos.

Aquí principia otra etapa de mi vida. No debo referirme únicamente a las impresiones de aquella mi alma de ocho años; tendré que agregarle, para mejor inteligencia de estas mis memorias, algunas nociones adquiridas posteriormente.

III

Dios le dijo a esta Antioquia: «Te haré arrugada y escabrosa, para que tus hijos luchen contigo. Su vida no será en labranzas ni pastoreos apacibles: habrán de sacarte el pan de tus propios entresijos. Mira: tu relieve es tál, que tus mismos geógrafos habrán de confundirse; los hombres que vuelen por tus espacios podrán darse mediana cuenta de tu formación, mas nunca podrán contemplarte tal cual eres en tu conjunto, ya te estudien de soslayo, ya de plomo». Conforme lo dijo Dios, tuvo de ser. Aborígenes, conquistadores, colonos, esclavos, hombres libres, todos, unos tras otros, han rompido y escarbado este suelo, en busca de ese Dios adorado desde su primera revelación, y que lo será, seguramente, hasta la consumación de los tiempos.

Estamos orillas del Nechí, como quien dice.

Este río, encajonado entre dos cordilleras, viene recibiendo, desde su nacimiento, los numerosos tributos que ellas le rinden. Cuando se ve caudal, cambia su nombre por el de Porce; cuando asciende a mayores, se nombra Nechí, para juntar sus grandezas con su compañero occidental.

El Nechí!... Toda la historia de este terruño intertropical y andino está vinculada a este río, que arrastra en sus fangos la divinidad universal. Desde el siglo XVII, los reyes de España hubieron

de legislar sobre él; desde ahí su fama y su leyenda. Sus aguas endiabladas han sido y son todavía el camino que en estas montañas nos lleva hacia el ideal soñado. Y todos, cuál más, cuál menos, peregrinamos hacia el Catay de la Quimera. Estos fangos han hecho ricos a unos cuantos y han hundido en su fondo cuantiosas fortunas; mas las esperanzas no se hunden nunca. Los mineros, héroes de las luchas aleatorias, no son los condenados del Dante: siempre van tras el Dorado, siempre confían, siempre esperan.

Compañías, empresas, particulares arrestados, han perseguido siempre este río; mas los que en él moran y trabajan a porfía son los negros. Ellos constituyen en Antioquia una clase sui generis, de caracteres muy curiosos. Los patrones que en este río tengan titulaciones legales, les permiten trabajar donde quieran, con tal que les vendan el oro con una rebajilla del precio corriente, y les compren los víveres y los cachivaches que en sus proveedurías mantienen. En las «fondas», como llaman la casa o lugar de esos depósitos, dejan el valor de sus oros. Los que ahí se quedan unos días lo derriiten en bacanales tremendas. El Amor y la Muerte, estos dos agentes de la transformación del organismo viviente, tienen en estas márgenes selváticas las manifestaciones más violentas; sus crisis máximas son las tales francachelas.

Mas no son todos los negros para cumplir compromisos con patrones más o menos agiotistas. Muchos les hacen lo que ellos llaman una «guagua»: se escapan cuando menos se lo percatan los patrones, y se van a cambiar sus oros a otras partes. En todos estos pueblos, cabeceras de los varios municipios que el río atraviesa, son clientes muy disputados y consentidos por los comerciantes. Les

cambian el oro, y en sus almacenes queda casi todo. Bien le conocen el gusto a la negrería, y procuran satisfacerlo. Qué artículos más raros en aquellos pueblos medio sencillos! Peluches, rasos, cintas, plumas, flores de trapo, encajes, todos los tintes chillones, todos los adornos ostentosos, son para esas negras, casi siempre caratosas; para ellas, esa joyería de pacotilla que por acá se trabaja; oro de buen kilate con incrustaciones de vidrio o de coral. Y vengan los zarcillos de pensamiento o mariposas; vengan las rosetas de toda forma; vengan los broches de guacamaya comiendo las uvas de coral; vengan los redondeles de vidrio con sus hojas, a guisa de flor; vengan los abalorios y collarettes que de Europa nos traen. No se quedan atrás los algodones de bajo precio: las cretonas, las telas engomadas, todos esos floripones para decorado doméstico, son las telas que visten aquellas beldades. Lo rojo, lo amarillo, lo encendido, todo lo escandaloso y lo mareador, es una como psicopatía de la raza negra. Tienen, por esas alturas montañosas, sus modistas, que crean e interpretan su estética indumental. Las guacamayas pintas deben de ser sus modelos, por ley de ambiente.

No les van a la zaga los negros. Qué pañetes de pintarrajos; qué forros atigrados de bayeta en aquellas ruanas, de anchísimo ribete, con pentagramas al pespunte; qué camisas de tartana coloradas, solferinas, azul de Prusia, con aquellas cadenetras blancas y aquellas carteras a lado y lado. Y qué decir de los carrieles envigadeños, con sus labores, con sus filetes, con sus chapetas de plata? Cuando alguno de estos negrazos afortunados compra o alquila caballo, es la gloria. Esos sí corren, esos sí atraviesan la yegua por donde

mejor se les vea. Ya sabemos lo que es un negro a caballo.

En sus asuntos matrimoniales hay casos bellos. Esas matronas venerables pretenden con frecuencia casar sus negritas con alguno de estos blancos de la montaña, de facciones muy perfiladas, de estatura prócer y patas apostólicas. Porque sean montañeses no dejan de ser pillos: les cogen a las presuntas suegras el orito y los presentes con que quieren halagarlos, y luego se escurren como sabaleta. No acontece lo propio con los negros, que suelen pescarse campesinas bonitas. Esto sí es triunfo! Se vienen a Medellín y les compran las galas por lo blanco y señorial.

Tales matrimonios se celebran los lunes y son, en esos pueblos, un verdadero carnaval. Todo el negrerío del acompañamiento, puesto de veinticinco alfileres, recorre el lugar tantas veces cuantas sean las variedades de sus ornamentos. Esto es una apoteosis. A las veces se quedan uno o dos días, para darse el buen tono y el gran pisto. El oportuno, los vinos dulcetes, las sardinas en tomate, los encurtidos, todo cuanto pique, pasa por esos gañotes, habituados a los sancochos plataneros. En tan solemnes días son los untos de pomadas y lociones fragantes; son los riegos de pachulí y esencia de rosas; y aquel olor de la raza africana, combatido por tantas mixturas, levanta una le dentina de todos los diablos chamuscados. Apesta que más apesta, invaden las casas de panaderas y dulceras. Casualmente que para esta negrería, que sabe gastar la plata, fabrican aquellos panes inmensos por lo fino y lo costoso; aquellas cocadas y pastas de azúcar pintas de colores varios. Bien sabido lo tienen en esos pueblos: «Lo que cogen los del hoyo, lo recogen los del alto».

Pasados tan costosos esparcimientos, limpios los bolsillos, tornan guagüeros y quedados a sus faenas en el río. Las hembras compiten con los machos, y a veces son más bragadas que el negro más valentón. Son las Amazonas de esta guerra con el agua y con la arena, con la piedra y el cascajo. Trasiegan río arriba, río abajo, medio desnudas; escarban aquí y allá; aquí y allá hunden sus bateas y sacan cuanto alcanzan; bucean a nariz limpia, y las buzonas aguantan más dentro del agua que los negros que mejor contengan el resuello. Son cazadoras muy intuitivas, entienden mejor a los perros y su puntería es muy certera.

Por las noches, en torno del lar llameante, celebran sus ágapes; y al són de guaches, de tambores sobre algún trozo de vaqueta templado, a las modulaciones de algún popo horadado, tañido por sus mejores artistas, entonan esos motivos salvajes y melancólicos, y danzan en esos giros libidinosos, peculiares de esta raza.

En las márgenes del río, en ese laboratorio íntimo de la Naturaleza, donde tan claro se ve la transformación de la materia animal y la vegetal, pasan su vida y la transmiten, entre el connubio de árboles y yerbas, de tanta fauna, del agua y del suelo, del sol y la tierra. Los pocos que alcanzan a la vejez son mendigos. Por fortuna el clima acaba con ellos no muy tarde, si no se matan unos a otros por sus celos y codicias.

Don Sabas, trabajador legal en cierta demarcación, un poco más abajo de Orofino, tenía por ahí su fonda y su clientela masamorrera. Eran sus aliados, cuando le daba por veraneos, unos tales Builes, muy entendidos en todo trabajo de minería, y de toda su confianza. Componíase la tribu de

dos viejos con sus cinco hijos. Los Builes buscaban y encontraban todos los trabajadores, para estas lides veraniegas.

Acompañada de don Sabas llegó la caravana de mi familia, cuando menos me lo percaté, a la fonda susodicha, a eso de las dos. Lo recuerdo muy bien. Era algo así como una ramada, de paredes de barro y palo, con corredores por los cuatro costados, bastante larga y con otras dos más pequeñas a los lados; las tres con sus respectivas cocinas algo apartadas. Todo ello en una reducida abertura y junto a un arroyuelo. Rodeábanlas algún sembrado de plátano, unos totumos muy altos y cargados, limoneros y naranjos agrios, matas de caña y cepas de árboles. Distaba poco del río, y a él se bajaba por trochas y senderitos muy practicales, por entre los árboles que habían dejado en la tumba del monte y el rastrojo que surgió luego. A través de esos follajes alcanzaba a ver el río. No fue poco mi desengaño: me lo había figurado cristalino, como el manantial que dejámos en casa, y lo veía de un color muy sucio y muy feo y lleno de espumarajos y basuras. Y más acá, en la orilla, muchos negros, de aquí para allá, cargados con palos y bejucos. Cantalicia me da muchas instrucciones y enseñanzas: todo eso era para hacer el caballo. Héteme a mí en expectativa.

Lo que traemos lo descargan en una de las casitas. Ahí se entran papá, mamá y Cantalicia, mientras yo doy vueltas con Canelo, en torno de la casa grande. Atisbo por la despensa, por la tienda; me cuelo por la sala; veo muchas palas y cosas encarradas: bateas, garabatos con atarrayas y hamacas, y no sé qué más; tres hombres andan por ahí, en ocupaciones que no entiendo. Me asomo a la cocina: dos mujeres están en atareo, y

tres muchachitos desnudos, sentados en bancos, sacan granos de masamorra de una totuma que sostiene el mayorcito, y se atarugan, muy satisfechos. Canelo husmea de aquí para allá, como muy inquieto y forastero.

—Tiene mucha de la fatiga, el muchachito?—
interrógame una, muy cariñosa.

—Cantalicia me dió cosas en estico.

—Qué tan preciosa la criatura de mi Dios!—exclama la más vieja, desde el banco donde boga claro.

—Máma, véale esos ojos y esas pestañas!...

No sé por qué me fastidia el elogio; sería por venir de negras tan feas? Sería porque ya era un muchacho de calzones?

Cuélome por nuestra casa y la examino. Es un mero cuarto, bastante grande, con corredorcito atrás y adelante. Son sus puertas de palo redondo y tablones a medio aserrar; dos huecos cuadrados, a manera de ventanas, se abren en los testeros, cubiertos hacia afuera por una red de cabuya, a modo de atarraya o de jíquera ojiancha. Interrogo. Cantalicia explica:

—Las hacen así pa que la calor no sofoque y pa que no se cuelen los murciégalos. Y usted, ya se lo tengo bien dicho: de aquí de los patios y laos de la casa, no me da un solo paso por entre el rastrojero. Ya lo sabe, Eloicito. No habrá tigre ni animal carnívoros, pero me lo pica alguna culebra go algún alacrán de monte; esto es si no se cuela algún tatabro por acá y le mete su buen mordisco. Aquí se entretiene con Canelo, onde no lo agarre el sol.

—Y cuándo me baja a ver el caballo?

—Apenas lo'stán haciendo. Nicanorcito lo baja a l'espalda, asina como lo trujo. No está, pues, tan amigo con él?

—Sí. El me quiere mucho...

Mamá está medio recostada en la cama, sobre la estera de guasca de plátano. Las tales camas!.. Son de palo enterrado y de palo tendido; por el mismo estilo son las tarimas. Una mesa muy bronca parece montada en dos burros de palo, y dos remedos de taburetes lucen el cuero de vaca, el uno medio repelado, el otro con todo y marca. Cantalicia trastea por pailas, peroles y cazuelas; por «el cobre», como ella dice. Abre baules y maleta. Yo me siento a ver.

—Ya ve, mi Niña, que ai se va enseñando a l'estera. Anoche l'hizo mella en cas de Pedro Builes, por la poca costumbre; pero aquí, con la calor, no aguantan colchón ni los viejitos más flacuchentos. Esta noche, cuando se acueste, la despojo de toda esa ropa. Aquí le tengo aparte la que se ha de poner: la merita saya, sin atrincársela mucho, y la camisa suelta, así como la uso yo y la gentualla. El vestido de señorío no se puede usar en este monte. Pero, eso sí: sus medias y sus zapatos no se los dejo quitar, manque la incomoden. Usté es señora de media y zapato; no de alpargate, como cualquier zamba. Con sus medias no le pica mosco ni zancudo; con sus zapatos no pisa suelo sucio ni l'embroman las hormigas.

—Bueno, Cantalicia; pero cómo hago para bañarme?

Valiente trabajo, mi Niña! Desde que llegámos, atisbé el charco. Ai ponemos, al bordito, unos palos bien buenos y bien limpios, y yo le chorreo

agua, con una d'esas bangañas grandes que tiene Cuncia en la cocina. Ya juí a hacele el salvajón a ella y a la Chepa; ai les entregué los pañuelos y la limetica de olor que les trujimos. Mucho que se alegraron, y ahora quizque vienen a saludala, si usté no'stá muy cansaíta.

—No, Cantalicia. Ayer me molió mucho la silleta, pero hoy no. Tampoco me ha parecido el calor tan bravo como decían.

—Hoy no; pero allá verá cuando se afine el verano y se levante el canicular... Pero vea: yo le doy hartas tomas de agua chorriada, con poquito dulce y harto agrio, y verá lo bien que le sientan; y le hago también horchatas de una y otra laya; por aquí se consiguen guanábanas go cañafistolas, y verá los refrescantes que le arreglo... Allá verá que nada le sucede, dende que no haga calaveradas. Esto siempre está altico, y aquí no gana la plaga ni la jediondez del río. Ai me dió la mujer de Builes una china de palma, pa que s'eche viento. Por dos o tres días tiene que conformase con el viche asao, porque yo no le dejo probar arepa de pelao ni de todo el maíz: eso le da asiento.

—Le entendí desde anoche a la mujer de Pedro Builes que por aquí no usaban pilón; cómo va a hacer, entonces, arepa de blanco?

—Valiente trabajo, mi Niña! Se la hago de maíz cascao, go pilada, si le parece mejor. Si quiere, mañana mismo hago pilón en el suelo, con sus palos bien enterraos y con asiento de piedra, que pa eso hay buen'hacha y buen serrucho. Y vea: Nicanorcito, que tiene tanta curia, me labra las manos en un momento. Valiente cristiano pa formal y pa tener una conversa más sabrosa y más aliñada!...

Cantalicia sale, y torna a poco con los platos de sancocho y los plátanos asados.

—Siéntese, mi Niña, y cóma, aunque no tenga gana. Ni an malo está, aunque estas son cocineras de pionada. Don Jerónimo está comiendo con don Sabas en el cuarto del cambio.

El comistrajo me pareció delicioso.

A poco se presenta Nicanor en persona, con calzón de manta, camisa suelta de lienzo gordo, muy limpio y muy peinado.

—Aquí vengo, misiá Rosita, a ver si se le ocurre algo.

—Gracias, Nicanor. Por ahora lo dejamos descansar. Pero de mañana en adelante creo que lo iremos a molestar mucho.

—Qué me van a molestar, señora! Ojalá pudiera servirles de algo.

—Y todo lo que nos ha servido en el camino? Aunque no fuera sinó la buena compañía. Si no está muy ocupado, siéntese un ratico y écheme una buena conversa, como esas que le echaba a Cantalicia ayer y antier por todo el camino.

—No me convide mucho, señora, que en casa me regañan izque porque soy muy intruso con las personas principales.

—Es que ustedes son blancos, aunque vivan en montaña. Eso se les ve por encima.

—Negros no somos—responde el mozo sentándose:—pero sí unos montañeros que caminamos pa delante porque p'atrás no podemos.

—No desagere tanto, Nicanorcito—interviene Cantalicia.—Yo conozco hace tiempos a su taita, y sé que son muy hombres de bien y gente muy lim-

pia. Si no fueran asina, no los tuvieran don Sabas y sus hermanos tan paniaguaos y consentidos.

—El es muy formal con nosotros, y desde que yo me conozco siempre hemos trabajao con él y sus hermanos. Don Sabas es mi padrino y ha sido demás de bueno conmigo.

—Ustedes son de Orofino?

—No, misiá Rosita; los Builes somos todos de los laos de Joyorrico. Somos una mala visión; aquí no habemos sinó unos poquitos, y los mozos no somos ni aun hermanos. Bruno y Esteban son hijos de mi tío, y por eso los llaman los Peruchos. A Zoro, Rufino y yo, que somos de Juan María, nos llaman los Juanchos.

—Y qué le parece, mi Niña: se dejó arrempujar del hermano menor. Y ai lo ve tan repispao.

—Sí, señora. A Rufino le vino la calentura desde antes de tiempo, y tomó estao a los diez y ocho años. Apenas tiene diez y nueve, y ya se topó muchachito. A esa edad se casó Zoro, y ya tiene tres.

—Pero no piense, mi Niña, que se va a ordenar: se le ve en el modo qu'es muy tremendo.

—Ni aun tremendo seré nada, mana Cantalicia; más bien mentecato. Mis cuñadas dicen que izque soy muy embarrador, porque les echo conversa a tres o cuatro. Izque tengo que casarme antes de un año, precisamente. Si no me caso, me desgañota mi taita. El dice que el hombre que no se casa mozo tiene que darle a Dios una cuenta muy enredada.

—Pues quién sabe cuántos enredos tendrá la suya...—se deja decir Cantalicia.

—No serán pa que me pongan impedimento. Mis dos cuñadas son hermanas y tienen una que izque me conviene mucho; pero tres Builes casaos con tres Arroyaves resulta como una manía. En Aguaslimpias tenemos una vecina que me lleva nueve años, y qué le parece! me gusta más que las jovencitas; pero en casa dicen que es como si me casara con mi madre. Será que soy viejero!...

—Hasta estará comprometido con ella...

—Floreos nada más, mana Cantalicia. Pero no mentemos estas cosas. Lo que fuere sonará... Cómo le va pareciendo esto, misiá Rosita? Se irá a aburrir mucho?

—Desde que no nos enfermemos, creo que no me aburro... Por qué me he de aburrir?

—A lo más les darán algunas fiebreцитas. Pero no se le dé nada: mi taita es muy buen curandero, y se las corta de algún modo. Como ha vivido tanto con los señores entendidos, sabe componer remedios muy buenos y mantiene sus frascos de quinina.

—Poreso será que usted y sus hermanos tienen cara de ser muy alentados. No parece que hubieran vivido en estas tierras bravas.

—Siempre nos han pegao a todos tres; pero uno se va enseñando. Y ya ve que en estas minerías no puede cuidarse uno.

—Usted será muy buen minero...

—Ni aun eso, misiá Rosita. Yo le hago a todo, pero a nada en fundamento. En trabajo de minas hago lo que me dicen, pero no entiendo nada. Lo hago menos mal en cortes de madera, en armada de ranchos y de casas y en otras bobadas. En el río también hemos trabajao lo que hemos podido.

—Hasta sabrá zambullir...

—Tanto como saber, no señora; pero sí he zambullido en varias ocasiones. Me daba rabia que estos negros echaran tanta flota, y los blancos no debemos dejarnos pisar de ellos.

—Y su padre sí lo ha dejado?

—El no estaba en el río en esos días. Cuando lo supo me metió mi buena raspa. A él ni aun le gusta mucho que nos metamos en el río; que no izque es por el peligro, sinó porque los blancos no debemos empelotarnos delante de estas negras.

—Se ve que es un taita que cela a sus hijos.

—Con éstas no tiene por qué celarnos, mana Cantalicia, aunque fuéramos más sinvergüenzas qu'ellas.

—Pero su padre sí tiene la familia por aquí?

—No, misiá Rosita: allá en Aguaslimpias. Allá tienen él y los cinco hijos casaos toda la culecada. Compró hace tiempos un terreno, a un laíto del pueblo, y ha hecho hacer a los casaos sus casitas. Allá me tiene el solar pa la mía, y antes de seis o siete meses tengo que principiar a hacerla. Eso es ya una ringlera, y la va a voltiar en esquina. Dice el viejo que no se ha de morir sin ver cerrao todo el cuadro.

—Serán muchos, entonces...

—Once vivos, señora. Pero, como ya tiene catorce nietos, nos irá a juntar a todos.

—Por allá cerca izque son los organales que piensan trabajar don Sabas y don Jerónimo?

—Por allá quedan, y hasta muy cerca, mana Cantalicia. Yo ni siquiera los conozco. He oído

decir que los han trabajao por ellao de arriba; pero que, en la parte de abajo, donde ellos piensan trabajar, no los han tocao.

—También ha trabajado en organales?

—Cómo nó, misiá Rosita. Todos los cinco Builes mozos nos hemos metido en esos güecos, debajo de esos pedrones, lo mismo que las guaguas y las nutrias. Esto sí es muy peligroso, señora. Arriesga uno la mera hilacha! A nosotros no nos ha tocao ningún muerto en estas bregas; pero hemos sabido que algunos han quedao hechos una arepa, debajo de esas piedras. También trabajan las negras, y son hasta más arrestadas que los hombres; también izque han muerto varias.

—De modo que es peor que zambullir?

—No hay comparación, misiá Rosita. Zambullir no es peligroso cuando se hace con juicio y formalidá. Los que se ahogan, son de cismáticos y de flotantes; se ponen a apostar a ver cuál aguanta más entre el agua, y pagan la gracia con la vida. Usté no zambulló, mana Cantalicia, cuando era minera?

—Eso sí no, Nicanorcito! Hasta el pescuezo me zampaba, en ocasiones; pero mi resuello no lo meto yo entre el agua, aunque me digan maula y sinvergüenza. Ni an pa bañame!...

—Venga, hombre Eloy; arrímese, pa decirle una cosita.

Me acerco por la izquierda y Canelo por la derecha; a él lo acaricia; a mí me abraza, me acerca a su cabeza y me secretea casi al oído:

—Estése bien formal, por aquí en la casa, sin metese en los rastros. No lo picará ningún animal; pero le sale la Madre del Río, lo voltea a ver

y le hace su buen maleficio. Vea: si ella le echa el ojo, se pone sumamente feo, sumamente horrible: le nace una chivera como cabuya; los crespos se le vuelven como una jíquera nueva; esos dientes de quesito se le vuelven negros y podridos, como raigón viejo; esos ojos como corosos amolaos, se le ponen verdes y brotaos, como los de un sapo toriao. Eso le pasa si se mete al rastrojo.

—Y cómo es la Madre del Río?—pregunto yo, entre aterrado y curioso.

—Yo no la he visto, Eloy. Dios me libre! Pero muchos que ella ha ojiado, me han dicho que es una vieja chuchumeca, muy carranchosa, con mucha costra y mucha llaga, muy parecida a una lagartija. Quédese por aquí; yo le consigo los periquitos y un mico bien muequero, pa que le haga hartas maromas; y, si su mamá soporta la chillería, le consigo loros y guacamayas.

—Y no me lleva a ver el caballo?

—Lo llevo en estos días, cuando lo estemos haciendo. Lo llevo cargao y lo siento en un puesto bien bueno, onde lo vea todo. Pero, eso sí: no se me mueve de onde lo ponga, porque me lo traigo al momento y no lo vuelvo a llevar.

—Dígame, Nicanorcito: no será malo llevar a este cordero a ver lo que no ha de ver y a oír maldades?

—Qué malo va a ser, mana Cantalicia! Cuajos al humo los ven todos los chiquitos; y maldades las oye y las ve hacer uno desde que nace. Allá verá, Eloy, que se va a amañar mucho viendo eso, si está formalito.

—Hasta a mí me entran ganas—dice mi madre.—Yo nunca he podido entender el tal caballo, ni para qué lo hacen.

—Eso es una cosa que no tiene nada de particular. Lo hacen de muchos modos, según sea el punto o la corriente. Si la corriente es muy fuerte, se hace de dos paredes, a modo de tapias, y se llena por dentro con palos, hojarasca, piedra o cualquier cosa. Si la corriente no es muy violenta, se hace un solo paredón, con sus buenas patas diagonales, pa que aguante bien. Se hace casi siempre entre el río, en el punto onde quieran sacar. El río se amansa con este atajadero, porque la corriente se va de lao y lao. Así se amansa un pedazo y en él se meten los zambullidores. Esa es toda la bulla! Otras veces hacen, en el punto en que quieran sacar, una cosa como un chiquero, bien tapao con palos y con palma, lo mismo que los caballos; el chiquero lo chican con bombas, o de cualquier modo, y sacan del fondo. Yo no sé que hayan más modos, misiá Rosita.

—Pero cómo clavan esos palos dentro del agua?

—Muy fácil: se labran muy puntudos, así como un lápiz, y se principian a clavar del lao de la orilla. Cuando se clavan dos o tres, se les ponen atravesañes, se les recuestan palos o escaleras y se les hunde bien con un mazo, desde arriba. Entre palo y palo se van poniendo los atravesañes, y se les pone bien la palma, como quien empaja una casa. Y así mismo se sigue, hasta onde sea. Ai se va tantiando el fondo con los mismos palos y se clavan los más largos en lo más hondo.

—Y eso sí les queda bien así?

—Eso queda feo, torcido y choneto, así como resulte; pero la corriente siempre se aplaca en un pedazo.

—Y cómo piensan hacer éste?

—Don Jerónimo y don Sabas creen que con una sola pared hay. Mi padre y nosotros también lo creemos. En el punto donde piensan sacarlo, la corriente no es brava.

—Usted ha estado aquí en otros veraneos?

—Sí, señora. Desde que estaba un poquito más grande que Eloy estoy trabajando con don Sabas y sus hermanos, de aquí para allá y en toda clase de trabajos. Don Sabas hace mucho tiempo que tiene esta fonda. Hasta quiere que yo aprenda a manejarla; pero yo a fuerza de lidias junto las letras y medio escribo, aunque las cuentas no me dan mucho trabajo. Pueda ser que con don Jesús, que es tan formal, vaya aprendiendo algo.

—Pero todos los Builes se volverán, en cuanto hagan el caballo...

—Todos nos quedamos, misiá Rosita, todo el veraneo, lo mismo que otras veces. Como trabajamos a jornal, trabajamos y lavamos en el río por cuenta de don Sabas, y también le servimos de comisarios, por si algo se ocurriera con los negros del cambio. Vea, señora: los patrones y sus recomendaos tienen el mando de inspectores, que les da el distrito; y en caso de alguna follizca con los negros, pueden poner de vasallos a toda la pionada.

—Ave María, Nicanor! Hasta los matan algún día, a ustedes los blancos.

—Qué nos van a matar, señora! El espanto sabe a quién le sale, y con don Jesús y con nosotros los Builes no vienen a hacer gracias. Ya nos ha tocao varias veces, y siempre los hemos dominao. Don Jesús, cuando les vende aguardiente, los echa pa'l río, a que echen sus garroteras por allá en sus

ranchos.

—Y no se matan?

—Más arriba de este paraje, y al otro lao, en trabajos de otros patrones, como que pelean bastante y han habido muchos muertos. Pero aquí, en los trabajos de don Sabas, se echan garrote algunas veces, han habido heridos y cortaos, pero muertos, ninguno. A lo menos desde que vivimos por acá. Don Jesús conoce muy bien esta negrería y ha ido escogiendo sus buenos marchantes.

—Pero siempre harán sus guaguas...

—No tanto, mana Cantalicia. El oro que sacan no lo pueden esconder todo pa cambiarlo en otras partes, porque casi todo se lo comen. Ellos siempre van guardando sus trapitos pa irse a julleriar a algunos pueblos. Don Jesús no les usurea en los víveres, y aquí los compran más baratos que en cualquier otra fonda. Don Sabas es tan justo y tan legal en sus cosas, que por eso le resultan.

—Y usted ha guerriado, Nicanorcito?

—Ojalá, señora. Pero mano Juancho y mano Pedro son muy enemigos de estas cosas. De todas estas guerras que han habido por aquí, no nos han tocao más que desentables en los trabajos. Por aí nos escondíamos, unas veces aquí y otras veces allá. A los pobres y a los montañeros nada nos dan en estas peleas. El Padre Mariaca izque le dijo a mano Juancho que la Religión estaba más triunfante mientras más la persiguieran, y que era una bobada que los pobres saliéramos a defender lo que no corría ningún peligro.

—Pero sí ha estao en La Villa, Nicanorcito?

—Ni aun eso, mana Cantalicia. Después que el doctor Berrío largó las tropas, echaron a decir que

por estos laos había saltiadores, y don Sabas determinó que Zoro y yo, con otros, lo acompañáramos hasta Medellín a llevar una remesa. No resultaron tales saltiadores, y apenas nos estuvimos en La Villa dos días. Alquilámos bestias, y así conocimos a San Ciro y a San Blas, y nos asomámos a Envigao. Teníamos mucha gana de conocer a La Valeria, para ver el nacimiento de este río. Pero nos quedámos con la gana. Los pueblos del Cañón apenas los divisámos de lejos. Así es que se puede decir que no conocimos a La Villa. Y con su permiso, misiá Rosita. Perdona que la haya molestao con tanta conversa. Si necesita algún arreglo en estos arnacos, estoy para que me mande. Lo mismo usté, mana Cantalicia, si necesita que le clave piedras en el fogón o le arregle las de moler. La casita de allá, con todo y cocina, va a quedar de cuartel pa nosotros los Builes y pa otros. Allá hay las manos y piedras que pueda necesitar. Cuente que en la semana entrante le consigo el calabazo; aquí hay seguetas y yo le parto dos bangañas bien macuencas, pa que saque sus ventas... O si no, las llenamos de agua y metemos a Eloy de cabezas, si no es formal. Conque ya sabe, compadrito. Y buenas noches...

Sale. Canelo y yo lo acompañamos hasta un poste del corredor. El sol se pone. Los montes del frente se van precisando. Quién fuera pajarito para volar hasta ellos! A medida que anochece, voy sintiendo algo vago, no sé si triste o alegre. Principian los chispazos de los cocuyos, los chillidos agudos de las chicharras, el coro estridente de las ranas y muchos ruidos que no defino. Tampoco sé si me asustan o me agradan.

—No principie a serenase dende esta noche, Eloy. Entrese p'acá, que ahora no hace calor. Se

va amañando, cordero?

Me callo, porque no encuentro qué responderle.

—Fue que perdió la prenuncia?

—Pues...por aquí más bien es bueno, Cantalicia.

—Ai le va cogiendo el gusto. No está, pues, muy amigo con Nicanorcito?

—Mucho. Qué tan guapo es, Cantalicia!...Si yo fuera así!...

—Yo sé por qué está pensando esos embelecos: pa cobráselas al Bizcorneto. No piense en eso, mi cordero, qu'es cosa mala. Allá verá que Nicanorcito va'ser pa usté un amigo muy bueno y muy servicial; no le parece?

—Sí. Es muy guapo y le puede a los negros.

Mucho me adivina Cantalicia, pero no barrunta lo que en esos momentos se me ocurre. Pienso que si los negros la atacan para quitarle la longaniza de chelines, ahí está Nicanor para defenderla. Merendamos, rezamos; pero yo sigo en Babia, revolviendo lo nuevo con lo viejo. Cuántas cosas he aprendido en tan poco tiempo!

Entran mi padre y don Jesús. Lo hacen sentar en el taburete de la marca. No puedo definir si es señor o nó; es menudo, cariplancho, con barba entrecana muy cerrada. Echa a conversar, y me va pareciendo gente.

—No tenga cuidado, Rosita; un veraneo pasa pronto. Estos ranchos son muy feos y descascarrañados; pero uno se acostumbra al momento, y acaba por parecerle muy bueno vivir a lo montañero, sin pensar más que en el trabajo, en comer y

en dormir, como un jornalero. Si viera que cuando voy al pueblo, a pesar de estar con mi mujer y con mis hijas, me hace falta esta vida tan boba y tan libre. Por allá se figuran que aquí no hay con quién hablar. Yo me entretengo mucho oyéndoles las salvajadas a estos negros y toda la letra menuda que tienen los Builes. Builes y negros forman el contraste más gracioso.

—Como que es hasta muy buena gente—dice mi madre.

—Mejores no se encuentran: sumamente honrados y no tienen el vicio ni del tabaco. Los dos viejos son hasta muy devotos, lo mismo que los Pulgarines, cuñados de Pedro. Ellos son los que traen los víveres. Pedro es de los de escapulario y novenas. Hace años que trabajan y andan en asuntos de minería, y no se les ha pegado ninguna de las mañas del zamberío minero. Ya habrá visto como es el ahijado de Sabas.

—Muchísimo que nos ha gustado. Tiene hasta muy buena crianza y un trato como de persona de buena familia.

—Ese es el mozo más cuadrao. Ai donde lo ve tan alegre y tan educado, es una fiera para los trabajos más duros. Y sin ser peliador ni buscarruidos, tiene una muñeca muy brava. Si se le ocurriera echar bala, la echaría como si estuviera cazando. Los negros ya le conocen la canela y han acabado por quererlo y acatarlo mucho.

Vuélvese a mí, me toma de una mano, me soba por la barbilla y me dice:

—Estás muy cuadrao, negrito; cuando te nazca el bigote te vas a cuadrar más; vas a ser tan buen mozo como tus tíos, los hermanos de Rosita. Preguntáselo a Cantalicia...

—Yo no se lo he dicho, don Jesús, pa que no se ponga jaito; pero es individual a sus tíos. Fue que esta raza de Gallegos la hizo mi Dios pa que viéramos gente bonita. Que lo diga mi Niña!...

—No, Cantalicia; su Niña no puede decir eso, porque se ha visto en el espejo. Es que a usted todo lo que sea de casa le parece perfecto.

—Pues más bien! Por algo me parecerán...no a cuenta de gracia.

—Que te parece, Cantalicia—dice don Jesús, muy puesto en razón—que estamos de acuerdo. Y esto diciendo, desapareció el espanto.

—Por qué tan pronto, don Jesús?

—Querrán recogerse temprano. Deben estar muy cansados. Voy a ver si Sabas despertó de su tonga de la oración.

Tal vez por las muchas cosas que me danzan en la cabeza, me quedo como un tronco, sin pensar en escuchas ni en nada. Cuando despierto, ya está el sol sobre las cumbres del frente. Qué extraño se me hace todo aquéllo! Me ponen nervioso las lagartijas que salen del rastrojo. Me alebrestan croajidos extraños de aves o de bichos y un zumbir y abejorreo que no defino. Los hiracales y palmichos, las frondas de biao y los árboles elevados, se me figuran como untados de aceite. El humo se levanta de las dos cocinas y se dispersa falda arriba. Canelo está inquieto, husmea que más husmea. Abierta está la puerta de la sala, y nos colamos, como Pedro por su casa. Don Sabas ronca, todo curvado, en su hamaca. Me asomo por uno como postigo de la trastienda. Un mocetón mugriento, legañoso y greñado, cuarteja panela en una tabla. Me mete conversa, y no me parece tan bobo como

se me quería figurar. Reviso las cosas heterogéneas amontonadas en los aparadores de palo tendido. Un olor acre de mugre y bastimentos se me va entrando en la cabeza. Vuelvo a nuestra cocina. Cantalicia calienta en un tiesto los roscones del fiambre, mientras canta la olleta la canción chocolatera.

—No se me acerque a la candela, porque se acalora dende ahora. Siéntese ai en la puerta, en su banco, pa que se tome el cacao. Pero, eso sí: si despacha la taza y el platillo, lo rebajo a plato de palo y tutuma. Tan solamente truje seis platillos y meras tres tazas, pa ustedes los blancos.

Mientras apuro mi taza, Cantalicia se va, se asoma por la red de cabuya, habla con mamá y torna, para llevarle el desayuno. A poco me pone en el chorro, casi en pelota. No bien pasan baño y peinado, salimos Canelo y yo al ojeo. Monte por arriba, monte por los lados, monte desde el río hasta el cielo. Qué habría en tanto monte? Apenas veo medio despejado en las inmediaciones de las casas: lo demás son troncos, cepas, basuras, verbajos; los plátanos y árboles del sembrado se confunden en la montonera. Por canoas de guadua, montadas en horcones, baja el agua hasta las tres cocinas. Oigo ruido tras los totumos, y me asomo. Un negrito rodillijunto, con los jarretes muy sacados, todo mugre, rotos e hilachas, raja leña. Medio le cubren el cuerpo delgaducho unos como calzones de baño y una camisa sin mangas. Corónalo un sombrero de caña, desfondado por la cúspide. Trabaja, puja que puja, sorbe que sorbe. Suelta el hacha, se coge las narices con la izquierda, y con el índice de la diestra lanza los mocos al astillal.

—No se met' aquí, niño Eloy, que se chuza con las astillas, ni se gane pa más arriba, porque lo agarran las arrieras. Vea cómo van en ringle-ra, toítas cargadas.

Este sí era un mocoso, como decía Cantalicia. Y qué baquiano para sonarse! Hasta porquería sería eso... Mi madre me llama. Encargos, encarecimientos, instrucciones.

Don Sabas aparece en su mulita, esa mulita que se mete por entre el rastrojo, se achiquita y se encarama como un gato. Ah bueno que me llevara al anca, como a esos muchachos que yo veía en el pueblo, cogidos de la cintura de algún grande! A poco llega don Jesús con un anteojito, y nos enseña a ver. Ni noticia tenía yo de semejante cosa, y me entusiasmo y no dejo en paz a mamá hasta que tengo el tubito ante mi ojo. No es cosa larga ni pesada, y yo me entrego a aquella maravilla, que le pone a uno las cosas tan cerquita. Abismado y todo, me fatigo, a poco más. Quiero alcanzar a ojo limpio lo que contemplé tan inmediato; pero me pierdo en conjeturas. Por más que don Jesús y el mugriento de Pablo Emilio me lo explican, nada entiendo. El monte más bien era cosa miedosa, sin contar las culebras y los tigres.

Por la tarde principian las novedades. Suben negros y negras. Veo a Jesusito cómo arma el peso; cómo abre unos trapos circulares y echa en un platillo, mientras pone en el otro unos pedacitos planchos; veo cómo levanta el peso y saca laticas o mete otras. Llegan más negros. No son ya latas: son unas quisicosas como trompos. Tanta bulla para cuatro arenas!... Mejor eran los chiles que le daban los arrieros a Cantalicia, en pago de los almuerzos.

El despacho de chismes y bastimento no me llama la atención. Me la llama el ver subir los peones. Son los Juanchos y los Peruchos. Ahí viene Nicanor, cabestreando un mico. Canelo y yo volamos. En un momento clava una vara, saca cadena y cárame al animalejo encaramado. Es una mica. Gimotea, chilla, brinca. Me parece loca, como aquella mujer de mi pueblo. Nicanor le habla, la regaña o la consuela. «No te pongás a llorar por ese esposo. Descansá de ese sinvergüenza por unos diitas. Aquí te jartamos de lo que querás, y te largamos pa tu monte, apenas pase el veraneo». Se trae un plátano medio pelado, y la viuda se va aplacando con el lenitivo. Ya la trae bautizada: se llama Marizamba. Yo indago por el caballo: ya están recogidas palamenta y palma, y tajados los pilotes. El lunes o martes, cuando principiaran, me bajaría para que viera de cerca. Me lleva al cuartel de los Builes y me muestra las escopetas. Al día siguiente habría de ver muchas cosas: vendrían los Pulgarines, traerían los perros y más escopetas para la cacería del domingo. Por más que yo oculto mis anhelos, Nicanor me los adivina. De cacería en el río Dios me librara: no sólo tigres y culebras sino la Madre del Río, que andaba por ahí atisbando un muchacho a quién ojear. A mí ya no me valdría colgarme cuentas en el pescuezo, como a los negritos de la cocinera, porque ya había mudado dientes; después de esta muda no valían cuentas, así fuesen azules o verde limón. Mientras él anduviera en su cacería, yo aprendería a montar en pelo o en enjalma. Los Pulgarines traerían una yegua muy aparente para el caso; y entre mi padre, don Jesús y Pablo Emilio, me darían las primeras lecciones, en redondo de la casa; y así seguiría, domingo por domingo; tanto, que, cuando nos fuéramos para

Aguaslimpías, ya montaría yo mi buena bestia, como un señor grande. En la mañana de ese domingo vería matar el marrano y todas las faenas consiguientes.

Lo del sábado todo resultó según el programa de aquel hombre extraordinario.

En desayunando el día magno, acudo a los cuarteles. Ni por la cocina ni por parte alguna señales de Builes ni de escopetas. Indago, y Cantalicia me instruye: «Escuro, escuro se desayunaron y echaron p'abajo, con los perros y las escopetas. Como hoy es día de fiesta, no van a trabajar sinó un rato: en almorzando cogen el monte con armas y langarutos. Volverán anocheciendo».

Si no mi padre y Jesusito, me enseñan las equitaciones Pablo Emilio y Gus, el negrito rajaleña. Me siento tan orgulloso, que hasta cazadores y cacerías se me olvidan.

Vienen tandas de negros, negras y negritos, al cambio y a la provisión. Mi madre se confunde y llama a don Sabas.

—Dígame: ahora que se quedaron ustedes cuatro solos, no habrá riesgo de que estos negros se embochinchen y los ataquen?

—No lo crea, Rosa. Eso se les ocurre a todas las mujeres. Así son las de casa. Ni en las vetas, ni mucho menos en los trabajos del río hay riesgo de sublevación ni cosa parecida. Toda esta gente va formando grupitos, y viven como perros y gatos, con sus rivalidades y sus competencias. Si algunos se pactan contra el patrón, los otros les caen a defenderlo. Así ha pasado siempre, y por eso son muy contadas las rebeldías contra los patrones.

—No será por consolarme?

—No, Rosa, eso es así. Las mismas enemistades de ellos son la seguridad de nosotros. Yo manejo este ganado desde joven y lo conozco como mis manos. Los negros siempre respetan a los blancos, por muy malucos que sean. Y piones por el estilo de los Builes, nos ayudan a nosotros en todo tiempo y lugar. Así es que por ese lado esté completamente tranquila. Siempre viven diciendo que nosotros los Villadas tenemos mucho ojo para conseguir buena gente en todas nuestras empresas; no hay tal ojo: todo consiste en los buenos modos y en la legalidad con blancos y con negros, porque la hombría de bien es más conveniencia que otra cosa. Los patrones que abusan de los trabajadores con usuras y malos tratos, no salen con nada. Y vea, Rosa: la minería sola resulta muy pocas veces: hay que champurriarla con otros negocios. Las minas son una plaza para conseguir buenos marchantes; y si las minas no dejan mucho, las ventas y compras dejan siempre. Ya ve en este pedazo de río: lo que nos ha producido es esta fonda y la otra que tenemos más arriba. A estos negros los conozco tanto, que ya he trabajado con ellos varias veces, no sólo en veraneos como éste, sino en otros más en grande. La cuestión es conocerlos. Se trabaja con ellos por mitad, y la cosa siempre resulta: la pérdida, por lo menos, no será mucha. Ahora vamos a trabajar con la negra Felicinda Soto y con el caratejo Jaramillo; son compadres, y sus dos grupitos se entienden muy bien, porque están trabados con matrimonios. Cada uno trae cinco zambullidores. Allá verá que nos entendemos muy bien con ellos.

—Pueda ser, don Sabas.

—No sé por qué tengo tantas esperanzas. Todo este pedazo de la vuelta siempre nos ha dado. Y

TOMAS CARRASQUILLA

aquí junto a la quebradita, donde vamos a hacer el tapado, debe haber muchos puntos ricos, porque hace muchos años que no se bucea. No será para que nos pongamos las botas, pero casi tengo la seguridad de que hemos cogido un buen punto. En fin: a los mineros se nos puede acabar la plata, pero las esperanzas nó; de ellas vivimos, Rosa, y eso es la minería.

Como ha cesado la equitación, me desentablo. Cantalicia les vende cosas a las negras; pero ni este negocio ni las maromas de Marizamba me cautivan. Divago, mariposeo, y al fin me persuado de que la equitación es cosa efímera y sólo dominiguera. Y dale otra vez con los cazadores. Quién fuera hombre grande y bien guapo, como los Juanchos y los Peruchos!

IV

A eso del sol de los venados les vemos subir y oímos su triunfal gritería. Cuántos son? Cuántas sus escopetas? Se me vuelven una legión. Traen tres guaguas. Más atrás surge Nicanor. Se me hace más alto con sus calzones remangados y su sombrero de caña. Viene con su arma a la bandolera; en el hombro un palo con una guacamaya de mil colores; colgado de la diestra un cuenco de bejuco tapado con travesaños de cabuya. Descarga todo. «Véalo, pues, Eloy. Es guacamayo; véale esas pintas tan escandalosas; yo los conozco desde lejos: son más floridos que las hembras. Lo conseguí allá abajo. Ya está mansito desde hace días». Lo pone en la punta de un tronco. Gus lo cuida, mientras va por las tijeras. Ris ras, por un lado; ris ras, por el otro. «Ahora sí, general; te fregaste pa siete arepas». Va abriendo el cuenco con mucha cautela. Yo me asomo. Son tres periquitos. Le muerden los dedos al sacarlos, pero los tres sufren el corte. Vara grande para el guacamayo, vara chica para los periquitos, plátano para todos. De mi padre para abajo, todos nos encantamos con la pajarería. «Son de los finos, misiá Rosita. Enséñeles a hablar, y ya los oiré embromando todo el día». Ah Nicanor! Cómo podría calificar a este hombre?

Qué tarde más complicada! Los perros cazadores, dos amarillos y uno blanco, los tres muy orejones y un tanto paticortos, devoran a lengüetazo limpio, con la fatiga de la faena, el caldo revuelto con migotes y frisoles que les han puesto en una batea. Ellos y Canelo han tenido su entrevista inicial. Después de olisquearlo, me parece que lo han relegado al desprecio de toda la perrería valerosa. Canelo, por su parte, ha tomado tal desvío con filosófica indiferencia, y está junto a mí en el tablón que ahí sirve de tarima. Esta escena tiene lugar en el patio chiquito, que llaman. Cocina grande y cocina pequeña forman los lados interiores; los otros dos, el corredor trasero de nuestra casita y el lateral de la casa grande. Allí es la merienda extra de los diez cazadores. Siéntanse primero los dos viejos y los tres Pulgarines. Mientras comen oscurece, y Pablo Emilio cuelga el candil del estantillo esquinero. Sigue la tanda de los Juanchos y Peruchos. Cuatro se acomodan en la banca; pero Nicanor, con esa tranquilidad del montañero, se sienta en un pedazo de tabla, en el borde del corredor, con las patas en el patio.

—Ea, pues, mana Cantalicia! Eche p'acá esa rellena, que ya nos privamos del hambre. Traiga, Chepa, el platón con el pan.

Ella, Cantalicia y Pastora acuden al conjuro. Cada cual toma su parte, y arepa en mano y dedo en plato, arremeten contra aquello.

—Cuidaíto, Chepa: si mis dos primos o mis dos hermanos se topan algún pelo, le arrancan las criznejas. Como todos cuatro están casaos, les cuelan los ascos parejo con sus mujeres. Yo nó, Chepa, aunque me tope en l'arepa medio cachumbo de los suyos...

—Ay, ay!—burletea el primo Esteban—Si la envidia fuera tiña...

—Oigan al Escribano!—exclama Rufino. Cómo se l'irá a poner la viejorra con todos los melindres de los Marines...

—Traiga, Cantalicia, los envueltos, pa tapales la boca a estos casaos que están diciendo ociosidades.

Humean en sus hojas, dentro del plato de madera, con sus respectivas pañadoras, esmeriladas de puro limpias. De una puerta asoman los dos chiquillos de Chepa, atraídos por el condumio.

—Vengan acá, La Cafioca y El Buchón, que voy a cuidarlos. Traigan también a Chirringo.

—El ya'stá acostao, con máma Cuncia—repone la rapacilla, trayendo de la mano al hermanito.

Nicanor toma la batea de los perros, la pone boca abajo, sienta en ella a los chiquillos y se les pone frente a frente, bocado al uno, bocado al otro, con su propia cuchara.

—El Escribano siempre haciendo de papá...Ai podía estar cuidando los suyos—gruñe Zoro, haciéndose el severo.

Los otros lo secundan y lo ponen de papá que no hay por dónde agarrarlo.

—Es que a Nicanor—interviene Pastora desde su puesto—le están bailando los muchachos debajo de esa correa que se atrinca.

—Dejémoslos que bailen en paz, mana Pastora responde el interpelado.—Ellos han de salir del baile aunque sea al amanecer.

—Ah niño este pa ser!—ríe Chepa.—Y pa eso que dice sus cosas con tanto desentendimiento...

Nada satisfecha que se queda Pastora.

—Ya sabe, mana Cantalicia: la guagua que les toca a estos tres Juanchos y a estos dos Peruchos, es pa la cena de mañana. Pueda ser que alguna vez nos viamos llenos. Ya lo sabe, Eloy, pa que pida su parte. Echenos p'acá, mana Cantalicia, siquiera medio mazo de tabacos.

Encienden. Llama a Gus, que está por ahí a la vela; le da unos cuantos tabacos, y, encima, la totuma de chocolate, que no le cabe.

Según consigna, me despierta Cantalicia cuando cantan los pajaritos. Bájome con los Builes. Es Rufino quien me carga a la espalda. Canelo me sigue. Nicanor nos espera más abajo con el negro Gus. Y me coge. Me sienta en una piedra alta, bajo un sombrajo que me ha improvisado. En redor todo está desmalezado y limpio.

—Aquí se queda muy formal sin bajarse. Gus y Canelo se quedan cuidándolo. Desde este morrito lo ve todo.

Veo muy cerca de mi piedra dos ranchos, junto al arroyuelo que por ahí baja. El viejo pajarate de la cocina, con remiendos nuevos, no tiene paredes ni cosa parecida. Más allá se alza otro. Gus me explica:

—Lo compusieron asina pa ganar por palo, pa que alguna toche go alguna corporal go culebra colgadora no vaya y pique a las cocineras. Ai es onde ellas duermen y guardan los trastes, pa que no se los roben. Pero hasta bobada será haber hecho un zarzo asina. Mano Nicanor dijo que si las picaban, eran las culebras las que se morían, y que a las cocineras no les sucedía nada. Veá, Eloy: este que viene p'acá con la leña, es Ruperto el de casa.

Está ganando buen jornal. No es com'uno, que apenas le pagan un rial. Eso ni pa'l tabaquito...

—Sí, Gus; por ai lo he visto recogiendo cabos. A usted siempre como que le gustan las porquerías; ya ve como se suena, en vez de agarrar algún trapo.

—Di'ónde diajos voy a sacar yo trapo? Ni an pa remiendo consigo...

El hogar está en bunde. Peroles y ollas se alzan ya sobre sus piedras respectivas. El sacro fuego arde. En una piedra, montada en un pata de gallo de troncos, muele una vestal el maíz amarillento, cocido con ceniza. La segunda vestal casca en otra piedra el grano triturado para la consagrada masamorra. Una tercera, entre velona y ayudanta, trasiega de aquí para allá y arregla en el aparador colgante los vasos rituales: platos y cucharas de madera, totumas para la masamorra, totumones para bogar el claro, el agua chorreada con panela o la limpia del arroyo. De unos racimos de dominico y de guineo, que ahí cuelgan a discreción, arranca y pela plátanos, para lanzarlos al fondo del perol.

Baja Pablo Emilio, el racionero vigilante, que reparte la comida de mi Dios. Síguale su edecán, el seboso Marcos, con el repleto costal a la espalda y un haz de yucas bajo el brazo. Pablo Emilio hace testigos para que declaren la exactitud del despacho. Esta que llaman ración doble, bien merece atestiguarla: sendos cuartos de costilla y sendos cuartos de carne; tres cuartos de panela y una pucha de maíz, para uno; una pucha de frisoles, para cuatro; sal, yuca y plátanos, cuanto les quepa.

Observo por arriba, observo por abajo. Ranchos, más o menos juntos, más o menos dispersos,

asoman, no lejos de la orilla, por entre sembrados y platanar. Frente a mí, una como ramada, con canoas y parihuelas. Palos parados, palos tendidos, por montones. Juanchos y Peruchos, capitaneados por mi padre y don Sabas, arremolinan de aquí para allá. Están todos los Builes en traje medio edénico. No es de verdor bíblico la hoja de parra: un trapajo que se abre atrás y adelante y se anuda a lado y lado del cinto. Por librar las espaldas de aquel sol, medio les cubre el torso una como camiseta desgolletada y sin mangas. Están en el agua. Clavan un horcón; clavan otros más adentro. Atraviesan sobre ellos una viga. Unos sacan palos y los erigen desde el agua. Otro se pára en la viga, ase del pilote con la izquierda, y lo aploma; con la derecha le echa mazo y lo va hundiendo, hasta clavarlo. En seguida otro pilote, y luégo otro. Entre todos, y en un embolismo que no entiendo, atraviesan y amarran otra viga, arriba de los estacones, del lado por donde corre el río. Al momento vienen otros palos; los meten oblicuos, tantean, los clavan y los ajustan sobre cada pilote, debajo de la viga; y venga bejuco, y venga amarradijo: son los diagonales que van a sostener aquello. Caen al agua con palos más delgados y con bejuco. Se meten hasta el pescuezo y amarran y trabajan dentro. Otros van echando manojos de palma a los que están en el agua. Voy entendiendo el trabajo, pero me cuesta mucho distinguir los trabajadores. Como sólo conocía desnudeces infantiles, me sorprenden aquellos cuerpos tan velludos. Por fin reconozco a Nicanor: es el del mazo; me parece como un mico grande. No comprendo, por más que cavilo, cómo pueda resultar de todo aquello algo parecido a caballo. Eso era una talanquera, nada más.

Gus saca de la chácara su yesquero de táparo, su piedra y su eslabón, y a los dos golpes humea la yesca. Negrito más sabio! Lástima que fuera tan cochino. Saca un cabo fermentado y se entrega a las delicias del chupar. Cómo le saca humo y gusto a la colilla!

A poco baja Pastora Valdés, la ayudanta de Cantalicia. Viene de camisola suelta y saya de zaraza colorada, componiéndose con mucho dengue el sombrero de caña y cinta volandera.

—Vean a ésta!—murmura Gus—Yo sé a qué viene aquí. Ahora quizque está de garitera de mana Cantalicia...Ello dirá! Por allá vive, en el caminerial, arribita de la casa de los Peruchos. Aquí baja a la fonda tal cual vez, quizque a remendale la ropa a don Jesusito y a Pablo Emilio; pero no es más que pa lambisquiar, pa que ña Cuncia y Chepa le tasen a uno el bocao. Pero, eso sí: apenas hay pionada de mozos blancos, se queda aquí de raya.

Luégo sube don Sabas en su mulita y me dice:

—Adiós, Eloy; hasta la vuelta del cacho...Arriemáte, Gus.

Le da un medio y me deja un real. El negrilla blanquea los ojos de ventura. Guárdome el real en mi chacarilla, entre mis cabuyas y pedacitos de papel.

—Vea, Gus: súbase en un momentico y dígale a Cantalicia que se baje con el antiojo, pa que viámos el monte de aquel otro lao.

—Nó, niño Eloy; Nicanor me revienta la jeta si lo dejo solo. Ese monte de allá es lo mismo que el d'este lao.

Lo alcanzaba a ver de todos los colores.

Cantalicia baja. A esas surge de la otra banda una innumerable de avecillas; luégo otra, y después no sé cuántas. Son los pericos: los finos parladores, los amarillos chillones, los loros, las bobas, las cotorras. No alcanzo a contemplarlas. Ya están de nuestro lado, pero se meten más abajo, vuelan falda arriba y se me pierden en el monte.

—Camine, cordero. No s'embeleque más. Pa ver animales volando y micos en los palos le sobra tiempo. Ya vido bien visto el comienzo del caballo. Cuando'stén zambullendo lo traemos otra asomada.

—Déjeme otro ratico, Cantalicia...

—Ni bamba! Lo paña el vaho del río, y s'enferma y se atemba, hasta que se vuelva un tuntu-niento.

Alza conmigo y me lleva a las espaldas.

Esa noche, en el corredor de nuestra casa, alterna Nicanor con nosotros, cuando Cantalicia inicia el tabaqueo. Mi padre y don Jesús, Pablo Emilio y Marcos juegan tute, en la sala del cambio. Los otros Builes están en el cuartel. Después de tratar de los pericos y de la cacería, se ocupa nuestra tertulia de mi gran persona, y dice Cantalicia:

—El nada ha dicho, porqu'él todo se lo guarda p' adentro. Está lo más bueno pa curita, porqu'es de mucho secreto; pero, a según contó Gus, él no se puede persuadir que de la palizada saquen el caballo.

Nicanor se carcajea y se me arrima.

—Ah mano Eloy! Y quien lo ve tan callao!... Aquí tiene, debajo d' esos crespos, otro montón de enredos, dentro d' esta cabeza. Pero yo sé lo que

está pensando: usté cre que del tapao va a resultar un caballón muy grande, y que hasta va a relinchar; eso mismo pensaba yo cuando estaba chiquito. Y óigame, pa que lo sepa: usté ha hecho caballos, sin saber cuándo.

Yo me pasmo. Debo de abrir tamaños ojos.

—Sí, mano Eloy. Yo lo conocí a usté hará un año, y estaba en el caño, haciendo caballos con los muchachos de la Mereja. Usté se acuerda: no se haga el bobo. Pues esos caballos que ustedes hacían allá, los vamos a hacer nosotros en el río. No es el tapao el que los hace: es el agua. Usté ha visto que l' agua, cuando corre, hace morros y alterones, así como estos crespos suyos; y eso es lo que se llama caballo. Vea: cuando el tapao esté hecho, levanta el río dos mambrullones, del lado de allá y del lado de acá: esos son los caballos. Ya entendió?

—Sí. Y son dos?

—Dos, mano Eloy. El río hace uno solo, muy grandote, cuando el tapao lo levantan pegao a una orilla, de sesguete del lao de la corriente; por el pedazo libre corre el agua, y hace un caballón tamaño de grande. Entiende, mano Eloy?

—Sí.

—Hasta yo he entendido, Nicanor—dice mamá—porque yo estaba en las mismas.

—También veía salir el caballo relinchando, misiá Rosita?

—Pues casi. Qué iba yo a entenderles sus cosas de minería? Cantalicia si debe entenderles muy bien.

—Demás, mi Niña. De moza vide hacer toda

laya de caballos. A Nicanorcito le conté dend' el camino todas mis afugias del masamorreo.

—Pero ustedes se conocían desde Orofino?

—Demás, misiá Rosita! A Cantalicia quién no la conoce? Y a usted también la conocía mucho de vista, cuando iba a misa.

—De manera que ha vivido en Orofino?

—Vivido no, señora; de paso nada más. Nosotros hemos sido como el Judío Errante, por todos estos pueblos y todos estos montes. Ya estamos muy enseñados a esta vida. Ya estamos comprometidos con don Sabas a subirnos con don Jerónimo hasta Aguaslimpias, pa trabajar los organales qu' están pegaos del pueblo. Allá sí, Eloy; allá sí conseguimos bestia y l'enseño a montar en silla.

—Y qué le parece, Nicanorcito: me contó Gus que Eloy izque está confuso de verlos a ustedes tan peludos.

—Le parece muy feo, mano Eloy? Vaya enseñándose, porque, cuando esté mozo, va a ser mucho más peludo que nosotros y con mucha barba en esta carita consentida. No ve que mi Dios sabe hacer sus cosas? A los negros no los hace peludos, porque tienen cuero de animal caliente y viven siempre en estas cañadas; pero a los blancos nos tapa con pelos y barbas, pa que no nos pique mucho el sol ni nos dé mucho frío. A nosotros los montañeros de cuero blanco que nos han criado en altos muy fríos, nos da más pelo y más barbas. Y no sólo a los cristianos, sinó también a los árboles: allá verá cuando pasemos por el alto de Aguaslimpias, todos los arbolitos cobijaos con barbas pa que no los pame el frío.

—Ave María, Nicanorcito! Usted tan mozo, sa—

be más que los viejos. Hasta puede poner escuela pa enseñar! La que se case con usted se la va a sacar. Cómo irá a ser de tierno con los hijos y cuántas cosas tan bonitas les irá a enseñar!...

Nicanor se carcajea y se despide.

Los grillos y las chicharras, el monte y el río, tocan música; los cocuyos bailan; chispean por todas partes, como pavesas levantadas de una hoguera.

A la noche siguiente no asoma Nicanor, sino su padre, que viene a darnos el salvajón y a disculparse por su demora. La conversa promete. Me hago acostar y me duermo, como suelo, en las delicias de la escucha. Cantalicia empieza:

—Aquí lo he conversao con mi Niña: usted y mano Pedro no parecen los taitas d' estos cinco mozos, sinó sus hermanos. Ai los veo cazando parejo con ellos, con la misma fortaleza y la misma mocedá.

—Y no ha de ver, mana Cantalicia! Nos casámos de veinticinco años p' arriba.

—Y por qué se demoraron tanto, mano Pedro?

—Pues vea: cuando estábamos mocitos, echaron a decir que las minas d' estos laos se habían ido acabando y que todos los mineros nos íbamos a quedar con los brazos cruzaos. Entónces determinámos largarnos pa'l tal Remedios, y por allá en Juan Blanco, San Nicolás y otras minas, trabajámos como cuatro años.

—Traerían su platica...—dice mamá.

—Tanta sería, misiá Rosita, que volvimos aquí con veinticinco riales y los jotos de la ropita. Por allá pagan muy buenos jornales y rumba la

plata el 25 de cada mes, qu'es el día de los pagos; pero a ningún trabajador le queda nada, con tanta francachela y tanto bunde. Por allá hay tanto matón, tanta vagamundería y tanta perdición, que eso es más pa uno perder el alma que pa ganar la vida. Por allá vimos tantas cosas tan feas, tanto hombre enyerbao, tanto muerto a cuchillo, que nos fue colando el recelo y nos volvimos, aunque no fuera sinó a ganar por aquí el bocao de comida.

—Cómo serán las enyerbadoras de por allá!... —exclama Cantalicia.

—Ni pa que decir!.. Esas han estudiao con el mismo Patas! Hasta miedo nos daba de que nos envenenaran algún día; porque no se sabe qué es pior, si la querencia o el aborrecimiento d'esas indinas.

—Ya me lo figuro! Si en Orofino y en estos laos no faltan hechiceras, cómo será por ese Remedios y esa Zaragoza!

—Pregúnteselo a la carateja Agueda Cabarca que ha vivido por allá. Ai la veo zampada en la cocina de allá abajo, ayudándole a las dos negras. Si no fueran tres espantos de mina vieja, que matan con el vaho, hasta miedo me daba por estos muchachos... Y dispénseme misiá Rosita. Como uno es tan montuno, se desboca delante de las señoras de respeto.

—No tenga cuidado, mano Juan; eso no es irrespeto. Ya tengo un muchacho grande, y me conviene saber los peligros que se le esperan.

—Muy tentaos son todos los mozos, mano Juan—dice Cantalicia—pero estos tres suyos y los dos de Pedro son muy rejugaos, aunque estén muchachones. Muy linda y muy sazónada habrá de

ser la que los agarre y los meta en sinvergüenzadas.

—Pues, quién sabe si se dejan embobar de cualquier mugre! Los tres enemigos del alma no se duermen. Ai se mantiene Ramona pegada del manto de la Virgen, pa que los libre de maldades puerkas.

—La Virgen se los libra, mano Juan.

—Más miedo me da por los casaos...no porque sean más vivarachos que El Escribano, sinó por ser mucho más grande la culpa. Al Escribano no le sé yo ningún enyerbamiento; pero como él tiene su modo y su maña pa hacerse querer de mujeres y de toda laya de personas, siempre estará un poquito untado de la porquería indina d'este mundo.

—Eso sí, mano Juan. Figúrese!... Pero en enredos largos y feos con cualquier zamba perdida, no me parece que lo cojan. Por encima se les ve a los cinco que están muy alentaos y muy sanos.

—Pues a mí más bien me parecen formales, pa haber vivido dende medianos en minas y en danzas con toda laya de gentes, principalmente El Escribano. Figúrese, misiá Rosita: dende los trece años gana jornal, y por eso se estiró y se volvió un hombrón cuando menos lo pensé. A los diez y seis años se le quebró el habla, y en menos de tres meses sacó esa prenuncia tan buena y tan pareja que manija. Y como siempre ha sido tan metido y desparpajao con la gente principal, ha ido sacando esa conversa y esa buena crianza. Ni'an montañero parece en ocasiones.

—Qué montañero va a parecer, mano Juan! —dice mamá—Póngale botines y saco, y queda un señor como cualquiera.

—Más, mi Niña! No tan solamente por lo tásajón y lo garboso, sinó por ese trato y esa conversa tan sazónada.

—Y por qué lo llaman El Escribano? —interroga mamá.

—Pues, primeramente, porque le jala bien al libro, a la pluma y a los números; y por groja de los hermanos y de los primos. El es muy burletero con todos ellos, y los embroma con bobadas muy divertidas; y Zoro, por sacase el clavo, lo puso El Escribano, y todos hemos seguido en casa con el apodo. Pa lo que a él se le da, con todas las inguandias que saca en un momento de la cabeza!...

—Ya le hemos oído sus cosas con Eloy—dice mamá.

—Sí, mano Juan. Y mi Niña y yo nos divertimos parejo con este cordero.

—Y ya ve—agrega la señora.—Aquí nos ha dicho que a fuerza de bregas dizque junta las letras y medio escribe.

—A él le gusta hacerse el inorante, por chupar manteca. A todos tres los pusimos en l' escuela de misiá Genovevita y de don Emeterio, y Nicanor aprendió más ligero y se les adelantó a los otros dos. Cuando salió a trabajar, siguió escribiendo y leyendo. Aprendió a escribir cartas muy bien relatadas, y es el qu' escribe pa la casa, y siempre les ha sacao las cartas di'amor a los piones y hasta a muchachas novieras. En la mina de Chicharras le leía al padrino y a sus hermanos en papeles públicos y en bandos y en cosas de guerra. En las minas les lé a los piones que les gustan esas cosas, libros de relate y de historias muy enredadas, y él echa de memoria muchas décimas. Hasta mis hijas casadas saben sus pedazos.

—Cómo será de querendón ese cristiano con todas ellas—dice Cantalicia, muy efusiva.

—El, sí!... Pero a los grandes ni nos conversa, por deciles bobadas a los chiquitos y estar en juegos y rochelas con ellos. Ai onde lo ven tan guapo y tan caliente pa toda clase de trabajos, es mucho más chiquito que los inocentes. Se tira en una cama, y todos le caen encima, y prende la casa parejo con ellos. Hasta comiditas les hace, muy tranquilo. Compra panelitas y pepinos y lo que tope, y tiene el colete de partírselos en pedacitos.

—Don Sabas como que quiere dejarlo aquí un tiempo?

—Eles muy sometido y muy amigo de complacer. Trabaja en socavones, en carretiaderos y en molinos y lavaos de toda laya; en montería y aserradero; carpintea con mucha lógica, y hasta a la fragua le mete, en ocasiones. Es un cristiano que nada se le dificulta y que pa todo tiene tiempo. Pero ya me manifestó que en cosa de tienda o de proveduría no lo coge su padrino. El quizque se ahoga metido en un cuarto más de un día. Que lo pongamos a hacer cualquier otra cosa; que mientras más fuerte, mejor. A yo me parece que don Sabas nos va a dejar un tiempo largo, por acá arriba, en destrito de Aguaslimpias. Ai tienen él y sus hermanos dos pedazos, di'a legua en cuadro, que trabajan hace mucho tiempo. Esas denuncias cogen mucha faja de río. Y más pa dentro tienen el montaje de la veta del Perrito, y unos aventaderos que dan a mineros pobres por el cambio. Más p'acá están los organales que vamos a trabajar.

—De modo y es, mano Juan—interroga Cantalicia—que en Aguaslimpias hay proveduría y cambio?

TOMAS CARRASQUILLA

—De lo mejor; y mercancía de toda laya. Allá tienen a los Cambas, que son sobrinos d' ellos. Los organales quedan a tres cuartos de legua del Sitio.

—Allá es donde tiene Nicanor la novia?—pregunta mamá.

—Pues...ni sé, señora, pa decile mi verdá. Ya se comprometió con yo y Ramona a casase en el año entrante. Pero no sabemos bien quién es la desinada. El ha mantenido novias en todas partes.

—Y cuál es la que llama él la Viejorra? —interroga Cantalicia.

—Una que no nos gusta nada, no porque tenga mala nota, sinó porque le lleva como diez años, a más de que tiene un modo que no le conviene a un jornalero. Ni está buena tampoco pa criar hijos: es muy delgaíta de cintura, muy miniatura en todo y se unta papelillo. No le gusta sinó chirriar zapato y engalanase com'una rica, y no sabe echar una arepa ni hacer un cacao. Qué va'hacer ese muchacho con esa lámina?

—Cómo se llama? Y dispense, si fuere mal preguntao.

—Ricarda Marín, hija de mano Tobías, uno que aruña minas y tierras. Serán gente así como nosotros los Builes, pero miran a todo el pueblo por debajo. Lo que va a sacar el muchacho, si se casa con ésa, es que la tal Ricarda y todos los de su casa nos zambén a todos nosotros los Builes. Por eso nos gusta más la mediana de mi compadre Arroyave. Esas sí son muchachas pa pobre; esas sí cogen un almú de maíz y lo despedazan en la piedra, y echan pan pa una pionada; esas sí son alentadas y con cuerpos de agarre, muy buenas pa criar hijos. Pueda ser que al fin El Escribano nos dé gusto. El está péndulo entre las dos.

Vase el viejo al fin; pero, sin tener nada que escuchar, no me viene el sueño ni tan siquiera puedo fingirlo. Habitado al reposo nocturno de Orofino, que sólo turbaba algún perro o los cantorios sabáticos en cas de la Mereja, me inmutan estas rochelas, para mí tan desconocidas. Y no son los perros cazadores ni los gatos de ña Cuncia. Qué sería? Qué no sería? Tal vez retozos de lagartijos entre la hojarasca tostada, si no era que las culebras estuviesen peleando y se azotaran con la cola, borrachas de rabia. Eso era como aletazos y bufidos de gallinazos en riña; eran chiflidos; eran chasquidos como de chamizas que quebrasen, como de zurriones que arrastrasen, de papeles tiesos que arrugasen. La cabeza se me crece; angustia extraña me acomete, y más al percibir, entre tanto rebullicio, una como bullita pareja, pareja... Debía de haber en esas noches del río muchas cosas medrosas y tremendas; muchas cosas perseguidoras y perseguidas. Eso era que los árboles peleaban con los árboles; eso era que la tierra resollaba y roncaba como si estuviera dormida. Tal vez estarían creciendo las matas, tal vez estarían naciendo otras; tal vez habría maldades en el monte, lo mismo que en los pueblos; tal vez el monte sería un Merejo vendeaguardiente, amigo de hacer guachernas con todos los animales y los árboles vagamundos y saltatapias. Pujo, resuello gordo, a ver si en eso va; a ver si haciendo yo también francachela, me emparejo con todas las bullas amontonadas; y, rezando, me traspongo.

Pasan los días, y nadie comparece por nuestra casita, ni al atardecer ni a prima noche. Son las veladas como las de Orofino: señora e india, las únicas interlocutoras; Canelo, echado bajo la cama; yo, en la estera, tapada mi desnudez con la mera sabanita; el sueño ficticio, por hábito o por

presentimiento. No miente mi corazón.

—Hoy almorzó muy bien, mi Niña. Ya se va persuadiendo que el tasajo es más sabroso que la carne común. Don Sabas sabe hacer sus cosas. La carnicería de los Mazos es en compañía con él, y ellos le human la brincha que tiene que sacar pa sus minerías de tierra brava, onde no consumen res en un día.

—Por eso tienen tanta plata, con ese modo!... Y qué son las cosas tan largas que le cuenta Cuncia? Por ahí las he visto en muchos entruches.

—Pues ai l' he ido sacando con mucha labia cositas que nos conviene saber, mi Niña. Ya sé bien como anda aquí todo el bunde. Cuncia no es embustera; bien veo que lo que me ha dicho es lo que pasa. Los tres zambitos son de don Jesús. Chepa no tiene cuentas con ningún otro de aquí; Pablo Emilio y Marcos se van con l' escopeta, hoy el uno, mañana el otro, y se ganan hast' el camino rial, en busca de las Benjumeas. De allá vuelven en amaneciendo.

—Esas de la venta donde tomámos el claro?

—Esas, mi Niña. Pacha, la máma, las tiene pa los blancos alentaos. Por eso saca buen jornal.

—Usted las conocía?

—A todas cuatro, mi Niña. Si ellas son parientas de la máma de la Mereja, y en la casa d' esa india posan! Van dos, de sábado a lunes, pa dejar aquí quién sostenga la venta. Demás de que las ha visto, mi Niña, por ai en la plaza; son esas emparaguadas, con cachumbos en las criznejas y rosquitas de pelo pegadas en la frente, y chirriando buen zapato. Me parece que dende el pueblo son las migas con Nicanor.

—Le dijo Cuncia?

—Sí; pero ya yó lo sospechaba. Usté, como venía tan borracha de la silleta, no reparó todas las cismas que le hizo la Pacha. Como los Builes han estao aquí en otros veraneos, Cuncia les conoce a todos ellos sus mañas. Cacería como la del domingo, de todos juntos, es una que otra vez. El uso es partise en dos: mano Juan se baja pa'l río con Zoro y Rufino, pa cazar el mero domingo; Nicanor y los dos Peruchos se ganan dende el sábado, trocha arriba, y bajan el lunes. Los dos Peruchos se quedan en sus casas con sus mujeres, y Nicanor s' encarama hasta la venta. Pa no perder el jornal del día y medio que sacan por semana, trabajan de seis a cinco, sin perder más que los dos raticos de almuerzo y comida. Por allá viven también, en el camino rial, más abajito de mano Pedro, Pastora y las hermanas. Viven con el viejo Roque, que dicen qu' es el padre d' ellas. Las tres zambas son pa l'arriería y los pasajeros ruanetas; y me parece que se tiran con armas iguales. El taita va por mitá. Y no quizque les va mal, porque ai posa mucha gente.

—Y entonces por qué se vino para acá la tal Pastora?

—Pues nu'ha de ver, mi Niña! Está pensando en los güevos del gallo. Yo no he visto una perseguidora más boba! Me parece que todo el cuento es por Nicanor. Ella no me ha dicho nada; pero entiendo qu' está en tratos d'hechicería con la tal Agueda Cabarca. Ai me ha contaó toda la cencia d' esa carateja. Quizque sabe componer el agua de amor seguro, que llaman «de los siete pelos»: pelo de mozo blanco, bien enamoraó; pelo de negro mozo, bien violento; pelo de chivo cachicerraó; pelo de verraco rucio; pelo de caballo padrón; pelo de pe-

rrero entero, y pelo de cura en pecaio mortal, sacao del propio bordito de la corona. Esto quizque se mezcla con las siete yerbas ocultas, que Agueda conoce ella sola. Quizque lo destila por siete trapos: dende el anjeo hasta la morselina pa los angelitos. Esta quizque fue la tóma que le dió una reina maga al rey Salomón; y una esclava d' esta reina, después qu' ella le dió carta de libertá, se vino pa Zaragoza y l' enseñó la cencia, por cuatro libras di'oro, a la agüela de Bonifacia Sepúlveda, qu' es la hechicera más aguerrida de Zaragoza. Bonifacia se la enseñó a Agueda, con tal que no le quitara su hombre, que s'estaba prendando de Agueda. Pero lo malo pa la pobre Pastora es que la tóma vale veinte riales: diez de contao, diez con mes de plazo. Toda la tóma quizque cabe en un frasquito de palma-christi, pero dura pa muchos hechizos; con siete gotas izque hay, sea pa ropa o prendas del que va a ser hechizao, sea pa cualquier comida o bebida.

—Ave María, Cantalicia! Esas cosas tan horribles si serán ciertas?

—Quién sabe, mi Niña!...El Patas sabe tanto! Por algo rajan tanto los curas.

—No serán cuentos de esa carateja, por embobar a Pastora?

—Tal vez, mi Niña; las hechiceras son tan fabulosas... Lo que sí es cierto es que sacan estrina de muchas yerbas, lo mismo que los doctores sabidos.

—Y qué le contó Cuncia: sí será peligroso para nosotros el mal de Pastora?

—Ella dice lo mismo que yo: eso será pa los hombres que se enreden con ella. Ella estará como tantas que sirven en las casas. Y ya sabe, mi Niña,

mis precauciones, por sí o por nó, dende que vino a ofrecese.

—Y las cumple bien?

—Muy bien, mi Niña; no tenga ni la menor pensión por ese lao. Ai trujo su plato, su tutuma y su pañadora; ella misma las lava en el chorro y las separa onde yo le señalé. No me toca ningún traste ni me preba ninguna comida; yo le dije qu'ese era el uso en Orofino, con todas las servicialas forasteras. Es muy asiada pa todo; y aunque poco sabe de comidas buenas, hace lo que me ve hacer y manija muy bien el jogón.

—Y usted no les ha advertido nada a mano Juancho ni a Nicanor?

—Pa qué, mi Niña, si ellos la conocen de vicio! No dejan que les lave ni les remiende la ropa, ni que dentre al cuartel, pa que no les desculque sus cosas. Cuncia es la que les barre y la que corre con todos sus corotos. Yo no le pago sinó de sábado a lunes, y ella se queda barriendo, y yo le doy ai el bocao de comida. Me da lástima d'esta pobre boba. Ella, Cuncia y Chepa, están como era yo antes de caer en manos de sus padrecitos: unos animales de dos patas, que no saben ni persinase. Lo mismo qu'el tal Gas...D'este negrito sí me da mucho pesar! Se lo come la pereza, y me parece que no va a aprender a trabajar en nada. Yo le pago un rial, le doy tabacos y sobraos, y apenas logro que me recoja y me raje la leña. Esto le cuesta un sacrificio. Es tan inútil y tan maula el pobrecito, que l' he dao un pedazo de saya, hilo y aguja, pa que se remiende los rotos, y no ha sido capaz. L'he prometido que si está formal y limpio, le saco camisa y calzón de la tienda, el día que nos vamos. L' he prohibido que se arrime a Eloy

y le cuente cosas; estará por cumplir, porque ai lo he visto que li'habla de lejitos. Y vea otra cosa, mi Niña: como Pastora está tan perdida por Nicanor, me da miedo qu'éntre en celos con usted, si la ve en conversa con él. Y ella es capaz de levantale a usted un falso testimonio.

—Me parece muy bien la advertencia. Pero qué hago yo con Nicanor, si se asoma aquí? Cómo le voy a hacer mala cara, con lo formal que es con Eloy y con nosotros?

—Muy fácil, mi Niña: si viene como visita, yo hago que usted se cuele al cuarto, con cualquier disculpa, y yo me quedo ajuera, echando conversa con él. De la cama le oye todos sus embelecocos tan sabrosos.

El calor va arreciando. Yo he aprendido a hacer el perro, y me quedo adormilado en la tarima de duros palos. Una tarde me despierta Cantalicia para que vea las bangañas. No pude contemplar el enorme calabazo, ni cómo lo ha partido por mitad la segueta milagrosa de Nicanor. Raspa él, con un zuncho, los ingentes cuencos. Luégo me los junta, para que yo admire su tamaño. Cantalicia, encantada, los bruñe por fuera con arena, hasta que están como forrados en piel de Rusia.

—Pa Aguaslimpias me llevo mis bangañas, cueste lo que costare.

—Sí, mana Cantalicia; cargamos la yegua con ellas, y en la una metemos a Canelo y en la otra a mano Eloy. Usted sigue arrimada a la bestia, pa que la carga no se le tuerza.

—No me haga burletas, Nicanorcito. Aunque me las tenga que terciar a l' espalda, jalo con ellas falda arriba.

Esa noche, el concierto de montes y animales es un estruendo. Me despiertan con una novedad: Marizamba ha desaparecido. Cómo sería aquello? Cómo no sería? Mas mi amigo y maestro me lo explica todo por la tarde: el esposo ha venido con un ejército y ha rescatado a la cautiva. No lo dudo. La miquería, enantes distanciada, ha invadido los árboles más próximos, a la redonda de la abertura. Qué chillería por brazos y maromas! Se cuelgan, se columpian, se arraciman, enredan, brincan, hacen cabriolas y volteretas, como si el monte hubiera soltado el manicomio. Parece que los micos atrajesen las bandadas verdes y amarillentas y les contagiasen su locura: chillan, cotorrean, croajan, zumban por esos aires como enjambre alborotado.

Llega el día supremo en que debo presenciar el buceo. Cantalicia me lleva hasta la piedra consagrada. Ella y Canelo me hacen la guardia, con mi ángel tutelar. Tan sólo los lagartos, nerviosos y fugitivos, culebrean y se escurren por malezas y yerbajos.

El tapado, ceniciento, medio verdoso, surge en medio río. No sé qué me parece. Mas lo contemplo, y me va resultando. Los dos mambrullones, como manojos de cabuya sucia, se enarcan y saltan, más que corren, hasta muy abajo, a confundirse con la normal superficie de aquellas aguas, de suyo un tanto inquietas. Alcanzo a percibir, entre caballo y caballo, la artificial mansedumbre que Peruchos y Juanchos han conseguido con su experiencia y sabidurías. Por el parapeto trepa una como mica, como sabaleta. Lleva un bonguillo y un almocafre bajo el brazo. Es la negra Felicinda Soto, empresaria y as del buceo. Baja por unos palos con travesaños de escalera, y se consume en el agua.

—Ai van a encomenzar el joyo, Eloy, hasta que toquen peña. Fíjese bien, porque en esto lo gano.

La negra aparece en la escalera con el bongo adelante, no sé si suspenso o agarrado, repleto de cascajo. Tras Felicinda, el caratejo Jaramillo. En seguida, otra negra...Cantalicia me alza.

—Ya vido, Eloy; ya mató el antojo.

—Déjeme ver otro, tan siquiera.

—Pa qué, cordero? Eso sigue lo mismo: negro y negra.

—Todito el día, Cantalicia?

—No, Eloy; ni'an que fueran pescaos! Esta negrería tiene cuero de caimán; pero el agua los emparama y los agarrota. Tan solamente zambullen tres horas ahora por la mañana, y cuando más cuatro a medio día.

—Y qué están haciendo Nicanor y los otros?

—No los vido ai en la playa, revolviendo la canoa con los almocafres y botando piedra con los cachos?

Y sigue explicándome todo el laboreo. Otro desengaño para mí. Me figuraba el buceo tan distinto! Creía que aquello era un salto cabeça abajo, los brazos extendidos, tal como un chorro. Así me contaba el Mono que se aventaban los bañistas en el río de Orofino. En cuanto al que iban a sacar de este otro, ya veía los dos baúles y la maleta de papá repletos hasta el borde; ya veía cómo los nivelaban con la raya, lo mismo que los almudes de maíz que despachaba Marcos en la despensa.

V

Otro atardecer tenemos de visita a mano Juan. Se trata de las prescripciones higiénicas. Nada temiéramos, aunque el verano y la plaga se fueran presentando muy furiosos. La botella que mamá y yo veníamos probando desde el domingo, un día sí y otro nó, era cosa de santo milagroso. No pasaría de la chapetonada, que él sabía curar en un dos por tres.

—La chapetonada es allá medio idiática, y ataca cuando le da la gana, unas veces duro, unas veces blandito, por rato largo o por rato corto; pero uno le va cogiendo la canguerejera al mal, y pronto lo vence. Lo malo d'estas fiebres es pa los cristianos que las han padecido antes: estas calenturas se emberrinchan y cogen el compás de tercianas o cuartanas, y se alargan que aquéllo es. Pero yo también les he cogido el golpe a estas condenadas.

—Dende el Sitio lo conocía yo, mano Juan, como uno de los mejores curanderos d'estos laos—lisonjea Cantalicia, muy cortesana.—Cuentan y no acaban de las curas que usté ha hecho, del Tacamocho p'acá.

—Yo no soy médico por libros ni dao por ca-

bildo, porque no sé ler ni escribir. Cuando éramos chiquitos yo y Pedro, ni'an escuela oímos mentar; pero yo le trabajé mucho tiempo al dijunto Padre Mariaca, en la mina del Chilcal. El iba allá, semana por semana, y a todos nos recetaba y a casi todos nos curaba; porque es'es la cañada más enferma y más brava! Pero el Padre tenía el palito pa combatir achaques de toda laya. El me agarró mucho cariño y me fue enseñando muchas recetas. Por ai, en el carriel bueno, manijo un cuaderno de recetas qu'él mismo m'escribió. Busco quién me las lea, y voy dando con la receta pa cada achaque. El Padre m'enseñó de palabra tanto remedio de botica y de mata, que me acuerdo de muchos, aunque siempre se me han olvidao algunos. El manijaba muchos libros de los antiguas, que quizqu'erán mucho más sabidos que los dotores de ahora. Nos contaba muchas cosas del médico Caleno, que fue el más grande y sabido de todos. Por eso no receto remedios de indios ni las salvajadas de curanderos, enseñaos por el Patas, sinó medecinas de botica y yerbas de güerta bien provechosas. Yo curo la calentura malina, el tabardillo furioso y la reuma insolvada en el pecho. Curo el ahogúo de opresión y el de jervores; la soltura verde de bilis y el curso con sangre. Pa la cura del reuma, del rematís y l'espundia, tengo muy buena mano. También he recetao y asistido a muchas mujeres, y hasta señoras, en el trance fiero, cuando les vienen reventazones o se les queda adentro la segundina. Misiá Genovevita y yo hemos salvao a muchas señoras y las hemos librao de manos de unas curanderas que ai por esos laos. No tan solamente atormentaban a las enfermas, sinó que las embuchaban con tomas en que han jervido prendas di'oro y tumbaga de plata y de cobre. Y aseguran esas falsarias qu'esta porquería, que llaman la «toma de

los cuatro metales», es la mejor cónta pa todos esos peligros.

—Habrá ganao sus riales, mano Juan, con esas curas...

—No, mana Cantalicia; ni tan siquiera medio rial partido por la mitá. Ni yo iba a cobrar, tampoco. Esto es lo único que yo he podido hacer por el prójimo; y me queda el gusto que he salvao a muchos de achaques muy mortales. De tanto cristiano que yo he medecinao en achaque fatal, se habrá muerto la mitá.

Desde Hipócrates, evoluciona el palique hasta Nemrod. A los Builes, lo mismo que a los reyes de antaño, los domina la pasión medio guerrera de la caza.

—Esto no será ni'an vicio ni diversión en nosotros—filosofa el viejorro;—hasta habrá sido necesidá. A nosotros los mineros, metidos dende chiquitos por ai en esos montes y en esos guaicos y cañadas tan lóbregos y tan sin recursos, nos sirve mucho el animal que matemos; muchas veces es la única presita que nos cae al estómago. La ración con carne no es pa todas partes, por más bizarros que sean los patrones. Y no tan solamente sirve la cacería pa comer, sinó también pa uno librarse de la animalería fiera que hay en esos montes.

—Habrá cazado mucho tigre, mano Juan?...

—Sí, misiá Rosita: y oso negro, y oso cariblanco y león.

—Yo no sabía que por aquí hubiera leones...

—Cómo no, señora! No son d'esos cariplanchos y cabelludos que vienen pintaos en los papeles de las zarazas, como unos que tiene Ramona pegaos en el baúl. Estos di'aquí son medio hocicudos,

medio lanetas, con el pelo allá como amuhanao o pardusco. No son tan grandes como el tigre, pero muy altaneros y metemonos: se le plantan a uno, muy arrogantes; pero no son asina tan carniceros como ellos aparentan. Los osos son un poco bravos y tarascones, pero algo pesaos pa moverse.

—Me han dicho que los tigres no atacan a los hombres...

—Eso depende, misiá Rosita. Si alguno d' ellos llegó a probar dijunto, s' enseña a carne de cristiano y se vuelve la fiera más terrible. Acecha y caza al hombre con una astucia y una maña, qu'es pior que un gato con los pajaritos. Por allá por esos montes del Tacamocho, por los laos de Támara, había un maldito que ya se había comido un negro que topó privao de la fiebre, y había perseguido a otros buenos y sanos. Se le puso una trampa de palizada, muy jonda, y cayó en ella; pero como esos malditos son tan ágiles y tienen una juerza tan terrible, se alzó del joyo no sé cómo, y se perdió por unos días. Mas de presto volvió al acecho. Nos juntámos como siete cazadores: los mejores escopeteros d' esos laos. Por los sustos, güidas y reculeos de los perros, vimos por qué parte lo habían levanta. Pedro y otros dos más s' encaramaron a unos árboles, que ni micos; y yo y los otros nos trepámos a un aserradero, y ai nos escondimos con palos y con ramas, escopeta en mano y ojo alerta. No habrían pasao cuatro credos, cuando sentimos romper chamiza y charrascales, y asoma la cabeza el maldito. Nos güelió, nos divisó, y se pára en las patas di'atrás, levanta las garras como pa atacanos, pela tamaños colmillos y medio abre aquella boca. Pero no le dimos tiempo: pum! pum! por arriba; pum! pum! por abajo. Ai lo vide corcoviar y zangolotiasse, por en-

tre el jumero. Por fortuna qu'era tan grande que sólo dos no le acertaron. S'espernancó, bañao en sangre, dando los rugidos más medrosos, y no nos movimos de los puestos hasta que vimos que tío tigre era muerto.

—Virgen Santa, mano Juan! Y esos tigres que comen gente sí vendrán por aquí?

—D'éstos nó, misiá Rosita. Yo, al menos, nunca he oído decir. D'esos otros que comen animales, nunca faltan por estos laos, lo mismo que osos y lionos; pero esos siempre andan por ai lejos, persiguiendo a otros animales, en montes muy cerraos onde no haiga colao ningún hombre. Ellos onde más buscan es onde hay cría de ganao go de bestias; y eso no hay por aquí. Aquí está el peligro en los animales arrastraos: fuera del culebrerío, se crían esos alacranes negros, los gusanos tumbatoro y l'araña peluda. Est'araña sí es la más fregada y la más perversa! Tiene uñas en cada pata y dos colmillos; al que llega a agarrar bien agarrao, pida cura. Parece qu'el mismo Patas hubiera hecho a esta condenada! Es tál, misiá Rosita, que se aferruncha en tierra con uñas y colmillos, y se va volviendo mata, hasta que crece com'un árbol.

—Y eso si es cierto, mano Juan?—pregunta Cantalicia.—Yo había oído eso, pero me parecía que eran levas.

—Levas? Tése cubando! Yo he visto tres arbolitos, con las patas de l'araña en las raíces, lo mesmo que mata de maíz. Será qu'el Patas la mata y la vuelve semilla. Tan cierto será, mana Cantalicia, qu'el árbol lo llaman arañ.

No sé cuantos días transcurren. A mamá y a mí nos amodorra el bochorro. Pone Cantalicia

agua en un totumón, le exprime limones, le raspa panela; toma otro y chorrea de lado y lado, lo más alto que puede, hasta contar doce chorreos. Mamá y yo vamos libando de aquellos cuencos refrescantes.

—Bogue a raticos, cordero; no se lo meta de un volión, porque s'entambora. Hasta arriesga a pasmase, si traga tanto fresco di'una vez... Me parece, mi Niña, que la saca les va resultando. Ni don Jerónimo ni Jesusito aflojan prenda, porque los mineros son así: primero mártires que confesores. Naide les adivina si pierden o ganan. Pero por las caras y los misterios, se ve que la cosa va buena. Pueda ser que a don Jerónimo le toque un buen trapao.

—Con tal que no nos enfermemos y salgamos con vida de este monte, aunque el trapao no sea muy grande.

—Ai está la Virgen, mi Niña.

—Qué se hizo aquélla, que no la siento por ninguna parte?

—Está abajo dirigiendo la lavada. Ya me contó Cuncia, muy bien contao, todo el cuento. Mientras duró l'hechura del tapao, no le perdió pie ni patada, hasta que no lo vigió bien en pelo, y lo carculó bien carculao. Ahora quiere ver cómo remenea la batea, quizque pa aprender más, como si estuviera tan atrasada. Quizque vive conchavada con la tal Agueda, no tan solamente pa los hechizos, sinó pa medecinase ella misma. Quizque lo que quiere es coge le cría.

—Virgen Santa, Cantalicia! Está tentada, enteramente... Y mano Juan y los otros no han notado nada?

—Válgame, mi Niña! Anoche, en la merienda, se pusieron a grojiar delante del viejorro, como ellos usan; y Rufino, qu'es allá medio chusco, le dijo a Esteban: «Ve qué tanta lástima! Nos vamos a quedar en la casa sin quién nos escriba las cartas. Al que sabía le están aprovechando tanto las yerbas, que ya está sorombático.»

—Y qué contestó?

—Nada, mi Niña; se carcajió parejo con todos.

Va creciendo la luna, y, en cuanto asoma, me lleva Nicanor consigo y me sienta a su lado en la banca del corredor, para que divise el río, tan blanco y transformado. En dos sesiones me narra una historia.

Su parte astronómica es popular entre los campesinos antioqueños; y, en cada región, la van adaptando, relacionándola con las particularidades de cada una. El Escribano debió de añadirle muchas cosas por su cuenta. Hé aquí un comprimido:

La Madre del Río fue, en sus primeros tiempos, mucho más celosa que ahora en esconder la riqueza de su hijo. No quería que ningún mortal extrajese un solo grano, siquiera, de su fondo. El Diablo, al verla tan cuidadosa del tesoro filial, la requirió de amores y la tomó por esposa. Concedióle todos los medios para que el Río guardase sus tesoros: fieras, reptiles, insectos venenosos, y una fiebre que subía hasta las cumbres más lejanas. Quien divisase el Río a tal distancia, caía muerto, fulminado por tan tremenda calentura.

Por aquel tiempo se casaron el Sol y la Luna. El la adoraba porque era bella y sin mácula. Prestóle, aunque fría, lumbre áurea, tan luminosa como la suya.

Pero hé aquí que la Luna, al bañar el Río con sus destellos, divulga en la superficie todo el oro. La Madre se alarma: capaces eran los hombres codiciosos que divisasen por la noches todo aquello, de hacer bajar la fiebre hasta la cuenca de su hijo; capaces eran de acabar con fieras y alimañas. Consulta al marido y le sigue el consejo. Una noche se plánta, cara a cara, ante la indiscreta Luna, y la ojea. A la noche siguiente aparece manchada, pringosa, llena de pecas. El Sol se desconzuela y la repudia. En su despecho, le quita la luz de oro y le deja ésa, triste y mortecina, con que ahora nos alumbra.

La Madre del Río se queda muy ufana con el maleficio. Cree que ni las estrellas podrán contemplar de noche su tesoro. Se asoma a un alto a vigilarlo, y se pasma. Aquello no es oro: es plata, pura plata! Vuelve al Diablo; y el Diablo la echa noramala, porque no supo hacer el ojeo, y merma los poderes de la fiebre y de los animales. Desde este día principiaron los hombres a bajar al Río y a robarle el oro. La Madre, furiosa con ellos, atisba al que pueda para ojearlo, «sobre todo a los niños desobedientes que convidan a Gus a meterse en el monte».

Yo, que nunca había oído contar cuentos ni tratado más personas mayores que las de casa, no acabo de maravillarme del relato y del relator. Pero, eso sí: a ese cuentero de Gus no volvería a hacerle ninguna propuesta ni a decirle nada, para que no les fuera con chismes a Cantalicia ni al Escribano.

Don Jesús va a Orofino por unos días. Nicenor, sustituido en el lavado por uno de los negros contratantes, queda en la fonda para cambio y cuentas, ramo en que Pablo Emilio es poco enten-

dido. Casi siempre estoy con mi maestro, esté o no ocupado. En los ratos de vagar, nos entregamos a la enseñanza de uno de los pericos. Se pára ya en el índice de discípulo o maestro; le sobamos y le peinamos el plumaje, con mañita cariñosa; ya dice «periquito rial», con muchísimo melindre.

En aquel corredor que no recaldea el poniente, nos sentamos todas las tardes, junto al ventanal del tenducho. A tales horas andorrea Pastora por ahí cerca, entre si barro o no barro; Marcos tuerce cabuya en la despensa; Pablo Emilio duerme el perro, esparnancado en la hamaca de la sala. La barrendera, resopla que resopla, sacude la suelta camisola por vía de venteo; se sienta no lejos de nosotros, en la punta del tablón montado que hace de tarima, y dice:

—Cómo está afinando este verano!

—Más bien...

—A usted, tan mozo y con esa sangre tan caliente, no le hace falta en este monte a quién querer y que lo quiera?

—Eso hace siempre falta, aunque no sea en el monte ni haga calor.

—Pues...por ai hay una que lo quiere y que le da todo el gusto que quiera...

—La conozco...No me la consiga por ahora, que no hay mucha urgencia.

La moza guarda silencio y sigue su barrido.

Al día siguiente asoma muy contoneada, con tamaña gargantilla de cuentones muy labrados y muy rojos, y una totuma en la mano.

—Aquí le traigo agua choriada, con piña que conseguí por allá abajo—dice, muy zalamera, al

ofrecérsela.—Beba, qu'está muy buena. Verá cómo le calma el fogaje de la sangre.

—Muchas gracias, Pastora. Estoy embuchao de agua de la tinaja.

—No me deje con la mano estirada...

—Déjela, pues, aquí en el mostrador; póngala junto a la cuña de la ventana. Yo me la tomo de aquí a un ratico.

Váse Pastora; y, no bien voltea la esquina, toma Nicanor la totuma, corre detrás de la carnicería, vuelve con ella vacía y la pone en su puesto.

La hembra torna a un rato, toma la totuma y dice:

—Sí le gustó, Nicanor?

—Muy sabrosa, Pastora. Dios se lo pague.

Sale como un rehilete, contoneo va, contoneo viene.

Otro día, en esos momentos de soledad, estamos Nicanor y yo ante una mesa, y el periquito en su centro. Entre golpes con los nudillos y canturreos, tratamos de hacerlo bailar. Pastora asoma de pronto, del lado de la carnicería, con un atadito de papel.

—Usted sí, Nicanor!—exclama plantificándose. —Parece que estuviera criando. No tiene vida sinó pa su Eloy...Ni'an se puede hablar con usted una palabra.

—Hable lo que quiera; Eloy no estorba.

—Pues vea: aquí le manda una amiga este cariño.

—A mí?...Tal vez se ha equivocado; yo no tengo amiga que me pueda mandar cariños.

—Pues ya ve que sí—contesta abriendo el papel y presentando el regalo.—Aquí le traigo estos tabaquitos, pa que se los hume en mi nombre, y este pañuelo tan fino. Me lo marcó su amiga Marucha Benjumea.

—Gracias, Pastora; pero de nada me sirven. Yo no sé fumar sinó lo que me cuesta mi plata; regalao no puedo: se me apaga el tabaco y me dan ansias. Y ya ve que no soy asquiento como mis hermanos.

—Acéteme, entonces, el pañuelito...

—Tampoco me sirve, Pastora. Pa soname, ai mantengo un mugre en el bolsillo. Qué voy a hacer yo con pañuelo fino? No tengo ni ónde guardarlo. Vea: regátele eso a Gus; él goza fumando, y pueda ser que aprenda a sonase.

—Me deja con la vergüenza en la cara?

—Usted no es vergonzosa, Pastora; no se le nota por ninguna parte.

—Es que usted, desde qu'esté con su Eloy...

—Vea Pastora: camine vamos allí, porque tengo que decirle una cosa que le va a gustar mucho. Venga, Eloy, pa que nos sirva de testigo.

Todo esto es en tono muy jovial, medio serio, medio cariñoso. Me toma de la mano y me lleva hacia el corredor delantero del cuartel. Pastora nos sigue, con el atadillo empuñado.

—Usted cree que es muy malo este muchachito? —pregunta Nicanor, en llegando.

—Cómo me va'parecer malo un inocente?

—Por eso lo traigo, pa que oiga lo que le voy a decir. Ya ve si será cierto. Esto es entre los tres. Eloy no es capaz de contar una sola palabra.

Usté me quiere mucho, Pastora?

—Tángo, Nicanor, tángo!...

—Yo también la quiero. Así tenía que ser: usté y yo somos muy enamoraos, y a cuál de los dos más embelequero. Pero usté y yo no podemos querenos arrimaos, sinó apartaos lo más que podamos; usté y yo no podemos juntanos de ningún modo. Usté sabe por qué.

—Usté está pensando que yo soy un costal de achaques. En eso sí está engañao, Nicanor. Vendo salú! Yo se lo aseguro.

—Así será!... Pero uno no sale con nada cuando tiene desconfianza. Así es que no podemos entendenos los dos juntos. Pero apartaos sí podemos, todo lo que quiera.

—Yo no l'entiendo, Nicanor.

—Pues entonces no es enamorada, como yo creía. Los enamoraos sabemos querer de muchos modos. Yo apostaría a que usté quisiera casase con muchos, porque los quiere. A mí me pasa lo mismo: quiero a todas las que me gustan; y a toda mujer que me quiera, tengo que correspondele de algún modo. Ya ve que las quiero y no puedo estar con todas. Hagamos un embeleco de amor, bien bonito y bien diferente a todos los otros amores; un amor de lejos, sin que nadie lo sepa, sin mentanos pa nada, sin celanos. Así nos podemos querer toda la vida, sin que nadie se meta con nosotros ni hagamos ningún escándalo.

—Ah! Y es qu'estamos dando escándalo?

—Como nó, Pastora: un escándalo muy bobo, que de nada nos sirve.

—Pues yo no sé cuál pueda ser el escándalo...

—Tiene que sabelo. Usté me coquetea; usté me persigue; usté ha bajao ai río casi todos los días, pa atisbame de cerca, medio en pelota; usté le ha compraó hechizos a la carateja, pa ver si me enyerba. Ya ve que nada hemos conseguido con esto.

Pastora se hecha a temblar y lloriquea.

—Si llora será de alegría, porque nada malo le he dicho. Apartaos es el único modo de querenos, persuádase! Yo tengo que ime apenas acabe el veraneo.

—Pero, de aquí a eso podíamos estar un ratito juntos; uno tan siquiera...

—No, Pastora; eso ha de ser desde ahora un amor apartao. Pa qué arrimanos un momento? Si no nos gustamos tanto como nos figuramos, perdemos el tiempo; si nos gustamos, es pior: más dura será la separación.

—Pero es que usté debe ser tan tierno y tan hombrón!...

—No se lo niego; pero usté, por ai estará conmigo. Mejor es que principiemos como ha de seguir.

—Sí!... Porque usté va a casase muy pronto, y yo me quedo aquí, muerta d'envidia de su mujer...

—Entonces no podemos hacer el convenio. Ya le he dicho que es sin celos. A usté sola no puedo querela, porque tengo que querer a mi mujer y tal vez a otras; pero eso no quita que yo la quiera a usté.

—Así ha sido con todas las mujeres?

—No, Pastora; con usté sola. He querido a muchas y me han querido con amor apartao, por

necesidad y sin habernos apalabrado. Este embeleco que le propongo es entre usted y yo solos, y es con la única que lo hago.

—Usted sí es capaz de quereme siquiera así?

—Cómo que capaz! No le digo que la quiero y voy a querela toda mi vida?

—Pero usted me desprecia!...—murmura, medio ahogada por contener el llanto.—Yo he sido tan vagamunda!...

—Más vagamundo he sido yo. Por eso no puedo desprecia; y las vagamundas son pa querelas. Ya sabe, pues: tenemos que separarnos, y ha de ser desde mañana. No sigamos dando más escándalo. Se le busca a Cantalicia quién le ayude. Usted no tiene más qué hacer aquí.

—Pero...no puedo quedame hasta que termine el veraneo?

—No, Pastora. No quieren que esté más aquí. Por lo mismo que la quiero, no quiero que la humillen.

—Pero...usted jura que lo que me está diciendo es cierto?

—Pa qué se lo voy a jurar? Usted sabe que yo estoy haciendo aquí las veces de don Jesús, y que estoy de inspector en esta fonda y en estos trabajos. Si no la quisiera, ya la había echao de aquí. Váyase mañana, muy tranquila. Esté persuadida que habré de querela toda mi vida.

—Pero...irme así...No me da siquiera un recuerdito?

—Ah!...Pero entonces no me quiere tanto, cuando necesita alguna cosa pa acordarse de mí... Yo, por lo que es mi parte, no necesito que me de-

je nada; siempre habré de acordame de usted, sin que me dé ninguna cosa suya.

—Vea, Nicanor: regáleme el pañuelo con que se suena...

—No, Pastora. Imposible! Cómo voy a regalale una porquería a una mujer querida? Ni yo tengo tampoco ninguna cosita que pudiera dejale. Si quiere, escoja en la tienda cualquier bobada: una cajita de paños de aguja, corte pa alguna saya, o lo que le guste.

—Eso no, Nicanor! Yo quiero algo suyo...Córtese un cadejito de pelo; con eso me voy muy contenta.

—El amor de nosotros es sin pelos ni cachumbos, sin flores y sin cartas. Con estas cosas, sería un amor como todos. Y no hablemos más, porque en esto suben los del río o vienen negros, y nos ven. Yo tengo un corazón que adivina muchas cosas: si algún día siento que no la quiero, es señal de que usted ha contao lo que le acabo de decir. Conque, si quiere mi cariño por toda su vida, a nadie le ha de contar una palabra del convenio que hemos hecho.

—Se lo prometo, Nicanor. Pero siempre vuelvo a verlo, no es cierto?

—Por supuesto, si no nos morimos. Pero, eso sí: ni usted me busca a mí ni yo la busco a usted, ni nadie ha de saber que nos alegramos de venos.

—Y si nos topamos solos, mano a mano?

—Nos saludamos, como conocidos...Yo sabré si es por casualidá o porque usted lo busca...Y váyase ya, porque ya van a subir aquéllos ó se despierta Pablo Emilio; sin llorar, ni hacer muecas, ni nada.

Pastora sale. Guardamos silencio un momento. Rómpelo Nicanor con esta pregunta:

—Usté cree, Eloy, que le dije mentiras?

—Usté dijo verdá...

Me coge la cabeza, me hociquea el cabello y murmura:

—Ah mano Eloy pa saber! Por eso lo quiero tanto...

Comentarios, conjeturas por la ida de Pastora. Cantalicia supone que ha conseguido su objeto; Cuncia opina lo contrario; los hermanos y primos de mi amigo siguen sus chirigotas sobre aquella hechicería.

Don Jesús, que ha pernoctado en el camino, llega desde temprano. Reúnese con mi padre y mano Juan; y, previos informes del lavado, tratan la cuestión Agueda Cabarca. Los tres opinan que hay que bombearla inmediatamente. Yo estoy con Nicanor, junto a la puerta.

—Ya vamos a quitarte el peligro, hombre Escribano—le dice don Jesús, muy sonreído.

—Aquí no ha habido tal peligro, patrón; eso son invenciones de todas éstas y charlas de Rufino y de Esteban. Usté conoce mejor que nadie todos los agüeros y los chismes d'estas negras. No habrán de hechizanos en la comida, porque la yerba cocida izque pierde la virtud; eso izque ha de ser fermentao en agua fría.

—Pero vé, Escribano: bien pueden echarles en la comida alguna yerba venenosa.

—No crea, don Jesús. Ya hubieran acabao con todos los que trabajamos aquí, en tanto tiempo, porque todas ellas son iguales. Pa qué echar a

esa pobre carateja...Siquiera matará el hambre por unos días; y ella siempre les ayuda a las cocineras.

—Oigan lo que opina Escribano!

Mi padre y Juan se acercan.

—Sí, don Jerónimo—sostiene mi maestro.— A mí no me toca meteme en estas cosas, y ustedes saben mejor que yo lo que debe hacerse; pero más vale dale de comer a una pobre vieja hambrienta, que echala de aquí como si fuera un animal perjudicial.

—Pues...hombre Escribano, no te falta razón. Qué opina, don Jerónimo?

—Pues tal vez sí será falta de caridad. Ni a Sabas le gusta acosar a esta gente...A usted le da cuidado, mano Juan?

—Pues...no sé qué le diga, don Jerónimo. Peligro hay en todos estos montes, con las porquerías que componen estas hechiceras. Pero tal vez Escribano habrá acertao mejor que nosotros los viejos. Dejen ai a esa carateja. Siquiera probará untao de brincha.

—Si, padre: «Dar de comer al hambriento». Y esos cuentos de hechicerías, usté bien sabe que a mí no me cuelan. El Diablo no necesita ayudantes, y enyerbaos nacemos todos, sin que nos den las tomas ni los polvos de la madre Celestina.

—Ah Escribano más condenao!—le risotea don Jesús, palmoteándole en el hombro.—Ya lo oyó, mano Juan. Y sepa y entienda que estos mozos de ahora nos van a enseñar a los taitas a hacer los hijos.

—Asina es, Jesusito; parece que l'esperencia les venga de nación.

—Si, padre; no ve que de nación nos viene el enyerbamiento?

—Hombre escribano—dice don Jesús, no bien salen los dos viejos.—Yo me figuro que algo le dijiste a Pastora, y le envolviste el cabresto. No te conté que iba como muy satisfecha? Qué le dijiste?

—Usté no me cree nunca, patrón. Pa qué me pregunta? Usté se figura las cosas, y la figura no se la saca nadie de la cabeza. Mejor es así; lo mismo es saber una cosa que figurásela: todo es figura.

—No vengás a embolatar me con tus enredos!

—Yo qué hago, patrón? Yo soy embolatao y enredao; así me hizo mi Dios. Por eso vivo tan contento.

—Y así tan embolatao y enredao, como hacés para ser tan trabajador y tan cumplido, sin meterte en francachelas ni calaveradas?

—Pa embolar más, patrón. Por eso trabajo en todo, di'aquí p'allá, por todos estos montes y estas minas. Y como todos estos caminos y estas cañadas son tan embolatas, yo me embolato más, andareguiando por todas partes. Uno acaba por parecese a las tierras onde vive y anda trabajando. Ya ve las guacamayas: tienen muchas pintas, lo mismo qu'el monte, qu'es de todos los colores. No me meto en francachelas, porque no me hacen falta. Mis hermanas me dicen que vivo borracho sin probar el trago.

—Cómo vas a casarte, así tan embolatao?

—La casanga, patrón, es otro embolate. Tengo que casame, precisamente, en el año que entra. Ya me comprometí con mano Juancho y mana Ramona; si no les cumplo se calientan.

—Y cuál es por fin: Ricarda, o la cuñaíta de tus hermanos?

—Pues no, patrón: no sé todavía quién será.

—Pero cuál te gusta más?

—Pues las dos, patrón. Usté sabe que a mi me gustan muchas; y si no me puedo casar con todas, lo mismo será casame con la una o con la otra.

—Sí... ya te veo: te casás con alguna y seguís queriendo a las demás.

—Puuu, patrón! A todas las que me han querido las sigo queriendo. Pa qué medio mi Dios este corazón? Yo tengo que querer a muchas. Y camine, Eloy, vamos a dale la lección al periquito.

Por la tarde nos sentábamos a contemplar el monte. Evoco ahora todo aquello. Lo veo como entónces.

El poniente proyecta su película en la pantalla frontera, y la ilumina con esas lumbres de adiós que aclaran y precisan las partes, para darle más grandeza al todo y más sentimiento a la despedida. Sobre el cielo, ya apacible, se recortan las cumbres, frondosas hacia el norte, medio desmontadas, casi calvas, hacia el sur. El guayacán levanta, a trechos, esa florescencia gualda, abrigantada a tales horas: es el motivo que sostiene aquella sinfonía de colores. Acá se levantan las frondas sonrosadas; allá, las oscuras, de matices imprecisos. En el fondo de alguna ondulación levantan las palmeras su penacho inquieto y su inmóvil tronco, sobre el fondo policromo. Arboles ingentes, apenas medio vestidos, asoman de lado y lado sus chami-zos, como esqueletos que se alzasen del sudario; dijérase que aquellos árboles han vuelto sus raíces hacia arriba. A medida que asciende, acentúa el

monte sus verdores, para que mejor resalten los tonos amarillentos o rojizos del ramaje joven, y lo engalane el arizá con sus escándalos de púrpura. Baja. Córtalo el río, en culebreos imprevistos, para mostrar mejor la base y estructura de esa vegetación intertropical: troncos blancos e hilados; ramajes que se desparraman; ramajes que se inclinan y besan el río; palmeras eminentes que se destacan; palmares rastreros que se traban; bejucos y maromas que se enmarañan, que ondean, que cuelgan; parásitas de hojas gigantes que columpian sus flores y sus bellotas; troncos erguidos, oblicuos, medio caídos por tierra, cual si fuesen cerco o andamiaje que atajase las ondas del río. Y a sus márgenes, cual si le adulasen por su riqueza, plantas rígidas, plantas aterciopeladas o a pintajos, plantas flexibles que mojan su lengua en el vaso del rico. Y allí donde el terreno se aplanan y parece deleznable, opone la orilla su máximo baluarte: el suribio, el poético suribio que da la sobra idílica y protectora, tiende sus ramas, hace toldos, se proyecta en la onda, mientras que sus raíces se agarran a las márgenes, se traban y se anudan para defenderlas.

Tál gallardea aquella zona, en partes árida y escabrosa, en partes mórbida y ondulada, repleta de fieras, de monos irrisorios, de serpientes, de insectos y reptiles venenosos, de pajarracos pintos, de avecillas delicadas, de toda aquella fauna que zumba, que chilla, que brama, que se mata, en esta lucha sin tregua por la vida y el amor.

Todo esto no es sino un pedacito del cuadro frontero. Este río, que baja de la corcova céntrica de Antioquia y la parte en dos ramales, corre entre el Cauca y el Magdalena. Más que estos, tiene una cuenca imposible de contemplar, así sea desde

aviones. Los ríos y riachuelos, los torrentes y las cascadas, los incontables hilos de agua que bajan por ambos flancos, embellecen tantas sinuosidades y altibajos; el río, así y todo, cambia dos veces su nombre por el de dos tributarios.

La parte a que me refiero no es navegable. A más de su impetuosa corriente, su fondo forma como escalones. Sólo lo que llaman «toletes», remedos de embarcación, para una o dos personas, bajan de cuando en cuando. Más al norte, donde toma su último nombre, para confundirse con el Cauca, ya es para balsas y canoas. Alciones y garzas reales, unas garzas de un metro de altura, pescan por dondequiera; y, en los meses pluviales, bandadas innumerables de ánades de varias formas y diversos colores singlan en todas direcciones con la serenidad de su sabiduría.

El relieve de esta Antioquia ostenta por esos flancos todas sus asperezas y sus molicies, todos sus caprichos y arbitrariedades. Las nomenclaturas topográficas son aquí inútiles: eso se hunde, se comba, hace aristas, se hincha en redondeces. Sus perfiles son una ociosidad, una locura: describen ondas, picos, siluetas de castillos ruinosos, de murallas, de torreones descabezados; forman, a trechos, algo así como filos de serrucho que se desportillan en líneas curvas o quebradas. Sus vericuetos se enroscan como caracoles, se complican como oreja humana, para lucir entre tanta extravagancia colinas dibujadas a compás, cuchillas como rampas geométricas, pedacitos horizontales como descanso de escalera palatina, gentilezas para el amor o las confidencias.

La mano del hombre, en su luchar perpetuo, contribuye al embolismo del terruño: desmontes,

aberturas; balumbas de troncos que se cruzan, que se entreveran y se pudren; cepas ciclópeas que sacan sus bambas a lado y lado; sendas de cabras que riegan por las pendientes la tierra removida, para formar fangales en las hondonadas. Los pedrejones que el cataclismo aventó y el hombre ha destapado se esconden bajo esa vegetación endeble y transitoria que viene tras el desmonte. Los aserraderos para tantas maderas de construcción y ebanistería como allí prodigó Naturaleza, erigen su parapeto en cualquier sitio. La choza del monterero o sembrador levanta el humo allí donde se crea mejor guardada. Por las vegas, donde los ganaderos o labradores han plantado sus penates, verdea el prado, agitan su galas los platanales y la caña, y, por entre los yerbales de pará, asoma la blancura de las reses. Totumos y papayos, mangos y aguacates, madroños y algarrobos, naranjos y limoneros, se empinan para cubrir esos follajes inferiores; y, sobre todos ellos, para ostentar su hegemonía, encumbra el cocotero su plumaje y la riqueza de su fruto.

Sólo los que luchan con estas selvas conocen la nomenclatura popular de tantos árboles, de tanta fauna, así como esas transiciones misteriosas entre el reino vegetal y el animal: esa flor enorme, semejante a un pato, que, una vez cogida, exhala fetideces de cadáver; esa tarántula que se transforma en árbol; esotros que se atraen a distancia, que van inclinando sus ramajes hasta juntarlos y retorcerse en un vínculo que los hombres ignoran.

Si en esta selva pululan las fieras, los reptiles, las yerbas y bichos venenosos, cuántos materiales no presta a la medicina? Cuántos alimentos al hombre? Esas gentes montaraces saborean el cirpe

delicioso y saludable; la curativa leche del sande, que mezclan con el popular cocido de maíz, este cocido encenizado que, por derivación, ha dado nombre al gremio humilde y trashumante de la minería fluvial. Y qué decir de la caza y de la pesca? Qué del guayacán y el amamor? Qué del diomate y el granadillo, del comino crespo y el marfil?

«Salve, fecunda Zona...!»

Ave, Andrés Bello!

VII

—Esta saca va saliendo, mi Niña; no le quede duda. Ai le veo la cara a don Jerónimo. Y cuando ponen cuidandero de noche, los días que no alcanzan a lavar el sacao, no será porqu'es tan pobre. Yo se lo dije dende Orofino: esta Virgen de sus padrecitos siempre habrá de voltiale la suerte a don Jerónimo.

Yo no lo dudaba. Rezaba diariamente a la Virgen de las Angustias mi oración secreta, sin mover los labios, sin que nadie me lo notase.

Por esos días tengo muchas emociones: mamá ha cazado, en el monte de mis crespos, tres «guas», tamañas de grandes. Nicanor y Pablo Emilio me trasquilan. Mano Eloy diz que queda más lindo con la totuma pelada, y no sufrirá los furores de la canícula. La llegada de los víveres aumenta la animación. Cantalicia se encanta con las cosas que le consigue la mujer de mano Pedro. En casa disfrutamos de las delicias del quesito. Yo, caballero en la yegua motilona, avanzo en la equitación por los contornos de la casa y las hábiles manos de Pablo Emilio, que conduce del ronزال caballo y caballero.

Cantalicia me levantaba «escuro, escuro», para que recibiera el viento provechoso de mi Dios, lo alabase parejo con los pajaritos, y viera cómo asomaba el sol, para alabarlo con nosotros. To-

dos le rezábamos con muchísima devoción: los cucaracheros, por ahí en los caballetes y paredes; los toches y azulejos, en los árboles y plataneras; y, más arriba, en los aires, sin que la viéramos siquiera, le entonaba la alondra sus oraciones más bellas. Pero la alondra es tál, que no he podido conocerla. «A esa no l'echa el ojo, cordero; a esa la hizo mi Dios pa que le cante siempre por la mañana, y algunas veces a media noche; de día s'encumbra a la región. Mi Dios sabe cómo l'alimenta y ónde pone». Quién conociera aquella alondra tan devota y tan cantora! Sentía que el antiguo esposo de la luna, al asomar detrás del monte, rezaba con tanto fervor como nosotros. Cantalicia entonaba, entonces, conmigo, con los pajaritos y con el sol, la salmodia medio cantada, medio rezada, que le enseñaron mis abuelitos:

«Bendita la luz del día
y el Señor que nos la envía.
Alabemos a María
con gran gozo y alegría.»

Un sábado me cumple Nicanor lo que tanto me ha prometido: una cacería en casa. Es aquello con muchísimo aparato: él, Pablo Emilio y los dos Peruchos, con las escopetas; Gus y yo, de espectadores; las mujeres y don Jesús, en expectativa; el guacamayo, la presa perseguida. Canelo, azuzado por el cuji! cuji! de todos, se alborota, entre gruñido y gruñido. Los escopeteros corren, voltean, con muchos atisbos y muchas monerías; ponen rodilla en tierra, apuntan...qué estruendo más horrible! El guacamayo, entre el ladrar estrepitoso de mi perro, se desgaja desde la percha, en estridencias formidables. Pero, oh poder de la magia! toda aquella metralla ha sido inútil: el guacamayo

está incólume. La Madre del Río lo tiene encantado. Los aspavientos de Nicanor; las risotadas de todos.

—Este sí, pues!...—alaba Cantalicia.—Cómo irá a criar esos hijos!...Con él hay pa entretener toda la casa.

Los tres Builes, con sus jíqueras y sus escopetas, tiran a poco, trocha arriba. Es la caza consabida. Por esos montes del camino real, más que en los de abajo, cunden el pavo real y los paujiles, las gurrías y gallinetas, las torcaces de toda clase y cuantas aves hizo mi Dios para recreo y alimento de los humanos. Por ahí vuela también el paval de mana Pacha Benjumea.

Busco recursos en estas soledades. Husmeo la desgazada del marrano y todo el tripitorio que Cantalicia y Cuncia lavan en el chorro del matadero. La despensa ocupa la mitad del corredor de atrás; tiene puerta al patio del cuartel y puerta al pedazo de corredor, en dirección a la cocina. En ese como zaguán acumulan los bastimentos. Pablo Emilio trastea por los graneros, por los aparadores de la panela; Marcos sála y cuelga de la tasajera; Canelo y yo no les perdemos pie ni patada.

Desde muy temprano suben negros, y hay mucha animación en el cambio y ventas. Por la noche, tamalada de todos los de la casa.

A la mañana siguiente principia el bureo. Mano Juan, atarraya al hombro, y sus dos hijos con sendas jíqueras de fiambres, bajan hacia el río no bien desayunan. A poco sube otra tanda. Negros y negras vienen de escopeta, con una jauría no sé de cuántas unidades. En proveyéndose de pertrechos y comida, emprenden la caza, falda arriba.

Los del tute lo emprenden al medio día. Yo me acojo al rezo de mamá y Cantalicia, entre si duermo o me despabilo. Mas no dura mucho mi inactividad: antes de la comida tornan los de la pesca, con las sartas de doradas y jetudos, de sabaletas y barbudos, de bocachicos y picudos y otros varios. Mucha andanza y ajeteo para la abierta y salazón de todo aquello; y pronto cuelgan, al humo de las dos cocinas, los festones de pescados. Cuando los admiro y me prometo los atracones de Heliogábalo, retumba, monte arriba, prolongada gritería.

—Eso es de venao p'arriba!—exclama Cuncia, con inspirado semblante.

—Cuando más algún tatabro, máma...—repone Chepa.—Estos negros son tan escandalosos y tan cismáticos!...

Tenía de acertar la sibila de esa fonda: venado es, y tamaño de grande; colgado de un palo lo traen; escoltado viene por cazadores y perrería. Me da susto y tristeza conocer venado muerto, en vez de conocerlo vivo. Sé que sólo come yerba y que a nadie hace daño. Cosa rara! Había visto a vecillas asesinadas por los cazadores, y nada había sentido; pero hé aquí que este cuadrúpedo, tan bello como inocente, trajo por vez primera a mi alma de ocho años la triste noción de la crueldad humana. Lo ponen en el patio. Tuteros y mujerío, Gus y los tres pimpollitos de Chepa se agolpan al suceso. La negra Camila Escudero es la heroína afortunada. Cerca al lugar donde la apostaron ha pasado el fugitivo...y la puntería de la negra, para qué se la dió la experiencia? La proclaman como a otra Judith. Encargos de don Jesús para la sacada de la piel. Perdiera cuidado el patrón: esa misma noche la sacarían; y ahí estaba la gran

puerta de Felicinda, para clavarla donde ningún bicho indecente fuera a hacerle el menor daño. Ya se la traerían, bien sequita y enrollada, al patrón Sabas. Provista de sal, puntillas y aguardiente, baja la hueste a su ribera.

Desde la casa nada alcanzamos a oír; pero, según voz y fama, la descuerada se prolongó hasta las tantas de la noche, entre las delicias de Armonía, Danza, Aguardiente de caña y otros licores.

Esa misma noche va mano Juan a inquirir sobre los efectos del remedio consabido. Mamá informa muy favorablemente.

—Allá verá, misiá Rosita, que todo va a resultar muy bien, mediante Dios. Ya va a hacer un mes que nos vinimos. Ya era tiempo de que le agarraran las intercadencias d'este achaque del río. A lo más, pararemos aquí otro mes; y eso... quién sabe!

—Y la saca como que va resultando?

—Me coge despensionao pa la contesta, mana Cantalicia. Usted sabe que a los patrones hay que guardales todos sus secretos, sean buenos go malos.

—Así es, mano Juancho. Yo lo decía por don Jerónimo... Ni a uno tampoco le va ni le viene con que los patrones extraños ganen go pierdan. Yo hasta creo que los señores Villadas ni habrán metido mucha plata en estos caballitos.

—Así es, mana Cantalicia. Esto ha sido un tapaito muy de mentiras. Si hubiera visto, misiá Rosita, los tapaos que Pedro y yo les hemos hecho a otros patrones!... A los Rodas les hicimos uno, qu'esa sí fue la cosa pa más bonita y admirable: les cogimos un pedazo de río con un tapao doble,

bien retaquiao de cuanto topámos; lo sesguere-tiámos de p'abajo, desde l'orilla; echámos otro más abajo, de p'arriba, hasta que se toparon. Con bombas de zurrón lo chicámos muy ligero. Metieron todo el negrerío, y toíto ese pedazo se lo sacaron. Fue mucho el oral que cogieron ai los señores Rodas! Y eso que el verano no fue largo.

—Pero siempre se lo llevaría alguna creciente...
—dice mamá.

—Cómo nó, misiá Rosita: no quedaron ni re-leses! También fue qu'es la creciente más fea y más canóniga qu'he visto por aquí. Eso fue allá, Nechí abajo. Dende dos o tres días antes vimos, por la suba del pescao, que la cosa iba a ser tremenda.

—Cuénteme eso de la suba, mano Juan, que yo no he entendido bien.

—Pues es qu'esos animales del agua saben más que los cristianos. Apenas güelen la cosa mala, pegan patas agua arriba, y se cuelan por las quebradas o por las ciénigas, onde no los pañe la creciente. Y esa güida se ve, y rumba de p'arriba. Porqu'esos sí son los malditos que saben cabeciar contra la corriente!... Pu'aquí no hay esa suba. Será porque hay menos animales y menos agua.

—Ya entiendo, mano Juan. Y dígame una cosa: ustedes los Builes, tan entendidos en minería, no han trabajado nunca por su cuenta?

—Dios nos libre y nos favorezca, misiá Rosita! Esu'es pa gente muy rica y arriesgada. Esos pueden perder en tres o cuatro partes y ganar en ocho o diez; pero el pobre que mete sus rialitos en un mero güeco, ai se le quedan. Ni'an masamorreio ni contrato nos han gustao. Ningún masamorrero o contratista guarda un medio: no

bien ganan un rial, gastan una peseta. La mina de nosotros los Builes es la muñeca, la hombría de bien, la buena concencia y el apretar el rialito que conseguimos. Por eso no nos ha faltao nunca el buen jornal. Y como sabemos desde echar hacha en el monte hasta sacale la ceja a la batea, estamos prestos pa toda laya de trabajo en que nos pongan. Los señores Villadas nos tienen por su cuenta dende qu'estos muchachitos míos y los de Pedro estaban d'escueliantes; y todos estos mozos han trabajao siempre con ellos. Nosotros no necesitamos de sobrestantes ni de quién nos vigile; por eso hace mucho tiempo que nos pagan a todos jornal doble; y en tierras bravas como ésta, nos enciman un rial y nos pagan los días que tengamos que guardar cama, porque saben que no fingimos achaques por la pereza de trabajar. Ellos saben que un Buile solo, hace más en un día que dos piones treguadores o paviadores. Y a todo le hacemos, misiá Rosita. Ai ve a Pedro de arriero. El día que nos pongan a todos a arriar, todos arriamos. Escribano les lleva a los otros la ventaja de jalar letra y echale al número; los otros apenas medio saben d'esas cosas.

—Hasta plata tendrá ya Nicanorcito...

—No cosa, mana Cantalicia. Me parece que no conoce el dao ni la baraja, y no lo cogen en francachelas de licor y bailoteos; pero a él siempre se le ha ido mucha platica pu'ai en sus cuentos con novias y otras, y en sus andanzas. Pu'ai le tienen mis yernos unos rialitos. Tendrá pa levantar la casita y aviala, y pa la muda y la vaquita de leche. Me parece que no le quedará pa comprar las gallinas, si se le ocurre. Pueda ser que aprenda a apretar, como Zorobabel y Rufino. Por eso tenemos mucha gana de casalo

pronto, pa que no ande en bobadas y pecaderas, y aprenda a empuñar el rialito. Di'ai viene que no nos guste la desinada que les conté; él no puede sostenele el chirrión y el adornijo a toda hora. A nosotros los montañeros pobres que semos blancos y decentes, no nos convienen si nó mujeres como las de nosotros: de alpaigate en semana y guasintón pa ir a misa y que sepan hacer toda laya de oficios.

Fallidas resultaron, esta vez, las sapiencias optimistas de mano Juan. Mamá hubo de tomar cama desde el martes; y no fue ya la cascarilla con ruibarbo y culantrillo de monte, sino las purgas de jalapa y calomel, la quinina de frasco, los sudoríficos y otros tratamientos ayudadores. Entre las confusiones y andanzas de Cantalicia pasó varios días, acostada hoy, levantada mañana, con todas las indisposiciones y trastornos que producen estos envenenamientos tropicales.

—No se confunda, mi Niña, y tenga pacencia. Esto es de cajón pa todos los forásticos que caen en estos joyos, aunque no sean tan blancos ni criaos en tanta delicadeza como usted. Pero vea: esto es oro en chumbe: allá verá cual va a ser el resultao d'este quebrantico. Ya se lo tengo dicho dende Orofino: todo ese embarnecimiento suyo y esa frondosidá de vicio se le merma, y queda en buen punto p'al asunto de las señoras casadas.

—Pues peor, Cantalicia! No puede uno con San Juan y pudiera con San Pedro!...

—No diga eso mi Niña, qu'es hasta malo. Vea: d'este achaque pende el otro; y, nomasito le resulte... adiós fiebres! Y no es pa un año, ni pa dos: est'es la cura pa siempre. Esto le ha pasao a muchas; ni pa qué li'hago la cuenta.

A mí, a más de la prueba de la limeta, me pasa la vela de sebo por toda la cara y me embadurna las canillas con jabón de la tierra, con ese jabón negro y requintado que saca Cuncia cada semana. No bien seca el embadurne, me da lavatorios con hervido de malva y apio, bien caliente. Todo esto para que no se me enconen las picaduras de moscos. Contrata con Marcos unas suelas de cabuya; les pone capellada de cualquier manta, y héteme a mano Eloy, alpargatín alpargateando, por las tres casas.

Inútiles resultan tamañas precauciones. De pronto me siento raro; veo las cosas y las personas de otro modo; me entran los fríos y temblores de la muerte; me acomete el sopor. Causón alto se llama esta figura. Viene el terrible frasco de aceite de higuerilla, vienen las amarguras de la quinina, vienen otros horrores. Me entra un embobamiento y una cosa allá tan confusa y enervante, que ni a las consolaciones de Escribano les hago caso. Las comidas me saben muy mal, y no tengo más remedio que rendirme por ahí, en cualquier parte, como perro con gusanos. Vuelvo en mí por algunas horas; traveseo, para tornar a los sopores. No sé cuantos días pasan. Me desvelo; oigo el croajar de las lechuzas y los acentos del curucutú; se me agrandan los chillidos nocturnos de los micos, los lamentos del perico ligero, y todo ese revuelo y sinfonía del monte en las noches caniculares de bramas y fermentos. Así y todo, la fiebre me da tregua, o «coge el compás», como dice mano Juan; y, al fin y al cabo, me va abandonando.

Cierta noche estalla una tormenta en seco. A los retumbos del trueno, se une el bramar de los montes enloquecidos. Yo sabía de ventarrones,

pero acaso desconocía la palabra huracán. También me enloquezo, y me agarro a Cantalicia, como a tabla de salvación. Rezamos. Reza mamá sola, porque mi padre no ha vuelto aún del tute. Torna, a poco; no articula una sola palabra, ni nosotros tampoco. Antes de volver al sueño, siento las alabanzas de las aves; y, contra el parecer de Cantalicia, la sigo hasta la cocina.

—Virgen Santa, cordero! Usté s'está poniendo desobediente. Quédese ai en el banco, hasta qu'el sol esté alto.

Lejos de recaer con el madrugón, siéntome muy recobrado. Me asomo a ver los estragos del monte. Debe de estar encantado, lo mismo que el guacamayo: no le noto ningún daño; mas le miro con cierto rencorcillo y cierta desconfianza. El monte! Quién sabía lo que era el monte?

En mi convalecencia repaso y revuelvo en mi cabeza todas las cosas que, en tan poco tiempo, he venido conociendo desde Orofino: los asuntos de mi padre y de Antolino; los de doña Lorenza, doña Andrea y el Bizcorneto; la protección que nos ha prestado Cantalicia; su longaniza de oro, escondida en la cintura; aquel traslado a esta cañada; Nicanor, con su sabiduría, con el cariño que me tiene, con ese amor de lejos con que corresponde a Pastora... Por qué me llevaría Escribano a ver y a oír ese convenio para quererse con Pastora?

Había aprendido tantas cosas! El capullo que envolvía mi inocencia quiere romperse, y mi alma de ocho años ansía volar como una mariposa. Sabía mucho, sin entender lo que significaban mis sabidurías. Después, en el curso de mi vida, he conocido muchos sabios, adultos y hasta viejos,

que saben muchas cosas como las supe yo en plena infancia. Saber sin comprender lo sabido es, sin duda, cosa muy bella y muy consoladora. La inocencia disfrazada de malicia significa mucho en la eterna farsa que todos representamos. Esconder lo bello y bueno que tengamos, bajo corteza áspera o espinosa, nos lo enseñan bien el coco y la piña. Y revuelvo la infancia con la edad madura, porque de la niñez no he salido todavía.

Y corto el vuelo lírico para decir que cayó una lluvia de gruesos goterones, que no duró diez minutos.

—Esto es como escupir en una candelada!—exclama Cantalicia—Con tal que venga don Sabas antes de que se cuele el invierno!... Así que la tierra mate la sequía, principia el pantanero a levantar el vaho, principia este maldito río su jedentina tan enferma. Figúrese, mana Cuncia, cuánta será l'inundicia que trae desd'esa Villa tan grande y d'esos pueblos, ondi'hay tantísimo cristiano; antes se demora en matanos esta letrina!... Si no viene don Sabas pronto, hast'el pobrecito Canelo va a chupar su guarapazo. Si no viene di'aquí a mañana, no topa ni rastro del tal tapao. Ayer por la mañanita oí chillar el guacó negro; y anoche, cuando nos acostámos, le oí a la gallineta malaseña su buen cacarido. Ya usté sabe, mana Cuncia, lo qu'esto quiere decir.

Llega, por fin, don Sabas, antes del medio día; y, sin apearde de su mulita, prosigue hasta el lavado. A ese tiempo principian a bajar, como navegantes desterrados, mugrientos copos de espuma, yerbajos, grumos de hojas, palos y basuras. Antes de las cuatro se inicia el rumor y con él una lluvia, si no muy fuerte, franca y acompasada a pleno sol. Todos nos salimos a los corredores.

Pronto asoma. Eso sí es caballo! Todo aquello, herido por el rayo oblicuo, se ve al través de la lluvia medio irisado, entre amarillento y blanquizo. No sé si salta por encima de la tapa; no sé si la arrastra.

Empresarios y Builes no tardan en trepar. Sí: ahí viene el caratejo Jaramillo; ahí la insigne Felicidad Soto. No sé cuanto tarda la conferencia, porque Cantalicia me ha hecho acostar desde la oración. Ignoro si se quedaron ahí esa noche, o si volvieron por la mañana; pero, a eso de las ocho, me asomo por la red de cabuya, y siento la reunión, por allá en la sala y el tenducho. Nicanor se me acerca, muy sonreído.

—Ahora sí, mano Eloy: vaya arreglando los corotos. Usté verá si le dejamos a Cafio, al Buchón y a Chirringo los periquitos y el guacamayo; usté verá si los largamos a su monte, o si alzamos con ellos pa Aguaslimpias. Usté, que ya está alentaíto y que todo se lo sabe, callao su boca, verá lo que hace. Y no se salga por aquí hasta que todo esté seco, pa que no vaya a empantanar los alpargates. Asómese de aquí a un ratico al corredor, pa que vea que la Madre del Río se llevó el tapao y los dos caballitos.

Mamá y Cantalicia nada han sacado en limpio de aquellas liquidaciones y partijas. Ese día se vuelan los dos Peruchos, y cae su padre con los dos Pulgarines. A propia hora se inician los arreglos de la partida. Gus blanquea el ojo. No es para menos: Cantalicia le ha regalado la muda y un haz de tabacos encima. Chepa y Cuncia gimotean, entre el pesar por nuestra marcha y el gusto por las herencias y las propinas que ellas y los tres rapacillos han recibido. Don Jesús y Pablo Emilio lamentan, de antemano, nuestra ausencia.

Tan sólo Marcos, el silencioso Marcos, permanece inmutable, en su augusta indiferencia. Papá se opone abiertamente a que nos llevemos los pajarracos.

Don Sabas páрте al siguiente amanecer, por ver si alcanza la última posada. A poco arranca nuestra caravana, trocha arriba. No hubo tal yegua ni tal silla. A eso de las diez llegamos al camino real. En casa de Pedro almorzamos, mientras los Builes arreglan la gran maleta de los trapos, jipes y carrieles domingueros que allí guardan. Pronto estamos de nuevo en marcha. Una vez en el camino real, admiro la expedición. Todos los Builes van más o menos uniformados: pantalón de manta, chamarra suelta de lienzo gordo y bolsillos de parche; el sombrero de caña en funda de telilla impermeable; la escopeta colgada al hombro, al cinto el machete; cruzada en la espalda, como enorme salchicha, esa chuspa de coleta que entónces llamaban maletón, henchida con la cobija y los trapitos lavables, y, amarrados en ella, el capisayo común y el pluvial de encerado. Cada cual se despoja de arma cazadora y chuspa, para llevarme a espaldas cuando le llega el turno. Los Pulgarines, al par que arrear las tres bestias, cargan las dos grandes maletas. Ellas representan lo urbano y lo rústico de la época: la de papá es forrada en badana, con adorno y marca de estoperoles; la de Juancho, de puro palo pelado, con su enorme cerradura. Cantalicia y mi padre van en el caballito de San Francisco; él, junto a mi madre; la india, también de sombrero enfundado, chuspa y jíqueras, avizorando las dos bangañas repletas, que van de sobornal en sendas cargas. Pedro arrea las bestias. Canelo va tras de mi carguero, lamiéndome el talón de la alpargata. Ma-

má, bajo el arco ensabanado de la silleta, se me hace mismamente la Virgen de la Cueva Santa que tiene Cuncia en su alcoba prolífera, en esa alcoba donde soñara Pastora un pimpollo escribanesco. Las armas de fuego van descargadas, porque mano Juan ha prohibido esas cacerías camineras, de tanto engorro y tantos peligros.

Vamos subiendo, subiendo. Nicanor me lleva, verbo en labio:

—Ya ve mano Eloy que sus tales fiebres no resultaron nada. Desde antier está bueno y sano. Sepa y entienda que no fue la Madre del Río la que lo hizo enfermar: fue que usted se entamboró de jetudo y sabaleta. No se tragó las espigas, pero sí las calenturas. Y ya sabe: usted, desde que le cortamos los crespos, tiene que seguir de hombre grande. En Aguaslimpias tiene que dormir usted solo, en su cama; si sigue durmiendo con Cantalicia, se ennagua bien ennaguao. Ella y yo convinimos en que se acostara solito. Y no le vuelva a dar miedo de las tempestades: eso es pa Buchón y Chirringo, que todavía andan en pelota. Y ya ve: matámos tres culebras muy venenosas y muchos alacranes y gusanos tumbatoro, pero no le dijimos a usted ni a misiá Rosita, pa que no les diera miedo. Pero de hoy en adelante no le puede tener miedo ni a tigre ni a culebra, ni a nada.

—No me da miedo.

—Cómo le va a dar a un hombre grande?

Según entiendo, oblicuamos hacia occidente, a medida que vamos subiendo. Papá ordena que apuremos el paso; él vendrá despacio, con mamá y Cantalicia. Llueva o no, llegarán a la posada a buena hora. Allí nos juntaremos todos.

Llueve, en efecto. Y venga remangue de pan-

talones, y vengan encerados; a mí me abrigan con el caucho de don Jesús. Recorremos no sé cuantas quiebras; atravesamos no sé cuantas aguas y, subiendo, subiendo, llegamos por fin a la tal posada, más temprano de lo que yo esperaba.

Son un caserón pajizo y una cocina enorme, orillas de un arroyuelo que atraviesa el sendero.

—Eso sí! —exclama mana Santos, no bien asoma en la puerta. —Antes se habían demorao estos bandidos!... Pueda ser qu'el aguacero les haiga ablandao la mal' entraña. Ahora son los dos Juanchos los que van a hacer fieros con las esposas. Ello dirá: los dos Peruchos sueltos, en compañía del tal Nicanor.

Qué efusiones! Qué palmear en el hombro a la patrona!

—Y ónde dejaron a la señora y al blanco? Y se trujeron esta criatura, p'enseñale picardías dende ahora, entre los taitas y los hijos!... Venga p'acá, m'hijo!

Y me alza y me carga.

—Siéntese aquí, el niño precioso, en el tabrete, pa que descanse, que vendrá con las canillas encañadas del carguío. Y no se vuelva a ajuntar con mala compañía.

Los viejos se sientan. Los siete mozos se zampán a la cocina; les oigo las charlas y risotadas con dos mujeres. Mano Narciso aparece. Nuevas efusiones.

—No nos cogen despensionaos ni de boca. Don Sabas nos avisó, dende medio día, que venía toda la pionada. No tuve tiempo de coger ningún animal, pero hay buen cacao y güevitos. Ya sé que vienen todos racionaos y que mano Pedro trae la plata.

—Sí...esperá en una pata, taita aprovechao!—charlotea mano Pedro—Que no esté esperando la tal Santos que vamos a cenar sin brincha; ai traemos las hojas de pisada y los chicharrones pa reventar.

—Siempre verán a este viejo sofisticando, que ni un muchacho!—chusquea Santos, saltando al corredor.—Ai podía estar preparándose a buena muerte.

Salen Clotilde y Escolástica. Son mozas, pero a cual más fea. Charlan, lo mismo que los padres.

—Ai les estamos asando unas arepas de pelao, pa que le den gusto a esa tripa tan ancha que manijan—exclama Escolástica, arreglándose el pañuelo de ringorrangos que cubre su cabeza.

—Vustedes verán si les treigo—insinúa Clotilde.—Aquellos ya están jartando con quesito.

Una de las mozas me lleva a la cocina, pero Nicanor no me deja tomar parte en el banquete.

—Tome claro, Eloy; arepa de pelao ni bamba!

Santos chorrea en dos totumas y me ofrece aquel líquido que tan bien me sienta. Ella y mi amigo me conducen al cuarto y me sientan en la estera de una cama, para que repose y haga el perro. Y, esta vez, me duermo muy de veras. Cuando despierto oigo roncar a mi padre en otra cama, y veo a mamá muy sentadita en un tarimón. Mutuas caricias e informaciones. Cantalicia entra a poco, muy en posesión de la casa.

—No se lo decía, mi Niña, que con esa balanzada se le quitaba la maluquera? Mañana verá que no la vuelve a emborrachar la tal silleta.

Esa noche, mientras mis padres reposan en el cuarto de los blancos, nos congregamos todos, en-

filados en los bancos de la cocina, en tanto que el céntrico hogar levanta la llamarada. En un cazuelón barrigudo nadan como nenúfares no sé cuantos huevos que la cocción va endureciendo. Santos los menea con el cucharón de totuma; Clotilde, a pura uña, le echa yerbas al cocido, mientras Escolástica adelgaza, entre ambas palmas, la porción correspondiente de cominos.

Aquel revoltijo de huevos, carne pisada y chicharrones; aquel cacao de harina, con jamaica y migote de quesito; aquellos arepones humeantes, caen en los estómagos de Builes, Pulgarines y patrones, como la bendición del jornalero. Los cinco mozos y los dos cargueros prenden sus tabacos; los dos viejos muchachean y las cuatro mujeres se emboban. Yo, entre tanto, saboreo el caldito con las pocas hebras de carne que Cantalicia y Nicanor me consienten. Por mucha gracia me dan encima una tacita de agua de panela. Así y todo, me siento muy contento de hombre grande y entre grandes.

Del lado interior de la cocina se arrima uno como antro donde en noches de mucha clientela duermen los posaderos. Cuélase a él ño Narciso y sale a poco, vihuelón en mano.

—Apenas supe que venía el tantasguascas de la canta, lo encordé bien encordao —declara el posadero, ofreciéndoselo a Fabián Pulgarín.

—Esperáte un momento, ole viejo, mientras me chupo tan siquiera este cabo. Quedé tan jipato, que ni'an podré cantar nada.

—Echále, ole Fabián; pero bien por lo jumao!... —declara Santos.— No te pongás a respetar a este cuñao tuyo, tan ardiloso, ni a este viejo Juancho, qu'es pior que todos.

—Ole máma —observa Escolástica—no molestarán a misiá Rosita y a don Jerónimo? Qué opina, ña Cantalicia?

—Ellos están ya muy dormitaos. Dend'ese cuarto de allá no han de oír... Pero no echen bundes tan feos y tan calientes como esos que cantan por ai. Siempre hay que respetar l'inocencia.

—Deje a Eloy que vaya aprendiendo dende ahora —dice Rufino.— No te parece, Escribano?

—Sí; que vaya aprendiendo, pero con mañita. Echálas a medio jumo nada más; no vas a meter toda la cocina.

Julián templa aquí y allá, rasga y canta. A mí, que sólo he entreoído los cantorios bailables de la Mereja, se me hace este Fabián Pulgarín el Genio de la música. Vierte en los oídos encantados de las dos mozas una tanda de coplas de graduada intención y malicia. No las consigno «para que no se alegren las hijas de los filisteos ni hagan fiestas las mujeres de los incircuncisos.»

—Pa eso qu'estos malditos cabecereños son tan baquianos pa las cantas. —elogia Santos.— Será la vagamundería que les enseña...

—Dejen ya el bunde, que tenemos que madrugar mucho—ordena el viejo curandero.

—Espérese un ratico, mano Juancho —suplica Nicanor.

Secretear con el cantante y agrega:

—Pero eso sí! que no sea de las finas; esas me las guardás pa mañana. Bueno, muchachas: cuélesen al cuarto y tapen con l'estera, pa que oigan cosa buena. Caminen, muchachos. No se salga usted, mano Eloy, que de aquí oye.

La mocería sale, las chicas obedecen, y... va de canta:

El ángel de mis amores,
Reclinado en blando lecho,
No escucha de mi pecho
La plegaria del amor.
Debajo de tu ventana,
Entonando dulce canto,
Vierten mis ojos el llanto
Que brota del corazón.

Muy de madrugada estamos de marcha. Mano Juan declara:

—Este vaho d'estos montes altos es más bien provechoso pal convaleciente. Asina es que misiá Rosita y el niño pueden echar sus caminaítas onde esté seco.

—Pa eso truje los zapatones—repone Cantalicia.—Fue lo primerito que conseguimos en Orofino, dende que resultó la bajada pal río.

Me lo enseñan, a poco andar, por un boquete que abrió un derrumbamiento en el sendero. Es ello un abismo que da vértigo. Contemplo aquella cuenca y aquel río con un susto para mí desconocido: se me hace como un cordón de pábilo, fatídico e ignoto, que hubiesen reventado ahí de cualquier modo.

Como a eso de la una entramos en una falda, con casas dispersas a lado y lado; pasamos una quebrada; ganamos un altico. Aquí me apean: es la Fonda de Arriba. Sigo reventando alpargata, pendiente abajo, entre Nicanor, Cantalicia y Canelo. Somos la avanzada.

En una puerta topamos a don Sabas, al señor cura y a misiá Genovevita. Nos hacen mucho pa-

pel. Y yo, aunque muy calladito y reservado, no me siento cohibido. Será la influencia de mis dos guías. La señora nos entra por un cuarto con un tenducho a un lado. Es la casa de corredor por delante, de buena baranda y de pintura roja. Se emplaza, pegada a la iglesia, como hija al regazo de su madre.

La aguerrida Cantalicia expresa su pena por tanta molestia. No tuviéramos el más mínimo cuidado: todo estaba previsto y todo se había arreglado con don Sabas, fuera de que esta casa era la de todo pasajero de calidad. Estábamos en la nuestra, simplemente.

Entramos por el amplio corredor, y nos señalan un escaño, de los tres que lo amueblan. Mi amigo se despide; volvería al día siguiente, si el tiempo seguía bueno, para mostrarme la población. Esperaba yo ver entrar a mamá con todo y cueva por la puerta principal, y, de presto aparece seguida de la señora y de mi padre, por donde mismo hemos entrado nosotros. La han apeado desde la calle. Doña Genoveva la conduce, medio abrazada, a la pieza última, contigua a la iglesia. Ahí entran corotos y silletas.

Aquella casa tan grande, aquellos tres corredores, aquel muro con bastiones y ventanas, aquel patio con arbustos y flores; todo aquello, tan arreglado y tan limpio; ese olor tan extraño, esas gentes tan desconocidas, me han transportado a otro mundo. Debo de ser hombre grande, no sólo por lo que sé, sino también por lo que estoy viendo.

A poco, sale mamá con las señoras. Yo las sigo. Van a mostrarnos toda la casa. No bien pasan la inspección y el vaso de leche que nos obsequian, me toma Cantalicia, me da instrucciones y me

ayuda a practicarlas. Al volver, me lleva a un ángulo del corredor y me dice:

—Ai lo veo todo embelecao con las cosas que hay aquí. Esta es casa ajena y de mucho respeto. No vaya a coger ninguna cosa de las mesas de la saia ni del locero, ni a hacer basura ni labrar chuzos con la navaja. Aquí no estamos en el monte: esta casa es de señoras de mucho fundamento y de mucho aseo. No vaya a colase ni a soperiar en los aposentos de las señoras ni al cuarto del señor cura. Vigé dend'el corredor. Cuando haiga modo, yo lo llevo pa que viamos los dos solitos.

—No cojo, no sopereo.

—Ya sé que me lo cumple, mi cordero, pa que vean qu'es niño de buena crianza. Y escuche otra cosita: cuando una persona grande le pregunte, conteste «Sí, señor», go «No, señor», y lo mismo hace con las señoras. No se le olvida, cordero?

—No.

—Y cuando le pregunten cómo se llama, conteste: «Eloy Gamboa, un servidor de usted».

—Sí contesto.

Cantalicia se entra, y yo me salgo al corredor de afuera, a contemplar aquella plaza tan falduda y tan bizarramente desnivelada. Estoy en el norte, que es la acera alta y la única medio horizontal. La plaza y mucha parte del lugar se inclinan y bajan bruscamente hacia el oriente; y, allá en la lejanía, asoman lomos y crestas de cordilleras; bien se adivina que están del lado opuesto del río perseguido. El occidente es otra cosa: cumbres y lomas perfiladas en uno como semicírculo, que va cayendo hacia el sur. De esta hondonada se ha aprovechado el hombre para congregarse en pue-

blo. Su situación y sus minas, así como el camino real que lo atraviesa le han dado vida comercial, ya que sus agriculturas y ganaderías no son para tanto.

Escucho, desde el testero del corredor, esta vez bien despierto y bien apoyado en la baranda, la conversación que el señor cura, don Sabas y mi padre sostienen en la esquina.

—No se puede con esta gente, señor cura. Se comprometieron solamente con los Cambas a tenernos pronta toda la madera y hechos los ranchos para la cocina y el lavao; y, según cuentas, han traído cuatro palos y la paja. Siquiera la dejarán fermentar. Esto va a ser un trastorno y un perjuicio muy grande. Allí están las tres o cuatro parejas de güeberos contratadas; si nos demoramos una semana, se nos maman. Tendré que mandar a todos los Builes a que saquen ellos la madera y hagan los ranchos. Lo malo es que hoy es viernes, y no los saco de aquí hasta el lunes.

—No se confunda, Sabas—consuela el párroco—eso siempre pasa con todo, y las cosas siempre resultan. Muy bueno sería aprovechar bien el septiembre y el octubre, que no son tan lluviosos, antes que se les venga encima el invierno de noviembre. Pero yo creo que estos organales de aquí abajo se pueden trabajar en todo tiempo: la agüita del lado de allá, se puede desviar, aunque crezca mucho. Cuanto le digo es que los organales de más arriba los trabajaron en invierno. En estos montes no se puede contar con verano ni aun en los julios. Las tales estaciones no tienen tiempo fijo en estas tierras; usted bien lo sabe, Sabas. El año pasado nos trajo San Martín un verano muy bonito y muy largo. Allá verá que los Builes le ha-

cen eso a la carrera, porque esta sí es la gente más galla y más cumplida! Y vea, don Jerónimo: no hay mal que por bien no venga; esta demorita aquí va a convenirles mucho a la señora y al niño: el cambio de clima es la mejor quinina. Y ya veo a mi madre haciéndoles todos los remedios que ella sabe.

—Por ese lado sí, mi padre—repite don Sabas—pero yo contaba dejarlos entablados de aquí al martes o miércoles.

—Contá con que eso lo hago yo con los Builes—dice mi padre—para esto no necesitás estar presente. Si los Cambas tienen todas las herramientas, bateas y cachos, y las parejas de güeberos están prontas, no puede ser mucha la demora, ni tampoco hay necesidad de reunir toda la madera de una vez.

—Y también pueden conseguir otros—afirma el cura.—Güeberos y monteros sobran aquí; y los Builes tienen mucho compadre y conocen a todo bicho viviente. A Pedro y a los Pulgarines los despacha mañana mismo. Aquí sobran bestias y quien las arree.

—Eso será lo que hay que hacer—conviene el empresario.—Y con su permiso, mi padre, paso con Jerónimo donde mis sobrinos.

Se entran a la tienda de la esquina diagonal. El cura se vuelve hacia mí y me dice:

—Hola, pichón! Como que está muy recobrado? Ahí lo veo muy contento.

—Si, mi padre—contesto yo, muy satisfecho de este tratamiento que me acabo de pescar.

—Le ha parecido muy bonito el pueblo?

—Muy bonito, mi padre! Tal vez más bonito que Orofino.

—Pero éntrese, el negrito, para que lo vean mi madre y Luisa.

Nos vamos a la sala. Muchas fiestas y muchos cariños.

El padre Juan Nepomuceno Duque y su madre doña Genoveva Giraldo, son ambos ágiles y espíritados, morenos y medio sonrosadillos, con ojos muy vivos y decidores. Tampoco es muy baja la hermana del cura; a no ser por los barros, que cunden en esa su cara tan ingenua, no fuera ni muy fea ni pareciera más vieja de lo que es en realidad. Los tres son tipos francamente campesinos, con esa sencillez que se hace más notable en las gentes de buena sangre. La matrona más parece hermana que madre de sus hijos, no tanto por lo bien conservada, cuanto por esa prestancia y esa jovialidad encantadoras. Viste traje oscuro de zaraza, amarrado por la espalda, y de anticuada hechura. El cabello, entrecano, lo recoge en la coronilla sin carrera ni artificio alguno, en un rodete o moña a medio trenzar. Le atraviesan por mitad de la frente, como diadema nínfea, unos espejuelos de cuerno tamaños de grandes. Sobra decir que, si limpias y acicaladas, calza alpargatas en chancleta. Tampoco rompe mucha seda el sacerdote: un caracol de granadina, de fondo oscuro y garabatos blancos, apenas deja asomar el pantalón de manta bogotana y hace resaltar el bronco pie, cubierto de vaqueta amarillenta. El atalaje de Luisita, cualquiera que él sea, denuncia a la beatita ñoña, revestida siempre de bienaventuranza.

De pronto aparece don Emeterio. Este les pone el pie adelante a la esposa y a los dos hijos en

la simplicidad exterior y en la del alma. Es bajito, medio jorobado, de ojo zarcucio, barba bíblica y cabello muy cerrado, casi a rape. Lo mismo que la vieja, luce dientes postizos. Me agrada su voz ronca, de graciosas inflexiones montañeras.

—Me parece que se ha recobrado mucho misiá Rosita...

—Si, don Emeterio. Hoy me he sentido mejor desde el camino. Este clima parece que me sienta bien.

—Si, m'hijita; ya le he dicho que yo la curo; ni eso suyo es nada...

—Vea, padre—dice el señor cura—usted, que alaba a Dios en todas sus criaturas, fíjese en esta.

Y me aproxima al anciano, que me acaricia por la barbilla.

—Ya lo había reparado, desde la tienda. Es una criatura muy preciosa.

Cómo se llama, el niño?

—Eloy Gamboa, un servidor de usted.—respondo, muy aleccionado.

—El mismo nombre de su abuelito. Dios lo bendiga, ahora y siempre. Pero tendrán otros niños, misiá Rosita...

—Este mero, don Emeterio.

—Los hijos, mi señora, lo mismo son muchos que uno solo para hacernos sufrir a los padres, con este amor tan grande que les tenemos. Ya ve nosotros: fuera de los que Dios se llevó desde angelitos, perdimos a mi tocayo, un mozo de toda cuenta, en esa pelea de Playas; y en El Cascajo perdimos al yerno que más queríamos. Pero mi Dios también nos envió muchos consuelos: ninguno de

los dos quedó en el campo, y recibieron todos los auxilios espirituales.

—Qué más consuelo, Emeterio, que morir en defensa de nuestra Santa Religión? Acuértese de todo lo que sufrimos con esa persecución contra los sacerdotes, el Obispo y las monjas, y los trabajos que pasó Juan Nepomuceno, escondido y huyendo por los montes. Es que usted no sabe, Rosita, lo que fue eso!

—A Jerónimo le he oído algo. Pero yo he vivido tan encerrada y tan aparte de todas estas cosas, que ni sé bien lo que ha sucedido en todas estas guerras.

—Mucho mejor para usted, misiá Rosa—responde el cura.—Así tendrá su conciencia más tranquila y no tendrá tanto por qué mortificarse. Y vea, madrecita: no recordemos ahora cosas tristes; todo lo ha dispuesto Dios, y así está bueno.

—Sí, hijo: que se cumpla su santa voluntad!
Mi padre vuelve.

—Ya hemos convenido en todo con los Cambas. Rosa y Eloy se quedarán aquí con Cantalicia, mientras que arreglamos allá todo. Aquí tendrán que aguantarnos el petardo. Quién los manda ser tan buenos?

—No es tanta la bondad, don Jerónimo—replica el cura.—Pero sí nos agrada mucho el petardo. Ojalá fuera por mucho tiempo. Ustedes se lo merecen todo; y a más de eso les debemos, aquí en el pueblo, muchos favores a Sabas y a sus sobrinos. Nos hicieron una manda muy bonita para el hospital que vamos a levantar; nos ayudan con limosnas para el culto, y son gente que aquí da muy buen ejemplo en todo. Como los Villadas han de-

nunciado un pedazo en el río y como tienen otras minas en que trabajan muchos, en los despeñaderos, tienen cogido todo el cambio y el expendio de mercancías.

—Y hacía sus buenos tiempos que no venía por acá, don Jerónimo...—dice don Emeterio.

—Sí, señor, como cuatro o cinco años. Me ha parecido que el pueblo ha adelantado mucho.

—Materialmente, sí—dice el cura.—Ya siquiera siembran algo y tienen sus ganaditos. Será en lo único en que me han obedecido. Desde que vine aquí les he predicado la labranza; pero siempre tienen que traer mucho bastimento de fuera. Usted sabe, don Jerónimo, que a los pueblos mineros no los sacan de las minas. Y la plata viene a quedar en manos de comerciantes y vivanderos.

—Pero siempre será muy rico su curato, señor cura...

—Eso creen, don Jerónimo, porque el curato es grande; pero no hay tal riqueza. Hace diez y siete años que estoy aquí, de cura propio, y todo mi capital es esa finquita a donde van a ir ustedes, donde tenemos unas vacas de leche y algunos animales, y un solar aquí al frente, en la calle real. Aquí hasta aseguran que tenemos plata enterrada. Ven trabajar mucho a esta viejita y se figuran que es por atesorar.

—Sí, m'hijita: creen que tengo una cata tamaño de grande, y no guardo ni un medio; lo poquito que gano se lo mando a mi nuera viuda y a un hijo que casi no puede trabajar por su mala salud. Todos dos tienen mucha familia y pasan escaseces. Y aunque fuéramos muy ricos, trabajaría siempre. Yo, sin oficio, no puedo hallarme en ninguna parte. Y le aseguro que cuando veo comida aquí en

casa, pienso que mis hijos y mis nietos están mal comidos, y se me atranca el bocado.

—Sí, don Jerónimo—dice el cura.—No hay tal plata. Pero yo no me he preocupado nunca sino por el pan nuestro de cada día: lo mismo es comer en plato de palo que en pala de plata.

—Y también como que han tenido escuela—dice mamá.

—Sí, Rosita: Emeterio y yo enseñábamos la doctrina desde que vinimos, y d'eso salió la tal escuela. Pero no vaya a creer, m'hija, que fue por ganar mucha plata; aquí no había escuela del gobierno, y en ninguna casa enseñaban nada. Vimos que hasta los niños de los principales eran unos animalitos. Emeterio les enseñaba a leer y a escribir a todos; yo les enseñaba a coser a las niñas. Juan Nepomuceno les daba clase de Doctrina Explicada y de Historia Sagrada, cuando podía. Un día se enseñaba a los niños y otro a las niñas. Cobrábamos tres reales por mes, y la mitá no los pagaban ni aquí nos afanábamos por la paga. Eso fue la tal escuela. Pero siquiera no aporriábamos a los niños, como los aporrea el maestro de ahora. No se le vaya a ocurrir don Jerónimo, si paran aquí tiempo largo, poner en manos de Isaac a este muchachito.

—Así es el de Orofino, misiá Genovevita. Este muchachito no conoce escuela por eso.

—Yo no me puedo explicar—dice el cura—por qué el doctor Berrío permite esta clase de maestros. Diz que van a nombrar visitadores de escuelas; pueda ser que se remedien estas cosas o cambien estos maestros.

—Es muy bravo, enteramente?—interroga mi madre muy confundida.

—Bravo?—exclama doña Genoveva—Es un tigre. Pregúntele a Emeterio y a Juan Nepomuceno.

—Si, don Jerónimo—interviene el cura—es un hombre furioso que lo ciega la cólera. Hasta he temido que pueda suceder una desgracia con algún niño o con algún padre de familia, si no lo sacan pronto de aquí. Emigdio Cano, que es el alcalde, y yo mismo, le hemos hecho algunas advertencias, y nada hemos sacado. Ya le ha costado disgustos muy serios con varios padres. Ya lo han acusado y nada han conseguido. A Cupertino Osorno le maltrató mucho el único hijo que tiene, y Cupertino se la tiene jurada: que si no lo sacan, él sabrá sacarlo.

—Si los castigara de buenos modos—murmura don Emeterio—no sería tan de lo pior. Pero es tan indecoroso para los castigos!...

—Vea, don Jerónimo—dice doña Genoveva—es tál, que hasta risa da. Yo siempre les cuento, aunque Nepomuceno me regañe en el confesonario. Inventó la pela a calzón bajao. Se pára en un rincón con el muchachito que va a pelar y otros dos ponen por delante una ruana, como un telón. No se oye sinó el llanto de la criatura y el crujido del rejo a cuero pelao. Fuera de este uso tiene otros. Cuando la pela es de cuatro azotes para arriba, mete la cabeza del muchacho entre las piernas, para que saque bien el trasero. Pero el otro día le pasó cacho con el grandulazo de Pedro Monsalve. Eso fue hasta una sublevación en la escuela. Metió la cabeza del muchacho, y el muchacho, que dizque tiene mucha fuerza, lo levantó en alto y le dió sus buenos totazos contra la pared. La muchachería se alborotó, y unos dizque gritaban: «Dale duro,

Fabián! Dale duro!»

—Y la tal pela general...—gruñe don Emeterio.—Cuando le parece que tienen niguas, los pára en fila y les repasa a todos los pies, a pretinazo limpio. Muchos salen con las niguas reventadas en sangre. El azota por hacer ejercicio; para mostrar que es igual con todos, pela los dos hijos que tiene en la escuela, como quien mata culebra. A uno de ellos dizque lo ha embobado de darle azotes.

—Y no le han sacado los niños, con todas esas?—pregunta don Jerónimo.

—Si, señor—contesta el cura—por lo menos la mitad. Y de esto ha resultado otro mal: los quedados y los salidos han formado dos bandos, y cada rato se agarran y hasta se han escalabrado a las pedradas. Todo esto ha aumentado la mala crianza en estos muchachitos y las quejas y cuentos de lado y lado. Ahí les echo mis rasas en los sermones, pero poco saco.

—Y la autoridad no evita estas cosas?—pregunta don Jerónimo.

—En ocasiones—repone el cura.—Cano es hasta muy buena persona y propende siempre por el bien del pueblo; pero usted sabe lo que son estas autoridades sin sueldo: no pueden consagrarse a la alcaldía porque de ella no comen. Lo mismo pasa con los comisarios; y siempre nombran a los más desocupados, que no están por nada de provecho. Yo he bregado hace días con el cabildo y con los principales por que se le ponga sueldo con que vivir a un alcalde bueno; pero el distrito no dizque tiene con qué y los particulares tampoco quieren aflojar un medio. Yo solo nada puedo hacer.

—Yo pensaba—dice don Jerónimo—que era

un pueblo muy fácil de manejar, lo mismo que el curato.

—Pues qué le parece don Jerónimo que, a pesar de estos inconvenientes, no es tan difícil de manejar, ni marcha tan mal. Si no fuera por el aguardiente que venden los domingos y por las bullitas de estos negros mineritos, no habría muchos desórdenes. En el pueblo siempre hay sus cosas malas, pero no hacen así muchos escándalos. El juego es imposible evitarlo en pueblo de minas. Aquí les parece eso tan natural como comer; y mientras más prohibido, más los tienta. Muy contados son los que no juegan.

—Yo creía que todos eran como los Builes, señor cura—dice mamá.

—Ojalá, misiá Rosa; esos no hacen sinó trabajar. Y hay que admirarles a esos muchachos que viviendo tan sueltos, de mina en mina y con ese genio tan vivaracho, no sean unos vagamundos como tantos. Nicanor tiene hasta entrañas de gente. Ya se quisieran muchos hijos de ricos blancos tener las entendederas de ese mozo. Desde la escuela le notámos las buenas inclinaciones y la inteligencia; pero vi que era de esas cosas que Dios hace y uno no se explica. Un montañero sin plata sólo puede estudiar para cura. Los pobres montañeros que no tengan esa vocación y se metan a doctores, salen a medio untar, y se pierde el unto y se pierde el montañero. Nicanor hasta estudia a su modo; desde hace días le regalé El Libro del Estudiante, otras obras del doctor Ortiz y un compendio de Carreño. Y sé que estudia y sé que entiende. Lo que es urbanidad, no hay que dudarlo: él sabe tratar a las personas como si fuera un mozo de ciudad. Ni gracia es, porque la urbanidad le viene de adentro y tiene buenos sentimientos. Es hasta

muy grato: desde la escuela nos cogió cariño, y siempre que viene al pueblo nos hace visita. También es que aquí lo hemos querido mucho.

—En la escuela—dice doña Genoveva—siempre me hacía desórdenes con los otros muchachos, pero no era rebelde, y siempre aprendía más que todos. El castigo que yo les daba era rumbar de aquí con un buen sermón a los que no querían estudiar y estaban perdiendo el tiempo. Algunos no volvieron; otros volvían algo enmendados. A Nicanor sólo lo eché una vez, porque pintó con carbón unos muñecos en la pared. Pero al momento volvió llorando y muy arrepentido.

Dos fámulas entran un charol con sendas jícaras de chocolate y una bandeja de bolas doradas.

—Bien pueda probarme los buñuelos, Rosita; eso no le hace nada.

—No me hará daño alimento tan seguido?

—No, Rosita: dieta no es ayuno. Ya sabe que somos marinillos y que el Niño Dios nos dió la receta para hacerle la Noche Buena. Si quiere se la enseño, porque usted no me ha de hacer la competencia. Aquí los hacemos lo mismo que en Marinilla. Cóma usted también, Elloicito: verá que hasta cura resulta.

Hasta Luisita le ríe el chiste a doña Genoveva.

—Si, don Jerónimo; así se lo vivo diciendo a Emeterio y a Juan Nepomuceno: que a fuerza de comer tan buen buñuelo y tan buena natilla, han salido de Marinilla y de esos lados tantos doctores y guerreros conservadores y tantísimos sacerdotes. Ya ve qué clase de gallo tiene a la pata el doctor Berrío; ya ve qué clase de Arzobispo tene-

mos en Bogotá. Todo ha sido a punta de buena natilla y de buen buñuelo. Sí, señor: comer buñuelos y natilla es casi como hacer oración mental.

—Y también vamos a sacar en Marinilla un santo—asegura don Emeterio, muy convencido.—Al padrecito José Dolores siempre lo canonizan. Allá lo verá!

—Un proceso de canonización no es tan pilado, padre—replica el sacerdote.—Pero el doctorcito es santo, aunque no lo canonicen y aunque nos riamos de sus cosas. Bien podemos invocarlo, así vivo, como a un bienaventurado.

La vecina campana, que oigo por primera vez, interrumpe el palique.

—Los vamos a dejar solos, Rosita. Siquiera descansará un rato, porque debe estar ética con tanta conversación. Nos vamos todos para el rosario.

—Así me gusta, misiá Genovevita: tengo más confianza y no les trastorno sus costumbres.

—Yo también salgo un momento, aquí donde las Cambas —dice mi padre, y toma el portante primero que todos.

Qué silencio en aquella casa! Ni Cantalicia ni Canelo por ninguna parte. Es la hora y yo me aprovecho. Como un gatito me deslizo por entre la cortina de floronas, recogida en relumbrantes clavos romanos; me paro en el centro para contemplar mejor. Lo que más me cautiva es aquella cuja arrinconada, que me parece una casita: por los cuatro lados, cuelga la cortina hasta el suelo; por el lado largo, un volante enorme; la tela tiene viejos y animales: nada menos que los Cuatro Evangelistas, de muchos colores y muy patentes. Está

recogida con mucha simetría. Por el frente besa el suelo un franjón zoológico; sobre él cae la colcha de bayeta roja, muy flecuda, con cuatro enormes cuernos de flores y frutas, bordados con las pintas de mi guacamayo. Nunca me imaginara aquellas almohadas impolutas de tantas randas y repulgos, ni aquel crucifijo tan llagado, que cuelga de la cabecera sobre aquel fondo evangélico. Vuelvo los ojos al frente, para contemplar a San Juan Nepomuceno: está tan bello y tan devoto con su alba, su bonete y su palma! A sus pies, la mesa de escribir.

—No toque nada, Eloicito—advierde mi madre desde la puerta, contemplando también.

—No toco.

Y mis manos resisten ante aquel tintero de loza: es un señor que sostiene un periquito en un dedo. Resisten ante aquel atril con un libro encima. Resisten ante una concha llena de obleas de todos los colores. Ni me fijo en el gran escaparate, tan pintado, ni en el estante de libros tan bien encarraditos, ni en aquella piel de tigre, tan miedosa, tendida al pie de la cama, por correr a vigiar los aposentos de las señoras. El de Luisita es un jardín de flores y santos de papel. Me asomo por la otra puerta. Esas sí son casitas! Llenan todo el frente del largo cuarto; no son de trapo sino de palos; a lado y lado las camas, como metidas en sus camarines; al centro, una cosa entre tienda y escaparate. Alcanzo a ver un gran arcón pegado al suelo, como si fueran tres baules planos. Muy arriba la Santísima Trinidad, en un marco de muchos dorados y cuarteles florales, y más abajo dos palmas benditas en cruz de San Andrés... Pego patas para la sala por huir de la tentación. Saboreo a solas lo que no puedo saborear en com-

pañía. No me cansan los santos. Allí, los Corazones de Jesús y de María, a lado y lado de la ventana; al frente, en la pared libre, Nuestra Señora de Chiquinquirá, bien atravesada en su marco de diomate. No admiro bien lo pintado por pasmarme ante lo esculpido, que conozco tan poco. Sobre una mesa, entre dos floreros de papel, una Inmaculada de tamaño reducido abre los brazos, ondea el manto azul, todo estrellado; y sobre el globo terráqueo, huella la luna y aplasta la cabeza de la serpiente. Derrotado anda el diablo en aquella sala; en la otra mesa, en medio de dos candelabros de cristal muy eminentes, asiste San Miguel dentro de su urna. Es diminuto el ángel enemigo de Luzbel. Postrado lo tiene, así y todo, bajo su sandalia románica. Esgrime en la diestra la lanza, para herir al dragón, mientras sostiene en la siniestra justiciara aquella balancita de oro que me causa vértigo. Sigue la soledad. Me asomo hasta la puerta de la baranda y veo las cumbres sobre púrpuras y llamas. Pasan unos muchachos con cerbatanas y una jaula con pajaritos muy pintados. El mayor se me acerca y me dice:

—Vos quién sos?

—Eloy Gamboa, un servidor de usted.

—Oigan a este forástico tan metido!...—vocea otro.

—Y por qu'estás de alpargates de trapo?

—He estado enfermo.

—Serán las niguas que te tienen enfermo—gruñe un tercero.—Estos de afuera por qué serán tan repelentes?

—Di'ónde sos?—pregunta el de la jaula.

—De Orofino, señor...

—Vení aquí con tus burlitas...Será porque no sabemos lo bobos que son todos los de tu pueblo.

—Cuando hacen alpargates de algún calzón viejo, qué tan bobos y brutos serán!...

Sale la gente del rosario y los pajareros se van. Ni rabia siento. No era, acaso, un señor grande? Vuelvo al cuarto y me úno a mamá. Estamos solos. Anocheciendo llega Cantalicia, todavía con su sombrero de viaje.

—Dónde la cogió la noche, mi querida? —inquiérese mamá, entre jovial y ofuscada.

—Ni'an sé, mi Niña—murmura con voz y aire de secreto, y así prosigue todos sus cuentos.—Fuí a buscale posada a Canelo, desde esta noche, porque aquí no les gusta animales de ninguna laya más que el gatico, y eso por los ratones. Como usted es tan distraída y llegó tan sorombática del tal camino, no reparó en toíto lo qui'hay pu'allá adentro. Vea: esta casa es como una posesión con cerca, y toda pende de la Iglesia: don Emeterio es el mayordomo, y la niña Luisita la sacristana. Tan solamente el sacristán es de fuera. Esta puerta que queda al propio frente, da a la sacristía, onde se reviste el señor cura; y todo ese caedizo que voltea por detrás de la Iglesia, es sacristía también. El señor cura y la niña Luisita son tan trabajosos pal aseo, que no permiten tan siquiera inundicia de gallina en esta posesión tan grande. El macho y la yegua y las seis vacas que ordeñan en el pueblo, las manijan al otro lao de la calle, en esta manga, que dizque es del señor cura: ai tienen la pesebrera y ai encierran los terneros. Y adentro tienen troja, y es como otra posesión.

—Pero quién le contó eso tan ligero?—interrumpe mamá.

—Eso y otras cosas, mi Niña. Cuando uno está de forástico en un pueblo, tiene que saber si pisa bejuco o pisa culebra. Toíto me lo contaron Domitila la cocinera, y Sebastián, el ordenanza del señor cura. Yo les unté la mano con una peseta de cuatro riales, y ya sé todo lo que necesito. Están casaos, porque el cura no almite aquí hombre suelto. Tienen dos hijos, con familia, en San Lucas de los Milagros. Son más cuenteros que Ciriaca, pero no pa cosa mala ni escandalosa. Sebastián es el que le lava y le ve toda la ropa al señor cura, porque a él no le gusta que la toquen manos de mujer. Tan solamente el alzacuello se lo plancha la niña Luisita, y eso porque manija todo el pañerío de la iglesia. Sebastián le afeita la barba, le hace la corona y lo motila, porqu'es un taita muy asiao y muy enseño a las mañas d'esta casa. El cura le da permiso de motilar a los blancos de ropa limpia, y gana sus cuartillos con las tales motiladas, por ai en las casas. Ai tiene su cuarto, junto a la misma pesebrera. Lo mantiene muy arreglao y ai mismo guarda las monturas. Al propio frente queda la puerta del solar d'esta casa. Por ai manijan el lecherío y la ensillada.

—Usted es hasta bruja, Cantalicia.

—Hay que ser bruja en ocasiones, mi Niña. Me contó Sebastián que se iba a motilar a Nicanor. Yo determiné ime con él y llevame a Canelo, pa no dejalo en esa pesebrera y en esa manga tan destapada.

—Y tuvo cara de largarse hasta allá, acabando de llegar?

—Valiente gracia, mi Niña! No me juaga una jornada entera, contrimás media. Y eso está aquí, no más. Por ai por la manga nos bajámos, y por ai se bajó Nicanorcito. Vea que tál es de crítico:

no asomó a la plaza ni quiso pasar por Callecontenta, pa que no lo vieran tan estripao y con tanta cosa. Allá lo topámos con los dos viejos y los dos Peruchos y los dos Pulgarines, grojiando y roche-liando, entre la gusanera de los hermanitos y de los sobrinos. Como esos mozos no muelen cacao ni le tienen miedo a ningún achaque, ya lo topámos bien lavao con agua caliente. No quiso que Sebastián le sacara la balcarrota, porqu'eso quiz-qu'es pa los mozos de bota y chaquetón. Pero sí le dejó la mosca. Si viera, mi Niña, qué tan cuadrao queda así. Y sabe por qué son todos esos embelecos, acabaíto de llegar? Adivíneme, mi Niña.

—Será para salirle a la Ricarda, desde esta noche.

—No hay tal Ricarda, mi Niña. Esa se fregó: es otra; es Cristinita Osorno; y Nicanorcito va a aprovechar a Julián Pulgarín pa llevale sereno, esta misma noche, con otros güitarristas de aquí.

—Valiente criatura tan embarradora! Ese es capaz de embolatar a cualquiera, con ese modo y esas cosas.

—Jura y perjura que esto di'ahora no es embarrada. Y que mañana vienen mano Juancho y mana Ramona a saludala y a contale todo. Le mandaron conmigo una sarabiada muy macuencica, pa que se la cóma con Eloy y don Jerónimo, ahora en la convalecencia. Pero yo la dejé allá, pa llevánola pa Morrolargo. Eso quizqu'está muy cerquita y es muy amañador, y los caseros lo mantienen muy limpio. Y qué le parece, mi Niña: hasta horno hay. Porque misiá Genovevita estuvo por allá un tiempo largo. Y otra cosa muy buena pal balance: que aquí quizque se expende todo, encimando el ventaje, lo mismo qu'en Orofino. Y vea lo qu'es la gente que sabe hermanase pa ganar la

vida: los cuatro yernos de mano Juancho no son ni prójimos; pues ai están trabaos por parejo, con don Sabas y sus hermanos. Dos izque son labradores, y dos matan res y cuchino. Y ellos son los que les venden y consiguen el bastimento a los señores Villadas, pa toda la estaca que tienen en estas tierras de Aguaslimpias.

—Eso está muy bueno, Cantalicia; usted, con ese entruche con los Builes, puede hacerse buena marchanta de los dos carniceros. Y qué le pareció Ramona? Sí es tan montuna como dice mano Juan?

—Yo le diré, mi Niña: montuna de la nuca del animal, de las que no se cocinan así a ojo, no es mana Ramona. Allá en la casa, de alpargate y con todo el añaje montañero, más bien se ve asina como muy fanfarrona y muy puesta en razón. Quién sabe cómo se verá chirriando zapatos y rompiendo buena tela! Tal vez se le vea la montañerada, como a esas bobas que salen los domingos a Orofino, pa quebranos los ojos, como si no las hubiéramos conocido con la carrumia en el suelo y el greñero con piojos. Di'un modo o di'otro, ella y toda su gente viven muy sabroso. Eso es como un pesebre, con las casas en ringlera, medio apartadas, y con sus puertas de golpe, pa entrar los terneros. Toíto lo tienen muy bien sembrao con cosas de güerta di'una y otra laya y con matas de flor. Hasta muy grande que me pareció la casa de mano Juancho. Son sala y dos cuartos, onde caben toítos, con un corredor muy alegre y una cocina mucho más grande que este aposento. A dos de las hijas casadas las vide un momento: unas mozas muy alentadas y muy garbosotas. Las hermanitas medianas son dos mocitas ya espigadas y dos muchachos más grandecitos que Eloy. S'engüetaron con Canelo, porque un perro que

tenían izque se los habían envenenao. Y usté, mi Niña, por qué la siento ai como tristona? L'está colando la maluquera de la fiebre, otra vuelta?

—No es eso, Cantalicia. Lo que me está colando es pena, por las cosas que me cuenta de esta casa. Ai estarán bien incomodados con todos los corotos de nosotros y con la basura y el rebrujo que les hacemos.

—Por eso no se confunda, mi Niña. Si los aburrimos, que se amarren un trapo. Ningún pedazo les estamos quitando. Aquí nos trajo don Sabas: él sabrá por qué.

—Estaremos racionados, o cómo?

—Eso creo yo, mi Niña; y si asina no fuere, no habrá con qué pagar?

—Usté sí, Cantalicia; ni aun aquí larga la carga!

—Hasta tristeza me da, mi Niña, oíl'eso. Se le olvidó que lo mío es suyo? A mí lo que no me va gustando es que estoy como una intrusa en esa cocina. Ai vide a Domitila y a la hornera haciéndome mil tapaos con la hechura de los tales boñuelos; izque son iguales a los de Marinilla. Venime a mí con ésas!... Como si su madrecita, qu'era d'esos laos, no me los hubiera enseñao a hacer, desde que me quedé en su casa. Ya ve cómo los vendo en Orofino. Izque no se los enseñan a hacer a nadie! Enseñame a mí a hacer boñuelos! Qué dice, mi Niña! Es como enseñale al señor cura a decir misa...

Esa noche, no sé si por convenio o por cambio de habitación, me acuestan a mí solo en una de las camas del aposento. De aquí en adelante, nadie comparte mi lecho.

Al día siguiente todos nos ponemos la mejor ropita. Estreno alpargatas y me llevan a la iglesia. Mientras mamá y Cantalicia se confiesan, me siento en un escaño a ver santos, lámparas y arañas. Me parece lindo el remate del altar mayor: es un triángulo con un aguilón bicéfalo que sostiene una corona imperial entre las dos cabezas. Hasta alemán sería el pintor!

Después de misa tornamos a la casa, y yo me meto a la tienda de don Emeterio a vigiar las libras de cera, ordenadas en los anaqueles, los bizcochos y panelillas sobre sus lambrequines de papel picado, y los candeleros y tantas cosas viejas y eclesiásticas que yo no conocía. Sé por Cantalicia que la niña Luisita está haciendo hostias en el corredor de adentro. Pero no me deja arrimar a la inspección. De lejos la veo, junto a un brasero, manejando un fierro enorme, algo así como tijeras o tenazas. Tampoco me permite acercarme a una mesa donde amasan. Me pongo a contemplar los gallinazos, aliabiertos sobre el tejado de la iglesia, y a oír la algarabía de las golondrinas, que se regocijan con la gloria del sol. Sebastián viene luego a hacerles la barba a dos arbolitos de escobadura, plantados simétricamente a lado y lado de la poceta, entre dos árboles de variedad. Contemplo desde el escaño aquella mutilación, hasta que veo los dos paraguas abiertos, tan parejos y tan gemelos. Cuando Sebastián barre todo aquello, me pongo a admirar esa reja a rombos, del cerrado comedor. Recelando la hostilidad de los muchachos pajareros, me aventuro hasta el corredor de la plaza, y ahí me estoy, viendo y viendo. Ningún rapaz osado viene a interrumpir mis visiones, ni aquellos como gérmenes de pensamiento que quieren brotar en mi cabeza.

Por la tarde, estando mi madre, Cantalicia y

yo en el escaño del corredor, entra mano Juancho, sombrero en mano, con su mujer.

— Buenas tardes, misiá Rosita y compañía. Aquí le traigo la vieja, que tiene mucha gana de conocela a usted y a Eloicito.

Mi madre la saluda de mano y palmoteo en los hombros. Yo también acudo, y ella me hace muchas caricias.

Es la madre de Nicanor una cincuentona muy parecida a sus tres hijos, morena y cabelluda como ellos, muy bien conservada, todavía de buen ver y de aspecto entre humilde y jovial. Su acento es menos montañero que el de misiá Genovevita, y sus maneras, aunque ordinarias, no sugieren la idea de gente mala y vulgar; al contrario: hay en ella cierto señorío, en medio de su sencillez campesina. Lleva atalaje dominguero: zapatos de cordobán, traje nuevo de regencia, más claro que oscuro, más esponjado que escurrido; pañolón negro con fleco de seda, y paraguas.

Se traban en las cordialidades y preguntas de tamaño conocimiento. El curandero se despide. Siguen las tres mujeres su conversa. Mano Eloy escucha.

—Usted perdonará, misiá Rosita, la poquedá. Siquiera se tomará un caldo que le aproveche. Si hubiera venido bien alentaíta y en tiempo de chólico, tal vez la hubiéramos cuidao alguito.

—Ustedes son demás de formales—dice mamá.— Eso que le han dicho mano Juan y Nicanor de nosotros, es de puro formales. Ellos fueron los que nos sirvieron en todo. Pregúntele a Cantalicia.

—Sí, mi Niña. Ya l'espresé a Ramoncita, den-

de ayer, todos los favores que les debemos a mano Juan y Nicanorcito y a los otros. Ese Nicanorcito lo hizo mi Dios pa que lo quiera la gente: ése sí sabe robar corazones.

—Ese cariño que ustedes le han cogido es lo que agradecemos más. Qué más bien pa uno que querele los hijos grandes? Los chiquitos ni gracia es. Y es qu'ese muchacho es tan metido con toda clase de personas. Será por ese genio de chiquito que manija.

—Usted sí que vivirá contenta con esos hijos —dice mamá.

—A ratos, misiá Rosita. Siquiera son trabajadores y hombres de bien, y ni juegan ni beben; pero ellos siempre han sido ai medio perros en otras cosas. Las madres, aunque no sepamos ni averigüemos, siempre les carculamos muchas cosas a los hijos. Ai los mantengo bajo el manto de la Virgen, pa que les ampare alma y cuerpo, y siempre los hago confesar cada que puedo. Pero después se van pa lejos, y qué puede saber el pobre di'uno? Los hijos hombres siempre dan mucha lidia, misiá Rosita: tienen la manga tan ancha y ofenden tanto a mi Dios... Ni los maridos le ayudan a uno en estas cosas: fuera de robar y matar, nada les parece peca o.

—No desagere tanto, Ramoncita—dice Cantalicia.—Allá en el río les conocimos el modo a esos muchachos suyos y a los de mano Pedro. Los casaos, más formales no pueden ser. Y Nicanorcito también me parece muy formal. Si fueran como otros, no estuvieran tan alentaos ni fueran tan contentos.

—Cuando trabajan con el viejo —repone la madre— estoy algo despensionada; pero no bien

sé que andan sueltos, me confundo, ai callada mi boca. Qué va a decir uno? Pueda ser que Nicanor se asiente con el casamiento.

—Cuéntenos bien, Ramoncita—suplica Cantalicia—cómo fue ese cambalache, así tan de presto...

—No izque fue de presto. Desde mayo, cuando estuvo aquí, le hizo figuras y paradas a Crisinita; pero como él es tan cachifloriante, ni caso hicimos de la cosa. Y resulta que desde Orofino y del río se cartió con ella y con Osorno. Nada les dijo a Juan ni a los hermanos ni al padrino, ni nos mentó tal cosa en las cartas. Izque quería venos juntos a Juan y a mí, pa contanos todo. Así fue que ayer, apenas pasó el saludo, nos empetacó todo el casorio.

—Pues cuando él la escogió y ha hecho todo con tanto misterio, debe ser una muchachita muy buena.

—Muy buena, misiá Rosita; demás de buena. Y hace buena pareja con él. Lo malo es que Osorno izque quiere que Nicanor trabaje con él y se vaya a vivir a su casa.

—Acaso me parece tan malo? —insinúa Cantalicia.

—Malo, enteramente, no es; y Osorno siempre le da la muchachita de todos modos. Pero Nicanor, tan desvolantao y tan andariego, tal vez no sirva pa estar metido en una tienda, en espendios y comercios. Si se pone en eso y después no le resulta, no da ni pa disgustos. También nos choca que se vaya a vivir con ellos y no haga su casita en el solar que le señaló Juan, desde hace días. Osorno izque li'ha dicho que se experimente por dos años en estos trabajos de venta y compra, y que si no le gustan ni le convienen, que se vuelva a

la minería. Izque puede principiar a hacer la experiencia antes o después de casao. Ai iremos viendo cómo resulta la cosa.

—De modo y es—pregunta Cantalicia—que no va' estar con don Jerónimo en este trabajo di' organales?

—El sí, mana Cantalicia. Esta mañana le dijo a Osorno que estaba comprometido con su padrino a trabajale en los organales, por el tiempo que dure el tal trabajo, dende que no sea muy largo. Como es muy baquiano pal cuento del taco, las cuñas y la palamenta, lo mismo que pa lavar, el padrino no lo larga, así tan ainas. Quién sabe cuánto durará ese trabajo. Me parece que ni él ni don Jerónimo lo saben.

—Usted, Ramoncita, hasta entenderá de minas.

—Bendito sia mi Dios, misiá Rosita. A fuerza de oíles ai sus cuentos, he venido a entender los tales derechos de estaca y los tales denuncios. Yo creía que en el río podía lavar todo el que quisiera, y que las vetas y otras minas di' oro corrido, eran de los dueños del terreno.

—No es usted sola, Ramoncita. En las mismas estaba yo...Cantalicia me lo explicó antes de bajarnos al río.

—Y cómo le ha asentao la cosa a la muchachita Arroyave, que le tenía desinada mano Juan? —interroga la india.

—Pues yo me figuro que muy bien. Nicanor estuvo embarrando con ella unos díitas; pero ellos no se apalabraron; y hace como mes y medio le salió a Virginita un novio muy bueno y izque se

casan muy ligero, antes que se cierren las velaciones. Es un cañonero muy formalote, que surte de dulce y viver todas estas tiendas.

—Y la otra ya sabrá todo el cuento?—pregunta mi madre.

—Cuándo nó, misiá Rosita? Aquí se sabe todo antes de qui'uno lu'haga. Y las Marines son muy averigüetas.

—Me dijo mano Juancho que no le gustaba nada esa niña Marín.

—Nada, misiá Rosita, valga la verdá. La carga desapareja se cae del lao más pesao: los Marines son de mucho tono, y nosotros unos pobres montañeros, a más de que Ricarda siempre le lleva sus añitos a Nicanor. Como es tan entablao y tiene tanta leva, Ricarda siempre como que estaba muy en ello, según me han contaó por aí.

—Siempre tendrá muy buenas relaciones con ellas...—inquiérese mamá.

—Conocencia no más, misiá Rosita. Ellas viven más acá, aquí en Callecontenta, y por aí nos vemos y nos saludamos. Cuando el coqueteo con Nicanor, ellas siempre se asomaban por aí a las casas de mis hijas casadas, izque a veles los sembraos y las flores, cuando iban a caminar por esos laos. No sería por querencia al muchacho, como creían mis hijas, sinó pa fisgonianos y pa persuadise bien de que no éramos dinos de emparentar con ellas.

—Qué le parece, mi Niña: los Marines izqu'están aquí muy encopetaos; pero Sebastián me dijo anoche que él los conocía desde San Lucas de los Milagros, di'onde son ellos, y que allá no son nada. Han conseguido mucha plata aquí, Ramoncita?

—Pues no sé, mana Cantalicia. Marín trabaja con otros de afuera una mina; pero le he entendido a Juan y a mis yernos vivanderos que está tan pelao como nosotros. Mas, sinembargo, las señoras Marines son las que llevan aquí los usos nuevos. Siempre será gente muy principal...

—Son muy acatadas aquí, Ramoncita?

—No serán, mana Cantalicia? Nosotros no sabemos bien cómo se entienden los gamonales, porque, aunque vivimos en el pueblo, somos siempre montañeros y no tenemos pa qué tener cuentas con los blancos. Yo no salgo de casa más que los domingos a la misita, a confesame y a las compritas, y ni'an a la gente igual a nosotros la conozco bien. Uno, con la recua d'hijos y las obligaciones, no'stá más que pa la cocina y el remiendo.

—Cómo serán los cuidados que li'hace a esos hijos! — exclama Cantalicia — Si viera, mi Niña, cómo tiene enturegao el maíz por esas vigas. Y el cerro de frijol que tienen en el zarcito de la sala si'alcanza a ver desde el suelo.

—Sí, misiá Rosita. Como tenemos dos yernos labradores, aí siempre echamos rozas, entre todos, y surten cada casa, antes de abrir venta. Siempre se echa la traviesa, y contada es la vez que nos falta el maíz y el frijolito. Ese será el cuidado que dice mana Cantalicia.

—Izque no los cuida, mi Niña!... Yo entré ayer cuando estaban levantando la mesa. Y eso es con mantel y platillos muy buenos. Y si viera la taza tan macuena y tan linda que tiene Ramoncita.

—Eso es tal cual vez, cuando llegan de esos montes, por haceles la carantoña de la venida. Como mi compadre don Sabas nos avisó dende temprano que venían, desnuqué la gallinita que

les mato cada que vienen. Y como eran tantos, saqué la taza de seis puchas que me mandó mi compadre dende El Tacamocho, y la locita buena que mantengo escondida. Eso es todo el cuido, misiá Rosita. Pero dende hoy mismo ya los bajé al frijol y al güevo estrellao.

—Cómo será de baquiana para guisar! — dice mi madre.

—Consiá guisar! Ni'an conozco potajes. Buena masamorra y arepas de toda laya, sí sé echar, porqu'eso nos enseñaron en casa, dende muy medianas. Y vea, misiá Rosita: si le gusta la buena arepa y la buena masamorra, como a mi comadre Zoila Rosa, la primera mujer de mi compadre don Sabas, yo le mando cuando quiera, si no le choca a mana Cantalicia.

—Qué me va a chocar! Yo no tengo tiempo de esmerame en arepa pa blanco, que son tan laboriosas. Ya veo por qué esos hijos suyos son tan amigos de l'arepa. Por eso será que son tan jorridos y tan buenos mozos; porque a cuál mejor!

—Yo por ese lao sí no les topo gracia, mana Cantalicia. Todos son narices de machete, como los Builes, y unos peludos, como era mi taita y como son mis hermanos. Mis hermanos son muy amigos de hablar ociosidades, lo mismo que Nicanor y Rufino; y ai les oía el cuento de que los Galvis y otra gente de Joyojondo, éramos injertaos con oso, porqu'en esos laos cundía el oso ahora años. Por eso será que les repunta el bozo dende qu'están en agüita. El tal Israel y el tal David, van saliendo por el mismo encarte.

—Como que son muy tremendos, Ramoncita —dice Cantalicia.

—Ellos no eran tan fatales cuando'staban

más medianitos; pero ahora están tentaos del enemigo malo, con las peleas entre los escueliantes.

—Ah, sí, Ramoncita. Ya nos contó el señor cura que dizque han formado bandos—dice mi madre.

—Sí, señora. Lo más puestos en razón, ai la tienen casada. Como cinco peleas han echao en esas mangas. El Israel izque ha resultao lo más guapo, y ai lo tienen de fefe. Los míos son de los sacaos. Di'acuerdo con mis yernos, se los sacámos a don Isaac, porque les mantenía los verdugones en todo el cuerpo, y los pies reventaos a fuerza de dales con la pretina y con la regla. Y no ha de ver: yo jamás les he consentido niguas en esos pies. Es que cuando a don Isaac le da la viaraza, no sabe lo qui'hace. Pero vea, misiá Rosita, cómo están estos muchachos de hoy día: muchos padres de los quedaos han pensao sacalos, pero los mocosos no han querido salir, aunque el maestro los despelleje, izque pa poder sostener el bando. Por eso están todos tan sumamente malcriaos y tan insoportables. A estos míos les he dao como tres tundas de alpargate, y ai los tengo castigaos, aunque vino Juan con los muchachos: los bajé a aguadulce dende la semana pasada. Pueda ser que eso les valga, porque quitales el cacaíto a los Builes es el mejor castigo. Tampoco los dejé ayer que salieran a topar al taita y a los hermanos, no tan solamente por el castigo, sinó pa que no fueran a encontrarse en el camino con los dichosos quedaos. Y vea: tenga mucho cuidao con este muchachito, no sea que estos indinos de aquí lo enjuren. Aquí se agavillan estos facinerosos contra todo muchacho forastero, y más si es orofineño. Yo no sé lo que pasa con los cristianos: todos estos pueblos, di'aquí p'allá y di'allá p'acá, se traban con casamien-

tos y parentelas; pero siempre siguen aborreciéndose, de lao y lao. Ya sabe, pues, Eloicito. Y Nicanor me dijo que apenas esté bien aliviao, le va a hacer un refresco con todos los muchachos de casa, un domingo d'estos.

—Cómo irá a ser con los hijos!—exclama Cantalicia.

—Más muchachochiquito qu'ellos. Eso de bundiar con los chiquitos, hasta será pa disculpar lo bobo qu'es...

Se pone en pie, en actitud de despedida.

—No, Ramoncita; no la dejamos ir sin que nos cuente qué hubo del sereno.

—Eso ni pa contalo, mana Cantalicia. Aquí me ven muy despabilada, por qu'eché mi tonga después de almuerzo. Eso fue com'un velorio de negro porceño. Cada que vienen prenden las casas; y ayer, en compañía de los Peruchos y los Pulgarines, y con el cuento del casorio y el sereno, emprendieron el bochinche dende la oración, que ni se rezó ni nada. Como que venían pautaos dende el camino, con el tal sereno di'amor d'Escribano. Y todos los casaos se juntaron en casa, que no había ni por onde andar. Allá fueron a templar los músicos di'aquí; y siempre echaron una canta, en el corredor di'adentro, pa que no se amontonara la gente en la puerta. Los casaos dijeron qu'ellos no habían molido cacao y que todos iban a ir al sereno d'Escribano; y qu'esto necesitaba por lo menos un cuartillero, porque sereno di'amor sin trago izqu'es como terrón de dulce en seco. Y trujeron la limeta y todos probaron. El Pedro se embochinó parejo con los muchachos; dijo que s'iba con ellos pa celar al cuñao y a los mozos pa que no fueran a metese en tragantina y a amane-

cer. Pero es de puro culeco. Así fue que Juanchos y Peruchos, todos se largaron, muy mudaos. S'estuvieron en el sereno como dos horas. Izque echaron cantas di'amor muy nuevas y muy bonitas; y siempre izque se metieron en el cuerpo el pa'ínos.

—No le da mucho miedo, Ramoncita, que se le enfermen, con todas esas calaveradas?—dice mamá.

—Siempre recelo, misiá Rosita; pero qué me suplo? A los Builes les parece que con las tomas que les da Juan, ya les firmó mi Dios documento de vida y salú; que pa ellos lo mismo es aguacero que verano, y que los malos climas se van enredando en los buenos, y que todos esos cuidaos no son más que pa mujeres de dieta. Ese es el modo d'ellos. Y ahora sí me les voy, a ver cómo han salido esas mozas de toda esa lionera.

Mucha efusión y mucha promesa de servicios.

—No ve, mi Niña—plane Cantalicia, en cuanto se ven solas—lo qu'es uno estar en casa ajena? Dejar ir a Ramoncita sin probar la mediatarde! Hasta pensará qu'es una porquería de nosotras; pero, di' aquí al lunes, yo siempre brujuleo el retorno. Y cómo le pareció, mi Niña?

—Así como me la figuraba: muy formal y muy querida. Ni aun montañera me parece. Y es hasta medio salada, así como Nicanor.

—Me alegro mucho, mi Niña, de oíl'eso. A mí me pareció lo mismo, y pensaba que yo no distinguía ya la gente buena de la gentuza.

Nos recogemos muy temprano, porque a mamá le vuelve la fiebre. Murmuro la oración secreta y, además de la riqueza de mi padre, le imploro a la Virgen la salud de mi madre. A Ramoncita la

quería mucho. Aunque Canelo me hacía mucha falta, siempre estaba mejor en casa de los Builes, donde lo querían los muchachos. Con que Nicanor y Cristinita iban a casarse? Se querían, pues, con amor arrimado. Y ahí seguirían Nicanor y Pastora queriéndose muy apartados. Qué estaría haciendo Pastora? Por qué me llevaría Nicanor a que les viera y les oyera todo? Por qué? De repente veo claro, muy claro. Como no iban a quererse los dos juntos, me había llevado a mí para que ninguno de los de la fonda los viera a ellos solos. Nicanor sabía mucho. Cuánto habría aprendido en ese libro que le había regalado el señor cura! Cómo haría Nicanor para robarse los corazones? Serían los de Jesús y de María que tenían en la sala?

VII

Aunque la mañana del domingo es lluviosa, siempre se ha levantado mamá, poco antes del almuerzo. Luégo me dejan asomar al corredor de afuera. Muchos hombres y mujeres en zuecos; mucha andanza de las casas a la iglesia. Como estoy con alpargatas nuevas, no temo la burla de los muchachos, y ahí nada podían hacerme, aunque fueran muy gavilleros. Me trepo, pues, a la baranda; muestro las alpargatas hacia la plaza, y me abrazo de un lado al poste penúltimo. La gente desfila junto a mí, por el andén empedrado que guarnece la casa. Vienen los Builes muy galanes. Nicanor luce jipe nuevo muy bien hormado, camisa de bayetilla moraúsca, pantalón y ruana de lo mejor, bellísimo carriel, y apretada la correa a estilo de Antolino. Sus alpargatas parecen madres de las mías.

—Camine, mano Eloy, pa misa.

—No me deja Cantalicia. El altozano está encharcao.

—Tiene pañuelo, mano Eloy?

—Aquí me lo echó mamá en el bolsillo.

—Camine, que yo lo llevo sin que se humedezca.

Me alza, casi en vilo, de las axilas y, por entre los rimeros de zuecos, me pone dentro de la iglesia. Toma el agua bendita y yo también la to-

mo. Cuando me arrodillo sobre el pañuelo, me siento más hombre grande. Hago lo que hacen los demás. Salimos de los primeros, y otra vez alzado me lleva a mi puesto. De repente retumba la tambora. Se agolpa el gentío en la esquina, y en el balcón del Cabildo aparece un señor con un papel en la mano. Corro al extremo del corredor, a contemplar todo aquello de cerquita. Es bando contra todas las maldades de los muchachos de la escuela; es multa a los padres que permiten tales lides.

A poco estamos mamá y yo solitos en la sala, con la ventana completamente abierta y viendo el mercado. Ese día se me hace más hermosa que siempre. Está en una silla, cerca al tarimón de tapetes. Yo paso los ojos de la Inmaculada a ella, y se me antojan muy parecidas: mamá también tiene traje azul con estrellitas blancas, y el pelo partido y liso como el de la Virgen; mamá está pálida como ella. Largo rato nos miramos en silencio.

—Mamá!...

—Qué quiere, Eloy?

—Nada, mamá. Uste está muy aliviada, no es cierto?

—Ahora sí, m'hijo; estoy mejorcita. Ai me voy aliviando así como usted.

Otro silencio.

—Mamá!...

—Diga lo que es, mano Eloy. Yo no sé adivinarle, como Cantalicia.

Cómo me encanta que me diga «mano».

—Mamá, por qué no le muestra la Virgencita

a las señoras de aquí?

—Está muy guardada. Cuando vayan a Morrolargo la conocen.

Otro silencio.

—Mamá: mano Juan y misiá Genovevita dijeron que el resplandor no le hace daño.

—Ya le entiendo, Eloy. Siéntese usted solo en el corredor, sin sacar taburete.

—Me deja sentar aquí junto a usté?

—Sí; pero bien formal: sin tocar nada.

Suena el Ave María meridiana; el rumor cesa y se oye la voz del señor cura, en media plaza. Cuando torna el bullicio, pasan por el andén dos paraguas que el sol irisa; dos señoras entran y golpean.

—Muy formal, Eloy; es una visita.

Se asoma. Me pongo de pie, sin saber por qué.

—Prosigan, mis señoras.

Admiro aquel saludo de manos, que yo no conocía entre damas, y aquellas palabras de tantísima educación. Mamá también sabía mucho.

—Aquí tiene usted a Ursulina Cifuentes de Marín. Esta es mi hija Ricarda.

Ocupan la tarima: la madre, junto al Corazón de Jesús; la hija, junto al Corazón de María. Conversan mucho, y yo estoy fascinado. Jamás había visto una señora tan linda ni tan galana como Ricarda. Cristinita tenía que ser algo así como la Virgen. Bien se ve que Ricarda es del copete: lo lleva en el pelo y en el adorno; es una cosa andina, entre dos riscos del cabello medio castaño: un matorral de hebras ne-

gras con una flor de plumas. No es cuero lo que cubre sus pies: es un trapo muy brillante, bordado con goticas de rocío. No lleva pañolón, sino uno como velo de flecos, medio cogido en los antebrazos. Su traje es blanco, constelado de flores y de hojas: el broche del cinturón, una rosca, que debe ser de oro.

Me hacen el papel y yo me luzco, con la respuesta consabida.

—Está muy traspillado el pobre —dice mamá— Tal vez más que yo.

—Eso no es nada, Rosa—dice doña Ursulina—ese saludo del río, a todos les da por aquí. Los hemos encontrado muy bien. Nos habían asegurado que habían venido muy enfermos, porque aquí todo lo exageran. Por eso hemos venido tan pronto, y porque estamos algo vecinas. Yo visito siempre a las forasteras de aristocracia y buena educación, pero no tan pronto como a usted.

—Muchas gracias, misiá Ursulina. Yo le agradezco tanto!

La señora entreteje un revoltillo de tópicos en un momento.

—Qué vestido tan lindo tiene, señorita Ricarda!

—Un vestido así... Siquiera está a la última...

—Qué bonito cose!

—No lo hice yo, misiá Rosa. Ojalá! Me lo trajeron esta semana de Medellín, y lo estrené hoy, antes de que me aburra o se pase de moda. Aquí no se necesitan trajes de lujo. Cuando vamos a Medellín, poco traemos aquí; allá vendemos los trajes buenos de gro, porque aquí parecería uno como santo en procesión. La tela de este traje es la última; se llama holanda italiana; y me manda-

ron mis primas Muñoces este adornito del pelo, que le sale mucho al vestido. También es la última; se llama plumaje real.

—Pero hasta esto sobra aquí, Rosa. Aquí habrá cuatro o cinco familias que tengan gusto y hábitos de educación; lo demás es gente así... Algunas muy buenas, pero un mote y un revoltijo que no hay en qué escoger. Yo conozco muchas sociedades. (Aquí cita no sé cuántos pueblos, de aquende y de allende el río). Por eso me aburro aquí, aunque a Marín, mi esposo, le va tan bien en sus minas. Vivir uno entre gente que no tiene trato social, siempre aburre a ratos.

Aparece Luisita. Se me hace ahora más fea y más ñoña, con su vestido de medio luto. Se tratan con el cariño de amigas muy conocidas.

—Siéntese en la ventana, Ricarda.

—Gracias Luisita; aquí estoy bien. Para ver negros del río y caratejos y cachacos de cordillera, tiempo sobra. No tuve devoción en la misa, por admirarle el paño. Mamá: usted no se fijó en esas rosas?

—Cómo no? Muy lucidas y muy vistosas.

—Es que huelen, misiá Rosa. Esta niña tiene el palito para cosas de iglesia. Ya terminó el paño para el día de la Patrona?

—Me falta algo todavía. Lo que acabé fue la palia; ya la tengo montada.

—Muéstrenosla, Luisita, que el día de la fiesta no la podremos ni admirar.

—Ave María, Ricarda! —exclama la madre, en cuanto sale la devota.— Qué dirá Rosa, que no la conoce. Es que éstas mías, mi querida, le sacaron

la tijerita fina a mis hermanas. Mis hermanas son terribles; les tienen terror por la trisca. Y estas mías son por el estilo.

La beata vuelve con unos cartones, y exhibe su obra, cogida con papeles por ambas puntas. Medio arrimada a la pared, se asemeja a la Verónica con el Santo Lienzo, o a un anuncio comercial.

—No, no, Luisita! Qué belleza! Fíjese mamá, en esas uvas... Pero vea, Luisita: le va a suceder lo mismo que a ese pintor que nos contó el señor cura en la clase; vea, ya veo que le van a picar los gajos esos afrecheros que se entran por las ventanas.

—No tenga cuidado, Ricarda, que los afrecheros no comen uvas de parra.

Empapela su obra y sale.

—Ya le ve sus cosas, Rosa. Gumersinda y Solina, las dos casadas, son tal vez peores que ésta. Si usted las oyera cuando les ponen el monte a las de aquí...

Luisita entra, y tras ella un pisco labis de horchata y bizcochuelos. Imposible! A las once se habían atracado de chocolate y ariquepe. No les cabría la próxima comida. Pero, haciendo un esfuerzo de cultura, consumen el obsequio. La beata torna al palique.

A esas, atraviesa Nicanorcito. Se cuela de rondón, y sombrero en mano, saluda muy atento. Viene sólo a saber de la enferma.

—Y ustedes cuándo se conocieron?—pregunta la elegante, con la mayor naturalidad.

—Hace como dos meses que nos vemos a diario. Yo vine con ellos, Ricarda.

—Conque Ricarda!...—gruñe doña Ursulina, toda asqueada.

—Señorita Ricarda—rectifica el mozo.—Dispense, misiá Ursulina; es que uno está acostumbrado.

—Usted no es Builes?

—Sí, señora; para servirle.

—Pues yo hubiera jurado—dice Ricarda—que lo había visto en estos días por aquí. Tal vez lo confundí con alguno de su casa: son tantos los Peruchos y los Juanchos...

—Los Peruchos y los Juanchos!—exclama la madre.—Jesús, Niña! Usted está cogiendo todas las vulgaridades de aquí, que sacan tantas ridiculeces.

—Aquí sí, señora...—afirma el mozo.

—Pues por eso es que está tan paquete y tan pepo; para que veamos toda la plata que trajo. Fíjese, mamá, qué camisa y qué alpargates...

—Bobo que es uno, señorita Ricarda; usted sabe que «hacha bien encabada no necesita zapatilla».

—Oigale, misiá Rosa.—Pero vea, señora: hubiera jurado que lo he visto aquí varias veces en estos días.

—Tal vez habré estado, señorita Ricarda. No dicen que con el pensamiento se puede estar en cualquier parte?

—Es seguro. Pero véale, misiá Rosa, la bomba que nos echó: es «El Precioso de Bombita».

—Cuando menos, señorita Ricarda. Pero cuéntele a misiá Rosita lo que me quiere decir.

—Cuénteselo usted, que tiene tanta gracia.

—Muy poca, señorita Ricarda; pero sí se lo

cuento. En la fiesta de la Patrona, del año pasado, se llenó este pueblo de caimanes y vagamundos de todas partes. La señorita Ricarda salió con otras a recoger la cantarilla. Vieron un joven muy buen mozo, muy galán y con bomba, así como yo... tal vez no tan lindo. Le pidieron apunte, y él les dió el rial, sin decirles el nombre. Se les perdió entre la gente, cuando menos lo pensaron; y la señorita Ricarda lo apuntó con el nombre de «El Precioso de Bombita». A los dos días amanecieron tres tiendas rotas por los derrames. Cogieron al ladrón: era «El Precioso de Bombita». Qué opina, misiá Rosita?

—Es que Ricarda es tan viva —dice mamá, sin saber qué.

—Muy viva, misiá Rosita. Tal vez seré ladrón; eso no dice Cantalicia? Y vea, mano Eloy: si la tarde sigue buena, vengo por usted, para mostrarle el pueblo y enseñarle todo.

Se despide, tan cortés como entró. Y del limbo de Luisita salen estas palabras:

—Por lo que veo, las candelas de ustedes siguen muy adelante.

—Las candelas de quién? —interroga misiá Ursulina.

—Las de Nicanor y Ricarda...

—Es la primera vez que lo oigo! —clama pasmada— De dónde sacó usted eso, Luisita?

—Yo no lo saqué, misiá Ursulina. Aquí han dicho todos que están muy encabados y que se casan muy pronto.

—Usted, vistiendo sus santos y metida en la iglesia, se le enredan todas las cosas. Oiría hablar

de Ricarda Ortiz y la confundió con ésta. Vea, Rosa; eso es lo que se saca de vivir en pueblos tan atrasados. Figurarse que un peón pueda pretender a una hija de José Joaquín Marín y de Ursulina Cifuentes!...Ah! Ya sé de dónde sacaron el cuento. Estas muchachas mías son tan alegres y tan charlatanas, que apenas llegan los aguinaldos no piensan sinó en alegatos y charlas. Vea, Rosa, creo que le piden aguinaldo hasta a los gallinazos. Estos muchachos Builes como que viven en esta calle, y estas mías entraron con ellos en aguinaldeos. Eso es todo el cuento.

A esas asoma Cantalicia.

—Muy buenas tardes, mis señoras. Atisbe, mi Niña, estas que van a pasar. La del traje verdecito es Cristinita, la novia de Nicanorcito. Véala qué tan querida!

Me asomo a la puerta, todo ojos; pero Cristinita y sus compañeras se vuelven hacia abajo y no le veo la cara.

—Usted debe conocerla mucho, Ricarda.

—De vista la conozco, misiá Rosita.

—Usted es la niña Ricarda Marín, y me perdona la pregunta?—salta Cantalicia.

—Sí. Y por qué quería saberlo? Usted me conocía?

—No, niña: ahora la vengo a ver; pero a uno siempre le gusta conocer a las niñas bonitas.

—Y usted es la criada de misiá Rosa?

—Y suya, niña, y de esta señora. Yo soy la india Cantalicia Zabala, una servidora de todas ustedes.

—Camine, Ricarda—dice la señora levantándose.—Esta visita ha sido eterna, y Rosa debe estar muy aburrida.

La despedida es de melindre y muy larga. Las tres mujeres quedan mirándose y yo mirándolas a ellas.

—Bien me figuraba yo que era muy linda. Nicanorcito no s'iba a prender de cualquier cosa. Pero la Cristinita siempre está más moza y mejor pa la cría. Y me voy, mi Niña, que todavía me faltan muchas compras. Tan siquiera no perdí el tiempo. Usté como que sigue muy aliviaíta. Qué-dese aquí divisando el mercao con Eloy.

—Cómo le parecieron, misiá Rosita? —pregunta la devota.

—Muy simpáticas. Siquiera vino usted a ayudarme a recibirlas; yo soy tan boba y tan simple, que no sé ni conversar con la gente.

—Y ya ve qué tan mal resultó mi ayuda. Salí con mil disparates. Qué iba a saber yo de la tal novia de Nicanor? Yo creí que seguían las cosas con Ricarda. Misiá Ursulina es tan particular! Ya le oyó todos los cuentos, y haciéndose de las nuevas. Y era la más pagada de Nicanor. Donde las Agudelos dijo que no tenía más péro que la ruana; pero que, apenas se casarán, ella y las hijas le pondrían las botas y el chaquetón.

—Así es la cosa, Luisita?

—Así como se lo digo. Con usted, que es forastera, le puede surtir el cuento a misiá Ursulina; pero en el pueblo todos la conocemos.

—Entonces serán unas señoras algo trabajosas?

—Pues ni sé, misiá Rosita. No ha de ver? Tie-

nen cosas muy buenas, son muy hacendosas y hasta nos ayudan en el culto; pero tienen la manía de reírse de todo lo de aquí, y a todos nos triscan. Ya les oyó las burlas por la palia y por mis bordados y por lo biata que soy. No sé por qué les coge esto de nuevo; aquí saben todos que yo soy biata desde chiquita.

—Así es la cosa, Luisita?

—Sí señora; jamás he tenido novios ni he pensado en ellos. Será por lo fea que he sido siempre. No me pude ir de religiosa porque ni había celda en el monasterio de Medellín, ni debía dejar a los viejos y a este hermano tan solos. Desde la muerte de Emeterio, tengo arreglado mi plan con el padre Juan Nepomuceno. Y hasta nos hemos metido en las cosas de Dios. Si quedo sola, me voy a la Casa de Beneficencia de Medellín; el padre me dejará la dote que se necesite. Esto no lo tenemos en secreto; por eso se lo cuento.

Salgo al corredor, en comiendo. Tocan al trisagio; la gente acude y el mercado se merma. Observo el movimiento de la tienda de los Cambas, todavía muy animada a tales horas, con las compras de los vendedores del mercado. Al salir de la iglesia, me toma Nicanor y me lleva por la acera occidental, plaza abajo.

—Vea, mano Eloy: esta es la Calle Rial. Es el camino, que lo volvieron calle. Vea qué tan derecha la sacaron hasta aquí abajo.

—Sí; y dónde está Cristinita?

—Ah, mano Eloy!... Aquí va adelante con otras; ahora se la muestro.

Seguimos por la acera occidental y llegamos hasta la esquina céntrica. Allí es la tienda de don

Osorno. En la puerta siguiente, al desembocar la calle transversal, están dos señoras. Nicanor me acerca.

—Está loco por conocerla.

Ni cuento todas las fiestas que me hacen madre e hija, ni las caras y ojos de los novios. Tornamos a la tienda.

—Qué opina del bando, Nicanor?—pregunta el futuro suegro de mi amigo.

—Me parece muy conveniente.

—Pero aunque cesen las riñas de los muchachos, no consentimos más a este Herodes, de ningún modo. Si el gobierno no lo quita, lo quitamos nosotros. El vive en la escuela con la hija mayor y los dos muchachos. Se van a su pueblo, después del certamen; y si vuelven, tendrán que toldar en la plaza. Ya sé quién va a ser el alcalde del año que entra; ya estoy pautao con él y con el cabildo: no le entregamos la llave a ese verdugo, aunque el gobierno nos mande un piquete armao. Dígales en su casá que no tengan cuidao con los dos escueliantes, que en el año entrante tenemos buen maestro. Si nos mandan otro verdugo, también lo echamos. Estamos resueltos a que no acaben con los hijos.

—Me parece muy bien, don Osorno. Pueda ser que don Jerónimo pueda poner a este muchachito.

Esto es del mostrador a la puerta. Unos chicuelos se reúnen al frente, y... otra vez las alpargatas.

—Sí que te los compraron bonitos...

—Onde dejates los de manta?

—Te los está lavando la vieja?

—Lo han molestao, mano Eloy? —pregunta Nicanor a media voz.

—Sí; ayer.

—No les haga caso, que usted es un hombre grande. Venga, Fernando —le dice a uno de los chicuelos.— No se dejen coger de los comisarios, no sean bobos. Váyanse uno por uno, que andan buscándolos en las esquinas.

Santa palabra. Me lleva por la acera sur, donde hay poco movimiento.

—Le pareció muy bonita Cristinita?

—Muy bonita. Pero Ricarda y usted...

—Qué, mano Eloy?

—Siempre se están queriendo... sin arrimarse?

—Por supuesto! También seguimos queriéndonos de lejos. Ah usted, mano Eloy, pa tener el juego guardao! Cuando sea señor más grande y le nazca la barba como a mí, se casa con una bien bonita, pa que se quieran bien arrimaos.

—Y a las otras?

—También puede quererlas de lejos, como yo. No le gusta así, mano Eloy?

—Sí; así como usted.

—Y usted cuenta, mano Eloy?

—No cuento.

—Usted ya es un hombre grande desde ahora, aunque esté chiquito. Y, cuando vaya a la escuela, verá todo lo que va a aprender.

Pasamos al costado oriental. Nada de tiendas. En las puertas están recostados los señores, fumando su tabaco. Saludos aquí y allá. Todos que-

rían a Nicanorcito. Nos detenemos en la esquina.

—Vea, mano Eloy, esta es la misma Callecontenta. Por aquí bajan todos los del río y de esas minas de abajo. Fijese aquí en la plaza, en este sacao de la iglesia. Vea qué manguita tan sabrosa pa jugar.

Muy cierto. Es un rincón delicioso de aldea. Media iglesia está afuera. Corta la otra mitad un muro blanco que termina la cuadra. Con él se junta todo el cerco tapiado de la casa cural. Tres cipreses levantan sus tristezas detrás de las tapias encaladas: están guardando la casa del Señor; están rezando; no rezarán también los cipreses? La puerta del perdón, montada en tres peldaños, con sus columnas y techo que la enmarcan, brinda sitio para los cuentos de espantos y aparecidos.

Me entra por esa puerta.

—Con mucha devoción, mano Eloy. Vea el bautisterio qué tan lindo.

Me alza hasta la reja, para que vea el interior.

—Vea el retablo de Nuestro Señor, cuando lo bautizaron. En esa pilita de piedra nos bautizaron a todos los de casa.

—Y a Cristinita también?

—Sí; a ella también.

—Y a Ricarda también; no, Nicanor?

—A ella no, mano Eloy: ella no nació aquí; la bautizarían en San Lucas de los Milagros.

Yo atisbo cuanto hay dentro. Me baja y me lleva a que contemple el lienzo enorme de la Inmaculada.

—Vea qué tan lindo, mano Eloy. Vea esos an-

gelitos, en tantas posturas, volando boca arriba y boca abajo.

—Déjemelos contar, Nicanor!

—Cuéntelos, pero con harta devoción.

Y cuento.

—Con los más chirringos, son como treinta y uno. Qué tan lindos! Unos monitos y otros peline-gros.

—Y con crespitos como usted, mano Eloy. Así sería de lindo cuando no era hombre grande.

Yo contemplo el rostro de la Virgen, y también se me parece a mamá.

—Ya no le muestro más; usted atisbó en misa todo lo otro; yo lo ví.

Al salir me dice:

—Ya no hay qué ver, mano Eloy; el pueblo se acaba aquí, detrás de la iglesia. Lo que sigue para allá es el caminito para ir al cementerio. Cuando esté ya bien aliviado y se acaben las peleas entre los muchachos, lo llevan Israel y David a conocerlo. Las otras calles, así las irá viendo cada rato.

De ahí me torna a la rectoral. Encuentro a Cantalicia demasiado optimista. Todo lo tiene previsto o arreglado: compras, ayudanta, relaciones y convenios con los caseros del señor cura, relaciones y convenios con las venteras.

Cuando van a acostarme, entra don Sabas a la despedida. Previos saludos y explicaciones agrega:

—Me parece, Rosa, que usted y Cantalicia habrán comprendido muy bien lo que me he propuesto con Jerónimo.

—Algo, don Sabas. Yo soy tan boba...

—Usted no tiene por qué entenderlo todo; está muy muchacha y ha vivido como una monja. Pero vea: ya le oí a Marincito, aquí en la tienda de mis sobrinos, que a Jerónimo lo estoy enriqueciendo. No es difícil que a ustedes les vengan con el mismo cuento y después sufran un desengaño. Yo no puedo enriquecer a Jerónimo, porque yo no trabajo solo ni esto es tan fácil como la gente se figurá. Cuando volví de Tacamocho, a fijarme en Orofino, encontré a Jerónimo como ustedes saben. Yo siempre le he tenido mucho cariño y me propuse volverlo a entablar en sus trabajos de minero. Quería que fuera un Builes de buena familia, y que ganara sus colitas. Esto es todo el enriquecimiento. Le pago jornal doble, porque él sabe dirigir todo trabajo. En el veraneo siempre le tocó algo. Aquí, en estos organales, quién sabe cómo nos irá. Ustedes saben lo que son minas. Esos organales los tenemos denunciados hace año y medio, y vamos a ver si les sacamos la estaca o nos estacan ellos a nosotros. Jerónimo, en todo caso, tiene buen jornal si se entabla a trabajar con nosotros solos. Creo que tendremos mucho en qué ocuparlo. Ha entendido, Rosa?

—Sí, don Sabas. La cuestión es que tenga donde trabajar y no esté aburrido.

—Jerónimo, ustedes lo conocen, tiene un genio tan particular: se está callado un año, pero si se toma dos o tres tragos, cuenta en un día todo lo que ha guardado en el año. Esto no lo perjudica a él personalmente, porque ni es borracho ni hace nada malo ni ridículo; pero se llena de ilusiones y cree que ya tiene las arrobas de oro en la caja, y a todos les cuenta y da por cosa real todo lo que él se figura. Yo le digo siempre que no cuente sus

sueños, pero no me hace caso. Me da temor que aquí, donde no lo conocen bien, le crean lo que les dice cuando está con los tragos en la cabeza, y así que no resulten las arrobas, determinen que yo engañé a Jerónimo o cosa así. Se los advierto, pues, para que sepan a qué atenerse. No ha visto, Rosa, que Jerónimo tiene sus días de habladera?

—Sí, don Sabas; un poco. Ya lo habíamos conversado Cantalicia y yo.

—Pues lo que han de hacer, es no alegrarle el oído cuando lo vean soñando, para que no vaya a contar a la calle todas las patrañas que él mismo se mete en la cabeza. Ya sabe, Cantalicia: usted, que tiene tanta letra menuda, métasele por el ojo de una aguja.

—Cómo no, señor don Sabas! Dende que yo no le falte al respeto a don Jerónimo, soy capaz de metele las cortas y las largas, por ai con mañita. Pero dende que lo vea por ai com'un cuzumboso, yo no me atrevo a decile nada, señor don Sabas. Y me parece que mi Niña tampoco.

—De todos modos, el martes salen de aquí. Ai están las bestias y el carguero a punto. Rosa tendrá su ración, como en el río. Cantalicia sabrá si quiere ayudarle a las molenderas, antes que hagan el rancho en los trabajos. La casa, que vale una bicoca, se la apunto a Jerónimo en su cuenta. Ustedes son muy aseadas, pero les advierto que el padre es muy exagerado en esto.

—Por ese lao no tenga pensión, señor don Sabas. Ya yo'stoy apalabrada con los caseros. Y usted no vuelve, don Sabas?

—Cómo nó, Cantalicia! Yo estaré yente y vi-niente, según se presente la cosa. Váyanse muy contentas, que antes de quince días están buenos

y sanos. Y ya sabe, Rosa: a tierra brava no vuelve a ir. Ya le habrá dicho Jerónimo por qué la hizo bajar al río. En todo caso, ya sabe que a usted nada puede faltarle estando yo al frente.

—Las cosas de don Sabas! —gruñe Cantalicia, en cuanto sale.— Qué li'hace que don Jerónimo cuente en la calle? Aunque sea jornalando, siempre tiene esperanzas en sus colas. Sin esperanzas quién va a pensar en minas?

Muy mal me huelen estas cosas. La Virgencita no quería, probablemente, que fuéramos ricos. Con tal que mamá se aliviase...

Ese lunes, al levantarnos del almuerzo, dice el señor cura, después de dar las gracias a Dios:

—Van a conocer una vecina muy curiosa y muy interesante: es la vieja Melchorita, que vive en Morrolargo, muy cerca de la casa. Ya verán por las historias que cuenta, qué clase de personaje es. A usted le gustan historias viejas, don Jerónimo?

—Más bien sí, señor cura. Eso me vendrá por herencia, porque a mi padre le agradaban mucho todas esas cosas.

—Pues póngale cuidado a ña Melchorita y verá qué cosa tan curiosa. A muchos huéspedes que hemos tenido aquí, les ha tocado oírle sus historias, y todos se han divertido mucho. Yo le tengo prohibido que cuente por ahí en la calle, porque le hacen mucha chacota y hasta la ultrajan, no sólo los muchachos sino hasta los hombres hechos y derechos. Le he dicho que no les cuente sino a las personas educadas que se hospedan aquí en mi casa. Según mi madre, ña Melchorita y Elodia la hija, son unas santas. Y hasta tiene razón.

—Sí, don Jerónimo—afirma doña Genoveva.— Si estas dos mujeres no son santas, no hay nada más parecido. Apenas el padrecito José Dolores será más.

—Esta vieja—sigue el cura—debió tener una crianza muy buena y muy religiosa. Lo digo por lo que ella cuenta y por la vida que lleva. Se expresa como una persona muy piadosa y entendida. Está poseída del sentido de la religión. Fue guaquera muchos años, y a pesar de esa vida tan desarreglada de la guaquería, no perdió nada de la crianza que le dieron. Su hija es un monstruo, una pobrecita enana de lo más horrible. Le tengo prohibido que salga al pueblo, para que no la afrenten los muchachos. Desde Morrolargo oye la misa, y yo entro algunas veces a confesarla. Tal vez es más santa que la madre. Estas dos mujeres me han hecho pensar muchas cosas: indudablemente Dios Nuestro Señor escoge sus elegidos entre los seres más infelices de la tierra. Ya lo dijo Jesucristo en sus Bienaventuranzas. La vieja, a ratos, tiene la memoria muy fresca. Pueda ser que la cojan hoy en su día. Si don Jerónimo está hoy tan desocupado, puede pasar su buen rato, oyendo a ña Melchorita.

—Allá está en la cocina.—dice doña Genoveva.— Ahora se las traigo.

El sacerdote se retira y doña Genoveva aparece con la anunciada y la hace sentar en el escaño del extremo.

—Aquí están unos señores españoles, que tienen mucho deseo de conocerla...

—Nacidos y criados en la propia España del Rey nuestro Señor?

—Ahora los verá.

Papá, mamá y yo, salimos y ocupamos nuestros asientos.

—Mi Dios Nuestro Señor derrame sus bendiciones sobre estas personas tan nobles—dice la vieja, mirándonos de hito en hito.—No serán venidos de las Españas porque no los habrían almitido los sublevaos que mandan en estos territorios; pero españoles son, principalmente el blanco. Me perdonará el caballero que yo le pregunte cuya es su gracia y la de esta niña y del chiquito?

—Con mucho gusto, señá Melchorita. Y hace las presentaciones.

—Mi Dios Nuestro Señor los bendiga ahora y siempre. Yo también soy española por la sangre, aquí donde sus mercedes me ven. Mi Dios Nuestro Señor permitió que yo viniera a morir a tierra ajena y a implorar una limosna en su santísimo nombre. Yo vengo de familia de alticornia. Mi padre fue un caballero d'espada. Yo no tuve la dicha de conocerlo, en cuerpo real y efeitivo; pero mi abuelita, doña Patrocinio Escudero, me enseñaba su retrato, pintado en un marfil. Era un caballero muy hermoso y de un rostro muy imponente.

—Pero cuénteles primero, Melchorita, dónde nació.—apunta doña Genoveva.

—Yo nací en tierra de Santa Cruz, onde estaba el mando del Rey nuestro Señor. Nací en el fundo de Santiago Apóstol, de los señores de Peñaranda, pero me criaron en el propio plan de la ciudá, en cas del Señor Vicario, el padre Buena-ventura Escudero, hermano precisadamente de mi abuelita doña Patrocinio. No vayan sus mercedes a pensar que me criaron entre las paniaguadas y las esclavas: a mí y a mi hermana Elodia nos

criaron en los aposentos, sentadas en tarima, con huso o costura en mano, rompiendo lienzo fino y buena granadina. Mi abuelita, sentada en su silla en el salón de más adentro, hacía arrodillar toíta la esclavitú ante una imagen muy patente de mi Amito y Señor Crucifícao, y les hacía rezar el santísimo rosario de la Virgen, los negros a un lao y las negras al otro. Elodia y yo rezábamos parejo con ella, arrodilladas en l'alfombrilla. Después sentaba el negrerío en l'estera y nos enseñaba a todos la dotrina y muchísimas oraciones a cuál más preciosa. Mi abuelita, después de viuda, vistió siempre el hábito de Nuestra Señora de las Mercedes; y todos los días recibía el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo en la Sagrada Comunión. Nosotras la recibíamos viernes y domingos; y, mes por mes, toíta l'esclavitú.

—No se enrede, Melchorita. Cuénteles de sus padres...

—Mis padres!... Eso sí era gente! El esposo de mi abuelita era el caballero don Baltasar de Peñaranda, sobrino del propio gobernador del Rey nuestro Señor; era el dueño del fundo y de una arboleda muy grandísima que le rendía muchos caudales. Tan solamente les concedió Nuestro Señor un solo hijo, porque don Baltasar murió de presto, de una elevación de sangre. Mi abuelita se quedó con s'únicu'hijo en ese fundo de Santiago. Allí creció el caballero don Olegario, el padre de Elodia y de esta servidora. Nuestra madre era la cuarterona Juana Bautista Uruburu. Era tan bonita, que todos los caballeros la querían conseguir; don Olegario se la compró a los amos por muchísimas onzas. Cuando nacimos yo y Elodia, le dió carta de libertá; pero mi Dios Nuestro Señor se llevó a nuestro padre cuando iba a tomar estao con la

niña Eufrosina de Villalonga. Se lo llevó por agua y sin sepultura cristiana: estando paraíto en la propia orilla del río, se desbarrancó, se consumió en el agua, y naide pudo dar con su cuerpo gentil. Asina son los desinios de Nuestro Señor! Doña Patrocinio, al vese en aquella aflicción, alzó con nosotras pa la ciudá de Santa Cruz, a la casa del Vicario. Y en la ciudá vivimos, hasta que Nuestro Señor determinó otra cosa. Nuestra madre, de puro triste, huyó del fundo y se fue con otro caballero.

—Cuénteles bien de la guerra.

—Sus mercedes me dispensarán un momentico, pa recoger bien toda esa cosa.

La vieja se agacha, el índice en la frente. Estoy como hipnotizado ante aquella figura. Su cara es roja, por ese carate sin vetas que suele acometer a los blancos. No es ni muy arrugada ni muy canosa. Articula con esa voz medio confusa, medio temblona, de vieja desdentada, y sus muecas y los hundimientos de sus carrillos me producen un efecto no sé si de risa o de espanto. Viste saya negra y mantellina de estameña; lleva un sombrerito de jipe, casi en la coronilla; se apoya en un paraguas enorme, de fula azul, y de su cuello cuelgan escapularios y rosario. A un lado asienta la gran mochila de cabuya, repleta de limosnas.

—Pues esa guerra, sus mercedes lo sabrán —murmura, lanzando al vacío sus ojillos medio zarcucios— eso fue obra del enemigo malo, pa que padeciéramos los buenos cristianos. Yo tan siquiera no les vide sus triunfos! No tan solamente la gentuza, sinó muchos nobles, se dejaron tentar del diablo y levantaron pendón de rebeldía contra el propio mando del Rey nuestro Señor. Al Vicario

Escudero lo persiguieron porque apoyaba el mando del Rey; y tanto sufrió el bendito sacerdote, que se lo llevó mi Dios de la pena; y, a los poquitos días, se fue también nuestra abuelita, doña Patrocinio. Dios Nuestro Señor los tenga en su Santa Gloria! Todos aquellos caudales y todas aquellas fincas tan valiosas, cayeron en poder de los rebeldes. Entonces nos recogió nuestra madre, que ya tenía a Servelión, y nos metimos todos cuatro a guaqueros, en compañía de mi compadre Chalarca y de otros tres, más baquianos. Guaquiamos algo por allá; pero otros guaqueros nos hacían males, y echámos pa este lao. Yo no mi'acuerdo bien cómo fue ese paso en la balsa, porque mi'agarró el temblor de la muerte. Nos vinimos ganando de p'acá, guaquiando onde podíamos, hasta que vinimos a dar por estos laos más altos. Por aquí supimos que el Rey nuestro Señor había mandao al fefe Murillo con muchísima tropa. Presto supimos que había acabao con los rebeldes de Santa Fe y los de la ciudá de Santa Cruz y de la Villa de la Candelaria. Pero ya verán sus mercedes: volvieron a pelear los sublevaos. Estábamos guaquiando una plaza d'indios en el Alto del Pájaro, cuando nos avisaron que ai venía un fefe con un montón de tropa. Creímos que eran tropas riales. Nos largamos a gritar vivas al Rey, y el vocerío retumbaba y quedámos roncós de gritar. Brígido López y su hijo, que eran los guaqueros más guapos y acuerpaos y los que más conocían todos estos parajes, no pudieron contenesese: se descolgaron, trocha abajo, en pos del ejército, pa serviles de baquianos en toíto el camino. Y resultó que la tropa no era del Rey sinó del sublevao Córdova, que izque era un mocito que apenas le repuntaba el bozo. Ya sabrán sus mercedes que l'hizo cara al fefe Vurleta, en un paraje que llaman

El Chorro Blanco, y lo dispersó de p'allá. Es que con el diablo no hay qui'hacer!... Dende ese día vimos que la cosa estaba mala pal Rey nuestro Señor; porqu'él, qu'es tan cristiano y tan amigo de Nuestro Señor, no iba a entrar en tratos con el Enemigo Malo. Vimos que Dios Nuestro Señor iba a consentir en estos territorios muchas iniquidades y maldades. Y asina ha resultao. Ya lo saberán sus mercedes.

—Y usted no conoció a Simón Bolívar, ña Melchorita?

—No lo conocí, mi blanco, gracias a mi Dios. Me habría pañao la furia infernal, y hasta habría puesto mi alma en peligro; porque ese hombre izque ha sido el pior de todos los rebeldes.

—Por ai andará—dice papá—haciendo mil picardías. No le tiene miedo, señá Melchorita?

—Pues no, señor caballero. Por ai he oído decir que izque mi Dios lo llamó a cuentas, hace muchos años. No sé si será cierto; pero si tuavía está vivo, ya debe estar muy patoniao, anque el Enemigo Malo le ayude mucho. Pueda ser que le haiga ido go le vaya bien en la cuenta; porque ir contra nuestro Amo el Rey nuestro Señor, es el pecao más grande que puedan cometer los cristianos. Esto lo decía el Vicario Buenaventura. Y qu'es cuasi como sublevase contra Dios mismo.

—Y el mocito de El Chorro Blanco también como que tuvo mal fin; no supo, ña Melchorita?

—Asina lo oí decir, señor caballero. Dios lo habrá perdonao por la poca esperencia.

—Y ya ve: fue en agarre con Bolívar.

—Asina tenía que ser, señor caballero. Cuando los saltiadores se apoderan de lo ajeno, siempre e-

chan peleas por el reparto. Yo, dende esa guerra contra mi Amo el Rey, no he oído hablar sinó de trifulcas y mortandades, en este territorio de Granada Nueva. Es el castigo de mi Dios por la rebeldía. Ya ve todas las que hubieron el otro día no más, cuando subieron las tropas di'uno y otro bando, pa echar esa pelea del Moral. Ya ve cómo mataron a ese fefe Plaza.

—Pero eso fue en defensa de la Religión, Melchorita. Acuértese que usted era muy partidaria del doctor Berrío.

—Como que sí, misiá Genovevita; pero si estuviera mandando aquí el Rey nuestro Señor, nadie habría ataca la Religión de Nuestro Señor Jesucristo. Todas esas cosas contra el señor obispo, los vicarios y las monjitas, penden de la misma rebeldía y del mismo pauto con el Enemigo Malo.

—Cuénteles ahora, Melchorita, lo del fundo. El casamiento con su compadre Chalarca y otras cosas las deja para cuando se vean en Morrolargo.

—Sí les cuento, misiá Genovevita. Eso me servirá pa discurrir lo que son los bienes d'esta tierra. El fundo de Santiago Apóstol es lo que recuerdo más patente, porque después de mozas nos llevaban allá en tiempo de cogienda. Eso sí era posesión y riqueza! La habitación era como cuatro iglesias metidas en un monte. Pero qué monte, señor caballero! Cuanta fruta guindó mi Dios de los árboles y las palmas pa que disfruten sus criaturas, se cogían allá por cargas, y a cada cosecha sacaban, a espaldas de zambos, la cargamenta de cocos, de cañafistola, de corozos, de tamarindos, de melones y sandías y hasta frutas de cáscara delgaíta pa la Villa de la Candelaria y la otra ciudad de Santiago de Arma de Rionegro. Hasta

cacao asoliaban en cueros. Se levantaba una fragancia tan sabrosa, que todo transcendía a bellota acabada di'abrir. Y tanto animal! Y tanto averío! Y eso se llenaba de los caballeros y el señorío más prencipal. Y aquella mesa parecía una boda de cabecilla, con tanto potaje, tanto vino d'España y tanta plata labrada.

—Usted y Elodia se sentarían a la mesa, nó?— pregunta mamá.

—No, la niña preciosa. Como nosotras no éramos nietas por sacramento, no nos sentaban en la mesa de la abuelita y del señor Vicario. Comíamos a manteles, pero en mesa aparte. Tampoco nos calzaban el chapín de raso o tafilete del señorío prencipal, pero nuestros pies no tocaban ese suelo tan caliente: el negro Nolasco, que era el zapatero de ese señorío, nos hacía las quimbas de aseo. Pero sí teníamos cuentas con todo el señorío, p'atendolo en todo, y nos ponían de sirvientas de honor, con mucha camisa de arandela labrada y mucha pollera de morselina. Y nos tocaba hacer los refrescos y los dulces de fruta calada y los zangos y las compotas de toda laya.

—Y cómo hizo usted, señá Melchorita, para ser guaquera después de tantas delicadezas?

—Pues ai verá, señor caballero; Nuestro Señor y la necesidá le enseñan a uno de toíto. Siempre padecíamos mucho en tantas andanzas, durmiendo en el monte o en el suelo pelao, pero ai hacíamos ranchos o armábamos toldas, onde podíamos. Ai prendíamos la candela y hacíamos el bocaio.

—Y vivían revueltos hombres y mujeres; no, señá Melchorita?

—Pal trabajo sí, señor caballero; porque los hombres tenían que ocultase, de miedo de la reclu-

ta, y las mujeres teníamos que salir a los pueblos o a las ventas, a cambiar las chagualitas y a conseguir el bastimento.

—Y cómo hizo usted para ser tan buena cristiana con esa clase de vida?

—Con la ayuda de mi Dios y el agua bendita y el Rosario de María Santísima. No faltaban en esas andanzas hombres tentaos que querían ofender a mi Dios en compañía mía; pero mi abuelita doña Patrocinio nos enseñó, dende niñas, el uso del agua bendita pa los peligros de alma y cuerpo. Yo manijaba dende entónces mi calabacito, con agua de las pilas benditas, que me dejaban llenar los sacerdotes en toítos los pueblos que recorríamos. Siempre me persinaba con los dedos bien mojaos, y me los secaba en el pellejo, y me ponía a rezar pa librame de las tentaciones. Si no hubiera sido por esto, quién sabe con cuántas culpas habría yo cargao mi alma! Pero bendito sia mi Dios. Tan solamente mi compadre Chalarca puso su mano en este cuerpo, que si'ha de comer la tierra.

—Y por qué su compadre Chalarca?

—Porque mi Dios dispuso que me casara con él. Mi compadre Chalarca se ajuntó con nosotros pa los trabajos, en vida de nuestra madrecita, como se los he manifestao, y se casó con Elodia. A la madrecita se la llevó Nuestro Señor, y yo y Serbelión nos quedámos viviendo con el matrimonio. Tuvieron a Jesusito, un niño muy alentaíto, y yo y Serbelión lo sacámos de pila. Se llevó mi Dios a Serbelión y a Elodia. Mi compadre y yo nos quedámos criando al niño. Entonces le pedímos el sacramento del matrimonio al señor cura de Bodeguitas, que nos dispensó el compadrazgo y nos casó con una mera monestación. Se nos murió Je-

susito, y mi compadre Chalarca y yo quedámos ingrinos. Nos vinimos hasta estos parajes y guaquíamos solos o en compañía di'otros. Aquí precisamente en Morrolargo, que es un patio d'indios onde destapámos sepolturas muy ricas, nos quedámos mucho tiempo. Este pueblo era un rancherío en el camino. Mi compadre había guardao unos rialitos, y don Esternislao Lara, qu'era el dueño de esas tierras de El Morro, nos dió permiso pa levantar una casita, que es la misma en que vivo con m'hijita. Todos los dueños nos han consentido la vivienda, y el padrecito Juan Neponuceño ha sido el proteitor que Dios nos ha mandao. En esa casita nació Elodia. Apenas la sacámos a luz, vimos que Nuestro Señor nos daba una hija imperfeuta, por ser compadres, aunque dispensaos. Yo le pedí a Nuestro Señor, por conduto de mi padre San Antonio, que si le concedía la vida a la criatura, juera pa bien de su alma, aunque padeciera en su cuerpo imperfeuto. Dende que la teníamos en la batea, la sobaba con agua bendita. Y asina, con las piernitas corticas, iba creciendo. Cuando gatiaba, parecía mesmamente un ranito. Mi compadre y yo discurríamos que todo lo hacía Nuestro Señor por bien de nuestras almas. Y asina ha sido, señor caballero: Elodia ha sido y es, por su misma imperfección, una criatura llena de virtudes, que no conoce mancha de pecao. Ai vive en la casita, y ella misma recoge la chamiza, vigila el alimento, remienda y lava la ropita y güerte lo mismo que un Labrador. Bendito sia Nuestro Señor, que no la hizo inválida. En esa casita se verá la probeza, pero jamás se ve mugre ni tampoco roto, ni se siente jedentina de ninguna laya. Ella lo mantiene toíto com'una plata, y con adornos y santos que le regala la niña María Luisita. Nunca le da miedo de quedase solita, porque sabe que Nuestro Señor, la

Virgen Santísima y el Santo Angel de su guarda están siempre con ella a tod'hora. Siempre está rezando y su único recreo es el gatico. Siempre mantenemos uno, y ella lo va enseñando y él v'aprendiendo, cuasi com'un cristiano. El de agora lo tiene muy sabido y es un animalito muy asiao. Sale tras d'ella, lo mismo qui'un perrito, y le soba el lomo por las canillas y le ronca como si le conversara. El gatico nos acompaña por la noche, en la dormida. El aposentico tiene dos lumbreras, pa que l'oscurana no lu'invada en el día. Yo tapo por la noche con un trapo la que queda en el baunque, a la cabecera de mi camita, pero Elodia deja la lumbrera de su lao sin tapar. Y vea, señor caballero, los recursos que tiene: mantiene dos palos, y el uno lo arrecuesta por fuera y el otro lo arrecuesta por dentro, pegaítos a la lumbrera. Y por aísale o se cuela el gatico, cada vez que le conviene. Ai s'echa con ella en la camita, y roncan parejo. Cuando está remendando en la cocina, el gatico s'echa en el suelo y ella le da conversa, como si juera un cristiano. Ai li'oigo las cositas tan tiernas que le dice. Bendito sia Dios, que le envió a esta criatura un consuelo tan lindo, con un animalito tan inocente comu'ella. Es que mi Dios, después de los padecimientos y la muerte de mi compadre Chalarca no ha hecho sinó derramar bendiciones sobre yo y Elodia, por conduto del padrecito Juan Neponuceño, de misía Genovevita y de todas las almas caritativas d'este lugar. Nada nos falta, señor caballero: comida, trapitos, abrigo pa dormir; todo lo tenemos. Nos dan hasta los uvillos d'hilo pa colchar la ropita; nos dan la vela p'acostanos, y hasta la cajita de lucíferos, pa encendela.

—Ya no le parecen cosa del diablo, Melchorita?—pregunta doña Genoveva.

—Ya nó, mi querida señora. Cuando vino el uso de ese invento, izque decía el letrado de las cajas en que los traían qu'eran lucíferos de la fábrica del diablo; y como a yo me parecía cosa diabólica siempre les tenía azar y recelo. Pero el padrecito m'enseñó que nó, y dend'ese día p'endelante rezo todas las noches un padrenuestro por el alma del qu'inventó el lucífero.

La vieja calla un momento; el auditorio expresa su complacencia y yo suplico:

—Cuénte más, ña Melchorita...

—Este muchachito, tan precioso y tan juiciosito, no lu'ha de tener mi Dios pa cosa mala. Que El lo bendiga agora y siempre!

—Cuénteles, pues, la enfermedad y muerte de su compadre—ordena doña Genoveva.

—Les contaré, si sus mercedes lo desean, lo que yo pueda divulgar de los padecimientos de mi compadre. Di'ónde le vino el mal, tal vez se saberá algún día. La cosa fue que, de presto, lu'agarró un dolor de cabeza, que ni veía ni podía hablar. Se le fue quitando, poquito a poco; recobró la conciencia y me dió unos consejos muy bonitos y muy bien discurridos, pa lo que yo debía hacer después de su muerte. Dende ese día principié a ponese imbombo y a vivir ai medio dormido, y se le fue acabando la conciencia y el discurso, y hablaba bobadas, y a ratos no me conocía. El, que tenía una preñuncia tan arrogante y tan bonita, echó'hablar pasito y muy despacio, como si fuera algún mentecato, arremedando algún cristiano; se l'estiraron los ojos y fue cambiando la fisonomía del rostro, hasta que me persuadí que tenía embromao el cerebro de la cabeza. Le dió por empelotase y por bajase de la cama, p'andar gatiando, pior

qui'un chiquito; le dió por comer toda laya de porquería, y cuando menos lo pensaba, se salía gatiando hasta el llanito de ajuera, y echaba a comer yerba, lo mesmo qui'una bestia hambrienta. Yo le ruciaba agua bendita. Pero ni l'agua le valía. Ni'an mi'acuerdo cuantos meses duraron estos padecimientos. Yo no hacía sinó rezale a Nuestro Señor pa que se lo llevara. Los poquitos rialitos que teníamos se jueron toítos, con el achaque, porque yo no podía trabajar. Tuve que abandonar la guaquería, buscar algún'alma caritativa que cuidara a mi pobre compadre y a la enanita, y echame a la calle a pedir el bocao en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Por fin El mi'oyó y se llevó aquel cuerpo que no parecía de cristiano. Todo ha sido pa bien de mi alma. Y agora hasta temor me paña a ratos, de vivir con tanta abundancia y con tantísima holganza.

—No cierto que es muy dichosa, ña Melchorita?—dice doña Genoveva.

—Muy dichosa, mi querida señora. Y Elodia es más que yo. Yo confío en la Divina Misericordia en que los últimos días de mi vida han de ser cuasi como si ya'stuviera disfrutando de la gloria eterna.

La vieja se levanta y toma el mochilón. Mi padre saca un real y se lo ofrece.

—Que Dios Nuestro Señor lo corone de gloria, señor caballero, lo mesmo que a la niña y al chiquito. Le recibo moneda, no pa satisfacción de la gula, sinó pa'l descanso de las ánimas benditas.

—Y se va a pie hasta Morrolargo?—pregunta mamá.

—Hasta Morrolargo, la niña preciosa. Mi Dios me dio güeso fino, y tuavía me enderezo y ando sin

ningún impedimento. Con mi paraguas go mi bordón creo qui'andara hasta la Casa Santa de Jerusalén.

Mi padre y yo salimos detrás de la vieja, como arrastrados, y con ella llegamos hasta el pedáneo de la entrada. Al despedirse se vuelve a él, y con aire de reserva, le dice:

—Cuando estén por allá, señor caballero, péguese una asomaíta a mi rancho, que tengo que comunícale una cosa que le puede convenir, porque su mercé, señor caballero, es el que yo' estaba buscando.

La vieja se mueve plaza abajo lentamente.

Mamá y yo estamos solos a la oración. Cantalicia entra apresurada, con aire triunfante.

—Hoy sí he brujiao, mi Niña, bien brujiao. Le traigo buenas noticias: ya hablé con el casero; es un recorte di'hombre; un viejito chuchumeco, con paticas de loro, muy bueno y virtosito. Lo llaman ño Matica por el apelativo, pero su gracia es Gorgonio. El y su mujer viven con dos nietecitos güérfanos. Al padre quizqu'era el secaleche, lo mató una culebra en una mina y la viuda resultó tan malaley que se largó con otro y les dejó la cría a los suegros, y a la fecha no saben si es viva go muerta.

—Apuesto que ya se lo echó en el bolsillo; cuándo nó!

—Algo, mi Niña, y ahora voy a destapale todo el misterio que le teníamos. Dende el río convine con Don Jerónimo en que era bueno buscale una compañera bien aparente, pa que no'stuviera aquí como el ánima sola, y ya se la topé, bien a mi gusto. Tan trabajoso que me parecía, y ai estaba a mano...

—No le digo!... Usted sí, Cantalicia; no está contenta con la carga y le quiere echar sobornal.

—Cuando yo lu'hago, mi Niña, saberé que se puede hácer. No vaya a pensar que le vamos a poner cuidandera. Usté se sabe cuidar solita; pero aquí no es lo mismo qu'en Orofino. La casa en que vamos a estar no es de nosotros, y como queda cerquita del camino rial, cualquier taita se puede colar allá. Y con estos enredos de minas, aquí en las goteras del lugar, se nos meten allá los sobrinos de don Sabas y quién sabe cuáles otros. No le parece, mi Niña?

—Pues no es difícil, Cantalicia. Y quién es la compañera?

—Pues qué tal será, que me la recomendó misiá Genovevita y el mismo Sebastián. Es misiá Benancita Roldán, una tía de estas señoras Agudelos que viven aquí en Callecontenta, más allacito de la casa de los Cambas. Misiá Benancita es viuda y no le queda sinó un hijo andariego, que ni se sabe ónde está ni si es vivo go muerto. No tiene más parentela que esas sobrinas, pero como es parienta pobre, más bien le hacen el fo, y misiá Benancita pasa muchos trabajos y muchas descasces con ellas. Ella ha acompaña a muchas señoras, en otras ocasiones.

—Pero cómo será esa misiá Benancita? Usted no la ha visto, siquiera?

—Pues de allá vengo, mi Niña. Hablé con ella y está pronta. Es una señora muy virtuosa, sin ser cismática como esta niña Luisita. Es muy asiada y de mucha educación y muy buena conversa. No será tan sabida como misiá Gertruditas, pero lo mismo de señora y de respetible. Allá verá que se va a engüetar con ella. A mí me llenó la cuenca; es

cuanto le digo. Aunque pobre, es de media y zapato. Ya ve, pues, que no tiene riesgo de aburrirse como si'aburría en Orofino, en ocasiones.

—Pues desde que nos entendamos, me parece muy bueno. Usted sabe que yo soy muy corta de genio, aunque tenga muy buena voluntad con las personas.

—Si ella ha estao en Orofino, mi Niña, y la oyó mentar a usted muchas veces...Ella sabe poco más o menos cómo es usted y cómo es don Jerónimo. Y ha estao en Morrolargo muchas veces y sabe cómo es la casa. En la parte que nos arquilan, izqui'hay a más de la sala y el aposento y el cuartico pa la cocinera, otro cuarto en el corredor, junto a la sala. Ai izque queda muy buena.

—Y Jerónimo ya sabe?

—Ai le conté de paso, en la tienda de los Cambas. Es muy gustoso. Ella izque va a venir aquí un ratico. Ya ve, pues, que aunque pase sus ratos allá, medio enfermita, tengo quién me la acompañe y puedo venime tranquila p'acá, a mis brujerías y vueltas con el balance.

—Pues si es así, me parece muy bueno. Y me ayuda a recibir las visitas, si acaso van.

—Pues eso es lo principal, mi Niña: que vean en la casa respeto y señorío, pa que no le vayan a meter conversas de la gentualla. Aquí ni serán tan habladores como en Orofino, pero siempre izqui'hay mucho maluco, me contó Sebastián.

Vino la señora y vino el convenio, a satisfacción de ambas partes.

VIII

Mano Eloy, al llegar a este punto de su relato, se pone en mil aprietos. Si fuera señor sabido daría una conferencia de las de ahora sobre las industrias de Dios para conservar sus hechuras. Diría de la nebulosa y sus desprendimientos; diría de gravitaciones, de geografías celestes, de misterios etéreos y demonios coronados; pero, así y todo, tiene que ponerse a la altura de las circunstancias y de la actualidad: hoy sabemos mucho y mostramos más de lo sabido, aunque estemos muy lejos de la esencia de las cosas. Y mano Eloy no ha de ser tan reacio ni tan anticuado para no entrar en estas usanzas, tan fáciles como agradables. Y... va de sapiencia:

La tierra, como su madre la nebulosa, también tiene sus desprendimientos. Mas no los echa a bailar por los espacios; los deja en casa. Mucho nos aterran los temblores, los terremotos, los cataclismos; si no fuera por ellos quién contaría el cuento? Mas no son tan solamente los terremotos los que ocasionan tales desprendimientos: es también el agua, que, con su empuje y su fuerza, revienta peñas que ni pólvora. Esta bola de agua que no se derrama, y de tierra que no se desbarata, con todas sus arquitecturas, sus cañerías y ornatos, con todos sus nexos astronómicos, no es en sí misma más que un horno, un fogón; una cocina, como si dijéramos; es un hogar: el hogar de todo bicho viviente.

Como toda cocina, tiene sus chimeneas y sus desagües. Cuando necesita abrirlos, rompe por donde sea, y tiene que quebrar mucha teja y romper mucha tapia. Estos trabajos hacen temblar techo y paredes. Y como siempre trabaja, siempre tiembla, siempre hunde, siempre levanta, ya de un lado, ya de otro.

Por estas Américas andinas, y muy especialmente por las ecuatoriales, ha abierto o ha tapado las enormes chimeneas que todos conocemos; ha sacado y escondido muchas aguas, y, como lo declara el Magnificat, ha levantado lo de abajo y ha hundido lo de arriba. Por acá, en este pedacito de Colombia, se notan a la simple vista las gestas de esta madre que nos da a luz y nos sostiene, para luego devorarnos en este hacer y deshacer sempiterno de la Creación. Serían estas epopeyas cuando el diablo estaba en pañales.

Por los escombros que han rodado a las cañadas, en polvo, en arenas, en guijarros, en pedriscos, en moles, ha trabajado durante muchos siglos el agua de Dios, que sabe romperlo y arrasarlo todo. Las moles que no pudo arrastrar no la atajan: por debajo de estos pedrejones se abre salidas o sumideros; pero ella misma, al arrastrar sus arenas y su carga, obstruye estos cauces soterrados, para abrirlos por otra parte. En estos encozados y embutidos deja, a más del oro que ella extrae de la tierra, los granos preciosos que ha arrancado a los escombros susodichos. Es esto lo que persiguen los mineros por debajo de las moles. Asentadas o clavadas se ven, muy orondas y muy lisas. Algunos siglos de aguaceros y de vientos les han matado las aristas, las han redondeado, peinado y relamido. El polvo, las briznas, la basura que el viento ha traído y apelmazado en sus lomos

y en sus flancos, les proporcionan capas vegetales; de allí los líquenes, los musgos, los helechos, las yedras, y esa planta de hoja y floración inmarcesibles que llaman Mata de Piedra, y que tiende por ellas sus raíces, como hilos de materia gelatinosa.

Mas no siempre cayeron las moles muy dispersas, ni hasta el fondo de la cañada: a veces las de un lado toparon con otras del opuesto y dejaron debajo un espacio libre, para formar los puentes naturales. Otras moles se clavaron en las faldas, como esta enormidad de El Peñol. Parece un solo colmillo en una encía. La Catedral de Medellín quedaría dentro de ella como binóculos en su estuche. Otras moles se quedaron en las cumbres, y forman esos perfiles fantásticos de que hemos hablado. El pueblo las bautiza con los nombres más gráficos.

A las labores del agua en estas cañadas han seguido las del hombre. Si ella abrió huecos por debajo de las piedras, él los abre a su turno. Desde los tiempos coloniales se han perseguido en Antioquia estas minerías de la sabia Naturaleza. Abrir hoyos debajo de estas piedras para trabajar en ellos, no es labor de haraganes. Los animales que se fabrican sus madrigueras no alcanzan a tanto: hay qué imitar las astucias del agua. De esos agujeros les viene a estos laboreos el nombre de organales. Organales? Los diccionarios de nuestra lengua no registran tal vocablo. Acaso sea corruptela de hornaguera o de hornagal, por derivación arbitraria. Y digo arbitraria, porque tampoco la trae el diccionario. Mas, sea de ello lo que fuere, es lo cierto que en Antioquia llaman organales a los varios agujeros, más o menos juntos, más o menos verticales, que abre el agua en ciertos terrenos, lo mismo que a las madrigueras que so-

cavan algunos bichos de caza. Acaso los primeros españoles sacarían lo de organal por asemejárselos tales rotos a tubería de órgano. Por extensión, probablemente, llamaron así los consabidos trabajos, lo mismo que el lugar donde encuentran los pedrejos que se supone tapan el oro.

El pedrejón elegido y estudiado, ya sea en seco o entre amagamiento de aguas, lo aíslan, lo van destacando por zanjas y excavaciones en su base. Si es preciso lo achiqueran. Parte por parte, le meten tacos, cuñas, puntales, lo que encuentren; escarban, sacan, abren campo. Taco aquí, cuña allá, palancas, diagonales, llega un momento en que la mole se sostiene como un caldero en su trébede. Viene ahora el trabajo de zapa. Para eso se dejan dos aberturas, y... venga la pareja de güequeros! Uno, tendido, acostado, se abre campo con el almocafre. Los cachos y la pala del de afuera van sacando todo en el zurrón; la parihuela va recogiendo. Abierto el espacio indispensable, principia la labor magna. Como casi todo se entierra por una punta, aquella excavación es un embudo. Se valen de una como artesa de madera, con lazos a lado y lado: el de adentro la llena, el de afuera la saca; y, hala de aquí, hala de allá, aguanta el clavado su turno, en este luchar cabeza abajo. Son a veces estos antros de muchísimos metros; según rezan libros, algunos se han convertido en socavones o en apiques. Con candilejas o velas de sebo se alumbran; por lazos, se descuelgan; con bombas de zurrón sacan el agua; con serones, el material. Turno a turno, trabaja la pareja hasta tres horas. Si la mole se mueve un tantico, nada se gasta en el entierro.

En la banda occidental de esta bifurcación céntrica de Antioquia, han sido y son frecuentes estos

trabajos de organales, pero su gran asiento y laboreo radican en el ramal opuesto, allá por donde bajan esas aguas al Magdalena.

Muchísimas variedades presentan estos labores, ya por el carácter de cada uno, ya por las circunstancias locales.

Y aquí terminan la conferencia y las sabidurías.

Estamos en los organales.

Pero hé aquí que el recuerdo no me ayuda a evocar este paso y esta transición de mi vida. Según cuentas, estuve muy enfermo en esos días. Sólo sé que me hablaban de tuntún y que me propinaban remedios. Recobro el hilo, de diciembre en adelante, cuando recobré la salud. Entre los mimos de la convalecencia y las transformaciones de alma y cuerpo que ocasionan las enfermedades, se va abriendo ante mí el escenario. Ahora sí es de veras: soy un señor grande.

Pero hé aquí que mi hombría se inicia con una cosa muy fatídica.

Una tarde me lleva Nicanor al pueblo, y, al desembocar en la plaza, nos topamos un entierro de mucha gente. Jamás había visto aparato semejante. Me asusto, me inmuta. Lo que más me aterrera son cuatro señoras muy gachas, embozadas en unos mantos muy negros y muy miedosos. Con ambas manos llevan sendos cristos, asidos por la base de la cruz, inclinadas, fijos en ellos los ojos lacrimosos, con aire de mucho misterio y mucha adoración. Van a lado y lado del ataúd con unas caras... Nicanor me dice: no se asuste, mano Eloy, no sia bobito. Esas son las cuatro hijas de misiá Bonifacia. No se asuste. Es que todavía le quedan releses de tuntún. Iba a dormir en casa de los Builes; mas de tan mala vuelta me dejara el tal

entierro, que Nicanor me devuelve a Morrolargo con Israel y David, aquella misma tarde. Es la despedida del tuntún.

El niño criado en vidriera, como decía la tía de Antolino, está a sus anchas por esas mangas y esos rastros. Ya no es el monte cerrado, donde la Madre del Río hace tantos estragos; ya no son las serpientes ni las tarántulas ni los escorpiones: es el campo de Dios, el campo abierto, poblado de animales inocentes; son los montes de cumbres, ya explotados, por donde pueden trasegar hasta los niños.

Llevo una vida pastoral; soy un rapazuelo de égloga. Israel y David me acompañan con frecuencia. Ellos y los dos nietos de los caseros son mis maestros y mis guías; las bestias cargaleña, mis corceles; las luchas brazo a brazo y el boxeo, mis deportes; el encierro de terneros, mis recreos. A tantas delicias se agregan las del trompo, tan nuevas para mí; la saca de colmenas, la trampa de los pájaros, los nidos, los chapuceos, las carreras y las andanzas, y aquel echarme en la sabana a contemplar el cielo y las espirales y giros serenos de los gallinazos, destacados en el azul insondable. Con esa fruición que ocasionan los campos despejados y verdes, escucho los alborotos de las guacharacas y el tañido de la campana, y pretendo seguir el vuelo loco y despeñado de las golondrinas, cuando cazan por los espacios de Dios. Según Cantalicia, no soy ya el pan de trigo requemado, sino un pedazo de tiesto, un hollín, un terrón de mugre indigno de un basurero.

A conveniente distancia del cerro que da nombre a la posesión, y en un banqueo, está la casa, orillas de un arroyuelo que ahí cae, para curvarse hasta el río. Mira hacia el pueblo. Es vieja, de

tapia y teja, muy bien mantenida, con sembrados por detrás y a lado y lado; por delante, algo como un patio o pradillo limpio. En el declive delantero ostentan su esmerado cultivo cidros, toronjos y otros frutales. Todo aquello está cercado por setos de maguey, por árboles, por macanas atravesadas. El platanar despliega su follaje por dondequiera. Su entrada está al occidente: una faldita con tres naranjos enfilados, entre sus rodetes de piedra y una puerta de golpe. Son de esos llamados naranjos montañeros de fruto francamente rojo, tan menudo como almibarado. Sepáralos de la huerta un cerco altísimo de palo junto, bardado con otro más grueso, por el cual se extiende colgando hacia adentro un granadillo que casi toca la pared lateral de la casa. Árboles, cerco y enredadera son el mimo del señor cura y el mírame y no me toques para todo mortal que les eche la vista encima. Otra puerta de trancas, por el lado oriental, da al ordeñadero, medio plano. Allí, una ramada, en zancos; allí, el ajetreo con bestias, rajada, encarre y carga de leña, la gran mercancía del fundo.

Por detrás de la casa, bordeando el monte, transita el personal minero, sus mujeres y los muchachos con los costales de víveres. Cantalicia está en auge, de la casa al pueblo y del pueblo a la casa, cesto en mano y bangaña a la cabeza. En sus días de vagar está siempre conmigo y con mi madre. Cuando me expurga los crespos, son los regaños y las conversas. Mano Eloy, sin haber perdido su reserva, se atreve ya a preguntar francamente.

—Por qué echó pelea con las molenderas?—interrogo una vez, mientras sus dedos registran mis cabellos.

—Eso no fue pelea: ellas estaban aquí, al co-

mienzo, porque no habían acabao los ranchos en el trabajo.

—Y por qué no dice ya mi Niña, sinó la Niña Rosita?

—No ve que esta gente es muy boba? Por ai estaban pensando que su madrecita es hija mía y usté mi nietecito. Por eso cuando lo miento digo: el niño Eloy por aquí, el niño Eloy por allá. No ve que ustedes son muy nobles y yo soy una india de la gentuza?

—Sus padrecitos enterraban guacas?

—Ellos no. Los que s'enterraban con cosas di'oro eran los indios bravos, que no eran cristianos. Por eso les esculcan las sepolturas; porque las de cristiano es pecaio tocalas. A mis padrecitos ya los habían vuelto cristianos los blancos. Y usté, Eloicito, siempre si'ha puesto bastante preguntón. Eso es malo, pa que lo sepa. Oiga, callaíto su boca, así comu'ha sido. Preguntar es cosa del zambe-río así como yo, de los negros sirvientes y la gente sin buena crianza: los blancos tan buenos mo-zos como usté, que va a ser un caballero, no pre-guntan ni averiguan. Ya entendió?

—Sí.

—Sí. Usté es un caballero. Por eso cuando va-mos junticos al sitio, hago que se pase al otro lao de la calle, pa que la gente no crea que es mi niete-cito. No había reparao?

—Sí.

—Pues por eso ha sido. Ya sabe, pa que no se me pegue pu'ai en la calle. Mucho que me gusta que no tenga más compañía que los hermanitos de Nicanor; mucho que me gusta que ya no le tenga azar a estos malcriaos di'aquí. Usté'staba pen-

sando que yu'inoraba que s'echó cocas con otro muchacho?

—Sí.

—Pues ya ve que no. Muy bueno, pa que no lo molesten. Pero cuidaíto con volverse buscapleito: una cosa es hacer cara y otra provocar. Entendió, Eloicito?

—Sí.

En realidad, pregunto por iniciar conversación. Ya no me hago el dormido, porque con mis agi-taciones corporales me rinde el sueño, en cuanto me acuestan en mi tarima; pero me fijo en todo y pesco toda palabra. He notado que mi madre no está ya tan linda ni tan blanca como la Inmacula-da del señor cura. Me parece que a ratos está tris-te. La busco y me arrimo a la traición; y, a pesar de las exhortaciones de Cantaliciá, siempre trato de sonsacarle algo. No tuviera el menor cuidado: estaba muy aliviada y muy contenta en ese cam-po tan sabroso.

A veces salimos a la manga, con Chato, el perro negro de los caseros. Nos sentamos en el lla-no, así como en la manguita de Orofino. Y viene el expurgue con el repaso de la doctrina y la enseñan-za de nuevas oraciones. Algunas veces interviene mi padre, de vuelta del trabajo, en estas conversa-ciones al aire libre. No había que pensar todavía en la tal escuela: el señor Hernández, nuevo maes-tro, no maltrataba a los chicos, pero la escuela estaba en mucha indisciplina y mucho desorden, y decían que el señor Hernández, aunque parecía mu-cha cosa, no sabía jota. Que lo único que había en-señado era a hacer marchar a los niños como sol-dados, partirlos en cuatro filas y hacerles poner cachucha. Esa dizque era toda la enseñanza. Ni los

padres ni el señor cura estaban contentos. Había que esperar, a ver en qué paraban aquellas misas.

Solo o acompañado, me sesgo manga arriba; me meto por el monte, para caer a una cañada. Aquí están los tales trabajos de organales. El riachuelo se ha ido corriendo del lado opuesto y ha dejado en seco como una larga vega, que se pierde allá a lo lejos, en los repliegues del terreno. Es ello como un rebaño de pedrejones rodados, por entre los cuales se filtra el agua, aquí y acullá. Tres de estas moles están paradas en sus uñas como las gentes engrandecidas, y los palos y palancas las agigantan, como a los ricos sus aditamentos. Veo asomar las piernas de hombres tendidos boca abajo; veo a otros que sacan los bongos llenos de fango arenoso; a otros que los reciben en parihuelas. Como no me dejan asomar, no sé si los hoyos son muy hondos o muy anchos. Por ahí, medio torcido y hecho a la diablo, está el caedizo donde lavan los Builes, mi padre y otros. Por ahí están colgados los carrieles y las ropas para salir al pueblo. Más abajo está la cocina con sus sacerdotisas, y enseguida otra fábrica, semejante a la del río, donde duermen los huequeros y guardan enseres y herramientas. Me fijo, y nada entiendo. Unos sacan piedras con los cachos, otros revuelven con los almocafres, otros menean la batea; éstos alzan palos; aquéllos, palancas. Pero yo no veo oro por ninguna parte. Nicanor me muestra, me señala con el dedo en el disco medio cóncavo, y tampoco veo. Veo las faldas cubiertas de hiraca, de troncos viejos donde trabajan los pájaros carpinteros; veo árboles, palmas y guaduales, y oigo ese ruido del monte, unido al del agua correntosa, que siempre me ha causado no sé si gozo o melancolía. Allí paso muchos ratos, y hasta pruebo el caldo blanco del sancocho o el oscuro de los frisoles.

Desde por la mañana me voy con ño Matica a revisar la toma del agua; le sigo en sus huerteos y empradizadas. A veces tomo el tacizo de Atanasio y empradizo también. No le pierdo a ña Matea la acostada de las gallinas en el alto parapeto de dos pisos, ni el traslado de las cluecas y polladas, ni la cacería de los nidos ocultos. Y, en cuanto al ordeño, yo intervengo en el manejo de la vaca y en el lazo del recental, y sé de los hijos y de las madres y de sus nombres.

Una mañana alcanzo a ver a ño Matica y al leñador ocupados, en el testero de la casa, tras la hilera de cafetos, en una labor que ansiaba contemplar; están fabricando escobas. Ño Matica amarra aquí, cose allá; encairela el esparto en una larga cuerda que pende de dos varas; el leñador le separa los cadejos. Están trabados en conversa.

—Vuelvo a repetile, Gorgonito, qu'está muy desentendido pal casorio. Echele carta a la mocita de ña Usebia. Nicanor se la saca, muy bien sacada. Vusté ya'stá muy bueno pal enrace, y ya se coló en los diez y ochu'años. El mozo, a esa edá, se espone mucho. Vusté no sabe lu'astuto qu'es el diablo. Un día d'éstos le sale, puai en el monte, en figura de mujer bonita y deshonesto, y lo friega, bien fregao. El diablo hasta los mismos santicos los ha hecho incurrir asina, en pecao horrendo. Vusté es muy descuidaíto. Por ai l'he visto el rosario en la chácara: vístaselo, con la crucecita bien pegada al pecho, cuando se madrugue pal monte. Conque, asina es que debe ponese en el asunto con la muchacha.

—Yo, taitica, estoy presto a obedeceler. Háblele al señor cura, a ver si me deja a yo este cuarto de las enjalmas; yo l'echo zarzo arriba, y ai acomodo todo.

—Lo malo es qu'el padrecito no le v'almitir en el suelo vascosidades de muchachito gatiando. Lo mejor será que vamos sacando la maderita, el laterío, la paja y el bejuco, pa qui'armemos el ranchito en la veguita di'abajo.

El viejo suspende el fleco; saca de la chácara el yesquero de táparo, la piedra y el eslabón, y prende; el mozo toma el hacha y se da a afilarla en la piedra, clavada allí cerca.

A esas sale ña Matea como un ventarrón, y grita, alargando la voz, para que resuene a lo lejos:

—Oh, Anastasio! Oh, Anastasio! Onde diajos andará ese enemigo malo?

—Ya voy, madre Matea!..—gritan de afuera.

—Ai estás magansonando en la chamba!..

—No lu'acose, Mateíta—interviene su marido.

—El cuerpo del cristiano ha menester descansito.

—Vos qué? Como te pongás a bombiar churumbela, te parece que ya cumplites con el deber. Ai tenés a ese muchacho bien consentido. Acordate lo canónigo que juites con su taita.

—No diga esas cosas, Mateíta, que no conviene. Y no se coja tanta junda con ese chumbe, que ai se l'están viendo las canillas. Eso nu'es bien honesto, Mateíta.

—Callá la boca, viejo! Será por tan lindas que las tengo... Si te parece malo, no me viás. Será por tan barata qu'está la ropa, pa salir uno arras-trando fula...

Anastasio aparece, y se brinca por la puerta de trancas.

—Mirá, indino: si seguís de magansón, ya sa-

bés lo que te pasa: no probás el frijol en quince días; tenés que jartar la mera masamorra, como el perro. Tirá a hacer oficio! Cogé el machete y cortá más penca.

—Hay mucha cortada, madre Matea. Allá tengo el montón detrás del platanal.

—Antonces cogé el zurrón y trete siquiera tres zurronaos de buñiga, y se los echás al cebollal, bien desmenuzao. No'stés pensando que ti'aguantó más tu vagamundería...

El muchacho sale rascándose la nuca. A esas, salta afuera una gallina.

—Ah, maldita pájara!—vocifera ña Matea, espantándola con el delantal.—Te venís de la manga, nada más qui'haceme porquerías en el patio. Con esta indecente qué se gana uno con vivir barriendo? Pa eso qu'es el animal más escarbosos.... No vale ponele chamiza entre mata y mata. De güequera debían poner a esta maldita!

Y se va tras ella, vara en mano.

—Muy buena es l'esposa—murmura ño Maticica—pero mi Dios no le dió harta pacencia. Y vea Gorgonito: yo y ella hemos pensao que la veguita di'abajo es el mejor paraje, muy cerca pa pañar el agua y pal lavadero. Ai están pegadas las piedras de laja; ai está la piedra y el cascajo palembarrao; ai está el río bien cerquita, pa la piedra menuda del lleno. En convite no nos metamos: cuesta más el cuido que costiar dos jornaleros. No nos metamos en aposento ni en ventana: eso es cosa pa los ricos; echemos el cuarto bien grande, onde queden holgaítos vusté y su muchacha, y le sacamos lumbreras a lao y lao, y echamos adelante una cocina bien ancha, onde puedan comer y estar bien a gusto. Allá verá qui'hasta el señor cura nos regala la

madera pa las dos puertecitas, con tal que nos quede bien asiada y sabrosita, porqu'él nu'almitte porquerías de ninguna laya. Vusté bien sabe, Gorgonito, que yo tengo mucha curia pa embuñigao y blanquimento. Ai se la pongo com'una tacita. Dende la seman'entrante vaya sacando la madera, que yo voy sembrando las maticas. No le parece, Gorgonito?

—A yo sí, taita. Lo malo es qu'eso queda tan pegao d'ese yarumo onde duerme el gallinacero, y nos ensucea el agua y nos apesta la casita con la jedentina. Y ya ve: con todo lu'asiao que es el señor cura, vive muy pagao del tal yarumo. No sé qu'es la gracia que le topa. Si le proponemos que lo tumbe, hasta nos rumba di'aquí.

—Vea, ole Gorgonito—dice el viejo con aire pensativo.— Eso lu'hacemos d'esta laya: cualquier día le damos un corte disimulaíto, y como es un popo, se duebla a cualquier ventarrón. Go si no se duebla, lu'echamos abajo y le decimos que se cayó él solo. Esto no es pecao, Gorgonito, porque nu'hacemos ningún perjuicio: antes un bién, pa que se vayan esos guales a jeder lejos. Y ese popo tan grande puede servinos de canoíta.

Mide por cuartas el fleco, lo recoge, y alza con todo el material, sin dejar cuerdas ni varas.

—Fíjese bien, Gorgonito, pa que no queden pajitas puai tiradas. Ya vusté sabe cómo es el señor cura.

Ño Matica no sólo fabrica escobas, sino que saca cabuya y la vende en rama o torcida, y hace esteras de penca de plátano y sudaderos de junco. Es menudo, cara de mico y de escasa barba.

La casa es de tres lados y su primer cuarto interior el de los caseros, desde donde pueden vi-

gilarlo todo noche y día. Su puerta da al ángulo del corredor. Ahí está la mesa para comer, y hacia adentro, entre las puertas de la cocina y la despensa, tarimas y escaños, donde se sientan todos; al frente, en la propia punta, campea el horno. Yo me cuelo, cada rato, a ese cuarto vigilante: tiene salida a la huerta y zarzo más abajo de las vigas, con su escalera amarrada al primer travesaño. En ese corredor son las reuniones vespertinas. Fuera de mis padres todos alternamos en ellas. Ño Matica, rosario en mano, lo entona con mucho aparato y dirige el coro.

Ese día de las escobas me siento más amigo de los Matas, y quiero verlos y observarlos. Pasados rosario y merienda, enciende el viejo la pipa y narra el ejemplo, como de costumbre.

—No sigás con más cuentos—gruñe la casera— y dejá esa jumadera, que no'stá el tabaco p'hacer gracias. Y vustedes, muchachos, bien puedan ir acostase, que mañana los pañ'el día en ese zarzo.

Ellos se levantan, muy obedientes, pero la abuela sigue apurando.

—Espérese, Mateíta: déjelos qui'hagan sus diligencias y ventosidades, que si nó, hay molienda a media noche y hay que prender vela y cortar sueño. Vusté sabe que bajada d'escalera, en l'oscuro, es peligroso. Y persínese otra vuelta pa que se le pase la vena qui'ha tenido toíto el día. Y vea, Mateíta: limpé bien ese candilero, que si lo llega a ver el señor cura, ni se sabe la raspa que nos echa. Y no lo ponga en esa tarima, que se le pega el sebo y él lu'echa de ver.

—Ya venís vos a enseñame aseo a yo!...

La vieja, gruñe que gruñe, pone en el suelo el

tal candelero. Es un cubo de barro cocido, con orificios por las seis caras.

—Agora sí; saque la velita y préndala en la de mana Cantalicia. —Y dirigiéndose a los chicos, que han vuelto. —Toíto lo guardaron bien guardáito?

—Toíto, taita—repone Anastasio.

—No se quedó ajuera ni tacizo, ni machete, ni lazo, ni rejo?

—Toíto lo guardámos.

Los dos se arrodillan, ante los abuelos, a recibir la bendición. El viejo toma el cubo y les alumbraba.

—Gánesen, uno tras otro, con mucha maña, y agárresen del palo di'arriba; vean que caída de zarzo nu'es cualquier cosa. Y no se les olvide el recito, pa que no vengan ladrones ni si'asienten las brujas en el caballete.

Un día me voy con Tacio a conocer a Elodia y a estudiar la morada de las dos santas. Les llevamos limosna de casao y bizcocho de teja. Elodia barre con un manojo de escobadura, trabada en rosario con la vieja, que remienda acurrucada en su camastro, cerca al roto que llaman lumbreira. Más lástima que todo me produce la enana. No puedo comprender cómo tantos guiñapos puedan zurcirse para vestir un cuerpo humano. Más que tela, parece la piel de una como oveja abigarrada. Todo aquello lo tomo como milagro o atributo de santidad, lo mismo que el ornato de las paredes. Cúbrenlas arabescos de papeles a pintarrajos, santicos, cruces formadas con redondeles de tambor de hilo, pegotes de etiquetas de telas y de botellas. Se enmarañan más arriba, en la repisa

del testero, los desechos de esa flora fabricada por Luisita, entre los manojos inmarcesibles de botón de oro y de botón de plata. La balumba no deja adivinar los grabados desteñidos de no sé cuántas imágenes. Así y todo, ni polvo ni telarañas. Por todo mueble, una mesa antiquísima, de enorme cajón, lustrada por las sobaduras y el restriego. Párte aquel santuario un proyecto de cancel; un travesaño con tres tablas a cada lado. Adentro, los dos camastros de pata en tierra y un arcón, gemelo de aquél de doña Genovevita. Ni una hoja seca ni una paja por los sembrados que rodean cuarto y cocina.

Y dice Elodia:

—Vigemen bien vigiada, los niños, pero no me toquen ni me jalen la ropa. Asina m'hizo mi Dios; el saberá por qué.

Tornados a la casa, nos ponemos a empradizar con ño Matica. Tacio con un machete, yo con un tacizo, mientras el viejo esgrime enorme calabozo.

—Descanse ya, el niño, qui'ai lo siento resollando gordo. Limpése el rostrico con el canto de la chamarra. Bueno es que sude alguito pa que li'acabe de salir el tuntún y pa que vaye aprendiendo toda laya de trabajos; pero nu'apure tanto, que mi Dios no lu'hizo a vusté pa jornialiar en el campo; tal vez mi Dios lo tenga a vusté pa sacerdote. Pueda ser que le dite di'aquí a unos días.

—Así como el padre Juan Nepomuceno?

—Go más, el niño: mi Dios saberá; pero pa cosa mala no lu'echó al mundo, asina tan sabrosito y tan modoso.

En el corredor interior me entretenía echando

el trompo, fuese en el suelo, fuese en la tarima, mientras les oía a ña Matea, a Cantalicia y a su ayudanta Catana, todos los asuntos o conflictos de sus respectivas profesiones: que si la mantequilla y el quesito, que si la cidra o la guayaba; que si el pandequeso o el panecito, que si el horno y la leña. Y me iba a presenciar la persecución de las avispas a las capas de dulce que ponían al sol, en unas mesas.

—Ave María, Cantalicia! —dice una vez Catana.— Yo mi'almiro d'este muchachito, que ve toda clase de comidas sin ponesi'a velar. Ni an en el bordito de la panela es capaz de meter l'uñita.

—Usté cré qu'Eloy es d'esos? Est'es la criatura más formal pa garosiar! Él es lo mismo que un grande.

Ninguna duda podía tener sobre mi grandeza y caballeridad.

Iba con frecuencia al pueblo, ya con los Builitos, ya con Tacio, ya tras las bestias de la leña, cuando no era con Nicanor, que solía llevarme algunas tardes. Tanto era mi metimiento en casa de mano Juan, que allí dormía con frecuencia, y Cantalicia me había comprado cobertor de bayeta muy pintado para tan solemnes ocasiones, y allí lo mantenía, con todo y almohada. Allí encontraba a Canelo, definitivamente proscrito. El pobre, en vez de seguir la educación de Chato y las pulcritudes de la gatería, dió en imitar las inconveniencias de la Pájara.

También me iba con las dos horneras a llevar las ventas, y a veces me aventuraba hasta el puente real. Allí se me iba el tiempo, contemplando el río, las piedras y rastrojales de sus orillas, apoyado en la baranda, o me sentaba en una piedra del

camino a ver pasar cargas, arrieros, y gente a caballo.

A caballo o a pie iban, semana por semana, el señor cura, misiá Genovevita y la mismísima devota. Eso era un paraíso! A ser posible, vivirían allí toda su vida.

Propietarios y caseros estaban muy contentos de Cantalicia. La india había encontrado en ña Catana la compañera soñada. Era una cocinera ambulante, explotada, sola en el mundo. Las dos fraternizaron luégo al punto. Y los tamales sabáticos y las empanadas dominicales salían, en la ingente batea, sobre la cabeza de Catana. El balance igualaba al de Orofino.

Con la cuaresma vino la pesca. Gorgonito y Tacio sacaron no sé cuántos anzuelos. Cantalicia me consiguió cuatro. Era de vernos por la tarde con la sacada de la lombriz para carnada, con la escogencia y guarda de las varas, con la postura de los anzuelos, orillas de aquel río tan espumoso. Era de vernos por la mañana, con la recogida de los capitanes que habían caído por la noche en ese cebo pérfido. Venía la abierta y salazón, y la cuelga al humo; porque el pescado sólo los viernes podía comerse: otro día, según la ética de ño Matica, era pecado. Como lo grande atrae siempre lo pequeño, Tacio inventó un magansoneo clandestino: la pesca de anguilas. Más abajo del yarumo sentenciado se explayaba el arroyo en una como ciénaga, entre los matorrales de junco explotados por ño Matica. Las hojas circulares de plantas acuáticas asomaban en la superficie, como ojos de grasa en caldo frío. Allí era la sede de las ranas. Con qué fruición reventábamos las gargantillas de sapo, esos hilos gelatinosos donde se incuban los renacuajos. Allí metíamos las totumas o las

cribas y sacábamos las diminutas sardinillas. Cantalicia y Catana nos ayudaban a abrirlas, a salarlas, a colgarlas; pero ño Matica y ña Matea gruñían a dúo: él, por este otro pecado; ella, por la pérdida del tiempo.

Ayudándole al viejo a poner el helecho seco para aporcar las arracachas, me dijo:

—Vea, el niño: sus padrecitos y mana Cantalicia son muy buenos, pero la gente di'Orofino siempre tiene sus usos maluquitos: ai los veo que nu'ayunan los viernes, y qui'hasta preban la brincha algunas veces. Eso nu'es conveniente en un cristiano, pa que lo sepa dende agora. Los viernes de cuaresma ayunan todos los pajaritos de la tierra y toítos los ángeles del cielo. Toítos! Y el Viernes Santo, ayunan al traspaso. Se necesita ser un golotón y un animal de cuatro patas p'hacer esas cosas tan malas. Oigame un ejemplo, el niño.

El viejo apoya el azadón y se planta.

—En la Villa de la Candelaria había un hombre muy rico que no li'obedecía al señor cura, y el viernes de cuaresma mandó a la mujer que le fritara una libra de solomo de cuchino, pa jinchísela en la puerta, delante de todos los cristianos, pa que vieran qu'él se mandaba solo. Se sentó en un tabrete, plato en mano, con su buena arepa, y, sabe lo que le sucedió? Apenas s'echó el primer bocao se li'atoró en el gazonate, y ai mesmo cayó muerto. Vaya viendo, el niño, lo qu'es desobedecer los preceutos del señor cura. Tampoco es bueno comer pescao fuera de los viernes de cuaresma y de los días de la Semana Santa. Los pescaos los hizo mi Dios pa esos días, en que el cristiano no puede comer otra laya de carne. Y vea también, el

niño: las sardinitas las cogen los niños no más que pa velas en la tutuma un ratico, y golverlas a soltar a su agüita, pero no pa coméslas. Comer eso tan chirringo es un pecao di'ociosidá que mi Dios siempre castiga; eso no quita l'hambre, sinó qu'engolosina la gula. Nu'es cierto, el niño, que aunque mana Cantalicia lo consienta y sus padrecitos no lo reprendan, vusté no vuelvi'a comer sardinitas?

—Nó.

Desde ese día las anguilas pescadas tornan a ser peces.

Otros días nos íbamos a la playita de abajo, donde fructificaba el guayabal, tan mimado de mi siá Genovevita. Y no era tanto por la fruta cuanto por cimbrarnos en esas ramas, tan resistentes como flexibles. Por supuesto que con tales cimbres caían al suelo no pocas frutas, y, a pesar de la prohibición, siempre pasaban a nuestros estómagos unas cuantas. El resto se lo llevábamos a ña Matea, y ella las enviaba a la patrona o se las vendía a Cantalicia, así estuvieran papandujas.

Mi padre solía, en ocasiones, cambiar la ropa de trabajo, y, en merendando, tomaba un farol y se iba al pueblo, aunque lloviznara.

En los días de aguacero apuraban en la casa las faenas industriales ño Matica y sus nietos. Una mañana, sentados en el escaño, torcíamos cabuya el abuelo y yo, en plena plática.

—Siempre es conveniente que vusté aprenda todo oficio, manque sea un niño muy prencipal. Ya ve que mi padre San José y Nuestro Señor Jesucristo sabían carpintiar, y vusté siempre ha aprendido aquí sus cositas que le convienen: ai me contó mana Cantalicia que vusté ya le pide la bendición

a sus padrecitos antes di'acostase. Y ya ve: su agüelito Gallego también bendecía la familia; y su madrecita como'staba tan medianita cuando ellos murieron, no cogió el uso, y a Cantalicia se li'olvidó enseñásele a vusté, y a don Jerónimo también. En ese pueblo di'Orofino siempre han sido abandonaítos pa la crianza de cristianos.

—Y no han venido las brujas, ño Matica?

—En estos días nó. A ellas siempre les da trabajo asentasen en los caballetes d'esta casa y hacer picardías en esta fundación: esta casa está bendecida. Nu'ha visto, pues, clavada la Santa Cruz, arribita del portalón? Pues es pa que no se cuelen ni los duendes, ni las brujas, ni los malinos. Yo li'ha-go rezar a Gorgonito l'oración del'huyento, a mi padre San José, porqu'él está en edá muy peligrosa. Y también me da recelo qu'esas vagamundas echen a volar por aquí, agora qui'hay pionada minera por aquícerca. Esas son muy traicioneras con todos los mozos. Ai en la sala y en el aposento que entraron en el arquiler, nu'asoman ellas. En el cuarto grande guardaron mucho santo y muchas cosas de l'iglesia vieja, ai detrás de la tarimita onde vusté si'acuesta.

—A la huerta sí vendrán?

—Tampoco, el niño. Como ña Melchorita y Elodia son santas, les atajan el paso, cuando vuelan del sitio p'acá. A más d'eso, ai está el granadillo di'atajadero: ese es un bejuco bendecido por el Señor; allá verá, di aquí a unos diítas, cuandu'eche a floriar; en cada flor están pintaos toítos los azotes que le dieron al Señor, y en la propia mitá tiene clavaítos los tres clavos con qu'esos judíos lo crucificaron.

—Usté sí habrá visto las brujas...

—Dios me libre! El cristiano que las ve bien vistas, es porqu'ha caído en las uñas d'esas sinvergüenzas.

—Y de dónde vienen tantas, ño Matica?

—De pu'ai, de cualquier parte; de toíto el mundo. No ve, el niño, qu'esas perversas son las amigas go las esposas del diablo? Esi'uñetas es tan malo que se casa con toítas las qu'él quiere, y por eso las enseña a volar y hacer maldades. Ellas si'horqueteen en cualquier palo, go en mano de pilón, go en algún zurrón, go en cualquier cedazo, y se encumbran lo mismo qui'un gual. Uno no las ve, pero los perritos siempre las sienten de noche. No los ha oído ladrando tan feo? Pues es a esas condenadas. Yo las he sentido en el sitio, y por ai en sus rochelas, y carcajiándose com'unas bobas.

—Y son caratejas, ño Matica?

—Algunas serán; pero algotras nó. Ellas quiz-que son más bien bonitejas las indinas.

—Las di'aquí saben cocinar la toma di'amor seguro, con los siete pelos?

—Jesús Marí'José!—clama el viejo, santiguándose.—Ondi'ha oído, el niño, esas cosas?

—Por ai, ño Matica, pero con los ojos cerraos...

—María Madre! Pes pior el niño. Si si'hubiera tapao los oiditos, go si'hubiera salido guyendo, no habría aprendido esas palabras. Eso sería en ese río tan maldito!

—Sí.

—Pes entonces más bien ha salido bien librao con el mero tuntún... Yo no l'he visto el rosario: vusté se lo viste en su pechito?

—No.

—No le digo qu'en ese pueblo di'Orofino son tan descuidaítos...

Y ya que de religión tratamos, diré que mi salve secreta no la había olvidado del todo, a pesar de tantas agitaciones. No eran ya el caballo y la casa con tapetes, sugeridos por el Bizcorneto: era la riqueza del señor cura. La maleta de mi padre tendría de llenarse hasta el rebozo.

El espíritu de ño Matica debió de soplar en el oído de Cantalicia: me entregaron a Luisita para que me preparase a la primera comunión. Me halló sapientísimo en doctrina, y pronto me ajustó en la mente, y tal vez en el corazón, las cinco cosas necesarias. Y cárame a mano Eloy confesado y comulgado, dueño de rosario y hecho un santico. Como el sigilo de la confesión ha de guardarlo también el penitente, nada diré de los pecados de aquel «acúsome, padre».

Una tarde cose mamá en el corredor de afuera. Me le acerco. Guardamos silencio. En vez de dar puntadas, mira y mira hacia el río.

—Está triste, mamá?

—No, Eloicito; es que estoy divisando el pueblo.

Yo diviso también. Diviso entre follajes el caserío, pajizo o tejado, como un montón al acaso; diviso arriba la espadaña de la iglesia, los muros del huerto, los tres cipreses; casi al frente, diviso el cementerio, blanco, blanco, y el punto negro de la puerta.

—Vaya, m'hijo, vístase y dígame adiós a Cantalicia. En esto viene Nicanor por usted. Ahí está la ropa en la cama.

Torno a poco muy compuesto, y me dice:

—Usted, aunque está tan enmendado, me parece que no le ha rezado a la Virgen ni ayer ni hoy.

—No, mamá: yo rezo.

—Camine recémosle una salve usted y yo.

Me arrodillo en la cama. Me pone las manos en los hombros, y entonamos la salve.

—Ya sabe, Eloicito—me dice en cuanto terminamos;—esté bien formal y no se salga a la calle a echar pelea con los muchachos: estése con Israel y David y con Tocayo.

—Sí. Y cuándo vuelvo, mamá?

—Mañana o el jueves. Allá verá con Nicanor. Vaya y espérelo en el camino, que en esto viene; pero sin ensuciar el vestido.

—Echeme, pues, la bendición.

Y ahí en la cama me la imparte, por ella y por papá.

Al día siguiente, a eso de las once, echando el trompo frente a la casa de los Builes, alcanzo a ver al señor cura y a misiá Genovevita, que atraviesan a caballo la bocacalle, plaza abajo. Y me figuro a Cantalicia llevándoles el chocolate con las roscas. A las dos los muchachos han vuelto a la escuela, después de comida, y yo loqueo solo, con Canelo, en el corredor de afuera. Veo venir a Nicanor y corro a su encuentro.

—Por qué se vino tan temprano?

—Ya acabé la tarea, mano Eloy.

—Y ya vió a Cristinita?

—Sí, mano Eloy; ya la saludé por la ventana.

Mañana voy a hacer tregua, y vine para que nos vamos a pasar a La Playa, a la casa de mano Arroyave. Esta noche nos quedamos allá. Verá qué tan sabroso. Y mañana nos almorzamos el fiambre, y hacemos usté y yo el cacao en la orilla del río. Quédese aquí en el corredor, que yo entro a que mana Ramona nos arregle todo. Pero nos vamos sin Canelo; allá hay perro bravo, y lo muerde.

Saca un lazo, amarra el perro y se entra con él.

—Camine, mano Eloy, arreglemos el maletón con su cobija y con su almuhadita.

—Y no va a llevar la escopeta?

—No, mano Eloy; por allá no se ve ni una pava a quien tirarle.

A poco más, bajamos por el Callejón de Atrás; él con su chuspa y su mochila, yo sin más carga que mi sombrero de caña recién comprado.

—Fíjese, mano Eloy. Este es el punto más bonito d'estos laos. En estas casitas viven los cuñados de Zoro y de Rufino. Vea: aquello tan grande es el tejtar de mano Arroyave.

Andando, andando, llegamos frente a la fábrica, y me dice:

—Siéntese en esa piedra y espéreme. Vea qué tan bonito el río. Voy a entrar al tejtar, a ver si mano Arroyave nos da posada.

Baja el río mugidor y espumoso. Azota las piedras de su orilla, agita los carrizales, que doblan sus espigones en la corriente. Allá atrás el camino real va subiendo, bordeando a Morrolargo, hasta perderse entre los montes.

—Sí nos dan posada?—pregunto en cuanto llevo.

—Sí, mano Eloy. Mano Arroyave se fue por el camino di'atrás a avisarles, para que nos arreglen la tarima. Allá verá qué tan bueno el cacao que hacen allá.

La campana dobla. Guardo silencio.

—Se moriría alguno, Nicanor?

—Tal vez sí, mano Eloy; o será un cabo di'año di'algún rico.

Me explica lo que es aquello.

Mano Arroyave, mana Nicolasa y Emiliana, la hija mayor, nos esperan en la entrada. Mucha confianza y muchas atenciones. A mí, tan adicto a los Juanchos, me hacen grandes fiestas. El viejo está seriote; la vieja no articula, chupa que chupa su cabo, con el fuego por dentro. Informes sobre la antigua novia de Nicanor, la carta que ha escrito, etc. Noto en Nicanor algo forzado.

—Este sinvergüenzón!—dice Emiliana a mi amigo—Por ai mi'han contaó que vivís en conversa con la vieja Ursulina y con Ricarda.

—En conversa no, ole Emiliana; las saludo cuando me las encuentro...

—Después de toda la trisca qui'han hecho de vos y de todos nosotros, tenés cara di'hablar con ésas?

—Por supuesto. Mejor que lo trisquen a uno. Es señal de que no l'olvidan. Esas son bobadas de las de casa, que les creen los cuentos a las Agudelos y a Sebastián. Misiá Ursulina siempre ha sido así, y Ricarda es por el mismo encarte. Eso es lo que más me gusta a mí de Ricarda: que se ría de todos nosotros.

—Si! Vas a acabar de cargar de mesas a esas creídas!..

—Dejálas, Emiliana; cada uno se cree lo que le dé la gana, y nadie pierde nada por eso.

—Vos como sos tan zarazo...

—Yo sí, ole!

—Hasta sos capaz de seguir queriendo a esa vieja, qu'es de la edá mía!

—Pa qué la voy a aborrecer? Porque no nos casámos? Yo sigo queriéndola mucho...

—Vos sí; sos muy capaz. Siempre me parece Cristinita muy arrestada...

—Por qué, ole Emilia? Ella fue novia del hijo de Bohórquez, y yo le he dao permiso pa que lo siga queriendo de lejos, si le da la gana.

—Y el señor cura sí los casa, con todos esos cuentos?

—Eso qué tiene qué ver con el matrimonio, ole Emilia? Por eso fue que no te casaste con Zapata, con tantas condiciones. El marido y la mujer, desde que vivan quietos y sosegados en su casa, queriéndose mucho, pueden querer de lejos a todos los que les dé la gana. No veo qué malo pudi'haber en eso.

—Oígale, pápa, las cosas a este cismático!

—Pues eso—dice el viejo—viéndolo bien, ni an tan malo será, dende que no si'atisben y echen a pensar. Vos que decís, Nicolasa?

—Ju, ju—gruñe, sacándose el cabo.—Esas son cismatiquerías d'este taita que mantiene tanto enredo! Ustedes son tan pendejos que se ponen a crele.

—Sí, mana Nicolasa; hay qui'hacer hartas cismatiquerías en esta vida. Así es más sabroso. Y póngase a freínos la carne pa la cena. Y ya sabés,

Emiliana: calentanos bien esas arepas.

—Eso sí! Porque vos ni an venís a venos, sinó a que te cuidemos y a ponenos oficio...

—De todo junto, ole Emilia: las cosas revueltas son más buenas.

Las dos mujeres se cuellan.

—Bueno, mano Arroyave; qué les contó Tabares de Virginita? Antier fue a llevarnos el dulce, pero ni pude hablar con él, con las carreras que'él usa.

—Pues, qu'está muy a gusto en esi'Hato Grande. Que tienen una casa muy sabrosita, junto a l'estancia, y que todos los de la casa han congeniao muy bien con ella. Ella escribe y cuenta muchos milagros del Señor Caído.

Nos salimos al corredor. Contemplo la cordillera, sobre el oro del ocaso, pero siento inquietud y melancolía.

Muy temprano, cuando los viejos y la hija se recogen, volvemos al corredor. Nicanor fuma y me explica.

—Fíjese en ese cielo, mano Eloy. No le parece más bonito que en el río?

—Sí.

Me instruye: todo el mundo tenía su estrella, como su ángel guardián. Las estrellas eran roticos para uno entrar al cielo; el alma, una palomita; y cuando uno moría, volaba y se entraba a la gloria por el roto que Dios le había señalado.

No bien merendamos nos acostamos en la sala, cada uno en su punta de tarima. No puedo dormir; el ladrido de los perros a las brujas me sobrecoge; el rumor del río se agranda en el silencio.

—Duérmase, mano Eloy. Ai lo siento con enredos debajo de los crespos. Mañana voy a llamar a Sebastián pa que lo motile; esos crespos tan crecidos lo ponen así. Rece y verá cómo se duerme.

Sigo agitado y pujo.

—Rece, mano Eloy.

—Es que...tengo mucha gana de llorar.

Nicanor se levanta y se me sienta a los pies.

—No sia bobo, mano Eloy, es que s'está acordando del entierro de misiá Bonifacia.

Nicanor adivina: las cuatro señoras con los cristos, y el féretro en medio, se me aparecen sin que pueda remediarlo.

—También es qu'está extrañando la cama. Pero usted ya no es hombre grande, mano Eloy? Aquí m'estoy con usted. Duérmase bien tranquilo. Y tanto me acaricia los cabellos que al fin logro dormirme.

Las siete de la mañana serían cuando salimos del baño. Las campanas doblan y doblan.

—Ai está, mano Eloy, acordándose del entierro de misiá Bonifacia. A todos los muertos los entierran bien guardaos en el cajón, porque mi Dios no quiere que los toquen. Allí se quedán, dormidos, hasta que El venga y los despierte.

—Quién se murió, Nicanor?

—Cualquiera, mano Eloy: mana Ramona, o Cristinita, o mano Juan o cualquiera.

Aquel minero me va explanando la hermosura de la muerte del justo. Los muertos siempre seguían viviendo con los vivos, aunque no los viéramos. Ni él ni yo veíamos a Dios ni a nuestros án-

geles de la guarda, y allí estaban con nosotros, sentados en la piedra, orillas del río.

—Fue mamá la que se murió!...

—Tal vez sí, mano Eloy. Si fue misiá Rosita, está ya en el cielo, con el Señor y la Virgen y los ángeles. Su mamá es una señora muy buena, una santica. Si no la encontramos en la casa, fue porque el Señor se la llevó. Qué tan bueno para ella! No le parece, mano Eloy?

—Sí. Pero ya se la llevaron para el cementerio?

—Tal vez sí. Vámonos por este caminito; nos sentamos debajo de aquel árbol. Ahora nos trae la negrita de mana Nicolasa la olleta, para que hagamos el chocolate. Camine pongamos las piedras y vamos cogiendo la chamiza más seca, pa que prenda bien sabroso. Vea el atao con la carne, que nos arregló Emiliana: tiene chicharrones como aquella de la posada. No si'acuerda que la veló tanto? Y también traje panelas y quesito, pa que tomemos el agua en una d'estas hojas tan grandes y tan bonitas. No ha tomao agua en hoja?

—Sí; con Tacio, en el río.

El estómago es el amo; triste es decirlo. Devoro con bestial satisfacción aquel banquete que el cariño y la piedad me brindan.

No sé cuándo regresamos. Al acercarnos al pueblo aparece Cantalicia por el Callejón de Atrás.

—El ya sabe que a misiá Rosita se la llevó mi Dios—le dice Nicanor, no bien se acerca.—El se va con nosotros hasta Morrolargo.

—Sí, Eloicito. Vámonos toítos juntos.

Mi padre se nos une. Me echa un brazo, me po-

ne la mano en el hombro, y seguimos en silencio por la playa; en silencio atravesamos el puente; entramos por la puerta de golpe de la finca. Mis amigos adelante conversando; papá y yo siempre silenciosos. Cuando llegamos a la casa ya están allí los dos compañeros con misiá Benancita.

—Camine, mano Eloy. Usté no ve a misiá Rosita, pero aquí está con nosotros. Cierre los ojos bien cerraos.

Obedezco. El me los tapa con ambas manos.

—No es cierto que la está viendo?

—Sí.

—Cómo la ve?

—Con el vestido de estrellitas...

—Es pa que vea—exclama destapándome.—Aquí está con usté, y con usté se va por todas partes. Si se va hasta Orofino, se va con usté. Van a vivir juntos sin que la vea. Bien pueda rezarle cuando le parezca: a las almas que están en el cielo se les reza siempre. Ya entendió, mano Eloy?

—Sí.

—Sí, cordero; se la llevó mi Dios. El le mandó un angelito, pa que l'acompañara hasta'l cielo.

—De veras, mana Cantalicia?—dice Nicanor.—Así me lo figuraba. Sería tan lindo como esos que usté contó, mano Eloy, en el retablo de la Virgen... Mi Dios se tenía que llevar a misiá Rosita: como era tan bondadosa y tan santica, estaba mejor pa vivir en el cielo, con Dios y la Virgen y los angelitos, que pa vivir en este mundo dondi'hay tanta maldá y tanto pecao.

—Y qué le parece, Eloicito—interviene misiá Benancia.—Si el angelito si'hubiera quedao aquí,

hubiera sido hermanito suyo.

No puedo resistir. Estallo en llanto. Cantalicia me alza como un chiquitín y me lleva hasta uno de los escaños del corredor. Me parece incomodada. Siempre sería Cantalicia algo bruja. En mis ansias secretas de niño reservado, una de las mayores era el tener un hermanito. Ni recuerdo lo que me dijo mi hada bienhechora para calmar mi aflicción, mas es lo cierto que secó mis lágrimas y aplacó mis espíritus.

IX

No sé decir cómo vuelve a encauzarse mi vida. Sólo recuerdo que en la casa se rezaba mucho; que nos visitaban doña Genoveva y su hija y hasta la misma señá Melchorita. Mi padre y Cantalicia vuelven a sus ocupaciones y misía Benancia desaparece. Yo vago por ahí, con los nietos de ño Matita, y hasta me voy con ellos a la roza.

Un día me lleva Cantalicia al cementerio, a rezarle a mi madrecita. Ya ha hecho colocar la cruz y ha sembrado matas. De aquel día en adelante volvemos, mes por mes, unas veces solos, otras en compañía de Nicanor o de Luisita. Mi padre no nos acompaña nunca.

En ocasiones se viene del trabajo, se recuesta en una silla frailerá o ambula en redor de los cercados. Yo le sigo con frecuencia. Nada me dice, pero reza, gesticula, acciona y conversa solo. Le rezaría a mamá? Hablaría con ella? Yo rezo también, sin mover los labios, pensando siempre que mi madrecita está conmigo. Un día me dice:

—Camine, Eloy, vamos a ver a ña Melchorita.

La encontramos remendando, acurrucada en el camastro del lado de la puerta y pegadita a la lumbrera.

—Siéntensen el señor caballero y el niño, aquí en el arcón, qu'es el único siento. Siéntensen sin pensión, que probeza verán aquí, pero mugre no. Y me permitirán que yo me siente, en jundamento, p'atendelos dinamente.

—Y usted si ve, señá Melchorita, sin espejuelos?

—Sí, señor caballero. Dios Nuestro Señor me ha hecho este bién. Antes estaba falla de las vistas, y he vuelto a recobralas, poco a poco. Puedo ensartar estas agujas gordas que me da la niña Luisita y ai echo mis remienditos.

—Y dónde está Elodia?

—Por ai rastrojando, en busca de la chamicita.

—Pues yo venía a que me dijera cuales es el asunto que me conviene saber y que quiere decirme.

—Sí, señor caballero; pero eso tiene que ser usted y yo solitos. Vea, el niño: asómese y dése una güeltecita por ai por los sembraos.

Me salgo, y como una sombra torno adentro; y como una sombra me pego a las tablas, el oído en la rendija más ancha.

—Pues fue que mi compadre Chalarca...

—No, ña Melchorita. Su compadre Chalarca ya sé cómo se murió; cuénteme qué es la cosa que me conviene!

—Pues es que yo puedo hacer rico a su mercé; muy rico!... Tal vez más que el señor cura, con tal que me dé quince onzas...

—Pues diga a ver cómo es la cosa.

—Pues la cosa es que yo sé ónde está oculto un diablo di'oro, di'oro fino; un diablo muy macizo,

que pesa de tres libras p'arriba.

—De tres libras p'arriba?

—Eso pesa, cuando menos. Mi compadre Chalarca, que tenía mucha conciencia pa carcular, me lo dijo.

—Y usted vió el diablo, señá Melchorita?

—Lo vide, señor caballero, con estos ojos que si'ha de comer la tierra. Yo'staba acunando a Elodia en la batea, qu'estaba debaju'e la cama, cuando dentró, de presto, mi compadre Chalarca, toíto desfiguraó y con el temblor de la muerte, y me dijo: «Vea, comadrita, lo qui'acabo de sacar de la sepultura qu'estamos destapando». Y sacó di'una hoja el diablo todo untado de tierra. Nos salimos afuerita, y puso el diablo en esta misma laja qu'está a l'entraíta. Truji'agua, y el lo lavó con un trapito y le sacó toda la suciedá con un clavito menudo.

—Eso sí es cierto, señá Melchorita?

—Cierto, señor caballero. Cómo se figura su mercé qui'una anciana que pronto ha de compadecer ante su Divina Majestá, tenga conciencia de meter una mentira tan grande? Si su mercé quiere, señor caballero, se lo juro por esta santísima cruz qu'está en esta camita d'Elodia. Si juro, juro con verdá, con justicia y con necesidá. Lo que no puedo asegurale, precisadamente, es si será diablo, go cabeza di'animal en cuerpo de cristiano.

—No tiene cachos ni cola?

—Cachos no, señor caballero; más bien como oreja de perro go de ovejo; de cola nada puedo decirle, porqu'está ai sentao, como embebido en el mesmo trozo di oro.

Mi padre guarda silencio.

—Mi compadre Chalarca, que tenía mucha conciencia en todas las alhajas sacadas de guaquería mi'aseguró qu'esu'era cosa mala; algún ílodo, porque esos indios antiguas eran tan perversos, que en vez de rezale a Nuestro Señor, le rezaban al enemigo malo y le rendían adoración, por ai en las piedras go en el monte.

—Bueno, ña Melchorita; si vale tanto ese diablo, por qué no lo sacamos en compañía y partimos lo que valga?

—No puedo, señor caballero. Mi compadre Chalarca medió estos consejos, y yo le juré cumplíselos.

—No saque más a su compadre Chalarca, ña Melchorita.

—Tenga mucha pacencia, señor caballero, que tengo de sacáselo pa que me comprenda bien. No sé si le haberé dicho que después de la privación tuvo un rato de conciencia y entonces me dijo: «Vea, comadrita: este mál no me lu'ataja curandero ni dotor de ninguna laya; ese's maleficio del demonio, por yu'haber agarrao es'ílodo. Camine escondámolo». Y juimos y lu'escondimos juntos. Y después me dijo: «Usté tiene qui'hacer esto que le voy a decir; usté, si va a vender eso, la engañan, como nos han engañao los compañeros y los compradores; búsquese por ai un noble, un caballero a quien vendele el diablo. A cura no, porqui'un cura con tanto caudal pierde su alma; a un usurero tampoco; búsquesi'un caballero que gaste el oro en cosa buena. Pídale diez y seis o veinte onzas, y que se lleve el resto, porque eso vale de cincuenta onzas p'arriba; pero, eso sí: tiene que depositar la suma ante la autoridá o ante el señor cura, antes de mostrale el escondite. Si se lo dice, después no le cumple».

—Y por qué no rebaja las onzas, ña Melchorita? Necesita quince del tiro?

—Es lo menos, señor caballero. Nu'es pa gulas ni pa bienes de la tierra. Yo y Elodia pa qué eso? Es pa mandar a decir las misas de mi padre San Gregorio, por el alma de la dijunta mi madrecita y las de mis dos hermanos y la de mi compadre, y pa que nos digan dende en vida las misas a yo y a Elodia, y pa los entierritos y las mortajas. Apenas con eso tenemos, señor caballero; yo he hecho bien las cuentas con granos de maíz. Traiga el señor caballero las quince onzas; se las damos a guardar al señor cura; si no le entrego el diablo, su mercé vuelve a recobrar sus onzas. Lo ruciamos con agua bendita y le ponemos la cruz por delante, pa quitale el maleficio. Si no tiene las onzas a mano, consígalas su mercé; pero no diga pa qué, ni qu'es con yo el trato, porque viene algotro noble y se lo quita. Su mercé bien sabe que la gente es muy aprovechada. Yo tengo qui'hacer eso antes que me pañe la muerte y se qued'esa riqueza ai enterrada.

—Está muy cerca de aquí, ña Melchorita?

—Dispéñseme que le diga, señor caballero, que d'eso no puedo decile ni una palabra.

—No se lo habrá sacao ninguno, ña Melchorita?

—Ninguno, señor caballero; ai está. También se lo juro.

Desde ese día, a cualquiera hora, apuro mi oración secreta para que mi padre consiga las onzas y venda el diablo de oro sin que le caiga ningún maleficio.

Ya no hay rosarios vespertinos en el corredor. Mi padre, Cantalicia y yo nos reunimos en la sala.

Formamos un mundo aparte, para cultivar nuestras tristezas y nuestras soledades. Allí se come, allí se reza. Cantalicia cierra la puerta exterior y emprende el tabaqueo nocturno; mi padre fuma, recostado en su poltrona, y yo, tendido en mi tarima, divago entre si velo o duermo. Sólo turban el silencio de aquel hogar medio apagado ruidos de aguaceros y de vientos o la nota quejumbrosa de las ranas, allá en las ciénagas de los juncales.

—Don Jerónimo, por Dios!—exclama una noche la fidelísima compañera—No se deje coger de la pena d'ese modo. Si mi Dios se la llevó, qué vamos hacer? Los ángeles tienen que volvesen pal cielo. Qué se quedan haciendo en la tierra? Usté no encuentra con quien remplazala; más, sin embargo, usté no puede vivir asina tan solo. Siempre fuera bueno que fuera atisbando por ai alguna compañerita.

—A los dos meses de perder a Rosa? Sería un hombre sin corazón.

—No digo que se case en estos días, don Jerónimo; pero vaya buscando... Por qué no se casa con una d'esas niñas Agudelos? Yo h'entendido qui'aquí nos vamos a quedar por mucho tiempo y que no volvemos a Orofino. No será asina, don Jerónimo?

—Lo que soy yo, no pienso volver. Probablemente nos quedaremos aquí. En matrimonio no hay que pensar todavía. Usted sabe cómo está la situación.

—Pues con cualquiera que se case, don Jerónimo, yo no lo dejo ni a usté ni a Eloy. Si se van al cabo del mundo, allá me voy.

—Sí, Cantalicia: así lo veo. Pueda ser que Dios nos ayude. Y vea: usted debe tener por ahí sus pla-

ticas guardadas. Si usted pudiera prestarme quince onzas, le aseguro que salíamos de la pobreza. Tengo visto un negocio seguro. Préstemelas y verá. Se las devuelvo inmediatamente.

—No se vaya a meter en juegos grandes ni se vaya a enquistar con nadie. Usté es muy de malas y no tiene con qué responder. Y perdone que mi'atreva a expresale esto.

—No es para juego, Cantalicia, se lo aseguro. Présteme esas quince onzas y yo le respondo.

—Ojalá las tuviera, don Jerónimo! El guardaíto que tenía, todo se fue; usté bien lo sabe. Siga viviendo como pobre, don Jerónimo. Asina nu'he-mos vivido tantos años? No se quede aquí encerrao; salga con su farol todas las noches. Siempre se divierte jugando su tute cuartillerito, o entretenido en el billar. Uno o dos pesos en el bolsillo no haberrán de faltale. Si se entristece más, arriesga a enfermase. Y vea, don Jerónimo: no s'encierre a dormir con esta puerta cerrada con llave; ajústela no más. Cualquiera noche le puede dar algún ataque y nu'hay ni modo d'entrar. Váyase dende esta misma noche con su farol. Vea: aquí están veinte riales pal tutecito; ai v'enredando la pita con ellos. Yo me quedo aquí rezando y acompañando a Eloicito. A mí no me da miedo; y si me da, llamo a Catana que mi'acompañe. Camine yo le doy el farol.

Mi padre se va, y sigue yéndose, noche por noche, llueva que truene.

—Cantalicia me despierta siempre para las alabanzas matinales. Pocos trinos de avecillas nos acompañan, si no la letanía, más o menos cercana, más o menos distante, de los gallos, que resuena en mi corazón con la tristeza de un recuerdo o la angustia de un presentimiento. Qué triste les cantan los gallos a los tristes!

X

Tal vez para no dejarme tan solo me lleva Nicanor a casi todas sus andanzas, y voy cultivando mis relaciones con Cristinita y su familia. Cupertino Osorno, o sea Tocayo, me es ya tan adicto como los Builes. En esos días se casa Nicanor. Vamos a la iglesia, pero Cantalicia, contra el parecer de los novios, no consiente que mano Eloy asista a la fiesta. Tan sumiso y obediente me muestro, que no opongo la menor resistencia.

Mes por mes venía don Sabas a visitar los trabajos, ya a pie, ya en su mulita. En las primeras ocasiones entraba siempre a la casa, a la ida o a la vuelta. Pero las últimas veces pasaba de largo. Después de la muerte de mi madre no había aparecido por allí.

Un día, a eso de la una, cuando acabamos de comer, entra por la puerta de trancas con mano Juancho y Nicanor. Sería día de huelga porque mi padre no ha salido. Se entran a la sala y yo acudo.

—No se quede aquí, mano Eloy—me dice mi amigo con su habitual cariño—Vamos a estar ocupados en unas cuentas.

Sálgome al punto hacia adentro. El cierra la puerta.

—Por qué será, Cantalicia?

—Es que los muchachitos estorban en estas ocupaciones. Esto no es como los trabajos de lavao. Váyese por la manga, qui'usté ya volvió a aprender a entretenese solito.

Me escurro por el cuarto de los caseros y tomo huerta arriba, a recorrer y observar los sembrados. Ni ño Matica ni nadie por allí. Cuento los racimos de plátanos; me entretengo en esos mil juegos de los niños que se han criado solos. Tal vez rezo. De pronto me acuerdo del granadillo y me bajo. Ya han abierto muchas de sus flores milagrosas. No mentía ño Matica: en cada una están los azotes y los clavos. Rezo a mamá, a la Virgen, tal vez al Santísimo, como me ha enseñado Luisita. Me embebo en aquellas especulaciones tan místicas. El granadillo cubre un ángulo; se enreda por la cerca hacia la casa; se enreda por unas varas, entre los árboles del seto. Me siento en una piedra inmediata al cerco, frente a uno de los naranjos.

De pronto salen don Sabas y Nicanor. El señor anda muy raro, y luego al punto recuerdo los borrachos que dos años antes veía salir de la casa de Mereja. Viene cayéndose. Nicanor lo sostiene de un molledo. Y así salen. Don Sabas, al llegar al último naranjo, medio se cae, medio se sienta en el pretil. Yo los veo y los oigo por entre el follaje del granadillo, que cuelga del lado de la huerta.

—No se siente, padrino, que s'empiora—suplica Nicanor.

—Déjeme, ahijao. Con otro trago me compongo—repone con voz estropajosa de beodo.

Saca del carriel un frasco plancho en forma de cantimplora, lo destapa, y se ingurgita un trago de padre y señor mío.

—No beba más, padrino: vea que el otro frasco se lo chicó aquí en la casa, fuera de las mañanas que se tomó en el pueblo. Ni durmió anoche ni ha comido hoy, y eso le v'hacer daño.

—Tenía que hacer eso, ahijao, para poder salir d'este maula sinvergüenza! Y ya ves qué tan bien salí. O no te parece?

—Yo no le digo nada, padrino; eso son cosas suyas. Lo que sí le suplico es que nos vamos ya, que si'acaba de dañar más de lo qu'está. Caminando se compone; o si quiere, descansemos un ratito en el puente rial; aquí nó.

Mas, lejos de atender, el padrino se desgaja del pretil y se extiende en el prado. Nicanor se rasca la cabeza confundido.

—No ve? Ya se maluquió! Vea, padrino, si puede vomitar; métase los dedos.

—Vos estás contra mí! Desd'esta mañana te lo noté. Y mano Juancho también se fue como disgustao. Ustedes son otros desagradecidos...Más desagradecidos que Jerónimo!..

—Por Dios, padrino, no se ponga injusto ni maley! Vea que los señores blancos deben ser blancos y señores hasta con tragos.

—Sí; la verdá!..Vos sos el más desagradecido de todos!

—Usté no tiene por qué pensar eso, padrino. Es que con el trago no sabe lo que dice.

Cantalicia aparece en la punta del corredor. Nicanor vase a ella y hablan en secreto. Ella se entra. Nicanor regresa y se sienta en el pretil del naranjo céntrico. Don Sabas masculla y masculla, mas yo no le entiendo las palabras. Me parece que

increpa a Nicanor; me parece que éste se desfigura, que se pone descolorido, que lo domina no sé si rabia o tristeza. Por fin distingo entre los murmullos de don Sabas que nombra a mamá varias veces. Nicanor se levanta inquieto, desesperado, y exclama:

—Mejor sería que se durmiera pa que no dijera esos disparates tan feos y tan ridículos!.

—Sí!.. Vos también la querías!

Trata de incorporarse, pero no puede. A esas, vuelve Cantalicia con una taza muy grande. Se acerca. El ahijado brega por levantar al padrino, asíéndole de las axilas. El borracho barbota:

—Déjame, bandido, que no quiero cuentas con vos!

—No lo dejo, padrino, hasta que no tome agua y trasboque; así que lo vea bueno lo dejo.

Yo oigo aquello, muerto de terror. Comprendo que hago mal en escuchar; sin embargo me quedo allí clavado, quieto, el resuello contenido, el oído alerta. Sé que no pueden verme. Al fin, entre Nicanor y Cantalicia logran que el hombre trague; el mozo medio arrodillado por detrás, y ella poniéndole la vasija en los labios e inclinándola a medida que merma. De presto ella se aparta y el enfermo estalla; echa fuéa no sé cuántas bocanadas. La saya de la india y la ruana y pantalones del enfermo quedan de la vista y del gusto de los perros. El mozo logra medio recostarlo al pretil. Don Sabas saca el pañuelo de yerbas, se soba, se enjuga, se restriega. El mareo hórrido parece que le pasa, pero la rabia no.

—Allá dejé más agua tibiándose —dice Cantalicia— Quiere que le traiga más?

—Quitáte de mi presencia, vieja asquerosa!

—Asquerosa estaré porqui'usté mi'ha asquerosiao!

—Sí!.. Vieja asquerosa! Y ya sabés!.. Vos, qui'has mantenido a tu almártaga, entendé que de hoy en adelante tenés que pagar la casa o desocuparla, porque no le quedó ni un medio: jugó lo que tenía y lo que no tenía!

—Muchas gracias por el aviso—murmura Cantalicia con una voz y una cara que yo no le conocía—Pero acordó tarde. Dendi'hace dos meses que tengo arreglada la casa con el señor cura.

—Como vos sos bruja, ya sabías todas las cosas d'ese pícaro!

—Pícaro don Jerónimo? No seré tan bruja cuando no tenía ni noticia! Lo que sí sabía era que la proteición suya ya no tenía por qué seguirl! Yo lo conozco y le sé sus proteiciones!.. Usté vive protegiendo a todo marido que tenga mujer bonita! Ya ve al carnicero que tiene en Orofino: ai le quitó la mujer y se quedó muy tranquilo! Ya ve a la tal Adriana Segovia: la volvió vagamunda, y el juancingas del marido se quedó tan en l'istricia como'ataba! A usté le pareció, así que vido a don Jerónimo bien agallinao por la pobreza, que la cosa estaba muy pilada, y determinó protegelo. Aquí sí que'stuvo usté bien inocente y bien ciroló, y dispense que se lo diga! Tan saltatapias comu'ha sido y todavía no sabe lo que son las mujeres virtosas... Cré que las compra con plata comu'a cualquier sinvergüenza!..

Don Sabas, como volado por la rabia, trata de enderezarse, los puños levantados; mas Nicanor corre y lo contiene.

—Ah vieja lengüilarga! Cómo serían los cuentos y los enredos que le metiste a la pobre Rosa!...

—No la miente, don Sabas—salta Cantalicia, como aceptando el reto.—Una boca como la suya, por onde salen sus malas intenciones, no es digna de mentar ni pa bién a un santa qu'está en el cielo!

—Sí le metiste cuentos, vieja atisbona, que en todo te metés, no más que pa perjudicar!

—Crea lo que le dé la gana, don Sabas, pero por esta santa cruz—levanta la mano y hace la señal con los dedos—que ella se fue d'este mundo inocente de todas las trampas qui'usté li'armaba dendi'Orofino. Aunque yo fuera la mujer más mala o más mentecata, no iba a perturbar una conciencia tan limpia que ni'an pecaos veniales llevaba al confesionario.

—Vea, mana Cantalicia—interrumpe Nicanor—no hable tan duro que la puede oír don Jerónimo o alguno de la casa.

—Don Jerónimo no mi'oye, Nicanorcito...Allá s'encerró en su cuarto, con todas las inominias que le dijo este señor...Ni se li'ocurrió tan siquiera a esti'hombre acordarse del pesar que le paña el corazón. Estas izque son las consideraciones y la cristiandá di'algunos blancos de por aquí...Es pa que vaya viendo, Nicanorcito, las hazañas de su padrino!

—Lo que siento es qu'esta vieja arrastrada no sea hombre, pa tener el gusto de reventale la jeta—tartajea el señor.

—Qué jetas va a reventar ahora, don Sabas!... Si usté no puede ni con los calzones!..Cuando se le pase esa perra me la revienta, como se la reventaba a Juliana, la hermana de la Mereja, cuando no le cumplía bien sus encargos!..

Don Sabas trata de sacar algo de una chuspa que lleva en la correa.

—Me viene a amenazar con su pistolín? Pues eche bala y máteme di'un tiro, porque mientras esté viva le sigo cantando la tabla. En nada l'he faltao; pero usté vino afrentar a don Jerónimo. Si se rebaja a buscale pleito a una triste india, es porque merece los insultos qu'ella le pued'enrosstrar.

El ahijado se aboca al padrino y de un vuelo le arranca la pistola.

—Déjelo, Nicanorcito, qu'eche bala, qui'a las brujas no nos matan así a ojo!..

—Esta vieja ramera debía estar en el presidio!

—No me venga a mí con ramerías, don Sabas. Con las qui'hay en su casa hay pa tod'Orofino! Si nó, pregúntele a doña Ceferina, tan encopetada y tan gamonala, ónde tiene escondidos los dos ramos que le resultaron sin estar casada!..Pregúntele a doña Clarisa si sus dos hijos grandes son Cambas de mentiras o Vargas de verdál!..

—Por Dios, mana Cantalicia!—implora Nicanor.—No diga esas cosas!..

—Apenas le retorno el aguinaldo, Nicanorcito. Lo qu'él mi'ha dicho a yo le parece mucha alabanza? Que don Jerónimo es un pícaro; que yo soy una perseguidora, una enredista, una falsaria!..

—Mucho más!—interrumpe el beodo.—Sos una infame, una calumniadora!..

—Mucho que sí!..Entonces por qué me propuso tres veces que me saliera de casa de don Jerónimo, pa llevame de cocinera a sus minas con muy buen jornal? Por qué quiso metenos en la casa dos recanderas, hermanas de la Mereja? Por qué se plantaba, noche por noche, en la puerta d'esa vagamunda? Y ya vido que salió abaju'el paso!..No dejé

colar a esas indinas al patio principal!

—Infamias y mentiras d'esta bruja! No le creás, Escribano!

—Mentiras? Ja! ja! Jaló con nosotros pal río, porque le pareció que don Jerónimo, tan flacuchento y tan patonio, s'iba a volver un imbombo y a jumentizase con las fiebres, si acaso no se moría. Si yo li'olí la conversa que tuvo con don Jesús, cuando le dijo que m'iba rumbar de la fonda, antes que si'acabara el veraneo!..Y no me rumbó porque don Jesús le dijo qui'usté no sacaba ni gastos, aunque m'empuntara pa la quinta porra; y entonces usté dijo qui'apostaba qui'antes de seis meses habría lograo sus intentos. Si quiere más señas se las doy. Ya ve si yo'staría al tanto de sus malas intenciones! Di'aquí de Morrolargo no mi'ha podido rumbar, porque la casa la paga don Jerónimo. El mismo perecimiento lo perjudicó! Es que los gallos muy finos s'enredan en las espuelas, y las viejas perjudiciales sabemos perjudicar. Si yo sabía qui'usté lo que buscaba era qu'el hambre se colara en la familia pa quedase usté dueño del campo, protegiendo con toda su plata!..Y ya ve las hazañas qui'ha hecho aquí: se trajo de la posada de la tal Santos a la tal Escolástica, de cocinera, no más que pa que le trajera cartas y razones a esi'ángel. Y ya ve: la bruja ramera güelió el tocino; no la dejó salir de la cocina, la llamó con disimulo a la manga y li'arrancó la carta que tenía guardada en el seno, l'encimó su buena pela y la rumbó de la casa. Y ya ve que no m'echaron el alcalde, ni me mandaron al presidio!

—Invenciones d'esta perversa!..

—Invenciones? Por ai tengo la carta bien guardada! Yo no sé ler, pero busqué quién me la leyera. Izque le daba todas las joyas y todo el lujo y

toda la plata que quisiera!..Y qu'escogiera la mejor casa di'Orofino o d'este sitio!

—Esta lengüilarga habrá que matala como culebra! Ya se ve!..Si está pactada con este tatur sinvergüenza, tan de mala fe y tan ventajoso, que no ha hecho aquí más que hablar mal de mí y de mis hermanos!

—Ay! ay! Eso d'hasta risa! Si es usté, don Sabas, el qui'ha bregao desdi Orofino por desacreditar a don Jerónimo y jundilo y volvelo una porquería! Si usté hasta li'ha presta plata pa que juegue, con todo lo hambrientos que son usté y sus hermanos! Y lo raro es que don Jerónimo es el único qu'es tatur en Orofino y aquí. Los demás molieron cacao!..En Orofino no juega nadie!.. Ni an las señoras!..Y usté cuandu'iba agarrar daos? Imposible! No sé por qué le dieron capote antenoche y anoche, ni por qué lo cogió l'Ave María en el garito de don Tista Vega. Ni el trago tampoco lu'ha probao!..Usté cuándo? Don Jerónimo es el único pícaro qui'hay por estos laos!..Ya ve: de pícaro se quedó sin la mina; y ustedes los Villadas, que son tan hombres de bién, no si'aprovecharon de nada! Y le cogieron los bienes a don Jerónimo en un precio muy bueno y muy justo!..Eso lo sabe tod'Orofino. A don Jerónimo no lo matarán como culebra porque nu'es tan malo como yo, pero por ai lo tirarán al basurero!..Y a ustedes los Villadas los irán a poner en nicho en todos estos pueblos de por aquí! Figúrese! Con la fama de virtuosos que tienen!..Sobre todo con esos recibos con firma imitada que presentaron en la mortoria del dijunto don Cipriano!.. Porqui'hasta con los muertos de repente hacen obras de caridá! Ustedes sí son los brujos, porque las firmas izque estaban individuales!..

—Vea, mana Cantalicia, atiéndame.—Intervie-

ne Nicanor, agarrando al padrino y tendiéndolo en el prado como a un pelele—No diga más, que ya no li'oye.

—Es que s'está haciendo el dormido! Pero sí li'atiendo, Nicanorcito; ya no digo más, y perdone si lo he ofendido por ser él su padrino. Pero usted vido qu'él fue el que me provocó, con todas las injurias que dijo de don Jerónimo y cómo l'humilló aquí adentro, en el tal corte de cuentas. Todu'esto no son sinó disculpas que sacan él y sus sobrinos, pa blanquiar esta negrada qui'han hecho con un señor tan afligido.

—Usti'oyó, mana Cantalicia?

—Todo lo oí, por mal de mis pecaos. Mi'arri-mé a la ventana di'afuera y me puse en escucha. Pero bendito sia mi Dios que pude echar ajuera todas estas cosas tan malucas y tan tristes. Creí que toda mi vida tendría que guardame toduesto, qui'hasta mi'habería envenenao. Mañana mismo madrugo a confesame d'esta injuria tan grande que me pañó! Hasta juré sin necesidá! Tan siquiera no lo haberé escandalizao, porqui'usté, Nicanorcito, aunque mozo y formal, tiene mucho mundo y saberá de vicio todas las picardías de la gente.

La voz se le quiebra en llanto; entre gemidos y sollozos agrega:

—Ay, Nicanorcito! Es qui'usté no sabe las penalidades qui'ha tenido que pasar esta pobre india pa guardar esi'ángel!... Pa dañale las trampas que le ponía este gavilán!... Pa que don Jerónimo no fuera a maliciar las intenciones d'este amigo traicionero! El consuelo que me queda es que me la entregaron limpia y pura, y limpia y pura se l'entregué a mi Dios!..

Yo sigo arrimado al granadillo. No sé qué me

pasa. Me tiemblan las carnes. Las hojas se me pegan con lágrimas. Es un llanto mudo. Ya no temo que me sorprendan. Nicanor y Cantalicia suben hasta el corredor, como en consulta. Siento a don Sabas que ronca. Tomo huerta arriba, y por entre el cerco de macanas salto a la manga. Me tiendo como don Sabas y puedo llorar a mis anchas, allí donde nadie me oiga. Me oculto más todavía porque veo que regresan los mineros. Cuanto un niño puede entender, puede adivinar de lo que ha escuchado, lo siento y lo adivino.

—Eloicito! Eloicito!

Me enderezo. No tengo pañuelo, pero me enjugo con las mangas y con las faldas de la chamarra y acudo al llamado por la puerta de trancas. Bre-go por poner mi cara de siempre, y costeadando el cuarto de las enjalmas recalo en el patio. Cantalicia asoma por la puerta de la sala. Esta sí sabe poner su cara habitual!

—Aón-di'andaba, cordero?

—Por ai...—y las lágrimas se me saltan.

—Y qué li'ha acontecido que viene asina? Se cayó por brincar, o qué?

—Nó...

Me entra a la sala y nos sentamos en la tarima, junto a la ventana. Sediento de consuelos, me recuesto en su regazo.

—Usté es que tiene fatiga, porque ni ha tomao la mediatarde. Camine yo se la sirvo.

—Yo no quiero mediatarde—gimoteo.

Me pego a ella y no la dejo levantar.

—Usté'stá enfermo, cordero.

—No. Fue que...

Y me largo en sollozos.

—Diga; diga, cordero. Estos misterios sí no se los adivino yó.

Catana entra, de vuelta del pueblo, con su batea en la cabeza, llena de canastos.

—Que fue, mana Cantalicia?—indaga la edecana—Por qué llevan a don Sabas cuasi en guandos? Si'aporrió, go qué?

—Fue que le dió una maluquera, porqu'él padece del hígado; pero eso le pasa... Vaya guard'eso y tráigale la mediatarde a este cordero, que también parece qu'estuviera con maluquera...

—Si'atracaría de guayaba viche y l'estará do-
liendo la barriga. No cierto, Eloicito?—dice Catana.

—No comí guayabas! No quiero mediatarde!
No me duele nada!...

—Algo le sucedió, cordero—murmura Cantalicia en cuanto sale Catana—Cuénteme pasito pa que no oiga su papacito qu'está aquí en el aposento.

No cuento, pero me ciño más a su regazo y sigo en llantos y en suspiros casi silenciosos. Cantalicia me soba, me besa la frente, me acaricia el cabello. Ella suspira también. Al fin articula:

—Dígame su verdá, cordero: usti'oyó el argumento qu'echámos don Sabas y yó?

—Sí! Todo! Yo'staba detrás del cerco, tapao con el granadillo.

—Pero usté no entendería ninguna d'esas bobadas!..

—Si entendí!...No fueron bobadas sinó maldades!

—No ve que se puso a escuchar lo que conversan los mayores... Los niños no deben escuchar lo que no entienden... Qué va a saber usté si son maldades o bobadas!..

Nada replico; mas Cantalicia, conteniendo el llanto, me interroga y me saca todos mis secretos. Todos: las escuchas de Orofino; las del río; todas mis gestas de muchacho curioso, ávido de los misterios de la vida. Todo nó: en medio de mi quebranto y ofuscación, se me alcanza que lo que he escuchado sobre el diablo de oro no debía contárselo ni aun al cura: ese era un secreto muy grande, cuya divulgación podía perjudicar mucho a los intereses de papá.

—Vea, cordero:—me declara con mucha solemnidad—escondese pa escuchar es cosa de negras cocineras y de negritos malcriaos, como los di'Orofino y los d'este pueblo. Vea: yo mañana me voy a confesar y me lo llevo a usté pa que se confiese también. Y acúsese d'esas escuchas, por qu'eso siempre es pecao, y com'una traición. Y ya sabe: no lo vuelva a hacer, ni vaya a contar nada d'esa borrachera de don Sabas y de todas las groserías que tuve que contestale. Y vaya viendo dendi'ahora que los blancos no se pueden emborrachar porque se vuelven piores que los negros. Y camine pa que se tome su cacao, que ya se le pasó esa bobada que li'había colao, y después se va con ño Matica y los muchachos. Quédese aquí un momentico solo bien tranquilo, que yo voy a recordar a don Jerónimo, pa que se tome el cacao, que también tendrá fatiga.

Cuando Cantalicia emprende su labor nocturna, aún no me he acostado. Estoy pegadito a papá. Los tres, mudos.

—Vea, pues,—rompe el cabo mi padre—en lo que vinimos a parar.

—En lo mismo qu'estábamos, don Jerónimo. No se ponga a hacer caso de toda esa malcriadeza de don Sabas. Se le subió el licor a la cabeza. Eso fue todo. Si di'aquí al puente no se le pasó la juma, no sé cómo lo presentaría en la calle el pobre Nicanorcito.

—Sabas bebe cuando por José, pero con gana. Yo hasta creo que me vuelve a llamar a los trabajos.

—Vea: yo me he puesto muy atrevida con usted, pero no es d'intrusa. Por eso voy a decile una cosa: no piense que don Sabas vuelve a llamarlo. Pero usted no ha necesitao ni necesita de la protección de amigos d'esa laya, ni yo he visto tal protección: pa usted jornalier no necesita de don Sabas ni de San Sabas. Nada habrá de sucedenos mientras usted vuelve a entablase. Por qué no nos vamos pal pueblo, don Jerónimo? Allá mi'arquila mano Arroyave una casimbita, en la punta de la calle rial. La ha tenido pa venir los domingos y en las fiestas, con la familia; pero ahora que quedaron tres cuerpos solos en la casa, pasan esos días con las dos mujeres de los Builes. Si se la arquilo, me haci'horno. Yo consigo latas y me meto en harina. La casita no será pa vivir una señora como era mi Niña; pero pa un señor, con este mero muchachito, siempre queda decentica. Qué le parece, don Jerónimo?

—Ai iremos comiendo y tantiando...

—Vea, don Jerónimo: ahora qu'he tenido que entendeme con su ropa, veo que no'stá ni an muy en cueros: fuera de la ropa de trabajo, siempre tiene sus dos calzones, su buena ruana y su buen som-

brero. No se vaya a presentar allá como agallinao: es mejor que lo vean bien vestido y qui'usté, aunque pobre, siempre es un blanco y un caballero. Cuando más dirán que por ai l'está tendiendo el ojo a alguna...

—Ai iremos comiendo y tantiando, Cantalicia. Cualquier día se me voltea la suerte. Allá verá.

—Váyase dende esta misma oración, bien merendao y con su buena ropa, pa que no lo crean humillao esos sobrinos de don Sabas, que son cualquier gente. Allá puede ir todos los días a pasar sus ratos por ai tertuliano en las tiendas con los amigos. Verá que le va cogiendo el golpe al pueblo. Si no es maluco, don Jerónimo...más bien es amañador pa vivir. Y si no quiere ise por ai a trabajos de minas, puede pedir la vara di'alcalde pal año entrante. Paga no le darán, pero siempre queda usted en muy buen punto: un señor muy respetable. Usted, don Jerónimo, podía ser un alcalde muy bueno, porque no es injusto ni abusivo. Di'alcalde era mucho lo que lo querían en este pueblo; pero si determina que nos quedemos aquí, salga por ai a la manga, bñese en esos charcos tan lindos del río, y hasta puede divertise con las retajilas de ña Melchorita. Pero no vuelv'asomase a esos trabajos, pa que no digan qu'está velando destino. Ni se quede tampoco rondando por la casa, ni metido en ese aposento, pa ponesi'a recordar cosas. Por ai-lu'he oído relatando de memoria usted solo, como si fuera algún viejo chocho o algún distraído. Ya ve que de noche, en vez de dormise, echa a bundiar y se sale pal patio. Hasta sonámbulo se va volver, con esa laya de pesadumbre; bueno es culantro, pero no tanto. Y duerma, don Jerónimo: vea qu'el cuerpo necesita descanso.

Nos confesamos. Nada diré tampoco, en esta

vez, de mis coloquios penitenciales.

Mi padre, a pesar de las insinuaciones de su fiel aliada, siempre se asoma a los trabajos; no quiere que yo le siga. Notando que Nicanor no vuelve a los organales, indago. Está trabajando con su suegro.

Serían las cuatro y media de una tarde limpia. Tacio y yo salíamos a recoger los terneros, cuando oímos el terrible grito:

—Socorro, ño Matica! Socorro, Gorgonito!

Es la voz aguda de la enana, que baja hacia el arroyuelo dando alaridos. Tacio corre a avisar. Todos acuden. El abuelo, los dos nietos y yo, seguidos de Catana, volamos. Cantalicia viene del pueblo y corre hacia nosotros. A ese tiempo sale mi padre por el sembrado de la choza, atraviesa el puentecillo de palos y toma la manga, en dirección a los trabajos. La enana sigue dando alaridos.

—La mató! La mató!

Y señala en dirección a mi padre.

—Quién, Elodia, por los clavos de Cristo?

—El!

—Virgen de las Mercedes, mi Madre!—clama el viejo, ya en la puerta de la choza, santiguándose.

—Qué pecao tan grande. El diablo está suelto en esta posesión!...

Sólo alcanzo a ver, atados con un lazo, los pies de la viejecita, que yace en el suelo. Todos se agolpan. Cantalicia me toma de la mano y salimos silenciosos, atravesamos el puentecillo, y silenciosos regresamos a casa. Me toma en brazos, me sienta en las rodillas, me abraza como a un chiquitín, y ambos estallamos en sollozos. No sé cuánto tiem-

po transcurre. Ella llora, reza, increpa.

Nicanor aparece en la puerta, jadeante y sudoroso, y exclama:

—Coja las cobijas y haga un joto. Deje a Catana que guarde todo y cierre, y vámonos al pueblo.

En un instante, ayudada por mi amigo y por la fámula, Cantalicia arregla todo. Se echa el tercio a la cabeza, como una lavandera. Nicanor me toma de la mano y nos ponemos en marcha. Como autómatas seguimos a paso fugitivo.

—Apuremos, Cantalicia, antes de que esto se llene de gente.

Repasamos el puentecillo, apurando, apurando.

—No se ponga así, mana Cantalicia. Ni usted, mano Eloy, tampoco llore, que ya es hombre grande; por eso no me lo echo a la espalda. A don Jerónimo no le pueden hacer nada: está loco de remate. Y no es de ahora. Apuremos, antes de que el puente rial se llene de gente. No li'hacen nada, Cantalicia.

—No l'echará maldición el señor cura?

—Qué cuento de maldición! A ningún reo lo han maldecido, aunque esté en su sano juicio!...

—Porque nu'ha sido con santas!..

—Qué cuento de santas! Es que pal señor cura y misiá Genovevita todas las viejas rezanderas son santas. Eso es todo!

—Y don Jerónimo?

—Ya subió con mano Juan y los otros a presentarse al alcalde. Por eso me vine a la carrera. Está de remate. A todos les ha dicho en secreto: «Se desnucó sin decime»; y que se saca un diablo di'o-

ro, y no sé qué más disparates. Y ese cuento del diablo di'oro lo tiene desde hace días.

—Gracias, mi Dios, que te llevates a mi Niña! Pero aónde nos lleva, Nicanorcito?

—A la casa de mis suegros. Allá quedan muy bien, mientras tanto. No vamos por la calle rial: subamos por Calletriste, donde no los vean ni los molesten.

—Y qué será ese enredo de don Jerónimo?

—Pues yo me figuro que será alguna guaca secreta. alguna buena mentira de ña Melchorita: ella siempre ha sido idiática.

Por allí volteamos, a tiempo que dan el Ave María, hacia la casa hospitalaria. En el portalón están misiá Cristina y Cristinita, atisba que más atisba.

—Aquí les traigo estos huéspedes por unos diitas.

—Con mucho gusto se los recibimos, Nicanor: cómo nó?—responde la suegra, muy atenciosa.—Prosiga Cantalicia.

Nos colamos al zaguán.

—Deje el joto aquí en esta tarima del corredor—ordena la madre—mientras vemos aónde los acomodamos, y descansen un ratico, que vendrá muy cansada. Ya sabemos lo que ha pasado. Ya bajó l'autoridá a levantar a ña Melchorita y salieron los comisarios con el ataúl de las ánimas. A don Jerónimo nada le pueden hacer, porque en el pueblo es corruto qu'está distraído desde hace días.

—Ai están mi Dios y la Virgen, misiá Cristina! Ellos saberán...

Nicanor llama aparte a la suegra, al comedor. A poco tornan, y él se lleva a Cristinita. No tardan en volver.

—Quédese aquí, mano Eloy, un ratico con estas dos señoras, que mana Cantalicia y yo tenemos que salir a arreglar unas cositas.

Madre e hija se sientan en la tarima, y él me acomoda entre las dos. Se marcha apresurado. Cristinita me abraza, me besa, y me dice como si fuera una mamacita:

—No se vaya a poner triste, mano Eloy. Usté ya es un hombre grande y muy guapo. Allá verá todo lo que lo vamos a querer...

—Sí, Eloicito!—confirma doña Cristina.—Nosotras lo vamos a contemplar como misiá Rosita y Cantalicia, y Cupertino lo va a querer como don Jerónimo y Tocayo como si fuera un hermanito suyo.

—Sí, señora.

Es lo único que se me ocurre decir.

Continúan los cariños. A poco entra Estefa con las meriendas. La señora, quiera que no, me hace recibir la suya. Aunque hambreado la tomo en mi puesto, al par que Cristinita, con todos los requisitos urbanos que me han enseñado mi madre y Cantalicia.

Vuelve Estefa con la tercer jícara, recoge los trastos, se plantifica en la puerta y garrulea, con ese metimiento de las criadas aldeanas:

—Eso sí! Apuesto que don Osorno y el niño se quedan hartísimo en la calle, y yo sin podeles despachar el cacao.

—Y qué afán tiene, Estefa?

—Pes el velorio, misiá Cristina! Ya me contó Damiana qu'izque el señor cura lo v'hacer en l'iglesia, en el ataúl de las ánimas, con mucho velerío, y que ya tiene a Perucho y a los hijos carpintiándole un ataúl de rico pal entierro.

Doy un gemido. La señora, plato en mano, se lanza y arrambla con la sirvienta corredor afuera, mientras Cristinita me alivia a besuqueos.

—No se ponga, mano Eloy, a hacele caso a las montunadas de Estefa. Es una animal de monte que no sabe lo que dice. Ahora que vuelva mi mamá rezamos los tres el rosario, y verá cómo la Virgen lo consuela. Y por su papacito no tenga cuidao, qu'él no tiene la culpa de nada. Antes de las ocho, y terminado el rezo, están todos en casa. En un momento nos arreglan un cuarto. Como en Morrolargo, ocupo una tarima, y a mis pies tiende Cantalicia su estera de chingalé.

—Vea qu'en todas las afugias siempre le truje la Virgencita. Se la voy a poner en la cabecera, pa qu'esté con usté y con el ángel de su guarda, pa que duerma tranquilo sin pensar cosas malucas.

—No sé de dónde saca piedra y una aguja de enjalmar; pero antes que yo lo piense, cuelga la imagen a dos cuartas de mi cabeza. Me arrodillo a rezarle la Salve, sin pedirle bienes, sin pedirle nada. Debió de oirme, porque mi guardián invisible me acaricia con sus alas, y me traspongo.

Al día siguiente, muy de mañana, nos traen cuanto dejámos en Morrolargo. Arreglado todo, me dice Cantalicia:

—Vea, cordero: no se vay'antojar de que lo lleve a ver a su padrecito, porque l'autoridá no lo permite. Tan solamente a mí me dejan velo, y eso

sin podeli'hablar. Estas cosas con la justicia son muy trabajosas, cordero. Don Jerónimo está muy bien, y Nicanorcito y yo li'arreglamos una cama muy buena, en un cuarto de la Casa Consistorial; pero ese cuarto nu'es la cárcel. L'autoridá, en compañía del señor cura, ha permitido eso, porque su padrecito nu'es culpante. Ai lo tienen vigilao, pero es como si'stuviera en su casa. Pero ni'stá bravo, ni se rompe la ropa, ni se rancha pa la comida. Anoche se merendó muy tranquilo el cacao y la brincha frita que le mandó Ramoncita. Yo tengo permiso pa llevale todos sus alimentos. Ya ve los beneficios tan grandes que nos ha hecho mi Dios. Acuérdesse la lidia que daba aquella loca di'Orofino. Y vea, cordero: di'aquí a un rato, que principie la misa de dijuntos, se poni'a rezar bien formal, con las dos señoras y yo, la novena de las ánimas. No si'acuerda di'aquélla que leía tan lindo, en Morrolargo, misiá Benancita? Y no vaya a llorar, sinó que le pide a su madrecita y a sus abuelitos, qu'están en el cielo, por usté, por su papacito, por Nicanor y por todos. No cierto que sí, cordero?

—Sí.

—Bueno, pues. En esta casa tan grande y con tanto solar y tanta güerta, se va'amañar mucho, con Tocayo qu'es tan amigo suyo, y con los hermanitos de Nicanor, que van a venir a traele a Canelo, porqui'aquí sí se lo permiten. No le parece muy sabroso, cordero?

Principia el rezo, en almorzando. Sigo palabra por palabra la voz de Cristinita, que lee la novena y lleva el solo en padrenuestro y estrofas. Articula con mucha devoción y muchísimo fervor. Siento que me encariño más y más con la mujer de mi amigo. Principian a doblar, a doblar; pero aquello, tan evocador de tristezas, no me conturba.

No bien terminamos entra doña Benancita, muy luctuosa de cara y vestimenta. En patético silencio nos estira la mano a todos cuatro; en patético silencio toma asiento y se nos cuadra al frente, suspiro va, suspiro viene.

—No pude ir al entierro—inicia al cabo—porque vengo con el corazón partido de ver y oír a Elodia. En la misa no tuve devoción. Se pegó al cajón, y aquello eran los gemidos y los lamentos, en medio del canto y de la música. Así dizque fue anoche, cuando subieron a ña Melchorita; también se pegó del cajón en este solo grito: «Lléveme con usted, madrecita!» Y así fue todo el velorio; y a las nueve, cuando se acabó, se la tuvieron que llevar por la fuerza a casa del señor cura. Misiá Genovevita ha estado repartiendo, desde esta mañana pedacitos de la mantellina de esa pobre mártir; pero muy chiquitos, porque todas quieren guardar reliquias d'esa santa. A mí me dió Luisita una brizna, y la voy a cargar en un ovalito, aunque sea de plata. Y que no se vaya a ofrecer, mis queridas, porque esto no lo sabe el señor cura.

—Por qué viene a impresionar, misiá Benancita, con tanto cuento?—Se deja decir doña Cristina, muy severa—No sabía que se consolara a los tristes entristeciéndolos más. Hasta a esta niña le puede hacer daño...

—Dispénseme, Cristina. Es que yo soy una mujer tan sensible... Y con todo lo que yo quise a esta familia de don Jerónimo.

—Pues es un modo de querer muy particular...

—Usted como qu'está muy ofuscada, Cristina...

—Sí, pero no ofusco a los demás con imprudencias.

Doña Benancia hace pucheros, suelta el raudal y se levanta.

—Dispénsemen—gimotea.—Es que cuando uno es pobre y desamparao, aburre a todas las personas...

—No se vaya, señorá...—salta Cristinita.—Eso no es ningún motivo... Seguro que comulgó en misa y tal vez ni se habrá desayunao...

—Sí comulgué, y vengo muy almorzada; pero voy a perder mi comunión con esta pasativa.

—No he intentado ofenderla, ni aun de pensamiento—dice doña Cristina.—Pero como no soy tan buena cristiana como otras, me falta paciencia, en ocasiones. No se dé, pues, por ofendida y siéntese.

—Eso nunca, Cristina... Y no es por falta de humildad; pero estoy aquí de sobra!

—Ya veo que sí es muy sensible y que sufre por todo; por eso no la atajo.

—Y con su permiso, pues...

Y sale pitando, en el silencio de su humildad.

—Ah bueno amasar a esta lambeladrillos tan insoportable! Sólo Luisita, que sí es piadosa de verdá, tiene tripas para aguantar este tósigo venenoso! Yo no sé, Cantalicia, cómo hicieron usted y misiá Rosa para aguantarla en Morrolargo tanto tiempo.

—Ella sí es muy buena, misiá Cristina; pero es muy cismática y siempre sale con sus arracachas. Tal vez habrá padecido mucho esa señora; cuando uno padece de seguido, se vuelve un cirolito y un muchachochiquito...

—Mamá: y eso sí será reliquia de verdá?

—Será o no será. Lo que soy yo, no me trago esa. Serán invenciones d'esta biata o chocheras de misiá Genovevita y de don Emeterio. Creo que el padre, apenas sepa, les va a echar su buena raspa.

Al domingo siguiente declara el cura desde el púlpito, que, aunque la señá Melchora era santa, la iglesia no la había canonizado todavía; y que por lo mismo, ningún pedazo de su vestido podía tenerse como reliquia; pero que el que quisiera guardarlo o cargarlo, no pecaba ni incurría en nada.

No sé qué arreglo haría Cantalicia para mi posada y alimentación. Le ha alquilado la casa a Bohórquez; le han fabricado el horno, y ha puesto un ventorro y un almorzadero, a semejanza del de Orofino. Sólo se asoma por momentos, a traernos algún obsequio; pero desde las siete viene a acompañarme.

En la casa me tienen medio recluso. Nicanor principia en la tienda sus campañas comerciales. Allá me voy con él, en ocasiones. Es ello un revoltillo ingente, en que se vende de cuanto hay. Se comunica con la casa por una como trastienda lateral donde se encarran tercios de víveres. Tocayo no siempre está en casa; los Builitos, poco asoman. Mi amigo me va informando de todo. Una noche me dice:

—Usté no sabe, mano Eloy? Hoy se llevaron a su papá pa la Cabecera; pero se lo llevaron muy bien montao y con muy buenos conductores.

Pasados algunos días me dice:

—Ya ve, mano Eloy; resultó lo que yo le decía: el juez declaró, allá en la Cabecera, que su papacito no es culpable, porque cuando uno está loco no comete faltas. Esté bien tranquilo, mano Eloy. Si

él se alivia, se vuelve p'acá; o si no, allá lo cuidan o lo mandan a La Villa, donde hay una casa muy buena y muy grande pa tener la gente idiática. No se ponga triste ni a hacer enredos debajo de los crespos, que don Jerónimo está mucho mejor allá qui'aquí.

Un día me acodo en la tabla de la ventana de la sala, para ver por el vuelo. Un muchacho pasa y se me planta.

—Vean este orofineño. Estás muy creído porque le pegates a Chepe Múnera?... És un maula y vos estabas ajuntao con Israel Builes. Por ai te tenemos un gallo, a ver si a ese le podés. Vos no sos sinó un güérfano y un creído. Y a tu taita se lo llevaron pa la Cabecera, pa fusilalo en media plaza, en un banquillo.

Misiá Cristina se asoma.

—Cuándo no había de ser el malentraña de Damiana! Que vuelva aquí esa langaruta a pedime jabón y vela!..

Tocayo vuela que ni cohete y alcanza al agresor. Puño va, coca viene, el malaentraña retrocede hacia la plaza; la tierra brota muchachos, y va de rechifla:

—Corrido gallo! Corrido gallo! Fí! Fí!

—Porque me cogites con una cuerda encaramada!..Dejá y verés!

A pocos días viene Cantalicia y me dice:

—Qué le parece, cordero? Ya no tenemos que penar por su padrecito. Mi Dios se lo llevó, p'ajuntalo con su madrecita, y allá están ellos dos en el cielo, pidiéndole a mi Dios por usté.

—No fue fusilao, Cantalicia?—interrogo, atra-

gantado por el llanto.

—No vé!.. Ya se puso a créle las cosas a ese muchacho tan facineroso. Mi Dios le volvió la razón pa llevásele bien confesaíto y bien auxilio. L'autoridá y lo prencipal de la Cabecera l'hicieron muy buen entierro. Si usté supiera ler, Eloicito, vería la carta tan linda que l'escribió un dotor Salgado al señor cura, en que le cuenta toíto muy patente. Su padrecito apenas recobró la cabeza, contó todo. El no quería hacele mal a ña Melchorita, sinó que l'amarró de los pies y medio la guindó del palo del tabique, pa que le confesara onde estaba sepultada una guaca. Y fue que se zafó el lazo, y ña Melchorita se desnucó. Y qué le parece: no quizqu'eran chagualas, sinó un diablo di'oro. Toíto lo cuenta ese dotor, muy patente. Eso sería lo qu'empioró a su padrecito. Ya ve, pues, pa que nu'eche a pensar cosas malucas, ai callaíto su boca, com'usté usa.

Y callado mi boca me quedo. Entiendo, al punto, que esa historia que yo sé mejor que nadie, no debo revelársela ni a la misma Cantalicia.

—Bendito sia mi Dios! —murmura luégo.— Por qué será esta vida tan enredada?... Yo misma le decía cada rato a don Jerónimo que fuera a entretenerse con los relatos d'esa viejita tan fabulosa.

Aquella muerte trágica e inopinada de ña Melchorita; la exposición de su cadáver en el féretro común; el entierro mayor que le hizo el señor cura en ataúd propio; los alaridos y trastornos de Elodia; los aspavientos de la gente, elevaron a la santa a la categoría de mártir; que el vulgo entiende por martirio el sufrimiento, y no la causa que lo ocasiona. A no ser por la locura manifiesta de mi padre, acaso se hubiera atentado contra sus días. Sus revelaciones en la ciudad cabecera desencadenaron en el villorrio uno como huracán. Aquel ju-

ramento de la santa; aquel diablo de oro macizo; aquel tesoro tan inmediato, infunden ese desvarío colectivo que hace tantas víctimas. Muchos acuden al párroco a pedirle permiso para escarbar en la choza y en todo el predio. Como a Elodia la tiene en la rectoral con todos sus bártulos, concede permiso a varios buscadores; pero algunos de ahí y de afuera, se lo toman ellos mismos; y tras ellos los granujas y hasta las viejas mendigas. Acaban de tumbar la choza y arrasan todo. Quéjase el párroco. La autoridad interviene. Pero surgen cavadores nocturnos. Los que tienen a ña Melchorita por loca, no dejan de reír con tantas patrañas y dislates. Escribano es el jefe de los que niegan rotundamente tales santidades y tal diablo oculto. En la tienda o en la casa hay reuniones para tratar asunto tan trascendente, y a mí no me lo ocultan.

En estas y las otras me consigue Nicanor citología y pizarra; hace poner una mesita en la trastienda, y héteme en el tremebundo aprendizaje de lectura, caligrafía y numeración; que lo que es doctrina me la repasan Cantalicia y las señoras, de cuando en vez. Si muy difícil el asunto, me parece agradable y muy de acuerdo con mi idea de ser también «Escribano». El cariño que une a protector y protegido es acicate al mutuo empeño. Se saca en limpio que mano Eloy ha nacido para estudios y ocupaciones de señor muy noble y principal.

Don Cupertino, por sus muchas incumbencias en La Villa y en su finca de La Montañita, sólo asiste la tienda los domingos; Nicanor, a más de atender a la venta, monta industria de alpargatas y alterna con estudios, en textos que le facilita el maestro Hernández, que viene casi a diario y ex-

plica cosas muy sabias. No entiendo jota, pero cada vez admiro más a ese Nicanor sin segundo. Me explica lo que es un doctor, y no bien entiendo lo diputo a él por uno de los mayores. Adelanto en los estudios, que aquello es. Y tanto, que sobreviene un conflicto:

—Vea, mano Eloy—me dice una vez—a usted lo crió mi Dios pa ser escribano y doctor de verdá. Con esos pies y esas manitos suyas, tan pulidas y que no tienen ni una uña dañada, y con esa maña pa coger todas las cosas, pa no ensuciar la ropa y pa comer tan bonito como come, no nació pa echar barra ni azadón, ni pa ser herrero, ni carpintero, ni sastre. Usted no puede tampoco ser un pión, ni un pulpero guasamayeta, como somos en este pueblo. Usted con esa figurita y esa moderación y ese orden que pone en todas sus cosas y esas entendaderas y marrullas que tiene guardadas, no puede educarse por aquí. Cantalicia y yo le estamos buscando, en la Cabecera o en La Villa o en cualquier lugar de gente muy buena, un papá que lo pueda educar como usted lo merece. Si se queda aquí viene a parar en un cualquiera, como mis hermanos y yo.

—Y me tengo que ir yo solo, Nicanor?—pregunto, entre si lloro o no lloro.

—Sí, mano Eloy; se tiene que ir solo por un tiempo. No es ya hombre grande, pues? Yo, desde chiquito, me fuí solo en grima, muy lejos de mi casa y ya ve que siempre aprendí a trabajar.

—El señor cura y el señor Hernández no me podrán enseñar a ser doctor?

—No, mano Eloy. El señor cura cuando más lo pondrá de monarcillo, o de sacristán cuando esté más crecido. Y el señor Hernández no enseña más de lo qui'usted ya sabe. Usted tiene que irse pa

una casa de gente muy blanca, muy principal y de mucha educación, donde se pueda ad doctorar y juntarse con gente blanca y de muy buena crianza, pa que vaya cogiendo los mogos de las personas sabidas, que saben empaquetarse y chirriar buena bota a toda hora. Y pa que aprenda también a figurar y tratar con gente principal y a tener buena conversación.

—Como usted, Nicanor?

—No mano Eloy; como yo nó. Yo no soy sinó un jornalero... Tal vez si me hubieran criado en otra parte y me hubieran mandao a estudiar, no fuera tan montañero.

—Y para dónde me van a mandar?

—Pues...no sabemos todavía; pero allá verá que resulta. Se lo entregamos por papel a un señor bien bueno y bien caballero. Ya hablé con el señor cura, y le pusimos una carta a ese doctor Salgado que se manejó tan bien con don Jerónimo, para ver si él lo quiere recibir en la casa, educarlo y ponerlo a estudiar. En la Cabecera hay mucho blanco, mucho colegio y mucha educación. Creemos que lo reciba él o algún otro señor, porque Cantalicia les va a mandar, mes por mes, la plata pa que lo mantengan y lo vistan con ropa buena de muchacho blanco y buen mozo como usted.

—Cantalicia sí tendrá plata?...

—Ah, mano Eloy! No le digo qui'usted está en todo? Cantalicia tiene con qué; y si no tiene, ai lo va consiguiendo, porqu'ella trabaja mucho. Si yo fuera rico, yo lo costaba como si fuera hijo mío; pero ya ve que soy un pelao y que ya tengo obligaciones, y quién sabe cuántas más me resultarán con los muchachitos que me ha de traer la Virgen.

Me hundo en un silencio de tristezas, y me voy al platanar a llorar a solas. Ya voy adivinando lo que es un huérfano pobre. Me querían buscar un papá de mentiras... Y Nicanor, que me quería tanto, por qué no había de ser mi papacito, y Cantalicia mi abuela? No lo era ña Matea de Gorgonito y Tacio? Y qué me ganaba con ser doctor en otra parte, sin tener quién me quisiera y a quién querer? Se podría querer de lejos, así como los novios apartados?... No! Yo, aunque fuera un hombre grande, así chiquito, necesitaba querer con cariño arremado a Nicanor y a Cantalicia. Salgo; vuelvo al patio; nadie me ve; me entro al cuartucho, me arrojo dillo ante mi virgencita y rezo e invento no sé que oraciones. Cantalicia me sorprende en tales preces. Me levanto y me abrazo a ella, medio lacrimoso.

—A ver, cordero; qué misterios son esos... Dígame!

—Fue que Nicanor me dijo que me van a mandar...

—Ah, sí; ya sé! Y por eso se pone triste, Eloicito? Camine cómase el panecito que le traje, qui'a la noche le manifiesto todo, pa que vea qué tan bueno va a ser eso pa usted.

Suspendemos, porque entra misiá Cristina. Me vuelvo a la tienda, paladeando el obsequio.

—Ai le veo los enredos qu'está haciendo debajo de los crespos—dice Nicanor en cuanto me ve.—Pero allá verá que di'aquí a que llegue la cosa se va a poner más contento... Lo vamos a mandar bien montao, con su buen avío y con su buena ropa... Allá verá, mano Eloy, las novias tan queridas que se va a conseguir por allá, pa qui'haga unos embelecicos bien bonitos con ellas...

—Arrimaos, Nicanor?

—Sí. Cuando se case. Cuando esté de novio, son de cerquita. Y cuando esté lejos, tienen que ser apartaos. Y como usted ya casi es capaz de escribir una carta...figúrese!

—Y usted li'ha escrito a Pastora?

—No. No si'acuerda, pues, qu'eso tenía que ser sin cartas, ni razones, ni regalos, ni nada?... Esa es la gracia...

—Y a Ricarda sí li'ha escrito?

—Pues no vió, mano Eloy, allá en la sala del señor cura, que ella me despreció? Así es que no la puedo querer ni apartao tan siquiera...

—Pues... porqu'ella sabía qui'usted s'iba casar con Cristinita...

—Ah, mano Eloy! Usted es el que vive queriendo a las dos... yo lu'he visto. Es qui'usted es muy refugao. Yo le doy permiso pa que se quiera con Cristinita di'apartao. Ella sí lo quiere a usted, pero como a un hermanito. Con Ricarda si nó; como ella no lo quiere a usted y le lleva tantos años, no la puede querer de ningún modo.

—Y cómo es mejor, Nicanor; arrimaos o apartaos?

—De todos modos, mano Eloy. Eso lo irá aprendiendo usted mismo, sin que nadie l'enseñe. Allá verá, con las novias que se va a conseguir...

Esa noche me expone Cantalicia todos los proyectos sobre mi persona. Me asegura su realización, merced a las peticiones y novenas que ha hecho a la Virgen.

—Acuérdese, cordero, qui'allá tiene en el cielo a sus padrecitos, pidiendo por usted y vigilándolo. Todos los muchachitos blancos que viven en pue-

blos de gent'inorante, los mandan onde puedan aprender.

La idea me va entrando. Pero pasan días, pasan meses, y el papá no resulta. No sé si lo temo o lo deseo, y mil marañas se tejen y destejen bajo mis crespos. Esta ansiedad no me desconcierta en mis estudios, y cada día progreso más y mejor. Hasta le ayudo a vender a mi amigo, pues conozco la romana, las medidas para granos, y sé el lugar de cada chisme. Me encaramo a la escalera y arreglo las piezas de género y cuanto me parece desarreglado.

Un lunes llegan los caseros con el nieto.

—Aquí venimos, Nicanorcito—inicia el viejo—a ver si nos entendemos pa una comprita de Gorgonito. Pero eso sí: nos hace buena rebaja...

—Ah! La muda pal casorio? Muy bueno, ño Matica. Demás que les rebajo. A ver qué quieren?

—Pes ni sabemos bien—contesta ña Matea.—Este muchacho'stá tentao; qu'izque quiere que saquemos ruana y pañete, como si fuera algún mine-ro rico. Pero a yo me parece que no debe metese en esas. Nos quedamos jalando mayal con don Osorno, y después son las afugias pa la paga.

—Fíjese, Mateita,—ruega el viejo.—Déjelo que saque su muda de pudiente. Vea qu'es pa un día muy grande...y lo fino es lo que dura.

—Ah; pues vos verés; pero acordate que tenemos que sacar el pañuelón y el camisoncito pa Raimunda. Ve que si dejás a este muchacho bien enquistao, vos sos el primero que tenés que responder!... Como si tuvieras la plata encatada!... Yo no sé qu'es esa ventolera qui'han cogido

con ese casorio tan ligero sin tar tuavía la casa bien seca. Ai hasta arresga que les pañe el rematís go la discípula, go algun'espundia bien fea.

—No si'acalore, Mateita, que la casita'stá di'aquí'un mes a punto di'habitála. Yu'entiendo mucho d'esto...

—Y el yarumo se cayó, ño Matica?—interrogo desde mi mesa de estudio.

—Eh?... Ai estaba el güerfanito? Cito de mi vida! Por qué nu'ha vuelto asomar por allá? Le da pesar?

—Este sí es el viejo más cabeciduro—interrumpe ña Matea.—No ti'ha dicho mana Cantalicia que no le digás a este muchachito cosas aflitivas? Si lo llega a saber, no te vuelve a dar tabaco pa tu churumbela ni rosca pal cacao!

—Mana Cantalicia no habrá de saberlo—dice Nicanor.—Y digan pronto qué es lo que quieren y despachémolo, porque yo tengo que preguntarles muchas cosas.

—Pes la cos'es—dice la vieja—que se quieren meter en mudas de rico.

—Escúcheme, madre Matea, y no se ponga brava con yo ni con mi taita—suplica Gorgonito—. El señor cura qu'es el que tiene los rialitos de la compañía de la leña, me dijo que podía comprar la muda buena pa yo y Raimunda, y qu'él tiene trato con don Osorno pa toda lay'e compras.

—Bueno, pues; engañáte vos mesmo; sacá lo que te parezca, pero entrefino. Lo mesmo será sacalo di'una vez que poco a poco.

La vieja, tragando hiel y vinagre, no gruñe en las compras masculinas; pero cuando llega el ata-

vío para la novia, estalla:

—Le vas a comprar ese linón que no vel'agua? Esu'es pan pa hoy y hambre pa mañana!... Ye-su'es pa ricas que tengan buenas hormadoras. Escogé una regencia de buen batán, qu'eso sí dura.

—Déjelo Mateíta—dice el viejo con su tono calmante— él saberá...

—Yo quiero qu'el camisón sia bien bonito—dice el muchacho—. Ese con flores tan idiáticas, que parecen de monte, me gusta mucho.

Igual debate por el pañolón. Elige uno de merino con fondo negro, guarnecido y salpicado de moños, flores y colorines.

—Este Gorgonito como qu'es muy enamorado... —afirma Nicanor— Sabe cómo quedan las mujeres más bonitas y más galanas. Raimunda le va quedar com'una lámina. Y él también va quedar muy cuadrao.

—Eh! Uno tan cargaleña qué cuadrao va quedar... A ella sí le luce todo.

—Vusté también m'hijo.—confirma el viejo.—Vusté está muy acuerpao y muy macizo.

—Pero no se vayan a casar muy de mañana, pa que los viamos bien.—dice Nicanor.

—Escuro, escuro va'ser eso, niño Nicanor, pa que no nos vigén ni nos trisquen.

Nicanor arregla el joto; se lo carga el mozo al hombro y se despide.

—Bueno, ño Matica: cuénteme qué hubo del diablo di'oro; se lo sacaron o nó?

—Pes... yo ni sé qué decile, Nicanorcito; eso lo golvieron ai un patiadero que no quedó ni señal de casa, ni de güerta, ni de cercao, ni de chamba.

Ai covaron todo lo que les dió su gana y no les valió ni an los regaños de mi'amo el señor cura ni de l'autoridá. Eso parecía mesmamente un convite como pa un arao. A yo me parece que no dieron con el tal diablo, porque siempre si'habería divulgao, manque se l'hubieran sacao de noche. Y aónde li'hubiera dao l'agua al que se l'hubiera topao!... Ai estuviera con ese maleficio tan medroso y tan triste que mató al dijunto Chalarca! Yo lo vide a él y esu'era mesmamente com'un alimal de monte, gatiando desnudo y muy deshonesto y jartando yerba y hozando que ni cuchino sin argolla. Y nu'ha de ver, Nicanorcito: ni'an vivíamos aquí, sinó en Chorrojondo; pero me metí de tentao y vine a vigialo con otro; así me pesen mis culpas! Mateita sí no quiso venir a velo.

—Pa que me pusiera como vos, que no podías ni'an dormir del recelo que te pañaba? Es qu'éste ha sido siempre tan novelero y tan ocioso!...

—Pes asina mi'haría mi Dios, Mateita. Y eso no me parece a yo tanto pecaio; pior es el que comete usté con esas viarazas y esas alegaderas tan calorías que le pañan de presto.

—Porque vos me buscás cambamba con todas tus olletadas y tus inguandias!...

—Eso es mejor así, ña Mateita. Matrimonio que no pelé, es porque no se quiere. Y qué opina usté d'ese diablo tan buscao?

—Pes... de qu'está, está, niño Nicanor. Ña Melchorita nu'iba a meter mentiras. Es que nu'han buscao sinó ond'era el rancho y en la güerta, y eso deben buscalo fuera del cerco, porque siempre deb'estar algo lejos. Yo creo qu'está de la quebraíta p'acá. A yo no me da miedo, como a este embelequero, qui'ha dao en cogeli'azar a toda la manga,

porque le parece qui'onde pone la pata lo puede pisar y pañar algún maleficio. No lo ve con quimbas como si fuera algún caminante por tierras pedregosas? Como si esos cueros no costaran plata... Es tan pelicerrao que cré que la sol'imagen del Patas es perjudicial.

—Sí lo creo, Mateita!... No se cierre di'arneses... Asina como l'imagen di'un santo hace milagros, asina mesmo hace milagros endiabloas l'imagen del Patas.

—Oiga, niño Nicanor, con las que sale este viejo!... Si l'imagen del diablo hiciera daños, no la tendría mi'amo el señor cura, tan patente y tan azarosa, en la urna del Alcángel San Miguel.

—La cabecidura es vusté, Mateita. No ve qu'el Alcángel lo tiene bien pisotiao y con la lanza bien jundida en l'arca d'ese cuerpo maldito? Y también porqu'en las casas santas está la Santa Cruz. Go si nó, ya ve don Jerónimo cómo se puso tan fatuo, él qu'era tan racional; y ya ve lo del di-junto Chalarca.

—Es que vos ni'an ti'acordás de las cosas! Acordate di'aquel sermón tan lindo que predicó mi'amo el señor cura, recién venido, di'un mandón muy malvao y muy perverso, que mi Dios pa castiga-lo dend'en vida lo golvió alimal de cuatro patas. Y quién sabe ese ño Chalarca, mis palabras no l'ofendan, cuántos pecaos tendría a cuestras!...

—No diga eso, Mateita qu'eso es pecaos. Idiale faltas a los di-juntos, es pior qui'a los vivos...

—Caminá, viejo, vamonós, qu'estamos aquí perdiendo el tiempo y molestando al niño Nicanor.

—No se vayan todavía, que no me han con-

tao de Elodia.

—Pes no sabe, niño Nicanorcito?—repone el viejo. —Allá l'hicimos un caedizo detrás de la cocina, y y'está más sosegaíta, con ser qu'en cas del señor cura nu'hacía sinó gritar y desesperase. Ai le cercámos un pedacito pa la güertecita, y'ai lo tiene ya todo muy pelechao. Y siempre sali'a buscar su chamiza y a lavar la ropa.

—Lo qu'es comida... ya no la quisiéramos pa nosotros—añade la vieja.—Tanté, niño Nicanor, que lunes por lunes le lleva Sebastián el costalao de limosnas que li'hace recoger misiá Genovevita, por tiendas y mercao. Ai se pasa moliendo y pegada al jogón rezando, go conversando con otro gato que le consiguieron. Comu'es tan asiada, el señor cura está muy a gusto. Ya nu'es tan arisca pa la gente, porque los muchachos como la vigiaron tanto en el pueblo ya no la sorrostrican. Mi'amo el señor cura dice qui'a ella no le da miedo dormir íngrima, porque también es santa como ña Melchorita.

—Y a ustedes siempre les darían reliquia de la mantellina, no?

—Sí, Nicanorcito; la niña Luisita nos regaló dos pedacitos a yo y Mateita, en unos taleguitos hechos con mucha curia, y ai los cargamos colgaos del rosario.

—Muéstreme, ño Matica.

El viejo mete la mano por el cuello desgolletado de la chamarra y saca el amuleto. Nicanor palpa con los dedos el diminuto relicario y exclama con mucha unción:

—Ustedes sí que son de buenas, ño Matica! Y así le da miedo de pisar donde está la imagen del diablo suelto? Entonces no es tan buen cristiano,

ño Matica! Con esa reliquia puede hasta pisarle los cachos al diablo, a pata limpia.

—Asina será, Nicanorcito? Peru a yo siempre me da medio recelo porque no puedo cargar la reliquia en la plant'el pie.

—Caminá viejo, y no digás más burradas!

Nicanor se sale a la esquina seco de risa, atisbando a los dos viejos que zancajean calle abajo.

Una noche me dice Cantalicia:

—Vea, Eloicito: le voy a contar una cosa muy buena. Esta tarde me dijo el señor cura que ya había dao contesta el dotor Salgao, y que le manifiesta qu'estas cosas no se pueden hacer a la carrera; qu'eso hay que pensalo, muy bien pensao, pa conseguile el papá y la mamá que más le convengan; qu'él, personal, no lo lleva a su casa, porque su señora es muy enferma y la que le brega los niños es una cuñada viejona qu'es muy brava; pero qu'él sigui'haciendo las diligencias en la Cabcera y en La Villa, pa arreglale todo, muy bien arreglao. Es'es un dotor muy bueno y muy sabido, y allá verá que todo sale muy bien. Yu'he visto, cordero, qui'a usté le va güeniando la cosa, porque lo veo por ai como contentico. Pero com'usté tiene tantos misterios, quiero que me manifieste su verdá.

Vacilo, recapacito, y al fin desembucho:

—Ya no me da mucha tristeza. Pero aquí, en Aguaslimpias, no habrá alguna casa de gente principal?

—Vea, cordero: usté, con todo lo qu'entiende, nu'ha cogido bien la cosa. Vea: usté nu'es un cualesquiera: usté es un niño de sangre muy noble y que no puede crecer entre gent'inorante y ñapan-

ga y sin pizca de buena crianza, aunque hay algunos muy hombres de bien y de muy buena conducta. Pa eso lo dejaba aquí en esta casa o en la de mano Juancho. Más buenos no pueden ser... En mi almorzadero tampoco puede quedarse, porque cómo va a vivir usté conmigo y con Catana, que semos unas tristes cocineras? Usté lo que necesita es acabar de criase con una familia noble, de mucho respeto y mucho tono, y que sean muy virtuosos. Ni aquí en este pueblo tampoco puede quedarse por qu'esta nu'es gente pa usté. Las malas compañías pervierten hasta los santos, y aquí hay mucho zambito malcriao y mucha gente mala, aunque no tanto comu'en Orofino. Por eso no lu'hemos puesto en l'escuela, porque se vuelve comu'el caifás de Damiana y aprende muchos dichos feos y se pone como la gentuza. Y com'usté es tan entendido y tiene tanta capacidá pa todo y le dit'el estudio, por algo será. Si mi Dios se llevó a sus padrecitos y lo dejó solo, es pa qui'usté tenga que salise a otra parte onde se pued'educar y aprender a trabajar en un oficio de blanco. Es qui'usté no sabe, Eloicito, que pa ser sabido hay que ir muy lejos? Ya entendió?

—Sí.

—Entonces siga estudiando y aplicándose más, pa que cuando se vaya vean en otras partes qui'usté sí es gente. Fíjese bien en las maneras y en el trato del señor cura, de Nicanor y d'ese maestro nuevo. Eso sí es gente que tiene buenos modales; porque los demás, aunque sean muy hombres de bién son unos ordinarios. Me sigue estos consejos, Eloicito?

—Sí.

Y los sigo hasta donde las fuerzas me alcanzan. A tal punto que se me consigue muestra de

letra inglesa, papel, pluma y tintero. Qué orgullo el mío! Desde el paloteo principian el esmero y la parejura. Vienen las letras, vienen las palabras, y aquí de mi ojo para la forma, para el grueso y el perfil. Mi firma, que pasa de lo gordo a lo menudo, se multiplica en mil papeles, sin rúbrica ni cosa parecida. En lectura y numeración no las tengo todas conmigo: si junto lo escrito, no junto lo fonético. El señor Hernández logra meterme en la cabeza el sistema numérico. Lamenta no tenerme en su escuela.

En la tienda, donde no tengo por qué escuchar a la traición, oigo y aprendo muchas cosas.

Un día entra Cristinita, estira que más estira, hasta una libra de alfandoque. Nicanor le despega un pedazo y se pone muy en ello.

—Este cochino!—regaña ella, muy puesta en razón.—Tenés cara d'estirar eso sin lavarte las manos?

—A mí siempre me gusta comerme los mugrecitos que son míos.

Y, oh dicha del amor arrimado! Le besuquea el arranque de una trenza, fingiendo con mucha zalamería que muerde y mastica.

—Este bobo!... Eloicito: Usté, que sí es asiao vaya lávese las manos pa que venga a estirar.

Obedezco al vuelo, y hétenos a los tres en plena tiratira. A estas entran Emiliana y la mujer de Rufino.

—Vean este par de pergüétanos... —bromea la soltera.—Cristinita no me parece raro: esa todavía puede jugar muñecas; pero este viejorro, ya tan barbao... no te da vergüenza?

—Mucha, ole Emiliana!... Es que la vergüenza es tan sabrosa...

—Qué vas a saber de vergüenza, si no la conocés ni por el torro!...

—Ya supe qui'habían venido Solina y Gumer-sinda a sacar unos cortes empapelaos, y que vos les lambites y les zalamerates como si fueran tus novias.

—Sí, ole Emilia. Y quedámos más amigos que en los tiempos di'aquéllos aguinaldos!

—Ave María Escribano!... Después de todo lo que trisconiaron tu casamiento...

—Pues por eso mismo, ole Udosia... Solamente a ustedes las Arroyaves y a Gorgonito el de ño Matica les choca que los trisquen.

—Y vos qué decís Cristina? —interroga Emiliana.—No te parece tu marido muy zarazo?

—Este almártaga no se le da nada por ninguna cosa!...

—Y el tal Rufino es por el mismo encarte—a-poya la cuñada.—Es'es achaque de los Builes; pero este Escribano sí es el pior... Pero las de casa siempre nos picámos mucho con todo lo qu'echaron esas creídas tan aborrecibles!...

—No siás tan ingrata, ole Udosia... Si las Marines no las triscaran, ni las tres Arroyaves, ni las cuatro Agudelos, ni Luisita tendrían qué hacer, porque las ocho viven ocupadas con lo que dicen o no dicen misiá Ursulina y las hijas.

—Es que te parecemos mujeres sin oficio?—replica Emiliana.

—No, ole: es lo contrario lo que quiero decir: que viven muy ocupadas. Y hacer cuentos y chis-

mes y descuerar a la gente, es el oficio más útil y más sabroso que pudi'haber.... Qué tal que en la vida no hubiera chismes... Ah aburridora que sería! Y los más buenos son los que uno mismo se mete...

—Pues no te parecerá tan sabroso... —Argumenta Emiliana.—Porque vos siempre las vivís defendiendo...

—Defender también es chisme, ole Emilia. Yo les doy la pita y ustedes la enredan...

—Callá la boca, embelequero; y jartát'eso pa que te lavés esas manos, que nos tenés qu'enseñar unos cortes empapelaos, de gasas y linones muy lindos, que dizque abrieron el sábado.

Conforme lo pide se hace. Qué vacilación en aquellas escogencias. Mas de repente, pregunta la soltera:

—Y estos cortes como que vienen repetidos?

—Sí, cómo no... —dice Cristinita, siempre estirando.—Mi papá siempre trae repetidos los más bonitos...

—Como no vayan a resultar estos dos que más nos gustan iguales a los de aquéllas... Porqu'e-cha a decir que las estamos imitando.

—No creás!... —dice la costilla de Rufino.—Por lo que me dijeron las Agudelos, los d'ésas son de rayas y flor.

—Pues mejor que resulten iguales... Digan ustedes que las imitadoras son ellas. Así se ve que se tiran con armas iguales. Y paguen o digan si apunto, porque tengo que tomale la lección a mano Eloy.

—Sí!... Ya sabemos que te metites de maes-

tro... —burletea Emiliana— y que entre alpargate y alpargate le jalás a los libros y aprendés con el señor Hernández. Éllo dirá, un doctor a pata limpia y tan ruanetas...

—Pues ya me verás chirriando bota y con muda de chaquetón y chaleco y corbatín y reló con cadena. Hasta bastón voy a conseguir, como los doctores de La Villa...

—Ojalá fuera cierto pa que le dieran en qué morder a la vieja Ursulina!... —dice Eudoxia.

Por fin se entran con Cristinita y nos dejan en paz.

Esa tarde, a poco de haber llegado el señor Hernández, irrumpe en la tienda el señor cura. No bien se sienta, dice:

—Vengo a tratarle, Nicanor, de cosas viejas y a hacerle algunas aclaraciones. Esta tragedia de aquí me há tenido tan pensativo, que hasta tuve que escribirle una carta a Salgado, para que me explicara un poco más sobre el asunto. Usted se acuerda que él dice en la carta sobre don Jerónimo que todo eran patrañas de ña Melchorita. Yo no puedo creer esto. Yo, que le conocía la conciencia, juzgo que era incapaz de mentir y de jurar en vano. Por eso creo que ahí debe haber algo enterrado, sea figura o cualquier cosa. Y vea lo que me contesta:

Como mano Eloy conserva esta carta, la copia.

Se cala los anteojos, saca la carta y lee:

«Mi querido amigo y capellán:

Después de meditarlo mucho, doy contestación a su apreciable del trece del presente. Con mucho gusto me explicaré sobre el asunto, según mi leal

saber y entender.

Es posible que la vieja Melchora no hubiera mentido y jurado de mala fe. Es posible que ella tuviera por evidente cuanto contó y afirmó a don Jerónimo. Usted sabe que hasta personas de muy buen criterio toman muchos errores por verdades. Por lo mismo, no son embusteros de mala fe, sino víctimas de sus propias equivocaciones. Por eso creo que la vieja sí pudo haber tenido algo enterrado, y de ahí vino la seguridad con que le habló a don Jerónimo. Ahora bien: el tal Chalarca debía estar ya enfermo cuando llevó el ídolo o lo que sea. Por lo mismo, pudo tener por verdades sus mismas invenciones y disparates. El diablo de oro es completamente inverosímil, porque esas guacas de Morrolargo han sido explotadas desde hace muchos años, y yo no tengo noticia de que allí hayan sacado ningún objeto de gran valor. Cabe suponer, en buena lógica, que el tal Chalarca se encontró o se consiguió algún pedazo de candelabro, incensario o cualquier cosa de iglesia que tuviera alguna cabeza de cordero o algo así, y determinó en su locura que era un ídolo muy valioso de los indios. Se lo llevó a la vieja, y ella, que no lo suponía enfermo, le ayudó a enterrarlo como un tesoro muy valioso. Por lo mismo que era un loco, pudo darle todas las instrucciones y consejos que ella contaba. Esta enfermedad no es otra cosa que una descomposición cerebral, que tiene muchas formas y manifestaciones, y que se desarrolla lentamente. Por lo mismo, las mentiras de la vieja eran hijas de su credulidad, de su fantasía y de su ignorancia. Por lo que me han contado, ella debió ser un ejemplar de persona naturalmente visionaria y alucinable.

Así es, mi querido amigo y capellán, que en la

viejecita no hubo malicia de ninguna clase: era una engañada por sí misma y por su marido. Usted sabe mejor que nadie cuán raro es conocer el lindero que separa la verdad de la mentira. Añádale a esto la chochez, la ignorancia y lo que agranda y poetiza el recuerdo, y me tiene explicado el caso lógicamente. Así y todo, bien pudo ser alguna figura valiosa, aunque a mí no me parezca.

En cuanto a su recomendado, el niño de don Jerónimo, sigo haciendo todas las diligencias, y en diciembre, que vaya a Medellín, veré si hay alguna familia de Orofino que esté en buenas condiciones para recibirlo. Eso lo tengo como un deber entre todos los que nos llamamos cristianos. Aun aquí mismo pudiéramos colocarlo, pero eso lo debemos meditar muy bien, porque, le repito lo que le dije en mi anterior, este es un caso muy especial. La intención de la sirvienta que lo crió, de pagar el sostenimiento del niño, revela mucha caridad y abnegación; pero esta paga se presta para volver el concierto, por parte de los tutores, un asunto mercenario, y no el amparo, cariño y protección que el huérfano necesita.

Le deseo mucha salud y bienestar a Ud. y a su respetable familia. Soy de Ud., mi estimado presbítero, su amigo e hijo en Jesucristo.

Braulio Salgado».

—Ya ve pues, Nicanor,— agrega el cura— que yo no andaba tan errado cuando aseguraba que esa pobre vieja era una bienaventurada. Qué dice usted, señor Hernández?

—Me parece, señor cura, muy sensata la exposición que del asunto hace el doctor Salgado; ese es un hombre de tantas luces y de tanta síndere-

sis!... Un cerebro relajado como el del citado Charlarca, determinó que era de oro fino cualquier figura de metal vil sobredorado, construída por nuestros aborígenes. Es muy posible que ellos conocieran el sistema de galvanoplastia.

Yo me pasmo. Siempre me había parecido muy sabido el maestro, pero nunca le había oído una retahíla tan linda. Hablaría yo así cuando fuera doctor? Pienso que el padre Juan Nepomuceno va a echarle una contesta muy sabida, digna del dómine, pero se contenta con decir, allá con mucha simpleza:

—Usted como que es muy leído, señor Hernández...

—Un poco, señor cura: los que profesamos el magisterio, tenemos que encimarle mucha lectura a los estudios.

—Y usted qué opina, Nicanor? —pregunta el párroco con cierta sorna.

—Qué va a opinar un pobre montañero, señor cura!...

—Por lo que me han contado, no cree en el entierro del diablo de oro, y hasta ha dicho que ña Melchorita era también una loca.

—Sí, mi padre. Ni modo de negárselo. He creído que toda esta calamidad se ha venido enredando entre tres deschavetaos; y tengo que pensar así, porque yo soy otro tan deschavetao comu'ellos!..

—Oigale, señor Hernández, la salida!...

—No, mi padre; no es salida. Yo no sé si ña Melchorita sería loca de por entero, pero siempre me pareció medio maniática o idiática... no sé cómo se dirá. Como yo no la confesaba, como usted,

no creía que fuera santa. Pero si es malo creer esto no lo sigo creyendo, mi padre, porque yo nunca he hecho juramento de pensar siempre de la misma laya. A más de esto, debo atenderle y obedecerle a usted en todo.

—Otra salida!...

—No, mi padre; dispénseme: antes es entrada; porque tendré que creer, de ahora en adelante, que sí era santa.

—Por qué nó?—repone el dómine.—A muchos que hoy veneramos en los altares, los tuvieron por locos sus coetáneos. Y usted bien sabe, Nicanor, que el mismo Mártir del Gólgota—quitándose el sombrero— también fue reputado como loco.

—Oiga, pues, Nicanor!...—exclama el cura.

—Oyendo estoy, mi padre. Usted nos explicaba en la escuela que los santos son muy perseguidos, porque el diablo tienta muchas personas pa que los acosen, y nos ha enseñao en los sermones todo lo que puede el diablo, que hizo caer a muchos santos y hasta le quiso echar zancadilla a Nuestro Señor Jesucristo; pero vea, mi padre: se li'ha olvidao decir qu'el diablo labrao en oro es más violento qu'el de verdá; ya ve todo lo que lu'han buscado en Morrolargo; pero están fríos: el diablo di'oro no hay que buscalo en la tierra: toditos lo tenemos enterrao en el cuerpo, como lo tenían ña Melchorita y don Jerónimo, y apenas mi Dios con toda su corte celestial podrá sacárselo de la cabeza o del entresijo, o de quién sabe dónde, a tanta montonera de cristianos. Y vea qué tan deschavetao soy yo, mi padre: hasta me parece mejor así: por ese diablo di'oro han habido tantos trabajos y tanta cosa, y come tanto pobre, y han sacao los ingleses tantas paradas y tantas inguandias

en que el pobre puede trabajar y el rico conseguir más plata. Si no tuviéramos metido este diablo di'oro, entonces si qu'era cierto que los demonios de verdá nos fregaban, viéndonos bien aburridos y bien pobres, sin encontrar nada qui'hacer... Razón tiene ño Matica: esta imagen di'oro hace milagros endiablaos!...

—Vea, Escribano:—dice el cura, muy sonreído—Estaba muy contento porque sabía que estaba estudiando con el señor Hernández; pero mejor es que se quede borrico como estaba, porque si aprende mucho no lo aguantamos.

—No le dé cuidao, mi padre. Borrico me quedo, con mi enjalma; no tengo riesgos di'alcanzar a burro de silla.

Y con no sé cuántas cuchufletas se despide el párroco. El maestro sigue derrochando sabidurías, y yo boquiabierto. Por qué no le dirían doctor al señor Hernández?

Pasa la fiesta de la Virgen de las Mercedes, patrona del lugar, con muchas solemnidades religiosas, bastante aguardiente y juego, muchas escandaleras, y riñas más o menos cruentas entre mineros y gentuza forastera; lo que no pasa es la grande emergencia que de tales festividades ha resultado: Ricarda se ha pescado un fiestero de los lados de La Villa, muy cachaco y muy rico, aunque algo ñapango y tahir. Es noviazgo en toda regla, y el casorio será en el próximo enero, no bien se abran las velaciones. Los comentarios no cesan, y Emiliana asegura que se derrite en la nuca el tal casorio. Nicanor sostiene que es cosa hecha; que el novio tiene muy buen gusto y que se presenta una ocasión feliz para que las Arroyaves se venguen burlándose de tantas finuras y novedades como habrá de sacar doña Ursulina.

Una mañana de octubre, antes de las seis, nos ordena don Cupertino a Tocayo y a mí que partamos al punto a La Montañita. Quiere que descansemos de los estudios, enlacemos, montemos en pelo y tomemos harta leche. El irá por nosotros cuando le parezca. Cantalicia y misiá Cristina ya nos tienen el equipo de cobertores y almohadas, no sé cuantas libras de panela y de tocino, y cuantas bolas de chocolate con harina.

La dicha nos hace volar y nos bebemos aquella legua antes que lo pensemos. Los caseros y sus hijos nos reciben y tratan a cuerpo de rey. Qué felicidad campar por nuestros respetos por esas mangas y corrales, esos montes y esos rastrojos; qué retozos con los muchachos de ño Toño, con las yeguas motilonas, con los terneros y el lazo; qué chapoteos en esas aguas tan cristalinas y en ese chorro tan espumoso; qué panzadas de sancocho y de frisoles; qué bogar de leche, a pie de fábrica; qué migotes de quesito, en aquellas totumadas de cacao montañero! Ni rezamos el rosario, porque el sueño nos rinde; apenas anochece caemos como muertos sobre los cueros de vaca que nos han tendido en dos rincones de la sala, a lado y lado del granerodespensa.

Poco nos dura la dicha. Apenas han pasado dos amanecidas, cuando llega don Cupertino en el caballito de San Francisco. No bien almorzamos alza con nosotros. Muéstrase muy contento con todo lo que hemos gozado. En un santiamén estamos en el pueblo. Al entrar en el zaguán sale misiá Cristina muy alegre, y previos los sobijos y exclamaciones, dice misteriosa:

—Sentate, Cupertino, con estos muchachos, pa que se refresquen, porque ahora tienen que entrar aquí al aposento de Cristina pa mostrales una cosa...

—Qué es la cosa, vieja? Decime de una vez.

—Pues qué te parece: le resultó cierto el sueño a la muchacha. A un ratico de haberte ido se levantaron estos dormilones y se pusieron a desayunarse en el corredor de la cocina, cuando oyeron unos gemidos y un lloriqueo como de un gatico; se asomaron al platanal, y ai se toparon un muchachito, puestecito en la mata de malva, como el Niño Dios, tiritando de frío el angelito. Ai mismo lo cogió y lo envolvió Cristina en el delantar, y corrió con él al aposento pa calentalo. Ai está acostada con él. Y el Nicanor es tan novelero, que al momento determinó que le pusiéramos cortinas a la cama y tapó todas las hendijas de la ventana pa qui'al niño no l'hiciera daño el viento. Qué tales qui'hasta colgó trapo en la puerta, pa más seguridad.

Ni Tocayo ni yo pronunciamos palabra.

—Colemos ya, vieja, que ya'stamos frescos.

Entro desconcertado. No creo bien lo que nos cuentan y se me forma el consabido enredo. Entramos a la sala. Las ventanas están cerradas. Misia Cristina levanta un canto del velo, y precedidos de don Cupertino nos colamos, uno tras otro. Nada alcanzo a ver en aquella oscuridad. Misia Cristina rastrilla un fósforo y prende la vela. Levantando la cortina del lecho saca un rollito de bayeta colorada, por donde asoma una como mascarita muy fea, bajo un trapito blanco sujeto con una tira.

—Véanlo qué tan grande—dice la señora como en secreto.—Tiene los ojitos negros y muy bonitos: pero ni se los hemos podido ver bien porqu'es muy dormilón.

Don Cupertino le pone los dedos en la barbilla,

y la criatura hace una mueca muy fea, torciendo la carita.

—No vas a despertalo, pobrecito! —Y apretándolo en su regazo, agrega:—Cómo te parece, Tocayo?

—Más bien feíto, mamá....

—El se compone—musita la dueña del niño tras de las cortinas.

—Fue que aguantó mucho frío esta mañana, el pobre, y todavía no ha entrao en calor. Quién sabe cuántos días tendrá qu'estase Cristina en la cama, culequiando con él, pa calentalo como a un pollito. Y ya que lo vieron sálgasen todos, porque todavía no puede aguantar bulla.

Los tres obedecemos. Ni Tocayo ni yo conocíamos niño recién nacido, y adivino en su cara el mismo desencanto que yo siento. Cuando me soñaba un hermanito, me lo figuraba así como los ángeles de la Inmaculada. Don Cupertino toma el corredor, derecho a la entrada de la tienda, y nosotros cogemos el zaguán.

—A mí no me meten ésa!... —me dice Tocayo, ya en el portón.—Vos que decís, Eloy?

—Yo no sé, Tocayo....

Tocayo me habla de vacas y terneros, y el enredo se enmaraña más bajo mis crespos. Estefa nos llama para que tomemos la masamorra con leche y el tronco de panela. Acudimos al comedor, que es un rincón destapado, sin reja ni más puerta que la doble de su magna alacena; en una esquina se alza y ajusta el sacro tinajero de tres patas y dos pisos. Qué lujos y qué profilaxia! Arriba un azafate o bandeja con copas verdes de vidrio, seisavadas, con relieves de Napoleón y Eu-

genia en dos caras opuestas y flores en las demás. Abajo el orondo tinajón con su tapa de palo y su pintura roja, encajado en un roto circular, elimina gota a gota en un platón de roble, para que aquel suelo apisonado no vaya a humedecerse con aquella linfa purificada con escobababosa y terrón de azufre. Es asunto tan grave y delicado el sacarla de aquel recipiente, que allí cuelga de la enalada pared el canjilón de lata, inaccesible al labio más osado. Su boca es de puntiagudos picos; su asiento, cónico; a un lado el asa de dos cuartas, para que ningún dedo profano vaya a tocar la superficie de aquel depósito sagrado; al otro la oreja semielíptica, para colgar el artefacto muy arriba, cual emblema pulquérrimo de la Higiene salvavidas.

Manteles? En los días tremendos; si no que en esa mesa, enjabonada a diario, quedan las arepas y el montón de cucharas mejor que sobre linos y alemaniscos.

Tocayo despacha aquello en dos voleos y yo me quedo puliendo, como dice Nicanor. Sale éste por la puerta de la trastienda, con pasos y ademanes infantiles; se me aboca y me echa un brazo.

—Cómo vino de quemao, mano Eloy! No ve que lo hemos tenido tan encerraíto?... Apuesto a que no le pareció bien bonito el niño!... Yo sé que usted es muy regodión; pero ya lo verá di'aquí a dos meses lo cuadrao que se va a poner. Hoy lo vamos a bautizar. Cuál nombre le parece bonito?

—Pues... Nicanor... así como usted...

—Le parece bonito ese nombre, mano Eloy?

—Más bonito que todos!...

—Ah, usted, mano Eloy! Hasta brujo es. Ese es

el nombre que quiere Cristinita. Ahora viene Cantalicia, para que lo mude bien y vamos al bautismo. Ella se ofreció para llevar a Nicanorcito. Y hay que ponerle también el nombre del santo de hoy que es San Rafael. Pero lo dejamos así como usted y Cristinita dicen. Vamos a quedar en esta casa tres pares de tocayos; vea qué tan bien, mano Eloy.

No tarda Cantalicia. Trae un cesto repleto de pastillas de chocolate sin harina. La sigue Catana con una bandeja de bizcochuelos, todo aquello muy tapado. Es el obsequio que dedica a Cristinita.

—Ave María, Cantalicia,—exclama misiá Cristina—Sí que me da pena que usted tan pobre se ponga en esas...

—Por lo mismo, señora: los que nada tenemos no tenemos por qué perecidar; eso pa los ricos.

Pronto sale el acompañamiento para el gran bateo. Ramoncita y don Cupertino, que son los padrinos, chirrían, él sus botines de vaqueta, ella sus guacintones domingueros. Nicanor, Tocayo y yo, con lo mejorcito de nuestros indumentos. Y delante de todos, puliendo el paso, lleva Cantalicia a la criatura. Vieras la india! Saya y pañolón de merino, y la criatura cubierta con otro de raso, muy floreado, que ha prendido misiá Cristina a la espalda de la portadora con un broche de loza con la imagen del Corazón de María. En el atrio nos esperan otros deudos: los hermanos menores y los sobrinos mayores de Nicanor.

Jamás había presenciado la ceremonia del sacramento inicial, y me admira todo aquel rito. Mas no tengo ojos sino para observar al recién topado. La carita sigue pareciéndome muy fea, y

más con los gestos que hace al probar la sal y al sentir el chorro de la gracia; pero las manitas sí me parecen como las de los angelitos que ahí cerca le hacen pruebas y posturas a la Inmaculada. Y el enredo sigue: si se lo habían encontrado esa mañana cómo habían podido hacerle tan pronto aquel vestido y aquel gorrito y aquella bayeta tan laboreada? Yo interrogo con mis ojos los de Tocayo, pero nada me dicen esos ojos. Antes de salir me arrodillo ante la Inmaculada, mas no rezo. Repaso los angelitos y no les encuentro, fuera de las manos, parecido alguno con el bautizado.

Todo el Juancherío nos acompaña hasta la casa. Don Cupertino abre la tienda. Mano Juancho se adelanta hasta el portón, y ordena con autoridad de físico sapiente:

—Ramona: Entrese con la mera Cantalicia y ajusten la puerta pa qu'estos muchachos no se vayan a colar a hacer retozos. Ya conocieron el niño, bien conocido. Quédesen aquí en los corredores, pero sin hacer bulla.

Esta vez sí me hace ojos y bocas el Tocayo.

De pronto veo mantel y plato con cosas en la mesa. De seguro que todos auguramos muchas felicidades, porque, aunque silenciosos, salimos al portón muy rostriplácidos.

—Vámonos pa la tienda—convida Tocayo.

Nos vamos; pero como nada nos dicen don Cupertino ni el convidador, ahí nos quedamos hechos unos bobos, y de repente todos estallamos en risas. Nos asomamos a ambas puertas. Por la esquina de arriba vienen unos muchachos, como en atisba; Israel les mide puño y el Tocayo les saca tamaña lengua, bizquea que bizquea.

—Cuenta, pues, Tocayo!—regaña el papá; y levantando la tapa del mostrador y abriendo la puerta, manda:

—Cuélesen aquí a la trastienda y retocen lo que quieran, hasta que los llamen.

Sigue la risa y los Juanchitos no acaban de maravillarse de tantas trampas de ratón como tienen en tienda y trastienda. Aquel risoteo medio lícito, medio clandestino, con la perspectiva del próximo llamamiento, aumenta las delicias y los secretes. Con disimulo nos asomamos a la puerta que da al corredor, a ver cómo pinta la cosa. Por ahí andan Nicanor, señoras y criadas, en no sé cuántos ajetreos. El conciliábulo aumenta. De súbito asoma Nicanor por la puerta de la calle y dice:

—Cierre, mi suegro, que ya nos esperan.

—Qué destapo, mi yerno: Bálsamo de los Pirineos o Rosolí?

—Pues... Bálsamo para las señoras y la muchachería; para nosotros, una mediecita de Oporto; no le parece?

—Sí, mi yerno. Y hay que mandarles esta tarde su buen trago a todos los de su casa.

Aquello con Bálsamo de los Pirineos me maravilla. Yo, que he deletreado tanto el nombre de esa agüita en aquel papel con monte pintado de tantos colores y en aquellos frascos planchos como cantimploras, dejo la admiración para entrar en el ensueño. A qué sabría aquello? A gozar! A gozar! Si lo supieran esos piojosos de la esquina para que les diera harta envidia!... Ah bueno que Nicanor sacara los frascos por la calle! Si Escribanito me ha causado algún desengaño, la mesa supera a mis fantasías. Pero a Nicanor nada lo supera. Des-

pués de atender a los viejos con las copas de vino y los bizcochuelos, me toma de un brazo, me quita la cachucha y me lleva al taburete cabecero.

—Ya ve, mano Eloy, que no hay plazo que no se cumpla. Desde que vinimos, hace dos años largos, les prometí hacerles un refresco, y ya ve.

Y va acomodando en las bancas de lado y lado y en los taburetes a toda la chiquillería. Más que Cantalicia nos sirve y nos escancia Escribano.

—Ya ven, muchachos, qué tanto tono se van a dar. Como han crecido tanto, ya son como gente grande. Van a estrenar copitas y platillos que sacamos de la tienda.

Toma su copa, y con tono y aire de disciplina la levanta y dice:

—A la una!... A las dos!... A las tres!

Todos hacemos lo que él hace y al golpe de las tres prueban tantos labios infantiles aquel licor que no soñaran. Aquello es un relámpago de dicha. Las cupulillas se agotan, mas no tenemos tiempo de relamer demasiado, porque principia aquel regodeo, que no por ser abundante deja de ser infantil. Los cuatro abuelos se salen a contemplar el cuadro.

—Pero vean a este bobo! —exclama Ramoncita.—Aunqu'está de papá sigue de muchachochiquito. Ai lo veo gozando más que todos. No le parece, don Cupertino, un yerno muy sin fundamento?

—Es qu'Escribano li'hace a todo...

Pero no puedo seguir oyendo la conversa porque las uchuvayas y los pepinos, las empanadas dulces y los merengues, las panelillas de guayaba y de coco, los cascotes de naranja y el sango de moras,

nos absorben por completo. Poca palabra, porque el trajín de muelas, carrillos y gáznate no la permiten. Con el vaso de horchata terminan aquellas glorias de la gula. Y de ahí mismo nos empuntan a espeta-perros a casa de mano Juancho, porque no consienten rochelas que puedan enfermar al niño.

Escoltado por tantos héroes muñeques y por tantas heroínas pellizquetas, qué enemigos puedo temer?

El domingo siguiente vienen los Juanchos y los Peruchos a conocer el retoño. No han venido de noche porque untados de sereno no pueden entrar a esa alcoba de las precauciones. Eso ha de ser uno tras otro. El primero es Rufino; y como aún no ha principiado la gran venta, Nicanor lo acompaña. Yo corro a asomarme por un ladito del telón. Prenden vela. Rufino recibe el niño de manos de misía Cristina, y lo sopesa, muy ducho en el asunto. Se sienta muy tranquilo y le mete conversa:

—Hombre Escribanito!—poniéndole el índice en la boquita.—Estás muy macuenco y muy mantenido! Tu taita nos echó cacho a Zoro y a mí. Vea, misía Cristina: préstemelo por tres días...

—Qué va a hacer con él?

—Es pa que Pastorita Valdés conozca la pinta, siquiera en mano ajena...

—No vengás aquí a hacerme cuentos—interviene Cristinita tras el velo—que éste ya me contó todo el hechizo. Y andate ligero y no vengás a embromar más con tus bobadas, porque nos hace daño.

XII

Este es acaso mi último esparcimiento en aquella población que tendría de abandonar cualquier día. Mis tristezas por esa partida inevitable van cediendo lentamente ante la perspectiva de lo desconocido; que siempre fue lo ignoto lo que más y mejor atrajo a todo bicho humano. Me doy a entender que debo aplicarme a mis estudios, para habérmelas con gentes y tierras nuevas. De Orofino y el río, de Aguaslimpias y Morrolargo hago un batiborrillo para fantasear el lugar que me reserva el destino. En cuanto a personas, tal vez no encontraría otra Cantalicia ni otro Escribano; pero la demás gente, según mis protectores, había de ser muy superior a la que conocía. Otra madre-cita que reemplazara la que tenía en el cielo... ni suponerlo. Mas, como ella me acompañaba siempre, aunque no la viese, no podría abandonarme allá como no me abandonaba aquí. Papá también me acompañaba en todas partes; pero con mucha tisteza siento en mi conciencia que puedo encontrar otro mejor. Profunda amargura experimento al consignar esto en mis memorias, pero me he impuesto por norma la difícil sinceridad.

Engolfado en mis estudios ni sé cuánto tiempo transcurre. Hay aguinaldos y pesebres; se casa Gorgonito; Emiliana se derrite en la nuca el casorio de Ricarda y su cachaco, que fue con mucho

rumbo y novedades; ya me dejan cargar a Escribanito; ya le sé sus gracias y lo admiro en toda su perfección, que va creciendo con él.

Un día me voy con David e Israel a casa de mano Juancho, donde estaré hasta las siete, para volver con los viejos después de rezado y merendado. Pero hé aquí que antes de las seis comparece Cantalicia por esos lares y alza conmigo.

—No ve, cordero?—dice, en cuanto emprendemos la marcha.—Yo se lo decía! La Virgen no nos dejaba colgando bimba! Ya le vino el papá, a conforme lu'amalayábamos. Ese sí es un caballero a toda gana!

—Dónde está, Cantalicia?

—En cas del señor cura. Allá'stá en tratos con Nicanorcito; y yo también hablé con él y me vine a la carrera, pa lleváselo. Pero tiene que bajase conmigo a la casa pa mudalo, porqu'está muy estripaíto. Resulta que yo lo conocí cuando'staba chiquito. No ve qu'él nació también en Orofino?

—Y cómo se llama, Cantalicia?

—Don Miguel Moncada. Yo conocí mucho a sus padres y a sus abuelitos. Eran de lo primero di'Orofino. Pero a don Tiodoro, el padre de don Miguel, le sucedió lo mismito qui'a don Jerónimo: si'arruinó todo en las minas y se tuvo que salir del pueblo. Y don Eloy, su abuelito, prestó la plata pa que pagaran lo que debían y pa que se pudieran volver pa La Villa. Por eso quiere lleváse-lo a usted, porqu'es un señor muy agradecido, y quiere pagar los favores que l'hizo su abuelito don Eloy, y hasta el mismo don Jerónimo. Es pa que vea, cordero, lo qu'es servir a los cristianos!

—Y pa ónde me va llevar, Cantalicia?

—Pa una mina que dirige con el padre en La Blanca. Allá vive él con su familia, con sus padres y con el abuelito.

—Y cómo se llama la señora que va a ser mi mamá?

—Se llama doña Elisa Cuenca. Qué tal será de buena, cuando él medijo qu'el favor más grande que li'ha hecho Dios es habele dao es'esposa. Allá si'stá usted entre la gente que le conviene. Y qué le parece que no quiere recibir nada por su mantención y vestuario; qu'él lo que quiere es tenelo com'un hijo. Ya ve qué laya de padre le mandó mi Dios.

—Y él cómo supo, Cantalicia?

—Pues nu'ha de ver, cordero; est'es el milagro más patente: Don Miguel va pal Tacamocho a ver unos hermanos y a dirigir la toma di'un'agua pa unos molinos. Posó en la Cabecera, en cas del dotor Salgao, porque la mujer del dotor es prima hermana de don Miguel, y el dotor le contó todo lo suyo y la rebusca qui'ha hecho pa conseguili'un papá.

Me brinca el corazón. Es un susto como muy sabroso y una cosa allá que no defino. Me viste y me acicala en un momento. En el trayecto me va dando todas las instrucciones sobre respeto, despejo y moderación. Llegamos. Ya es de noche. Logro sobreponerme a tantas emociones. Están en la sala, la lámpara prendida, y en gran plática don Miguel y Nicanor.

—Aquí lo tiene, señor don Miguel— anuncia Cantalicia muy solemne.

Se alza el caballero de su silla; yo avanzo, ca-

chucha en mano, muy sobre mí; me echa el brazo y me arrima muy cariñoso, sobándome la barbilla.

—Está muy grande el hombre y muy buen mozo...

Nicanor me señala un taburete y me dice:

—Siéntese aquí, mano Eloy, pa que se vean bien usted y su papá. Y siéntese también, mana Cantalicia, que usted es parte principal.

—Con permiso del señor don Miguel...

—Con mi permiso y con todo mi gusto. Ya sé qué clase de mujer es usted.

—Una triste india, señor don Miguel...

—Bueno, Eloy:—me dice el caballero.—Ya sabrá que me lo voy a llevar. Se va conmigo con todo gusto?

—Sí, señor don Miguel... Me da tristeza dejar a Cantalicia y a Nicanor, pero me voy con usted...

—Pues con más gusto me lo llevo. Me lo llevo como un hijo que me ha mandado Dios ya crecido. Yo seré su padre, y mi mujer su madre, y mis hijos hermanitos suyos. Usted va a vivir con nosotros como en su casa. Me han dicho que es muy obediente y muy sumiso, y es lo que más me gusta. Y si resulta de veras bueno para el estudio, allá sobra quién le enseñe. Con nosotros vive desde que nos casámos Amelita Ramírez, que es tan instruída como mi señora, pero le lleva la ventaja de tener mucha paciencia y mucho tino para enseñar.

—Y es parienta suya o de su señora, don Miguel? —pregunta Nicanor.

—No, hombre. No somos ni prójimos. Ella es ahijada de mis suegros; el padre enviudó, volvió a

casarse, y la madrastra resultó muy trabajosa con Amelita. Entonces don Ramírez le pidió a mis suegros que se la tuvieran en la casa un tiempo. Ellos la recibieron con alma, vida y corazón, porque a cual de los dos es más bondadoso. Amelita tenía entonces nueve años, y Elisa, que tenía catorce, se apegó mucho a ella. Se querían tanto, que cuando yo le propuse matrimonio, me puso Elisa como condición de trato que viviríamos con Amelita. Me gustó mucho, porque sabía que era una muchacha sumamente buena y que no podía encontrar Elisa mejor compañera. Así es que ella es hija, hermana, amiga, todo lo que se quiera, de nosotros, y mis hijos la quieran tal vez más que a Elisa. Ya veo, Eloy, cómo se van a querer usted y ella. Mi mujer, aunque muy bondadosa y muy entendida, es algo seria.

—Y tienen mucha familia, señor don Miguel?—pregunta Cantalicia.

—Cuatro meros hijos. Se nos han muerto dos. Según cuentas como que no irá a haber más. Así es que este muchachito será el quinto.

A esas entra el señor cura. Todos nos ponemos de pie.

—Quietecitos, que están en su casa—dice el párroco.

Tornamos a sentarnos, menos Cantalicia.

—Usted también, vieja—ordena muy afable.—Ya le dije desde esta tar le que usted tiene qué figurar mucho en el cabildo.

—Me siento, señor cura, pero ya ve que no es por irrespeto.

—Y cómo le ha parecido el marchante, don Miguel?—sondea el levita.

—Mejor de lo que Uds. me habían dicho. Y lo tienen muy educadito y muy en su punto. Sacó mucho el Gallego: se parece mucho al abuelito y a los tíos.

—No conoció a misiá Rosita, la madre de este negrito?

—No, señor cura. Hace treinta años que nos salimos de Orofino, y ella no habría nacido todavía, porque no recuerdo haber visto niña en casa de don Gallego, aunque iba con la criada a comprar pan, tamales, buñuelos y cosas de comida.

—Pero a Cantalicia sí la conocería...

—Sí. Si la conocía; pero imposible sacarla ahora, al cabo de tanto tiempo. Ella estaba entonces muy joven y hasta buena moza que era... —dice mirándola.

—Ave María, señor don Miguel. No sea tan burletero! Yo'estaba entonces muy moza, pero soy fea de nación. Usted sí era un muchachito muy bonito y muy mono, y ya ve el pelo y la barba tan negra que tiene ahora. Y hasta mi acuerdo qu'era muy vivo y que iba brincando y cantando por la calle:

«Mirá que te piso el pié;
mirá que t'estoy pisando;
mirá que mi amor es firme
y el tuyo se v'acabando.»

Nicanor y el cura largan la carcajada, y yo también.

—Sí. Me acuerdo mucho que yo cantaba ese verso y que era tan loco y tan travieso como un Teodorito que tenemos en casa, que mantiene a Elisa confundida.

—Sí, señor don Miguel: usted era muy tremendo. Yo pedía limosna, antes de aprender a trabajar, y en su casa me daban siempre que iba. Y usted y el otro hermanito suyo más grande me jalaban de las crizuejas y me arañaban por los jarretes.

—Pues por el estilo son las cosas de Martiniano y de Teodorito: quien lo hereda no lo hurta.

—Sí, señor don Miguel. Usted es así de respetable como don Tiodoro; pero en el rostro tal vez se parece más a misiá Rosarito. Valiente señora pa bien linda y bien virtuosa!... Ella fue de las primeras qu'enseñaron la doctrina en Orofino; y no tan solamente la doctrina, sinó la buena crianza, el señorío y el aseo, y el fundamento pa la casa. Di'ai lo sacaron misiá Gertruditas y otras señoras del pueblo. Porque mi acuerdo qu'en esa casa se podía comer hast'en el suelo. Y sus abuelitos se morirían ya; no, señor?...

—Mi abuela, sí; pero el viejito ahí está comiendo arepa, con sus noventa y siete nochebuenas. No está ni muy ciego ni muy sordo, pero chochito perdido. Y bueno, señor cura; entonces hacemos esto: si Dios me da vida y salud, vuelvo de Tacamocho, a más tardar dentro de quince días. Aunque la diligencia que vaya a hacer en las minas la despache en poco tiempo, mis hermanos no me dejan venir inmediatamente. Evaristo porque está solo y Alejo porque está con su familia. Salgado me dió un borrador para la diligencia del concierto; aquí lo tengo en la cartera y voy a dejárselo desde ahora, porque después se me olvida.

Y de una muy fina saca un papel muy bien doblado.

—Me hace el bien de entregárselo al señor Al-

calde para que extiendan la diligencia antes de mi llegada y no tengamos demora. Ahí dejarán un campo para la fecha. Aunque no es necesario, es mejor que la hagan en papel sellado. Este y los demás gastos que resulten para arreglarle el viaje a este muchachito, corren de mi cuenta. Cantalicia verá la ropita que tenga que hacerle. Será lo necesario para el viaje, y un vestidito fino, porque pienso estarme en San Juan unos tres o cuatro días. Allá viven mis suegros, y con ellos está Martiniano mi hijo mayor.

—Y dígame una cosa, señor don Miguel: si le parece posible que este muchachito haga estudios en forma, estando tan atrasado?

—Por qué no, señor cura? Creo que en diez años hace estudios cualquiera. Allá en la mina se le pueden enseñar las materias primarias y después puede seguir en San Juan, donde hay un colegio muy bueno, que pagan los principales. Y si la cosa es en serio, lo mando a Medellín a que haga estudios profesionales. Y sepan y entiendan que esto no me cuesta nada: yo soy en casa de mis suegros como un hijo, y tengo dos cuñados que trabajan en Medellín. Tengo seguridad de que Eloy será recibido en cualquiera de las tres casas, lo mismo que si fuera hijo de Elisa. Vean: en casa de mi suegro han vivido tres sobrinos suyos y dos de mi suegra. Y no solamente esto, sinó también un joven de familia muy rica que apenas es pariente lejano. Con ellos está todavía Eloísa, sobrina de mi suegro. Ya ve, pues, Eloy, que va a tener dos casas y varios papacitos y mamacitas.

—He entendido—insinúa el cura—que el señor Cuenca es muy acaudalado...

—El sí es rico, pero no tanto como la gente se figura. Sí vive muy bien y sabe servirles a todos

los parientes y a los extraños. En San Juan no hay hoteles, como sucede en casi todos los pueblos, y la casa de mi suegro es la posada de toda la gente buena que pasa por ahí. Tienen dos cuartos muy grandes, bien alhajados para los huéspedes, lo mismo que aquí en su casa, señor Cura. Pero usted tiene el buen sentido de cobrar el gasto para que los huéspedes tengan más confianza.

—No sólo por eso, don Miguel: dicen que la casa del cura es la de todos; pero yo no soy hombre rico, y mi madre y mi hermana son muy escrupulosas; por eso no recibimos sinó señores como usted.

—Eso es muy puesto en razón, señor cura. En casa de mi suegro sucede que como él y los hijos tienen tantas relaciones en Medellín, en Rionegro y en muchas partes, no permiten que ninguno de sus conocidos vaya a meterse en cualquier fonda para la plebe.

—Así vivirán esas pobres señoras de aburridas!...

—Al contrario, señor cura: les gusta mucho atender a sus amigos, y los reciben como si fueran de la casa. Y vea, Builes: aunque Eloy sepa montar, siempre es bueno que lo haga jinietiar algo por estos andurriales, porque de aquí a San Juan tenemos que hacer dos jornadas y media por lo menos, y el camino siempre tiene sus pasos malos. Yo traigo otro macho de repuesto, pero todos dos son bastante duros para un bizoño. Hay que conseguirle un caballito adecuado que no necesite espuelas, porque a pata limpia le hacen su buena matadura. Lo que es la montura, ustedes verán cómo lo arreglan. Yo traigo peón con maleta, pero va repleta con las cosas que les mandan a mis

hermanos, y de allá vendrá lo mismo, con los encargos de loza y cristal que me hicieron de casa. Así es que hay que conseguirle montura, zamarros y caucho, y un peoncito para que le lleve la ropa y devuelva la bestia desde San Juan.

—Sí, don Miguel: todo se le arreglará—dice Nicanor.—Casualmente que Cantalicia quiere que Eloy lleve la maleta de don Jerónimo, que es muy buena, y no sé qué más cosas.

—Bueno, señor don Miguel:—interroga Cantalicia—yo me atrevo a preguntarle una cosa: allá en esa mina de Santana, onde tiene tanta pionada, no podré yo trabajar en cualquier cosa?

—De vicio. Allá puede trabajar por cuenta propia o por cuenta de la empresa. Si quiere, arregle todas sus cosas para que se vaya con nosotros.

—Mi Dios se lo pague, señor don Miguel. Asina me lo suponía; pero yo no puedo ime dendi'ahora, porqu'estoy muy enquistada y tengo qui'hacer algunas diligencias. Si Dios me da vida y salud, eso será di'aquí'un tiempito largo. Cualquier día me les aparezco por allá. A mí me dice el corazón que yo he de ver este muchachito hombre hecho y derecho, y un blanco cabal, así com'usté, señor don Miguel, y como don Tiodoro y los demás señores de su casa.

—Pues creo que sí le toca verlo. Usted no debe tener ni aun muchos años y está muy morocha y muy conservada. Ahí la veo con sus dientes muy buenos y el pelo sin una cana.

—Asina es, señor don Miguel; será por lo india.

—Cuántos años tiene, Cantalicia?

—Pues yo no sé decile precisadamente, señor

cura; don Jerónimo siempre como qu'era más entrao en años qu'esta triste india.

—Don Jerónimo debía tener hoy, según mis cuentas,—interviene don Miguel—por ahí unos cincuenta y cinco años. Me acuerdo de él como si lo estuviera viendo: era un hombre muy delgado, muy bien parado y de muy buena cara; y como era muy tonable y había estado mucho tiempo en Medellín, era el mejor cachaco de Orofino.

Yo me quedo admirado con aquella descripción de mi padre. Tenía por cierto que toda su vida había sido feo y mal vestido, aunque hubiera sido rico.

Después hablan de minas y del doctor Berrío. Yo contemplo despacio a mi nuevo papá, y lo admiro y lo quiero más a medida que se produce. Indudablemente tenía que ser un caballero de toda cuenta. Eso se le veía en todo el cuerpo: en aquellos ojos tan negros y tan cariñosos; en aquella cara tan respetable y en aquellos dientes tan parejos y tan blancos y que no eran de mentiras como los de misiá Genovevita y de don Emeterio. Bigote, perilla y balcarrotas negrean en esa piel de un blanco medio sanguíneo. Por barbas y cabello se inician algunas canas prematuras para imponerse más. Es un papá ni viejo ni muchacho, que en medio de su respeto tiene algo de compañero y de amigo.

Nos despedimos. El me abraza, y siento deseos de pedirle la bendición. Los tres salimos, a cuál más satisfecho.

Todo se hace según lo ordenado.

Acompañados de Nicanor y Cristinita vamos al cementerio Cantalicia y yo, a rezarle a mi ma-

dre. Nos arrodillamos como de ordinario en la punta de la era sembrada de guardarrocíos, de aromas y pensamientos, frente a aquella cruz alta pintada de negro, donde Nicanor ha labrado muy hondas las iniciales del nombre venerado. No sé si sería por los encargos de mi amigo, o por la convicción de que mi madre estaba junto a mí, o por la idea de que ya era hombre grande, pero es lo cierto que recé con mucho fervor, sin derramar una lágrima.

Un domingo estreno uno de los vestidos y sombrero panza de burro; me voy con los Builes, para que Ramoncita y sus hijas me vean con las galanuras. No puede caberme ya duda sobre mi hombría; llevo correa como Antolino, pantalones largos, y mi vestido es igual al semanero del señor Hernández: dril de cuadritos negros y blancos. Para mayor lucimimiento nos vamos por la plaza, y de repente uno de mis enemigos me grita:

—Ah orofineño tan creído! Vos no sos sinó un concertao, que t'entregaron a un forástico pa que te ponga a cargar leña! Ese sí te va a echar cuero de novillo y te quita las repelencias!

—De un bagazo poco caso! —le grita Israel, muy despreciativo.—No lo voltiés a ver, ol'Eloy, que es un patojo más gallina qu'el miedo!

No ha menester que me lo aconseje. Me siento capaz de despreciar a toda la escuela.

Cantalicia, informada de este incidente, me dice esa misma noche:

—Ya ve qué tanta razón tenemos Nicanor y yo pa sacalo d'este mugrero, onde le tienen tanta sisa. Todo es porque lo ven blanco, limpiecito y de buena crianza. Si se quedara aquí, se volvía hasta un niguatero de la gentualla. Y vea: de mañana

en adelante lo voy a llevar al almorzadero pa que vuelva a comer con tenedor y cuchillo, que ya se le habrá olvidao; ya está comiendo parecido a Tocayo, y hasta me parece que ya no si'acuerda de limpiase los dientes. Li'alvierto esto, cordero, pa que cuando'sté en cas de don Miguel o de su suegro vean todos qui'usté sí ha tenido educación.

Y no sé cuántos consejos y exhortaciones sobre aseo personal y respeto a tantísima señora de la nobleza como voy a tratar.

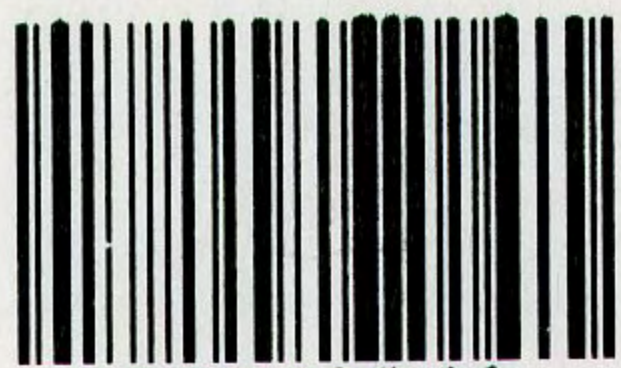
Nicanor me apura en el aprendizaje de lectura y en caligrafía, porque he de ponerles una carta, inmediatamente lleguemos a la mina de Santana, para darles cuenta de todo. Muchos milagros hace Nicanor, pero éste presiento que no habrá de alcanzarlo.

Pocos días después me despido de él y de Cantalicia en el Puente Real, y sigo, sonámbulo, con don Miguel y los dos peones, camino de lo desconocido.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

**SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL**
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100343049

